

El Viaje a México de Hilarión de Bérghamo

Paleografía, traducción, estudio introductorio y notas



Martín Clavé Almeida

D.R. © Universidad Autónoma Metropolitana. Unidad Azcapotzalco
Avenida San Pablo 180, colonia Reynosa Tamaulipas,
delegación Azcapotzalco, C.P. 02200, México, D.F.

Primera edición en español: 2013

ISBN

Título original en italiano:
Viaggio al Messico nell'America Settentrionale,
fatto e descritto da fra Ilarione da Bergamo
religioso cappuccino, con figure.
Anno MDCCLXX

Traducción de Manuel Martín Clavé Almeida

Corrección: Martín Clavé Almeida

Marta Almaraz Ayala

Impreso en México

Ninguna parte de esta obra puede ser reproducida o transmitida,
mediante ningún sistema o método, electrónico o mecánico,
sin consentimiento por escrito de los titulares de los derechos.

El Viaje a México de Hilarión de Bérghamo

Paleografía, traducción, estudio introductorio y notas

•
Título original:

Viaggio al Messico nell'America settentrionale

fatto e descritto da Fra Ilarione da Bergamo,

religioso cappuccino, con figure.

Anno MDCCLXX



Martín Clavé Almeida

Editor



Azcapotzalco

Índice



Reconocimientos	9
Premisa	13
Estudio introductorio	17 - 43
❖ Antecedentes	17
❖ Introducción	19
❖ Los capuchinos	21
❖ Los capuchinos de Bérgamo	23
❖ Fray Hilarión de Bérgamo	27
❖ Propaganda Fide	29
❖ El manuscrito	30
❖ Del autor en el texto	32
❖ Los relatos de viaje	36
❖ La primera publicación	39
❖ Sobre la traducción	40
El Viaje a México	45
Bibliografía	231
Anexo	236

El Viaje a México de Hilarión de Bérghamo



Martín Clavé Almeida



Editor

Reconocimientos

Ningún trabajo que valga la pena es obra de una sola persona; y este trabajo no es la excepción. Mi interés por la investigación y la historia datan de más de cuarenta y cinco años. De mis papás y abuelos, especialmente mi abuela Susana Nesbitt, adquirí el vicio permanente de la lectura; puedo decir con certeza que mi iniciación activa en el ámbito concreto de la investigación histórica, la debo a la señora Teresa Castelló Yturbide, mi amiga durante todo ese tiempo.

Con los años me volví asiduo visitante de archivos parroquiales, bibliotecas públicas y privadas, de librerías de viejo, así como preguntón de parientes cercanos y lejanos para obtener información de primera mano. A partir de entonces me he relacionado con un buen número de personas que me han acompañado en mi desarrollo como investigador.

Me es imposible mencionar a todos aquellos que influyeron en mi ánimo de curioso compulsivo, pero es necesario citar, al menos, a los más allegados. Empiezo por mi querida esposa María y mi suegra, la señora Carlotta Parodi de Mapelli Mozzi, con quien realicé varios proyectos de investigación que nos llevaron a viajar por el nuevo y el viejo continente; uno de ellos resultó en un libro en coautoría.

En Cataluña, mi segunda patria, conté siempre con las valiosas investigaciones de don Fernando Viader y Gustá, quien en vida siempre me prodigó su trabajo y afecto junto con su esposa mi tía Dolores de Ribot y de Balle. También con el apoyo y las publicaciones de mi querido tío Eduardo de Balle y Campasol, VII marqués de Vallgornera, investigador eximio de los asuntos familiares y curador del importante archivo familiar en Olot.

En Italia, fueron para mí cruciales las amistades de los monseñores Luigi Cortesi y Luigi Chiodi, ambos investigadores bergamascos ya fallecidos, así como las de Girolamo Mapelli Mozzi; su esposa Elena, ambos ya en el paraíso, y sus hijos Dario y Bárbara mientras poníamos en orden el archivo de la familia de mi esposa. También Lanfranco Ravelli, conocido mientras trabajábamos en la biblioteca de Bérgamo, me honra con su amistad.

De Milán recuerdo bien a dos queridos amigos y parientes, Francesco Lurani Cernuschi, ya fallecido, y Pier Fausto Bagatti Valsecchi, con quien compartí horas inolvidables entre el polvo y las expectativas del archivo de su familia. Otra amiga milanesa entrañable fue Giulia Marzotto Valdetaro, eminente sinóloga.

Con Marco Celio Passi di Preposulo, pasé tardes enteras en su palacio de Canal Grande, en Venecia, conversando y en una ocasión, comparando cartas entre dos prelados de fines del siglo XVIII, que discutían encarnizadamente sobre la pertinencia de la devoción al Sagrado Corazón de Jesús.

De vuelta en México, conocí en la Ibero a mi colegas Maru Rojas Morales, y a su actual marido Tonatiuh Navarro Mastache: con quienes comparto visiones y anhelos académicos; también conocí a Victoria Novelo Oppenheim y a Fernando Martín Juez, investigadores en el campo de la antropología; el último interesado en la genealogía de los objetos mexicanos. Por Fernando conocí a Jackie Fortson Mayagoitia, quien hasta su partida al Canadá, fue la correctora de mis textos. Asimismo, me encontré con Elisabetta Corsi: con ella descubrí afinidades e intereses comunes en el lejano oriente, y a su marido Guido de Biase, amigo entrañable; por ellos conocí a Norma Durán y a Martín Morales S. J. a quienes María y yo apreciamos inmensamente.

En los años que cursé mi maestría en historia, que debo en gran parte a Perla Chinchilla Pawling, tuve la fortuna de ser alumno de varios maestros brillantes, tales como Alfonso Mendiola Mejía; Ilán Semo Groman; Mari Aspe Armella y otros como Ricardo Nava Murcia; Rodrigo Laguarda y Rubén Lozano Herrera.

Cursando la maestría pude compartir las aulas con algunos compañeros todos entrañables, con mención especial para Ana Cristina Vázquez Carpizo.

No quiero dejar de mencionar a mi querido tío Manuel Clavé y de Balle S. J., hermano de mi papá, que convivió conmigo, mi esposa y mis hijas en muchas ocasiones y por muchos años, además de regalarme libros, me transmitió múltiples datos históricos que sin él se habrían quedado en el olvido; a mis nueve hermanos y a mis cuñadas Marus, Lucila y Blanca; entre todos agradezco en especial los comentarios y lectura de mi hermano Eduardo.

Desde luego que para que yo haya podido dedicarme a la investigación, he tenido la fortuna de contar con la colaboración de Carmen Rosas Sánchez, mi secretaria desde hace 29 años, al igual que con Roberto Prado Ortiz en mi despacho; así como con Malena Barrera Hernández en mi casa.

Así pues, a todas y todos los que he mencionado y a los que no incluyo por desmemoria y por no prolongar la lista, agradezco su amistad, inteligencia y cariño para caminar juntos por este sendero de continuo aprendizaje.

Por último, agrego que esta publicación ve la luz gracias al interés de la rectora de la Unidad Azcapotzalco de la Universidad Autónoma Metropolitana, M.A.V. Paloma Ibáñez Villalobos, quien me solicitó el manuscrito para someterlo al dictamen del comité editorial correspondiente.

M. C. A.

Premisa



El propósito de esta publicación es dar a conocer al público hispanohablante la narración del viaje que hizo a México de 1761 a 1768, un fraile lego capuchino italiano, fray Hilarión de Bérgamo, quien vino con el objeto de recabar fondos, a través de limosnas de los mexicanos, para la misión de los capuchinos en el Tíbet. La narración del viaje está plasmada en un manuscrito del fraile, que se conserva en la Biblioteca Cívica Angelo Mai, de la ciudad de Bérgamo, escrito en el italiano de esa región, al norte de Italia. La obra nunca había sido traducida en su totalidad a idioma alguno. Existen de años, una edición recortada en italiano y también otra recortada y con alteraciones graves, en inglés. Habiendo yo concluido este trabajo en julio de 2009, ahora encuentro a través de la internet y en una biblioteca de Australia, que en 2002 apareció una edición bilingüe Italiano – español, a cargo y con introducción y notas de Beatriz Hernán-Gómez Prieto, Bulzoni, Roma, 2002. No he tenido este libro en mis manos todavía.

La presente publicación consiste en la traducción integral, anotada y puesta al día de ese libro de crónica de viaje; una breve introducción a los lectores, con un intento de biografía del autor del manuscrito en su contexto temporal y espacial. En síntesis, quiere ser una edición crítica.

También presentaré algunas noticias sobre el territorio y la ciudad de Bérgamo, de hechos ocurridos durante la vida del autor de la narración, así como algunos datos sobre la historia de la Orden de los hermanos menores capuchinos y de sus conventos en territorio bergamasco.

Asimismo, ofreceré una descripción del manuscrito: formato, características del texto, ilustraciones; y los criterios que seguí para la traducción del manuscrito al español.

Parte fundamental del trabajo es la paleografía del manuscrito para transcribirlo al italiano y, desde luego, la traducción al español; incluyo anotaciones a pie de página para explicar algunos términos: nombres de lugares, de plantas y de frutos, de los que asiento los nombres científicos.

Por supuesto, el texto del fraile capuchino resulta fuente riquísima para los estudiosos de la Nueva España del siglo XVIII; y no menos para quienes deseen estudiar la mentalidad, y la visión de un fraile bergamasco en aquellos años. Espero con este trabajo poder aportar algo al conocimiento de México e Italia de una época en la cual no eran comunes los intercambios entre esas dos tierras, tan queridas para mí.

M. C. A.

VIAGGIO
AL MESSICO
NELL' AMERICA SETTENTRI
ONALE,
FATTO, E DESCRITTO
DA F. ILARIONE DA
BERGAMO
RELIGIOSO CAPUCCINO
CON FIGURE.
ANNO MDCCLXX.



El Viaje a México de Hilarión de Bérghamo

Paleografía, traducción, estudio introductorio y notas

Martín Clavé Almeida



Antecedentes

Todo comenzó en 1983, en Italia, cuando me encontraba por terminar un estudio sobre una familia bergamasca.¹ Tras haber ordenado y consultado el archivo familiar, con documentos de ocho siglos, acudía en forma cotidiana a la Biblioteca Cívica de Bérghamo. Una tarde sostuve una interesante plática con Giulio Orazio Bravi, quien notando mi nacionalidad por el pasaporte, me preguntó si conocía el libro *Viaggio al Messico* de un fraile capuchino bergamasco, publicado por la propia biblioteca en 1975 y disponible ahí a la venta. Movidó por la curiosidad, de inmediato compré el libro.

Sin embargo, fue hasta 1992, cuando solicité la fotocopia completa del manuscrito que se conserva en la biblioteca, y contraté al fotógrafo Fausto Asperti para registrar las ilustraciones a color. Había decidido traducir y publicar el libro en mi país. Ya en México, comencé a traducir el manuscrito y avancé aproximadamente una cuarta parte del mismo. Catorce años después (2007), me inscribí a la maestría en historia y recobré el interés por la paleografía y la traducción del mismo.

¹ Martín Clavé Almeida. “Un archivo con mille anni di storia di una famiglia bergamasca”, *L'Eco di Bergamo*, Bérghamo, Italia, 28 de enero de 1983, p. 5.

Introducción

El manuscrito del que proviene el texto de este libro se incorporó al acervo de la biblioteca donde ahora se encuentra —a juzgar por el registro de entrada, escrito en la guarda interna del mismo— en 1953, al parecer donado por unos parientes del autor, fray Hilarión de Bérghamo.

Desconocido del todo en México, a pesar de que trata de un viaje a nuestras tierras, fue, no obstante, registrado por una de las primeras mujeres mexicanas en los estudios de la Historia Antigua de México: la maestra Eulalia Guzmán. “Entre los años de 1937 y 1940, fue comisionada por la Secretaría de Educación Pública para localizar en archivos y bibliotecas de Europa información relacionada con el México Prehispánico. [...] Localizó trabajos que no se conocían en nuestro país y varios de ellos siguen aún sin reproducirse”.² Esta gran investigadora de asuntos mexicanos logró reunir una cantidad considerable de información; sólo de lo que encontró en la tierra de

Dante, publicó (1964): *Manuscritos sobre México en archivos de Italia*.³

Entre los manuscritos que localizó, se encuentra el del fraile bergamasco. Lo reporta como depositado en la casa de los hermanos Butturini de Saló; nos proporciona las medidas, y anota que “el autor describe su viaje a las Antillas y a México en camino a Filipinas, hacia 1763 y 1768. Reseñado por Guido Bustico, Director de la biblioteca “Negroni civica di Novara...”.⁴ Es evidente que la estudiosa no pudo consultar el manuscrito: éste no menciona que Hilarión haya tenido intenciones de viajar a las islas Filipinas. Tal vez, para su descripción, la maestra Guzmán se apoyó en la referida reseña hecha por el profesor Bustico,⁵ aunque tampoco este autor relaciona a fray Hilarión de Bérghamo con ese país insular.

Resulta casi imposible establecer la biografía de fray Hilarión de Bérghamo, su solo nombre, acompañado del gentilicio, indica ya una cierta modestia de sus orígenes familiares o de

2 Blanca Jiménez. “Eulalia Guzmán (1890-1985)” *Actualidades arqueológicas. Revista de estudiantes de arqueología de México*, núm. 13, jul-ago 1997, Instituto de Investigaciones Antropológicas, UNAM, México, 1997.

3 Eulalia Guzmán. *Manuscritos sobre México en archivos de Italia*, Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística, México, 1964.

4 *Idem*, pp. 393-395.

5 *Ibidem*, p. 395.

su modo de vida, que quiere discreto. En todo caso, su nombre y su paso por el mundo parecen congruentes con la humildad que profesa su Orden, la de los capuchinos.

Debemos los escasísimos datos disponibles sobre el autor del *Viaaggio al Messico* a las investigaciones de la geógrafa italiana María Laura Bruno. Esos datos aparecen en la publicación de la transcripción del texto en italiano; y de ellos me valí también para este trabajo. En adelante, los cito directamente, junto con otros textos que consulté y fotocopié en un reciente viaje a Italia.

Hasta ahora se ignora la filiación del autor del texto. Gracias al acta de profesión, fechada el 24 de septiembre de 1747, sabemos lo siguiente por voz del propio Hilarión:

Yo fray Hilarión de Bér-gamo, que al siglo me llamaba Cayetano, de cerca de 20 años de edad, habiendo cumplido perfectamente el año de mi probación, he hecho hoy libre y espontánea mi profesión, y prometo con voto solemne, de observar la regla de los frailes menores capuchinos, en las manos del reverendo padre

Luis María de Bér-gamo, Vicario en este convento de Sóvere en aquella forma que me he entendido y expresado ayer de obligarme con mi juramento en la protesta hecha antes de mi profesión en presencia de los infrascritos testigos, en fe de que he hecho con mi propio puño este testimonio. Yo fray Hilarión de Bér-gamo. Laico novicio.⁶

En apariencia, los hermanos legos (o laicos) no requerían grandes estudios ni cursaban teología. Sus superiores tenían para ellos ocupaciones más terrenales, como ocuparse de la portería, el mantenimiento del convento y la iglesia; el cuidado de la sacristía; la huerta, la siembra, la vendimia; la cocina, y otras labores de la vida cotidiana conventual y comunitaria.

Ya su elección, (o de sus superiores), de permanecer en la humilde condición de hermano laico, indica una modestia —o pobreza económica de origen— que, probablemente impidió a fray Hilarión quedar registrado en los anales de su tierra y de su tiempo.

6
Registro delle professioni dei Cappuccini di Brescia dal 1667 al 1800, s/n de p., manuscrito empastado en piel y depositado en la Biblioteca Cívica Angelo Mai, de la ciudad de Bér-gamo.

Los capuchinos

La Orden que eligió es, de entrada, y a diferencia de otras como la de los jesuitas, una Orden deliberadamente menor. Desde el inicio nace con el nombre de “Hermanos Menores” de la regla franciscana. Y es, por definición, la regla de la oración, la humildad, el servicio a los demás (en especial, de los pobres). Nada más lejos de lo destacado, de lo mundano, de lo que resulta “histórico”.

En su *Historia de la vida religiosa*, Jesús Álvarez Gómez nos ofrece una descripción de la Orden de los capuchinos, que vale la pena citar *in extenso*:

Los Capuchinos deben ser considerados, no como una Orden nueva, sino más bien como una reforma más entre las muchas llevadas ya a cabo en el franciscanismo. Su iniciador fue Mateo de Bascio, el cual en 1525 se propuso como meta, en el convento de Montefalcone, la plasmación de los primeros ideales de san Francisco. A pesar de la oposición de los Franciscanos Observantes a quienes pertenecía

el mencionado convento, obtuvo de Clemente VII los permisos pertinentes para observar en todo rigor la regla de san Francisco de Asís.

La iniciativa de Mateo de Bascio encontró muy pronto un amplio entusiasmo entre los observantes recientemente separados de los conventuales, especialmente en los hermanos Luis y Rafael de Fosambrone, que serán sus mejores colaboradores. Fueron también colaboradores de los primeros tiempos Bernardino de Asti (+1554), Francisco de Jesi (+1549), Juan de Fano (+1539) y particularmente Bernardino Ochino de Siena (+1565). Ante la oposición de los observantes que consideraban a la nueva familia franciscana como una división de la Observancia, Luís de Fosambrone se presentó en Roma donde obtuvo la protección de Juan Pedro Carafa. Con ayuda de éste, consiguió el 18 de mayo de 1526 la autorización de Clemente VII para este nuevo género de vida; y dos años después la ratifica-

ción oficial mediante la Bula *Religiones zelus* (2-7-1528), confirmada en 1536 por Paulo III.

Inicialmente eran conocidos como *Eremitas Franciscanos* a causa de su devoción por la soledad, pero después se generalizará el apelativo de capuchinos que les dio el pueblo por su capucha puntiaguda por la que, externamente, se diferenciaban, además de por las barbas, de los franciscanos. Su apostolado se orientaba a los estamentos más pobres de la sociedad, especialmente los enfermos, lo cual les granjeó una gran simpatía entre las gentes.

No obstante, no tenían plena independencia de los observantes, puesto que solamente podían elegir un Vicario General.

Diez años después de la fundación del primer convento contaban ya con más de 700 miembros divididos en 12 provincias. Pero este rápido crecimiento se vio bruscamente frenado con la revocación de Clemente VII (1530), de algunos privilegios, sobre todo el de poder recibir nuevos miembros provenientes de la rama Observante y la expulsión de Roma, donde habían

logrado introducirse al servicio de la iglesia de Santa María de los Milagros y del hospital de Santiago, aunque por la mediación poderosa de algunas matronas, como la duquesa de Camerino y de la célebre Victoria Colonna, pudieron regresar pronto a la ciudad eterna.

En el siglo XVII, sobre todo después de la bula de Paulo V, *Alias felices recordationis* (23-1-1619), por la cual se les concedía la plena independencia, formando así, en igualdad de condiciones, una nueva familia franciscana al lado de los conventuales, de los hermanos menores y de la tercera Orden Regular, los capuchinos experimentaron una rápida y extraordinaria expansión por toda Europa. Mérito peculiar suyo fue la facilidad con que supieron adaptarse a las características de las diversas culturas de los pueblos; con ello captaron la voluntad y la simpatía de las gentes. Al conmemorar su primer siglo de existencia, los capuchinos contaban con 1,260 conventos,

esparcidos por 42 provincias y casi 17,000 frailes.

Los capuchinos observan la regla de san Francisco juntamente con unas Constituciones esbozadas ya en 1529 y perfeccionadas en 1536, 1575 y 1606. Su organización jurídica y su espiritualidad son, naturalmente, un eco fiel del franciscanismo primitivo, como pueden ser los rasgos más marcados de un cierto eremitismo, de una pobreza radical y de un amor filial hacia Dios y casi maternal hacia los hermanos; amor que es fuente de una entrega incondicional al servicio de las gentes, especialmente de las más necesitadas.⁷

Los capuchinos de Bérgamo

Para conocer el comienzo de la Orden en territorio bergamasco, me serví de la monumental obra *Storia di Bergamo e dei bergamaschi*, que Bortolo Belotti escribió en 1959, y que en pocos años se agotó, para ser re-

impresa, corregida y aumentada, por un nutrido equipo de revisores encabezados por el sacerdote y profesor Luigi Chiodi, treinta años después. Esta obra consta de ocho volúmenes sobre la historia y uno más con los índices: general, analítico y temático de las ilustraciones. En el volumen IV, aparece que:

En 1535 dos capuchinos, Giovanni da Fano y Bartolomeo di Piemonte, llegaban a Bérgamo y tomaban alojamiento en una modestísima casa con huerto anexo, localizada en la parte plana de la ciudad, donde había también una pequeña iglesia dedicada a S. Alejandro; pero en el mismo año, por la munificencia del caballero Giovanni Giacomo Tasso, se iniciaba la fábrica de aquel convento de la calle Borgo Palazzo, que en 1572 alcanzó su mayor esplendor con la construcción de la nueva iglesia, consagrada por el obispo Cornaro el 11 de mayo de aquel año.⁸

Otra mención que completa lo expuesto por Belotti, se encuentra en el libro del fraile, también capuchi-

⁷ Jesús Álvarez Gómez. *Historia de la vida religiosa*, vol. III, Desde la «Devotio moderna» hasta el Concilio Vaticano II, Publicaciones Claretianas, Madrid, 1990, pp. 270-272.

⁸ Bortolo Belotti. *Storia di Bergamo e dei bergamaschi, Banca popolare di Bergamo*/edizioni Bolis, Bergamo, 1989. vol. IV, p. 134.

no, Valdemiro da Bérghamo, *Los conventos y los capuchinos bergamascos, memorias históricas*:

De esa manera la Orden de los capuchinos fue creciendo en el territorio de Bérghamo, que desde mayo de 1428 se había entregado voluntariamente a la república de Venecia y bajo cuya protección fue prosperando.⁹

Nos completa la información Giovanni Spinelli, en el capítulo “Las órdenes religiosas desde la dominación veneciana hasta las supresiones napoleónicas (1428-1810)”

De la ciudad la Orden se difundió muy velozmente también en el condado, donde los frailes acudían a menudo para el ministerio de la predicación. El entusiasmo suscitado entre el pueblo por su palabra simple pero fervorosa, es la única causa del multiplicarse de sus fundaciones en casi todos los principales burgos del territorio, donde todavía no existía un convento de Mendicantes. Surgieron así en breve tiempo, los conventos de Sóvere (1575), Vertova (1576), Romano

Lombardo (1577), Trescore Balneario (1580), Almenno S. Salvatore (1586), Alvino (1613), y S. Giovanni Bianco (1649). [...] Como centro de cultura superior funcionaba siempre el convento de Bérghamo, que tenía una rica biblioteca.¹⁰

Uno se pregunta cómo surgieron y surgirían aún más conventos de esta orden menor: para 1769, existían en el territorio bergamasco ocho sedes de los capuchinos.¹¹ Tal vez se encuentre la respuesta en la entrega de sus frailes a la caridad y auxilio a la población más pobre y necesitada.

No es gratuito que el historiador y escritor Alejandro Manzoni (1785-1873), al concebir su obra inmortal—que hoy se llamaría novela histórica— *Los novios* (1827), recurriera a la Orden de los capuchinos para personificar en el padre fray Cristóbal y demás legos y padres capuchinos, el ideal de la humildad y el servicio a la comunidad. En este libro, encontramos algunos datos ilustrativos sobre la vida diaria y el funcionamiento de los conventos, difíciles de hallar en otras fuentes; por ejemplo: “[...] cerca de una iglesia de

9

Valdemiro da Bergamo. *I conventi ed i cappuccini bergamaschi. Memorie storiche*, tipografía Lodovico Felice Cogliati, Milano, 1883, p. 301-302, *passim*.

10

Giovanni Spinelli en: Caprioli, Adriano, Antonio Rimoldi, Luciano Vaccaro (editores). *Storia religiosa della Lombardia. Diocesi di Bergamo*, La Scuola, Brescia, 1988, p. 222.

11

Ibidem, inserto cartográfico después de la pág. 159.

capuchinos, asilo, como todos saben, impenetrable en aquel tiempo para los esbirros, y para todo el conjunto de personas y cosas a que se da el nombre de justicia”; y más adelante: “la enfermería en manos del religioso cirujano (los capuchinos entonces tenían uno en cada convento)”,¹² lo que nos va dando una idea de los servicios que prestaban a la comunidad los frailes en los conventos, en estos casos, de salud y de protección; de tal suerte, que cuando iba uno de ellos caminando, la gente “lo miraba con respeto, y aunque nada podían esperar de él, pues un capuchino jamás tocaba dinero, le saludaban como dándole gracias por la limosna que recibían en el convento”.¹³ Ya he nombrado algunas ocupaciones de los frailes legos, con base en este libro.

Hay unas cuantas menciones sobre Hilarión en otras fuentes. Por ejemplo, una que se limita a reportar que se encontraba en México en 1770,¹⁴ aunque tal dato es incorrecto: para esa fecha estaba ya de regreso en su patria.¹⁵ Por otro lado, Paolo Guerini, en su artículo “Fra Ilarione da Bergamo nel Messico”, reporta que el manuscrito se encontraba con los hermanos Butturini, (“*Fr. Hilarionis cog-*

natos”)¹⁶, si hemos de creer a Guerini, Butturini debió ser el apellido de algún cuñado del fraile y esa información en nada ayuda a develar la identidad del fraile; en todo caso sólo revela que Hilarión tuvo al menos una hermana.

Desde luego, es importante saber si el “de Bérghamo”, usado por Hilarión (y por el padre Luis María, su vicario en el convento), obedece a una actitud de humildad como sugerí antes, o a una costumbre de los propios capuchinos. Para ello, consulté todo el libro de profesiones hechas por los capuchinos de Brescia y de Bérghamo; y descubrí como constante, que cada nuevo fraile capuchino tomaba un nombre al cual le agregaba —a manera de apellido— el lugar de su origen. Para el siglo xvi, habían 12 nombres de pila diferentes, todos con el sufijo “de Bérghamo”; 34 en el siglo xvii y 18 xviii un Hilarión de Ciserano y —cosa que me llamó la atención— otro Hilarión de Bérghamo, pero luego me di cuenta de que éste era mucho mayor que el de mi estudio y que había muerto el 10 de febrero de 1740 (7 años antes de que su tocayo profesara).¹⁷ Falta saber, si la elección del propio nombre al profesar fuera libre o debida a un voto de obediencia. Quizás

12
Alejandro Manzoni.
Los novios. Historia milanese del siglo xvii, Porrúa,
México, 2005, pp. 40-41

13
Ibidem, p.37

14
Bonari da Bergamo. *I conventi ed i cappuccini bresciani*, Tipolitografía Cesare Crespi, Milano, 1891, p. 532

15
Hilarión de Bérghamo. *Viaggio al Messico nell'America settentrionale, fatto e descritto da F. Ilarione da Bergamo, religioso cappuccino, con figure, anno MDCCCLXX*, traducción del manuscrito, p. 227.

16
Paolo Guerini. “Fra Ilarione di Bergamo nel Messico” *Italia francescana, 1938*, t. XIII, p. 296-299. *Apud Collectanea franciscana*, t. VI, p. 539.

17
Ibidem, p. 353.

habrán tenido registros disponibles, para no caer en homonimias.

Estos datos nos hablan de la importancia de Bérgamo para la Orden en Italia, pues he mencionado solamente a los que, sin duda eran oriundos de la ciudad, y no a los nacidos en otras localidades, como el otro Hilarión, originario del pueblo de Ciserano. Con esto queda claro que sí se acostumbraba ponerse como apellido el lugar de origen, y la probable recurrencia del nombre Hilarión en ese tiempo. Pero no proporcionan mayor información sobre la vida de nuestro personaje.

Sin embargo, hay en el propio manuscrito una nueva pista que parece prometedora y que puede agregar algo a los muy escuetos informes que aporta la geógrafa Bruno. Se trata de una leyenda a dos líneas, escrita a lápiz en la guarda interna del manuscrito: “Felice Airoidi, sobrino del capuchino fray Hilarión” [*Felice Airoidi, nipote del capucino frate Ilarione*].¹⁸ Esta leyenda me llama la atención no sólo por lo que dice, sino por un error en su escritura, debido o a ignorancia o a la falta de ortografía común en esos tiempos, pues capuchino en italiano se escribe con doble p y do-

ble c, es decir, *capuccino*. Entonces, es probable que ese nombre de familia fuera el apellido de Hilarión, si se piensa al hijo de un hermano; o no, en caso de que este Felice fuera hijo o nieto de una hermana del fraile, lo que deja nuevamente en el campo de la especulación.

Para encontrar la información sobre la familia Airoidi, me serví de nuevo de la *Storia di Bergamo e dei bergamaschi*, del Belotti: sólo una mención encontré al oficial Felice Airoidi, quien fue parte de los primeros contingentes que siguieron a Giuseppe Garibaldi en la lucha por la unidad de Italia:

En julio [3 de 1849] las armas francesas comandadas por Oudinot, habían dispuesto sobre los defensores de la República Romana, a la cual numerosos jóvenes voluntarios bergamascos de todas las clases sociales habían dado también su apoyo, como: Francesco Nullo, Luigi y Giuseppe dell'Ovo, Caloandro Baroni, Lorenzo Balicco, *Felice Airoidi*, Antonio Rota, Leopoldo Costa, Francesco Zambelli y otros muchos; no pocos habían dado la vida: Bettino Grassi di Schilpario,

18

Aquí también es pertinente aclarar que el término *nipote* en italiano tiene indiferentemente las acepciones de sobrino y nieto, por lo tanto, podría muy bien tratarse inclusive, de un sobrino-nieto de Hilarión.

[...] *Antonio David*, capitán del estado mayor, caído en la defensa de la puerta de San Pancracio.¹⁹

A continuación copio la cita donde se detalla la muerte de Antonio David:

Cantante Giacomo Antonio David. El David, joven entusiasta de la causa de la libertad y admirador de Garibaldi, lo había siempre seguido desde los primeros de agosto de 1848, no pudiendo aspirar al mando de los soldados, atendía con celo incansable al equipaje y a las ambulancias. Fue herido el 5 de junio [1849] y poco después expiraba entre los brazos del oficial *Airolidi*, al cual lo unían especiales vínculos de amistad y parentesco.²⁰

Por desgracia, no encontré más noticias sobre el oficial *Airolidi*, de tal modo que desconozco si, una vez perdido a su amigo y pariente, regresó de Roma a su tierra bergamasca, o qué le sucedió después. Parece no haber participado más en la guerra por la unidad de Italia con los mil de Garibaldi: no

aparece su nombre en la lista de los 180 bergamascos.

No se proporcionan más detalles, así que ignoro si quien escribió esa nota en el manuscrito y el comandante por el gran Garibaldi, fueron la misma persona. Si así fue, la nota tuvo que haber sido escrita en el siglo XIX. Lo mismo sucedió con la búsqueda de los hermanos Butturini, de quienes nada logré averiguar en la obra de Bortolo Belotti.

Fray Hilarión de Bérgamo

En síntesis, hasta ahora, se sabe que Hilarión nació en Bérgamo, tal vez en el año de 1727, y que se llamó Cayetano; que a los 20 años un espíritu de servicio y de humildad —o la pobreza— lo llevó a compartir la vida austera de los capuchinos; que profesó en el convento de Sóvere el 24 de septiembre de 1747, día en que perdió el Cayetano por el nombre de Hilarión (quizá en memoria del anterior Hilarión del convento); que a los 34 años, en 1761, pidió ser inscrito en el libro de los pos-

¹⁹ Bortolo Belotti. *Storia di Bergamo e dei bergamaschi, op. cit.*, vol. VII, p. 198. [Las cursivas en la nota son mías].

²⁰ Caloandro Baroni. *I lombardi nelle guerre italiane 1848-1849*, Cassone, Torino, 1856, v. 2, p. 63.

21
Hilarión de Bérghamo. *Op. cit.*,
traducción del manuscrito, p. 48.

tulantes para las misiones;²¹ que originalmente sus superiores lo habían destinado a la misión del Tíbet pero que, por la muerte de otro capuchino, le cambiaron el destino enviándolo a México como limosnero de la Congregación de Propaganda Fide para fundar, con lo recabado por él, la misión capuchina en el Tíbet; que partió para ese destino el 8 de julio de 1761; que regresó a su ciudad natal el 5 de octubre de 1768; que vivió desde entonces en el convento de Bérghamo, y que ahí murió el 13 de octubre de 1778, a los 51 años.

Es posible, sin embargo, a través de su libro inferir ciertas características de su personalidad. El haber solicitado su inscripción para ser considerado candidato a las misiones, ya deja ver al menos un espíritu inquieto. Quizá la rutina del convento no le satisfacía y por ello decidió buscar la oportunidad de explorar nuevos horizontes. ¿Sabría mínimamente cómo serían los países a donde había que llevar el evangelio y los posibles peligros,

no solamente del viaje hasta la misión, sino también de las condiciones climáticas, culturales y políticas del lugar de destino?

A juzgar por las anotaciones que hace respecto de los peligros a los que se expuso en su viaje a México, podemos apostar por su nula experiencia en viajes, más aún en las travesías marítimas, a las cuales se refiere con terror. Hay también un rasgo que me hace pensar en su espíritu independiente y que se percibe en la preferencia por buscar casa o alojamiento de manera autónoma, incluso rechazando cordialmente algunas invitaciones a permanecer en algún convento. Aquí cabe recordar que, como hermano lego, Hilarión no podía officiar misa ni escuchar confesiones, lo que tal vez le evitaba ser requerido para tales menesteres por las autoridades eclesiásticas locales. Quizá eso también le permitió durante el viaje, y sin apartarse de sus votos de pobreza, obediencia y castidad, gozar de cierta independencia de movimiento.

Propaganda Fide

¿Qué significaban entonces las misiones? ¿Por qué un hermano capuchino de 34 años decide inscribirse para misionero y dejar la vida rústica y de humildad, por la del propagador de la fe en tierras ignotas? ¿Se trata solamente de un cierto interés por conocer el mundo y quizá hasta correr aventuras? ¿O tal vez obedece, en realidad, a que se impregnó del espíritu misionero de la Iglesia romana de su tiempo? Se trataba de una Iglesia que resentía los daños sobre su poder —y sobre sus arcas— de las grandes reformas religiosas del siglo XVI, que tan exitosas habían sido en lo que es hoy el territorio de Alemania, Suiza, Países Bajos, Inglaterra y Escandinavia.

Pero, ¿qué había hecho la Iglesia católica para tratar de mantener su poder en el mundo?

La “Sacra Congregatione de Propaganda Fide” se fundó en Roma, en 1622 [22 de junio], con el objeto de propagar la fe católica en todas partes del mundo. Para cumplir su propósito fundó como instrumentos propios los llamados Colegios de Propaganda Fi-

de. Estos eran conventos en donde se preparaba a los futuros misioneros que partirían a fundar misiones y a evangelizar en regiones de infieles. Misiones y misioneros dependían administrativamente y en sus funciones, de dichos colegios, los que a su vez dependían de la Sacra Congregación de Propaganda Fide.²²

Como ya mencioné, Hilarión se inscribió en el libro de los postulantes para las misiones y, aunque en un principio fue destinado a la misión del Tíbet, terminó viajando a México, como limosnero; de ahí que durante su estancia en el país no estuviera en ningún convento. Hay que apuntar que en aquella época no había en la Nueva España conventos capuchinos para varones, aunque sí para mujeres, de los que había cinco en el periodo de estancia de Hilarión en nuestro país. Tampoco parece que este fraile haya tenido contacto con alguno de los cuatro Colegios Apostólicos de Propaganda Fide existentes entonces.

La razón del viaje de Hilarión a México se encuentra en el libro de otro capuchino venido también a esta tierra por la misma causa, fray Francisco de Ajofrín, quien dice:

22
Eulalia Guzmán. *Manuscritos sobre México en archivos de Italia*, *op. cit.*, p. 169.

Ya habrás oído que los Padres Capuchinos tienen, entre otras cosas, una admirable Misión en el imperio del Gran Tíbet. Pues ahora, para mantener, y aun aumentar obra tan del agrado de Dios, dejó el eminentísimo señor Cardenal Spinola una deuda considerable, no menos que de ciento treinta y cuatro mil setenta y tres pesos, y dos más que a favor suyo tenía contra la Corona de España. Por reales superiores Decretos se ha mandado pagar en Méjico diez mil pesos cada año, hasta la extinción total de la deuda.²³

²³ Francisco de Ajofrín. *Diario del viaje que hizo a la América en el siglo XVIII el P. Fray Francisco de Ajofrín*, 2 vols., Instituto Cultural Hispano Mexicano, México, 1964, p. 7.

²⁴ Hilarión de Bérnago. *Op. cit.*, traducción del manuscrito, p. 98.

²⁵ *Ibidem*, p. 204.

²⁶ *Ibidem*, p. 203.

Esta cita requiere una explicación. La deuda que dejó el cardenal Giorgio Spinola (Génova 1667-1739), representa un legado para la Congregación de Propaganda Fide, cobrable al estado, al igual que las “dos más que a favor suyo tenía contra la Corona de España”, y que el rey autorizó que fueran saldadas a la mencionada Congregación, mediante limosnas obtenidas de los habitantes de la Nueva España. De ahí que primero el padre fray Jerónimo de Jerez (se encontró con Hilarión en mayo de 1763 en Veracruz),²⁴

que retornaba a su provincia de Andalucía tras diez años como procurador de Propaganda Fide; el propio Hilarión; el padre fray Paolo María de Ferrara (viajó hasta Chihuahua, y regresó en 1767 sólo para ser expulsado por el obispo de México);²⁵ el padre fray Lorenzo de Bra, (regresó a Italia junto con Hilarión); y el nuevo presidente (superior) padre fray Felipe de Portogruaro (no llegó a cumplir su mandato por haber fallecido de vómito negro en Veracruz, días después de su llegada en 1767),²⁶ y finalmente, los capuchinos de la provincia de Castilla, padre fray Francisco de Ajofrín, y el lego fray Fermín de Olite, vinieron a la Nueva España con el mismo propósito de recolectar limosnas para entregar a la Congregación de Propaganda Fide.

El manuscrito

El manuscrito que tuve en mis manos, y cuya fotocopia fue la base de la traducción que aquí presento, integra un cuaderno de hojas foliado en la parte superior derecha, del 1 al 293, sin contar el frontispicio ni la última hoja; em-

pastado en cartón con lomo de piel marrón, mide 265 por 180 milímetros; está en buen estado de conservación. Su colocación original entre los manuscritos del acervo de la Biblioteca Cívica de Bérghamo ha cambiado y ahora se encuentra bajo la signatura MMB 408.

Sobre la cubierta en el ángulo inferior derecho, lleva pegada una etiqueta impresa que dice: “Prima Espos. Naz. di Storia della Scienza – Firenze 1929. Inventario N. 1868”; lo que parece indicar que el ejemplar fue exhibido en dicha exposición. Al abrir la cubierta se encuentra el magnífico frontispicio que reproduce y coloqué al inicio del texto en español; en la página siguiente el título completo del texto, lo que hoy se llamaría portadilla. En la tercera hoja aparece de nuevo el título de *Viaggio al Messico* y debajo de él las dos columnas de Hércules con una corona al centro y bajo ésta dos globos terráqueos.

Además de las ya mencionadas, el manuscrito contiene 42 ilustra-

ciones, entre las que figuran dos mapas uno probablemente copiado de otra fuente y el segundo intitulado “Contornos de la laguna de México”, hecho por el autor mismo (en la parte superior lo firma Ilarion fece) para que los lectores puedan conocer las casas, los árboles, las plantas, las flores y los frutos descritos por él. Todas estas ilustraciones profusamente coloreadas en el manuscrito, dan un realce importante y un valor inmenso al texto. En un principio pensé dejarlas como se encuentran en el manuscrito; sin embargo en varios casos, por lo delgado del papel casi se transparentan. Por ello y considerando la calidad de las ilustraciones, decidí limpiarlas. El esfuerzo bien valió la pena. Nótese por ejemplo, la ilustración del arbusto “carne de doncella” (página 152), en la que se ve al pie un monstruo alado y hacia la derecha una niña (¿la doncella?); también destacan la del mangle y la de la flor de nochebuena, ambas extraordinarias. De las restantes, hasta la más sencilla es digna de admiración.

Del autor en el texto

Cuando se encuentra un manuscrito de cualquier índole, lo primero que se busca es conocer el nombre y la vida de su autor para tratar de dilucidar y entender las razones que lo impulsaron a escribirlo. Sin embargo como ya dije, no se conocen hasta ahora datos suficientes sobre el autor, sólo los ya mencionados. Por ello se debe buscar en el propio texto la motivación del escritor para emprender su tarea.

Al inicio del relato fray Hilarión explica:

Habiendo yo escrito mi presente viaje no para el beneficio de otros, sino solamente para mi diversión, aviso por lo tanto a todo aquel que por casualidad me leyese que en él no hay ninguna invención sino la pura verdad, tanto en la descripción de los países visitados como también en la narración de los hechos que me acaecieron.²⁷

Hay aquí, en primer lugar, un prurito de honestidad y luego, una extraña asociación entre los textos “para el benefi-

cio de otros”, con la ficción o la “invención”. Pero hay también implícito en este párrafo, que podríamos llamar de petición de principio, un cierto intento de objetividad, que se acerca mucho a una actitud que hoy llamaríamos científica. Además, el que el autor confiese que no escribe el libro para su publicación, puede explicar el que no haya sido publicado sino hasta 1975. Por otro lado se aclara también por qué en el manuscrito no aparece una dedicatoria, pues en aquellos tiempos muchos libros encontraron el apoyo de personalidades importantes que favorecieron o incluso costearon su publicación. Aunque a veces, la dedicatoria se haría al publicar la obra, no necesariamente al escribirla. Tal parece ser el caso del Viaje.

Es muy probable que el manuscrito fuera completado tiempo después del regreso de la travesía de su autor, pues aunque parezca que Hilarión va narrando lo que le sucede, en otros momentos hace reflexiones (incluso compara los datos y las fuentes de donde obtiene la información, sobre todo geográfica) respecto de los lugares transitados. Por otro lado, las ilustraciones están colocadas donde el

²⁷ Hilarión de Bérnago. *Op. cit.* traducción del manuscrito, p. 47.

texto hace referencia a éstas, lo que podría significar que los dibujos fueron realizados posteriormente, tal vez con base en unos apuntes previos, hechos durante su viaje y estancia en México.

Con seguridad, a su retorno procuró los libros necesarios para completar su narración, centrando su atención en los cronistas de viajes y en los geógrafos y astrónomos; valiéndose probablemente de la biblioteca de su propio convento en la vía Borgo Palazzo, de otras particulares y de la Cívica de la ciudad, que acababa de abrir sus puertas el 13 de febrero de 1768, justo 8 meses antes de su regreso. Esa biblioteca había sido producto de la donación del patrimonio libresco personal del cardenal Giuseppe Alessandro Furietti (1684-1763), jurista, literato, historiador y estudioso de la Antigüedad clásica, de origen bergamasco y aceptada cuatro años antes por el Consejo de la ciudad.²⁸ Tampoco descarto que fray Hilarión haya podido consultar también la valiosa Biblioteca Nacional Marciana de Venecia, en funciones desde el siglo xv y que desde una ley de 1603 contó con un ejemplar de cada libro impreso en la Serenísima República de Venecia.²⁹

Así es que Hilarión tuvo acceso a buen material. Incluso algunos libros que consultó no fueron publicados en español sino mucho tiempo después. El primer autor que cita es Giovanni Francesco Gemelli Careri, autor del Giro del mondo —donde se encuentra el Viaje a la Nueva España— que fue publicado por primera vez en la ciudad de Nápoles entre 1699 y 1700 —se trataba de seis a nueve volúmenes según el formato—. Entre esa fecha y 1728 se hicieron seis ediciones de la obra,³⁰ tanto en Nápoles como en Venecia; sin duda fue alguna de esas versiones la que consultó el autor, dado que la primera traducción al español se publicó en Madrid en 1763-1791. El segundo autor citado por Hilarión es Antonio de Solís. Su libro *Istoria della conquista del Messico, della popolazione e de'progressi nell'America Settentrionale, conosciuta sotto il nome di Nuova Spagna* fue traducido al toscano por un académico de la Crusca en Florencia, impreso por Giovanni Filippo Cechi, 1690-1699,³¹ uno de cuyos ejemplares estaba, con seguridad disponible en alguna de las bibliotecas de entonces. También hace referencia —aunque equivoca el nombre de

28

Vid., Bortolo Belotti, *op. cit.*, v. vi, pp. 90-91.

29

Vid. Storia, en el portal de la Biblioteca Nazionale Marciana [on line]: <http://marciana.venezia.sbn.it/>

30

En Giovanni Francesco Gemelli Careri. *Viaje a la Nueva España*, Francesca Perujo (editora), Instituto de Investigaciones Bibliográficas, UNAM, México, 1983, p. LXXI.

31

En Giovanni Francesco Gemelli Careri. *Op. cit.*, p. LVII, nota 29.

pila— al comerciante milanés Girolamo Benzoni (no Lorenzo) y su libro *Historia del Nuevo Mundo*, publicado en Venecia en 1565, obra muy difundida en Italia por su carácter crítico y antiespañol. Los demás autores que consultó, con excepción de Pietro della Valle—quien describió sus viajes al Oriente—, fueron filósofos, matemáticos, geógrafos o astrónomos, de quienes obtuvo la información y/o confirmación sobre la situación geográfica de los lugares visitados.

Con la libertad de interpretación que me concede la ignorancia sobre la vida del fraile, puedo avanzar tres posibles lecturas de su texto, que contribuyan a comprender las razones que lo impulsaron a resaltar o criticar ciertos actos y costumbres que vio durante su viaje.

La primera es leer el texto como una crónica o diario de viaje de un extranjero que, se aventura por vez primera fuera de su provincia de nacimiento y formación. Por medio de su narración se pueden conocer sus preocupaciones de salud; su total ignorancia sobre viajes marítimos y asuntos de navegación; sus gustos, placeres y fobias; que reflejan no sólo las costum-

bres civiles de la Italia del siglo XVI, sino también el comportamiento que espera de los habitantes de un virreinato como entonces era la Nueva España. A propósito, Hilarion parece visionario y casi profeta pues intitula su libro *Viaje a México*, y ni siquiera en el subtítulo menciona a la Nueva España (aunque sí que se sitúa en América Septentrional). Por otro lado, la lectura puede servirnos para conocer algunos particulares sobre los viajes trasatlánticos de aquella época, la experiencia de viajar en barco y los pasatiempos de los pasajeros, así como los usos y costumbres de los habitantes de ese “México” dieciochesco que, por ser diferentes para un extranjero, le llaman la atención más que a nosotros.

Muchas veces durante el tiempo que dediqué a la traducción, me encontré con que en materia de costumbres, poco ha cambiado en nuestro país a aproximadamente 240 años de distancia del relato, lo que de alguna manera confirma la tesis de que “mientras más cambie una cultura, más permanece siendo la misma”.

Norbert Elias, en su obra *El proceso de la civilización*,³² propone la tesis

³² Vid. *El proceso de la civilización, investigaciones sociogenéticas y psicogenéticas*, de Norbert Elias, FCE, México, 1987.

de que los cambios en el comportamiento de los individuos y las sociedades donde se desenvuelven, son resultado de un proceso de larga duración.

Una tercera lectura puede revelar cómo era visto México frente al mundo, desde los ojos de un hombre religioso del siglo XVIII: la percepción que éste tuvo de sus habitantes, los problemas que visualizó y finalmente los prejuicios que le impidieron entender ciertas costumbres y actitudes de los mexicanos de aquella época.

Por supuesto existen infinidad de razones por las que vale la pena acercarse a esta crónica que, con su frescura y hasta candidez, muestra un panorama claro del lugar y sus acontecimientos; algunos de ellos de gran trascendencia histórica, como la expulsión en 1767 de los miembros de la Compañía de Jesús de todo del territorio “mexicano”, por orden del rey Carlos III, que menciona en la página 190 de esta traducción; y otros no tan importantes pero sí dignos de interés, por ejemplo la sublevación en 1766 de los mineros que trabajaban algunas minas de Real del Monte en el

actual estado de Hidalgo, propiedad del señor Pedro Romero de Terreros.³³

También son sugestivas las intrigas entre los miembros de la misma Orden de los capuchinos, vividas, sufridas y narradas por nuestro escritor. Fray Hilarión vino a México dos años antes que otro fraile capuchino —ese sí sacerdote— y después coincidió con él. Como Hilarión, ese fraile vino también como limosnero y escribió igualmente sobre su viaje y estancia en la Nueva España; su libro, que desde hace tiempo es lectura obligada para quien se interese en conocer datos sobre nuestro país durante esa época, se titula *Diario del viaje que hizo a la América en el siglo XVIII el p. fray Francisco de Ajofrín*.

Es posible contrastar las opiniones de estos dos religiosos sobre argumentos, sucesos y vivencias transcurridas en el mismo contexto espacio-temporal; si bien el padre Ajofrín era un sacerdote más ilustrado que el nuestro, escribe mejor y es un observador más agudo e irónico; parece creer a pie juntillas una serie de “milagros” atribuidos a imágenes, mismos que refiere en su texto. En ese sentido, Hilarión es más cauto y no hace suyas las

33

Sobre el tema se puede consultar la introducción de Luis Chávez Orozco en *Conflicto de trabajo con los mineros de Real del Monte, año de 1766*, INEHRM, México, 1966.

aseveraciones de otro respecto de los supuestos milagros; por otro lado lo supera en habilidad para dibujar y colorear sus ilustraciones, lo que enriquece su narración con elementos pictóricos propios de un naturalista de su tiempo.

Los relatos de viaje

Los relatos de viaje han sido siempre una buena fuente de acercamiento a la historia y la cultura de los países visitados. México no ha sido la excepción: a partir de la Conquista de Tenochtitlan por Hernán Cortés y narrada por él mismo para el rey Carlos I en 1521, muchas otras crónicas han dejado constancia del asombro, la admiración y curiosidad por conocer, interpretar y describir lo que vieron los expedicionarios.

Existen numerosas crónicas, relatos y narraciones sobre nuestro país; de cada uno de éstos se puede obtener valiosa información de diversa índole. Sin embargo, hay que tratar de discernir en lo posible el objetivo que el viajero o el cronista persigue y desde dónde hace sus observaciones. Todo

relato de viaje parte de la comparación entre la cultura y la lengua del viajero y las que encuentra en el lugar de destino. Por otro lado, el viajero escribe con la finalidad de ser leído en su lugar de origen; es decir, escribe para sí mismo y para los de su propia cultura. En este sentido los viajeros van a observar el entorno, los habitantes y las costumbres del lugar de llegada desde su propia cosmovisión y por ello, no siempre entenderán o interpretarán de manera adecuada los sucesos, actitudes, comportamientos, costumbres y tradiciones del pueblo o pueblos que los reciben. Como propone Williard Quine, es difícil que una persona ajena pueda entender los términos lingüísticos de una cultura, “si no tiene información sobre la cultura indígena y si no sabe cómo categorizan los nativos sus experiencias, si nombran cosas, partes de cosas o acontecimientos que en su conjunto comprenden la aparición de una determinada cosa.”³⁴ Así sólo algunos de los visitantes que buscan en realidad asimilarse a la cultura del lugar, logran una observación más “objetiva”; por ello es tarea de los traductores, prologuistas o presentadores de las obras

34

Williard van Orman Quine.
Apud Umberto Eco, *Decir casi lo mismo, experiencias de traducción*, 2003, Lumen, México, 2008, p. 48.

de esos viajeros, evidenciar los aciertos y los errores de los observadores.

Al respecto consulté dos prólogos, ambos de la pluma de Berta Flores Salinas, en sus libros sobre los viajeros venidos a México: *México visto por algunos de sus viajeros (siglos XVI y XVII)* de 1964 y *México visto por algunos de sus viajeros (siglo XVIII)* de 1967 respectivamente.

En el primero, la prologuista menciona que su intención es desentrañar las motivaciones de los viajeros y su importancia y siguiendo la tendencia de explicar lo más próximo por lo más lejano, dar a conocer y apreciar las descripciones de los primeros extranjeros que nos visitaron. Flores Salinas da cuenta también del método utilizado para los estudios historiográficos comparativos: señalar los aspectos y temas distintivos en cada uno de los testimonios, así como los generales o comunes a todos. Después resalta la importancia que estos testimonios revisten, por el hecho de haber sido ellos —en mayor o menor grado— quienes dieron a conocer la Nueva España en tierras europeas.

En el segundo libro explica que los relatos de viaje, además de sig-

nificar descripciones de tierras y costumbres cuya existencia era desconocida o poco conocida, revelan el pensamiento que impulsó a sus autores a realizarlos, de suerte que permiten al historiador, al etnólogo, al investigador o al simple curioso, reconstruir un periodo histórico, a veces como fuente única por la rareza de los textos.

Otra autora que consulté, especialmente por ocuparse de autores italianos y porque nuestro Hilarión hace muchas referencias a los autores traducidos por ella, es la doctora Francisca Perujo Álvarez, entre cuyas tantos trabajos figuran dos, con sus respectivas introducciones: uno para el libro de Giovanni Francesco Gemelli Careri, *Viaje a la Nueva España* y el otro para el libro de Francesco Carletti, *Razonamientos de mi viaje alrededor del mundo (1594-1606)*, ambos publicados por el Instituto de Investigaciones Bibliográficas de la UNAM, en 1983.

En la introducción al primero, Perujo hace referencia a muchos de los más importantes autores de relatos de viajes del siglo XVI y del XVII: destaca la importancia que tuvieron para el conocimiento del Nuevo Mundo y su impacto en el Viejo continente, hacien-

do notar que algunas de estas obras no vieron la luz cuando fueron terminadas por sus autores. Explica cómo, en contraste, el texto por ella traducido del italiano al español fue en su momento una de las fuentes más consultadas por los europeos, habiendo aparecido por primera vez en la ciudad de Nápoles, en 1700.

En la segunda introducción, esta vez para el libro de Francesco Carletti, la investigadora apunta la importante influencia que la información sobre las tierras lejanas ejerció en la conciencia europea, lo que propició la escritura y publicación de muchísimos libros de viajes —verdaderos o ficticios—, así como la realización de mapas y cartas de navegación. Para concluir ambas introducciones, la investigadora presenta una semblanza general de los autores traducidos, situándolos históricamente.

Es preciso a estas alturas, resaltar la importancia de los primeros cuatro volúmenes del *Anekdótico de viajeros extranjeros en México. Siglos XVI-XX*, de José Iturriaga de la Fuente, publicados por el Instituto Nacional de Bellas Artes y el Fondo de Cultura Económica como reimpressiones en 1993 y 1994,

meritorios del Premio Internacional Malcolm Lowry de 1988. En ellos el autor reseña algunas de las obras que a su criterio resultan interesantes por algún aspecto general o aspectos particulares, los cuales cita entresacándolos de los escritos de los autores que trata. Es impresionante la cantidad de libros de escritores extranjeros que encontró que tratan asuntos mexicanos. El doctor Iturriaga, en bibliografía II, enumera a mil seiscientos autores con 1921 obras, para los cinco siglos, materia de su investigación.³⁵

Ya en el principio referí que la maestra Eulalia Guzmán supo del manuscrito del *Viaje a México*; de la misma manera hay que anotar que el doctor Iturriaga menciona en el primer tomo de su obra citada, el libro publicado de la transcripción hecha en Bérnago en 1976, por María Laura Bruno.³⁶

A partir de la lectura de varios relatos de viajes me he dado cuenta de que las razones que inspiran a los narradores son innumerables, y que éstos no siempre han tenido la conciencia de los alcances que sus escritos pudieran adquirir en el futuro. A propósito, me viene a la mente el *Ensayo político del reino de la Nueva España*, del barón Alex-

35

José Iturriaga de la Fuente. *Anekdótico de viajeros extranjeros en México. Siglos XVI-XX*, INBA/FCE, México, 1993-1994, t. IV, p. 327.

36

Ibidem, t. I, p. 280.

ander von Humboldt, quien en sus escritos evidenció la gran cantidad de riquezas naturales de la Nueva España, que despertaron el apetito de capitalistas, banqueros y aventureros europeos y estadounidenses. Estos cronistas de viajes tampoco pudieron prever cuál sería la recepción otorgada a sus trabajos, tanto en su lugar de origen como en los lugares que visitaron.

A fin de no contaminar con mis juicios a los posibles lectores del Viaje a México, no abundaré más sobre el relato, de modo que cada quien haga su propia lectura.

La primera publicación

Ya mencioné que el manuscrito del *Viaje a México* fue paleografiado y transcrito al italiano mismo por María Laura Bruno en 1975, esta vez para su publicación en el boletín de la biblioteca donde el original se encuentra depositado y meses después publicado como libro independiente. Por desgracia en ninguna parte del libro publicado aparece el tiraje, así

que no podemos saber qué tan grande fue su difusión.

De todos modos sobre esta publicación, tengo que hacer algunos comentarios: de manera lamentable la transcripción y por ende, la publicación no está completa. Además, el texto original —ya de por sí tachado en varios lugares, no sabemos por quién—, sufrió la censura por parte de la transcriptor, omitió algunos párrafos y partes enteras del texto.

El manuscrito fue también microfilmado y traducido al inglés por William J. Orr, con el título *Daily Life in Colonial Mexico. The Journey of Friar Ilarione da Bergamo 1761-1768*, editado por el traductor mismo y por Robert Ryal Miller y publicado por la Universidad de Oklahoma, Estados Unidos en el año 2000. Tampoco esta publicación puede considerarse una transcripción completa del texto, debido a que los editores no respetaron la estructura narrativa original del autor. Sobre esta grave alteración se argumentó, entre otras cosas que “al texto original le falta pulimento”³⁷ y con esta excusa reorganizaron el escrito con el presunto fin de ofrecer a los lectores de habla inglesa la información de manera

³⁷ William R. Orr y Robert Ryal Miller. *Daily Life in Colonial Mexico, The Journey of Friar Ilarione da Bergamo 1761-1768*, University of Oklahoma Press, Oklahoma, 2000, p. 18.

“ordenada”. Asimismo añadieron un título, que se volvió el principal, completamente arbitrario y —hasta donde yo percibí del manuscrito— ajeno a las intenciones de nuestro Hilarión. Es evidente que los editores no se percataron de que Hilarión hizo su viaje al reino de la Nueva España, que era gobernado por un virrey que gozaba de una relativa autonomía respecto de la Corona española y no a una colonia, como ellos pretenden, quizá por el hecho de que viven en lo que fueron colonias británicas, antes de su independencia.

Resulta lamentable también que ambas publicaciones, se hayan servido de ilustraciones ajenas a las realizadas por Hilarión para la portada del libro y que en ninguna de las dos aparezcan éstas en su totalidad. En el caso de los editores estadounidenses, admiten no haberlas incluido porque “no todas estas ilustraciones tienen valor científico o histórico”³⁸ cuando en realidad, éstas son parte esencial del trabajo de nuestro autor. Tal omisión demerita el empeño y diligencia del fraile por ofrecer ilustraciones prolijas de las frutas y plantas, de algunas casas con sus habitantes e incluso, de mapas

que realizó o copió de otras fuentes para completar su narración. Ignoro, por ejemplo, si en otros países las haya, pero creo que para México se trata de las primeras ilustraciones que se hicieron de la hamaca.

Sobre la traducción

Debo decir, en primer lugar, que para realizar esta traducción me fue muy útil una estancia de varios meses en Bérghamo, que utilicé para llevar a cabo una investigación en la biblioteca más importante de la ciudad, justamente donde, como ya he dicho al principio, se encuentra depositado el manuscrito. Durante ese periodo consolidé algunas amistades entrañables con historiadores locales y con parientes políticos, quienes junto con los empleados de la misma biblioteca, los camareros de los restaurantes donde comía, entre otros, me fueron educando el oído en ese dialecto tan difícil que es el bergamasco.

Si la lengua de un pueblo es siempre el reflejo y resultado de una determinada cultura, en el caso específico del bergamasco, se trata de un len-

³⁸
Ibidem, p. 19.

guaje muy apropiado para una comunidad eminentemente rural que no obstante haber dado un buen número de escritores, poetas, filósofos, naturalistas, etcétera, posee cualidades muy arraigadas de la tradición artesanal; hay que notar que la provincia de Bérgamo ha sido cuna de grandes artistas: arquitectos, pintores, escultores, ebanistas, constructores, artesanos, e incluso de obreros y albañiles que aún hoy día son buscados por su gran capacidad de trabajo y responsabilidad. La candidez de la narración y la calidad de las ilustraciones de nuestro autor son, sin duda, prueba de ello.

El primer dilema de la traducción comenzó con el nombre mismo del autor. Existen varios santos que llevan el nombre de Hilario; sin embargo, hay uno cuyo nombre fue Hilarión, originario de Gaza, en Palestina. Como me pareció que el nombre de Hilario resultaba muy seco, me incliné, concluida la traducción y con mayor conocimiento de la personalidad del autor, por el más familiar, en mi opinión: Hilarión.

Dado que nuestro personaje-autor fue una persona extremada-

mente sencilla en su trato y personalidad (ya juzgará el lector), me propuse traducir y conservar su propia forma de construcción de las expresiones, buscando una compenetración más íntima entre el lenguaje original y el español de uso común en el México de nuestros días. Aquellos afortunados que conozcan los dos idiomas notarán que, con el pasar de los años, Hilarión sufre lo que algunas personas bilingües después de un tiempo de residencia en México, terminan escribiendo o hablando en una especie de “itañol”.

Debo agradecer a Hilarión la forma simple de construir su relato, pues eso facilitó mucho acortar la distancia entre el italiano de entonces y el español de hoy. Estoy convencido de que el lector no tendrá gran dificultad para entender el pensamiento y la articulación lingüística del autor a través de la traducción. Quisiera aquí establecer mi completa adhesión a la idea propuesta por Umberto Eco, de que, “la traducción se basa en procesos de negociación, siendo la negociación, precisamente, un proceso según el cual para obtener una cosa se renuncia a otra y al final, las partes en juego deberían salir con una sensación de

39
Umberto Eco. *Decir casi lo mismo.*
Experiencias de traducción, p. 25.

razonable y recíproca satisfacción a la luz del principio áureo por el que no es posible obtenerlo todo.”³⁹ Esto por supuesto, no exime al traductor de llevar a cabo esa continua “negociación” del modo más exhaustivo y honesto posible. En síntesis, de la mejor manera. Sin embargo, ruego la benevolencia de los lectores para el caso de que encuentren algún error de interpretación o de traducción en el texto en español. Además, se me podrá decir que el autor italiano descansa ya en su tumba y podría no haber estado de acuerdo con mis “negociaciones”. En ese caso, ya que su obra refleja un temperamento bondadoso, seguro estoy de que rezará por la salvación de mi alma traidora.

El único caso de un fragmento que no me atreví a traducir fue la cita de un extracto del libro *La Jerusalén libertada*, del poeta Torcuato Tasso,⁴⁰ para lo cual descarté la versión en español de la Colección Sepan Cuántos de Porrúa por parecerme que —tras comparar el fragmento original con el traducido— poco reflejaba del texto y la idea originales, así que me valí de una traducción en octavas reales, de Juan Sedeño de Arévalo,⁴⁰ “poeta y es-

critor español de mediados del siglo XVI, quien posiblemente residiera en Italia, donde completara su educación literaria y quien además de conocer perfectamente la lengua italiana, poseía vastos conocimientos de latín”.⁴¹

Tampoco traduje las tres oraciones diarias utilizadas por los católicos y algunos cristianos, que Hilarión transcribió del náhuatl, pues además de que en aquella época se rezaban en latín durante la misa, son hoy bien conocidas por una buena parte de los mexicanos e italianos y fácilmente accesibles al público en general.

Todas las palabras que Hilarión escribió en español en su texto las puse en cursivas, para que el lector sepa que así aparecen en el manuscrito y por tanto no requieren traducción.

Desde luego cambié mucha de la puntuación original, en aras de una mejor comprensión para el lector de siglo **xxi** y con el propósito de lograr otra característica que Umberto Eco llama el “efecto”: tratar de acercar al lector a la intención (naturalmente, según el traductor) del autor en ese determinado pasaje.⁴²

Me resta aclarar que algunas palabras encontradas en el manuscrito

40
Torcuato Tasso. *La Jerusalén libertada.*
Poema heroico escrito en italiano por
Torcuato Tasso; y traducido en octavas
castellanas por Juan Sedeño, Imprenta
de la viuda e hijos de Gorchs,
Barcelona, 1829.

41
Enciclopedia Universal Ilustrada,
Espasa Calpe.

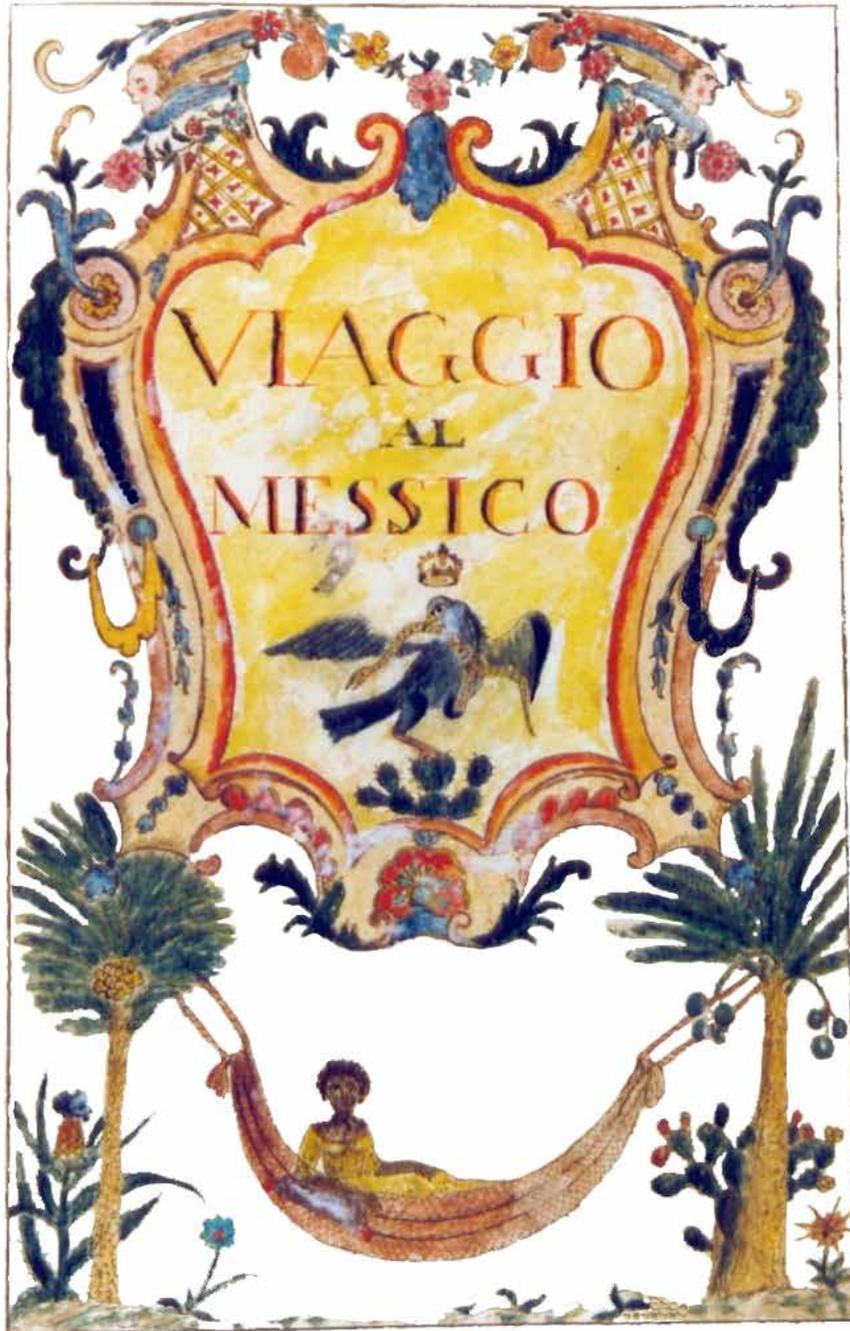
42
Umberto Eco. *Op. cit.*,
pp. 72-101, *passim*.

fueron escritas de modo incorrecto o bien han caído en desuso; por fortuna, en algunos casos su significado en español es anotado por el autor mismo, de manera que sólo me topé con unas cuatro palabras que fueron intraducibles, que dejé en el texto con mayúsculas en espera de averiguar su significado específico, sin que por ello dejaran de ser comprendidas.

Por desgracia en Italia no existe —hasta donde yo sé— un diccionario “oficial”, como puede ser para ser nuestra lengua el de la Real Academia Española, así que recurrí al mayor número posible de diccionarios de la lengua italiana que he incluido en la bibliografía. Por otro lado, mi matrimonio afortunado de casi 34 años con una mujer italiana, María, y el haber trabajado en la ciudad de Milán durante diez años, ciertamente facilitó mi trabajo de traducción.

Martín Clavé Almeida.

Ciudad de México, marzo de 2013.





Fue siempre costumbre de los viajeros escribir los propios viajes para común instrucción (aun cuando muchos de ellos han intercalado en sus escritos varias invenciones y narraciones de cosas imposibles y del todo vanas, las que no sólo no sirven a iluminar a los que vendrán, sino que despiertan desconfianza para creer aun las cosas verdaderas).

Habiendo yo escrito mi presente viaje no para el beneficio de otros, sino solamente para mi diversión, aviso por lo tanto a todo aquel que por casualidad me leyese que en él no hay ninguna invención sino la pura verdad, tanto en la descripción de los países visitados como también en la narración de los hechos que me acaecieron.

No he descrito las rarezas vistas en las distintas ciudades de nuestra Italia, por ser conocidas por todos, habiéndome limitado a nombrar únicamente las ciudades y los principales lugares por donde transité.

He adornado este itinerario mío con diferentes figuras de plantas, flores, y frutos americanos, [hay dos renglones tachados en el texto].

Ahora bien, en el año de 1761, escribí al reverendísimo padre Amado de Lamballa, procurador y comisario general nuestro, rogándole de inscribirme en el libro de los postulantes para las misiones; fui rápidamente complacido, y para abreviar mi expedición escribí a monseñor Marefoschi, secretario de Propaganda Fide, hoy cardenal, el cual obró junto con el reverendísimo padre procurador nuevo, que era el reverendísimo padre Jerónimo de Caltanissetta, siciliano, para que me fuera expedida la obediencia de presentarme en Roma para saber las disposiciones de la Sagrada Congregación; recibida entonces la obediencia, en la cual venía la orden de transferirme a Parma y de ahí hacerme acompañar del padre Mariano de Borgo San Donnino, siendo él también llamado a Roma para ser enviado a las misiones de la Georgia; yo temía ciertamente deber ser enviado al Tíbet, pero ésto no sucedió, como se verá.

Me despedí de mis parientes con aquel mutuo dolor que cada uno se puede imaginar; salí de Bérgamo el 8 de julio de 1761, fui a Caravaggio, donde en aquel santuario me encomendé a la Santísima Virgen para la felicidad de mi viaje; después me dirigí a la ciudad de Crema, después a Plascencia, pasé luego los burgos de Fiorenzuola y san Donnino, llegué a Parma en donde me esperaba el susodicho padre Mariano con el cual acordamos hacer el viaje a Roma por el lado de Toscana: nos entretuvimos algunos días en Parma, luego iniciamos nuestro viaje y fuimos a Reggio, Módena, Bolonia y Florencia, donde recibí carta de Roma en la cual se me avisó que el cardenal prefecto de Propaganda había cambiado parecer sobre mi destino, y que no se me enviaba al Tíbet, sino a México: la razón de tal cambio fue porque en ese mismo tiempo se murió un cierto fray Lorenzo de Mentón, capuchino genovés, el cual era destinado por Propaganda para México, por ello me sustituyó en vez de él, y en vez de mí fue enviado al Tíbet uno de la provincia toscana, el cual después murió en el viaje en Bombay en el Malabar.⁴³

⁴³
Malabar. Región del
sur de la India.

Después de Florencia pasamos las ciudades de Prato, Pistoia, Lucca, Pisa y Livorno, donde llegamos hacia la mitad de agosto. En todas las mencionadas ciudades nos entretuvimos algunos días para ver todo aquello que en éstas hay de considerable; es decir: iglesias, palacios, galerías, jardines, antigüedades y otras cosas.

En Livorno nos entretuvimos diez días, y tuve la fortuna de encontrarme con el padre José de Rovato, que había regresado de Roma y había venido a este puerto para embarcarse para Alessandretta o Aleppo, no pude contener las lágrimas al abrazar a dicho padre, ya que además del amor que le profesaba, yo era destinado a ser su compañero en el Tíbet, si no hubiera sucedido el cambio por México.

Sucedió que en el momento de embarcarme con mi compañero para Civitavecchia, llegó una orden de Roma para el mismo de regresarse a Parma, su provincia; él, a su pesar, debió cumplir la orden, y yo al día siguiente me embarqué sobre una falúa⁴⁴ livornesa, la cual por estar muy cargada y habiéndose alzado el viento lebeche,⁴⁵ que siempre ocasiona marea y por ser la primera vez que yo navegaba, tuve mucho miedo: el tercer día llegué a Civitavecchia, fui a nuestro convento poco distante de la ciudad, y el día siguiente partí para Roma por vía terrestre y solo, pasé por Tolfa y Bracciano, y entré a Roma el 11 de septiembre; me presenté al reverendísimo padre procurador general, del cual fui acogido con amor, y por él mismo entendí ser destinado para México en calidad de procurador para Propaganda Fide, es decir buscar limosnas para el mantenimiento de nuestros misioneros en el reino del Tíbet y otros reinos adyacentes, a los cuales misioneros dicha Propaganda remite cada año cierta suma de dinero para su mantenimiento.

Después de algunos días me presenté al señor Marefoschi, secretario de Propaganda, y mientras que por este prelado se preparaban mis despachos, me dediqué a ver Roma.

También el excelentísimo Spinelli, prefecto de Propaganda, quiso verme; para ello envió a llamarme al convento, me entretuvo consigo un buen rato y me despidió encargándome los intereses de Propaganda en México. Después de 20 días de permanencia recibí del señor secretario las credenciales para el obispo de México, así como también cartas de recomendación para el arzobispo de Génova y para el obispo de Cádiz, con el decreto de Propaganda como compañero de los misioneros del Tíbet por diez años; partí de Roma, fui a Albano a visitar al reverendísimo padre Francisco María de Bérghamo, actual predicador pontificio,

44

Falúa. Embarcación ligera, alargada y estrecha, utilizada generalmente en los puertos y en los ríos.
Diccionario de la lengua española.

45

Lebeche. En el litoral del Mediterráneo, viento sudoeste.
Diccionario de la lengua española.

regresé después de dos días a Roma, donde en Ripa Grande, me embarqué en una falúa napolitana para llegar a Civitavecchia por el Fiumicino, así llamado el [río] Tíber, que conduce al antiguo puerto de Ostia: llegué a Civitavecchia el 14 de octubre, donde por falta de barco para Livorno o Génova me debí entretener 18 días.

En este puerto vi la función de lanzar al mar una fragata de guerra de 36 cañones, hubo gran asistencia de gente, mucha sinfonía y disparo de la artillería del castillo. Me embarqué finalmente sobre un filibote⁴⁶ genovés, habiendo hecho mis provisiones para comer y beber en el viaje, ya que el dueño de la embarcación me ofreció por caridad solamente el transporte; el 23 de octubre nos hicimos a la vela y en nueve días de navegación llegué a Savona, hacia donde se dirigía el barco.

Esta ciudad es pequeña y tiene un puerto correspondiente capaz de acoger barcos pequeños; dista de Génova 30 millas en la ribera poniente; a tres millas cerca de esa ciudad hay un célebre santuario de una Virgen milagrosísima llamada de la Misericordia, pero no fui a verlo porque había un barco listo para Génova, donde llegué en menos de tres horas.

Es de notarse que en esta pequeña navegación de Civitavecchia a Savona tuve muchísimo temor, que yo mismo algunas veces me juzgaba irremediablemente perdido, esperando de momento a momento ser sumergido por las olas, pero eso se debía a que yo no tenía ninguna práctica de navegar y viendo el mar ferozmente agitado sufría angustias terribles, y en tales ocurrencias permanecía arrinconado haciendo oración con fervor; eso sucedía particularmente en el mar de Toscana, donde no solamente yo, sino otros pasajeros y aun la tripulación, estuvimos muy angustiados, ya que después de muchas horas de mar muy borrascoso debimos acercarnos a tierra en una especie de bahía o ensenada suficientemente reparada del viento; pero librados del peligro de la borrasca estábamos cerca de otro tal vez mayor, pues supimos por otra nave que pasó cerca de nosotros, que había no muy lejos cinco jabeques⁴⁷ argelinos, por lo que estuvimos toda la noche en vela; de ahí partimos en la mañana habiéndose calmado el mar, pero en el transcurso del viaje se levantó otra borrasca, por la cual tuvimos que

46

Filibote. Embarcación semejante a la urca, de dos palos, de popa redonda, y alterosa.
Diccionario de la lengua española.

47

Jabeque. Embarcación costanera de tres palos, con velas latinas, que también suele navegar a remo.
Diccionario de la lengua española.

dirigirnos a Livorno, donde llegamos de noche; apenas fueron echadas las anclas se oyó que la nave tocaba el fondo, por lo cual el dueño y los marineros estaban muy angustiados; se alzó al mismo tiempo un gran temporal, cayó una lluvia directísima, se habían apagado las luces, y todo era una gran confusión: finalmente después de muchos cansancios, la sacaron de aquel sitio y para conducirla a mejor lugar era necesario pasar entre dos naves de alto bordo, y por ser el pasaje estrecho y el mar agitado, nuestro barco estuvo en gran peligro de ser hecho pedazos por los otros barcos mayores, de modo que el dueño y los marineros a gran voz gritaban pidiendo ayuda, por piedad; pero ninguno apareció, al contrario la tripulación de las dos naves entre las que debíamos pasar no quería en ningún modo que pasáramos por ahí, y con gritos, blasfemias y amenazas querían hacernos retroceder, pero fueron tantas las súplicas y las humillaciones de los nuestros que por fin nos dejaron pasar; mientras tanto yo tomé mi crucifijo con las escrituras y algún dinero que tenía, dejando mis otras cosas abandonadas y me alisté, en caso de accidente siniestro, para treparme y subir a alguna de las naves cercanas para salvarme la vida.

Llegado a Génova, me dirigí a aquel señor arzobispo, José María Saporiti, al cual presenté la carta del excelentísimo prefecto, y del mismo arzobispo recibí 50 escudos romanos, con órdenes del susodicho cardenal de comprar con ellos algunas provisiones necesarias para mi viaje.

Me entretuve en Génova casi tres meses esperando embarcación para España, y mientras tanto me dediqué a ver las rarezas de aquel dominio: finalmente arreglé mi transporte a Cádiz con el capitán Orebick, raguseo,⁴⁸ sobre su fragata llamada san Nicolás, de 300 toneladas, al cual hice desembolsar [sic] cien liras genovesas para ser pasajero de camarote y sentarme en su mesa; no fue un gasto exorbitante, pues fui bien tratado todo el viaje.

El 19 de enero de 1762 me despedí de algunos amigos míos y por ellos fui acompañado a bordo. El 20 nos hicimos a la vela y por dos días se caminó con viento próspero, luego tuvimos un poco de calma; el quinto día llegamos al golfo de León, el cual atravesamos en dos días, a [pesar] del temor que se tenía (pues es siempre bravo), lo transitamos felizmente; después vino de nuevo calma, que nos

48
Raguseo. Originario de
Ragusa, actual puerto de
Dubrovnik, en Croacia.

hizo permanecer a la vista de las islas Baleares, es decir Mallorca, Menorca e Ibiza; la noche del 30 tuvimos el viento casi en popa y se viajó mucho por dos días; el resto de la navegación fue mediocrementemente feliz.

En la nave cada día (excepto aquellos de gran viento) se celebraba la santa misa por el padre capellán, que era el padre José Macali, de Crema, carmelita, y cada noche se rezaba el rosario, para lo que acudían todos los pasajeros y los marineros y se cantaban otras oraciones por la felicidad de nuestro viaje; en tiempo de calma algunos pasajeros divertían el aburrimiento que se sufre estando quietos, con el sonido de varios instrumentos, además, la variedad de los mismos pasajeros, que con la diversidad de sus narraciones causaban en mi ánimo una cierta impresión, que me parecía estar en un nuevo mundo volante, ya que al encontrarme aún en el principio de mi viaje no tenía todavía aquella experiencia que adquirí después: Los pasajeros eran más de ciento veinte aunque sólo cuatro de popa, entre los cuales uno era yo como he dicho antes; había venecianos, ilíricos,⁴⁹ malteses, napolitanos, genoveses, piamonteses y otros con algunas mujeres.

⁴⁹ Iliria. Región montañosa en la costa de Albania

En el transcurso del viaje se descubrió a lo lejos un jabeque moro, a la vista del cual nuestro capitán hizo cargar los cañones, que eran 24; hizo alistar los fusiles, los sables y otras armas; puso el gallardete o banderola en el árbol maestro y las cubiertas a las gavias,⁵⁰ como si fuera una nave de guerra, y lo hizo para engañar al enemigo, como de hecho logró; hizo subir a toda la gente sobre el puente de cubierta a la vista y, finalmente, todos estaban listos a defenderse en caso de ataque, pero cuando el jabeque estuvo a la distancia necesaria para descubrir con el catalejo nuestras (en parte falsas) fuerzas, se alejó.

⁵⁰ Gavia. Denominación general de toda vela cuadra que se larga en un mastelero. *Enciclopedia general del mar.*

Ahora, creyendo de dirigirme directamente a Cádiz, pues tal era mi contrato con el capitán, fui por él engañado, llevándome a Málaga y ahí echamos ancla, dando por excusa la necesidad de agua y otras cosas, pero la verdad era que tenía que entregar ahí su carga. El mismo día que anclamos, que fue el 6 de febrero, décimo octavo día después de nuestra partida de Génova, salté a tierra con el padre capellán y fuimos a nuestro convento de capuchinos a un pequeño trecho fuera de la ciudad hacia el norte; fui recibido por aquellos religiosos con abrazos como acostumbran recibir a los forasteros en toda España.

Nos condujeron a los dos al refectorio y nos dieron de comer; pero comí poco, por ser la primera vez que probaba alimentos cocinados a la española; si bien la olla⁵¹, de la cual también nos dieron, cuando está bien hecha, resulta una cosa muy buena, tampoco la comí, viendo aquella mezcla de carne, manteca entera, yerbas, garbanzos, arroz, etcétera. Después de la comida, se acercaron alrededor todos los religiosos para discurrir con nosotros, pero como ni ellos nos entendían ni nosotros a ellos, la conversación se concluyó en un paseo a la huerta del convento, la cual es verdaderamente deliciosa, habiendo entre otras cosas un bellissimo andador de cítricos bien altos y todos cargados de fruta; había también varias plantas de palmas que producen los dátiles.

Observé aun otra cosa notable y fue que vi en un rincón de dicho huerto cinco o seis niños muertos extendidos en el suelo; pregunté qué cosa podía significar aquello, y entendí que allí era costumbre el recibir a los niños muertos nacidos de gente pobre y sepultarlos en la huerta, como después he visto hacerse también en Cádiz, y creo que hagan lo mismo en toda España.

Málaga es una ciudad mediana en el Mediterráneo, bastante famosa por sus vinos, tiene un pequeño puerto apto para embarcaciones grandes; no hay en el resto de la ciudad alguna cosa notable digna de ser descrita.

En este puerto se detuvo nuestra embarcación más de 20 días, esperando el viento levante para entrar en el estrecho de Gibraltar; yo mientras tanto, me quedé parte del tiempo en el convento y parte a bordo; pero, viendo que la partida se posponía, me resolví después de catorce días de demora, dirigirme a Cádiz por vía terrestre: tomé conmigo dos pasajeros genoveses el 20 de febrero, me despedí del capitán y dejando a bordo mis cosas, me encaminé hacia Cádiz, en tal viaje consumí seis días y no vi nada de consideración, excepto algunas plantaciones de azúcar, de cuyas cañas mastiqué, por primera vez, en Málaga.

Los lugares principales por los que transité fueron Ronda, Arcos y Jerez de la Frontera, todos ellos pueblos grandes y denominados por los españoles ciudades; Jerez es muy famosa por sus vinos, los más exquisitos de toda España, y por los mejores caballos de toda Andalucía: hay en este lugar un convento de cartujos y otro de capuchinos.

51

Olla. Comida preparada con carne, tocino, legumbres y hortalizas, principalmente garbanzos y patatas, a lo que se añade a veces algún embuchado y todo junto se cuece y sazona. Era en España el plato principal de la comida diaria. *Diccionario de la lengua española.*

Llegué el 26 de febrero al puerto de Santa María, pequeña ciudad sobre la bahía de Cádiz; pertenece al duque de Medinaceli; no hay nada digno de consideración, excepto una gran plaza en medio de la ciudad, y aquí ordinariamente reside el capitán general de las costas de Andalucía.

Al día siguiente me subí a un barco llegué a Cádiz; fui a nuestro convento, que es de construcción magnífica y numeroso de religiosos, por los cuales fui recibido del mismo modo que en Málaga, es decir, con abrazos.

Cádiz o ciudad Gades, puerto y plaza de armas, antiguamente, dicha de Juno por un templo que aquí había dedicado a aquella diosa, se halla a 36 grados y 30 minutos de altitud [*sic*]; no es muy grande en extensión pues, al estar casi toda ésta circundada por agua, no hay terreno vacío para edificar casas.

El Gemelli⁵² dice que tiene solamente media legua de circunferencia, pero yo digo que es mayor, es muy poblada, pues concurre gente de cada nación, excepto africanos.

A mi regreso de América que aporté en este puerto, y que fue el año de 1768, encontré la mayor parte de aquellas casas que antes eran de una altura mediocre; las encontré, digo, levantadas de dos pisos más y, como no pueden dilatarse, se levantan. Comúnmente se le tiene por península, aun cuando algunos sostienen que sea isla, fundada sobre un canal que corta sólo una pequeña lengua de tierra que está en el camino de Chiclana; ese canal se pasa sobre un bellissimo puente y comunica las aguas de la bahía con las del mar (que es al final toda la misma agua); sea como quiera, ésta no tiene más que un brazo de tierra por el cual se pasa al continente: no tiene por esta parte más que una puerta, y precisamente se llama la puerta de tierra; ésta es muy fuerte de muros, fosas, baluartes, casamatas, baterías, etcétera, como también el resto de la ciudad que, aparte de ser fuerte por naturaleza, siendo toda circundada de agua, está muy fortificada también por el arte; hay dos buenos castillos, es decir, San Sebastián y Santa Catalina; este segundo está en la embocadura del puerto, delante del otro castillo (puesto en el otro extremo del canal), por lo que necesariamente las naves deben entrar si quieren anclar dentro de la bahía, de modo que no pueden entrar naves enemigas sin ser molestadas por el cañón de ambos castillos contrapuestos.

52

Alude a Giovanni Francesco Gemelli Careri (1651-1725) y su *Giro intorno al mondo*, publicado en Nápoles en 1699.

En la bahía también hay dos fuertes, llamados los Pontales: uno sobre la pequeña isla llamada Matagorda, el otro en puerto Real, ambos circundados por agua, y alrededor de la ciudad, cada tanto se encuentran buenas baterías de cañones siempre armados, y morteros, todos de bronce: algunas de esas baterías fueron hechas de nuevo en el año de 1762, en el cual había guerra con Inglaterra. Además de la puerta de tierra, hay otras tres puertas hacia el muelle: una se llama la puerta de Sevilla, cerca de la gran aduana, y por esta puerta pasan todas las cosas que descargan de las naves que entran en Cádiz, como también todas aquéllas con las cuales son cargadas y salen de la ciudad; de las otras dos puertas, una sirve solamente para salir fuera del muelle a pasear o subir a bordo, por la otra solamente se puede entrar y eso lo hacen para evitar la confusión a causa de la gran multitud de gente y por que no se hagan fraudes a los superintendentes de impuestos.

Las construcciones no son despreciables, pero las calles son casi todas curvas, angostas y sucísimas, pues, como en Málaga (y creo en toda España), tiran en las calles toda clase de inmundicias, por ello, en el verano reina un gran hedor. Hay una pequeña pero bonita alameda, o sea, un bosque de paseo, y está casi a la entrada del puerto.

Cuando llegué a esta ciudad, en el año de 1762, trabajaban en la construcción de una suntuosa catedral, y a mi retorno de México, en 1768, la encontré muy avanzada y tenía ya todo el coro cubierto: esa es de una bellísima arquitectura, embellecida con mármoles de Massa Carrara, y creo que será de gusto italiano; las otras iglesias están bien conservadas y generalmente ricas, siendo, aparte de los utensilios de plata, también los retablos todos cubiertos de oro.

Entre todas las iglesias de Cádiz, me gustó sobre todo la pequeña iglesia de la Divina Pastora, que parece un pequeño paraíso: este título fue instituido por un padre misionero capuchino para honrar a la Santísima Virgen, bajo tal título que se ha después admirablemente extendido no sólo en toda España sino también en América y en otras partes.

También la iglesia de los capuchinos es una de las mejores que vi en el género de los capuchinos; tiene el altar mayor buenas pinturas, hay otros once al-

tares muy pulidos, y hay siempre gran concurrencia de gente porque offician mucho y confiesan no sólo a los nacionales, sino también en lengua italiana, francesa, e irlandesa. Cada domingo, un padre misionero comienza el rosario en nuestra iglesia, y, acompañado de mucha gente en forma de procesión va girando por los barrios de la ciudad, y en cualquier lugar más frecuentado por la gente hace un buen sermón, después regresa a la iglesia, terminando el rosario; ahí hace otro pequeño sermón; cierra la función haciendo hacer a todos un acto de contrición, dando al pueblo la bendición con el crucifijo.

Frecuentemente, se expone el Santísimo a la adoración pública. Cada viernes sale otro capuchino con un crucifijo enarbolado acompañado de mucha gente a hacer el Vía Crucis, el cual se inicia en las tres cruces, que están cerca del triunfo a la puerta del convento: todas las cruces de la estación son de mármol y muy grandes; el triunfo, entonces, consiste en una columna muy alta con, encima, una bellísima estatua de la Inmaculada Concepción; a los pies está circundada de balaustas con encima varias estatuas de ángeles y santos de la Orden, y es todo de mármol de Massa Carrara.

La bahía de Cádiz tiene ocho leguas de circunferencia, a ésta llegan naves de casi cada nación; siendo éste uno de los mejores y más frecuentados puertos del océano, pues aquí llegan naves moscovitas, suecas, danesas, inglesas, holandesas y de todos los puertos del Mediterráneo, y hasta de Danzig, de Prusia, y de otros mares más septentrionales, pareciendo una continua feria por el gran concurso de gente extranjera; es pues cosa bonita de verse en los días solemnes, y aun en otras ocasiones, como sería el cumpleaños o cosa similar de alguno de la familia real, las naves que hay en la bahía, todas, pues están llenas de banderas y gallardetes de diversos colores, a más del disparo de los cañones, que en tales ocasiones se suele hacer. Muchas otras cosas habría que decir de esta ciudad y puerto pero, para no extenderme, las omito.

Después de dos o tres días de mi llegada a Cádiz, que fue el 27 de febrero de 1762, fui a visitar al señor don Tomás del Valle, dominico, obispo de Cádiz, a quien presenté la comendaticia de Propaganda, y del mismo recibí grandes cortesías, y en el tiempo de mi demora en Cádiz fui a visitarlo otras veces.

Presenté aún algunas otras cartas comendaticias a algunos señores y mercaderes, y no fueron vanas. Después de algunos días me llegó carta de Madrid enviádame por su excelencia, el señor Lázaro Opizio Pallavicini, genovés, arzobispo de Lepanto y nuncio apostólico en aquella corte (hoy cardenal), en la cual me decía de acudir al real ministro de la Contratación de las Indias existente en Cádiz y recibir el real despacho para mi pasaje a México, por lo cual me dirigí a dicho ministro, pero éste me respondió que no tenía sobre eso ninguna orden de la corte, por lo cual informé con una carta al señor nuncio lo que pasaba, y en tanto llegó la respuesta, regresé a nuestra nave ragusea, que había dejado en el puerto de Málaga, y que se supo que zarpó de aquel puerto el 24 de febrero para irse a Cádiz, pero que fue entretenida por los ingleses en Gibraltar por espacio de quince días; finalmente fue liberada y llegó a Cádiz el 14 de marzo, e inmediatamente me dirigí a bordo de la misma para sacar mi baúl con otras cosas, las cuales llevé a nuestro convento.

A los quince días me respondió el señor nuncio que había mandado la orden al susodicho ministro o presidente de la contratación de entregarme el despacho, y que debería entonces yo regresar ante éste, pero ello fue nuevamente en vano, habiéndome dado la misma respuesta de antes, por lo cual me encontraba en no pequeña aflicción y tristeza, tanto por el susodicho motivo como por considerarme en la imposibilidad moral de pasar a América por razón de la guerra declarada desde enero del corriente año de la corte de Londres a aquella de Madrid; por lo cual, el rey de España había hecho severa prohibición de que ningún barco saliera de sus puertos, habiendo siempre a vista de Cádiz embarcaciones inglesas en pos de embarcaciones españolas, por lo cual reflexionando deber permanecer aquí largo tiempo, con la incertidumbre de cuándo se habría hecho la paz, comuniqué con carta al reverendísimo padre procurador las dificultades mencionadas para llegar a mi destino; me respondió que para conseguir el despacho me debía presentar en Madrid, y por la razón de la guerra me exhortó a la paciencia hasta que se llegara la paz, por lo cual aquieté mi espíritu, y mientras tanto tuve la comodidad de hacerme práctico de la ciudad, de visitar muchas casas, de ver iglesias y conventos; iba también frecuentemente a bordo de diversas

naves, entre las cuales, una vez fui a bordo de una nave de guerra española, de la cual el capitán después de habernos ofrecido refrigerios, nos hizo hacer por los soldados que había a bordo, un poco de ejercicio con dos descargas de fusiles; vi también algunas veces el ejercicio del remo de las lanchas holandesas; otras veces iba a ver el ejercicio del cañón.

Así me la pasé hasta el final de junio de aquel año 1762, tiempo en el que supe que un rico mercader de Cádiz de apellido Ostaris había cargado a su costa y riesgo dos saetías⁵³ para América, las que iban también en calidad de avisos, o sea correos, y queriéndome aprovechar de la coyuntura (aun cuando por muchos fuese disuadido por ser tiempo de guerra, y por ser dichas embarcaciones incómodas, por pequeñas, pero por estar yo saciado de permanecer en Cádiz) solicité con nuevas cartas al señor nuncio la expedición del despacho (no habiéndome resuelto a ir en persona a Madrid a procurármelo), el cual finalmente me fue expedido; lo presenté al señor presidente y éste, inmediatamente, dio orden al señor Ostaris de embarcarme en una de las dos saetías: fui a visitar a dicho mercader para entenderme con el mismo acerca del modo de mi pasaje a América; me recibió con demostraciones de estima, me encomendó al capitán con orden de colocarme en popa y a su mesa, y todo ello sin costo alguno.

La saetía se llamaba nuestra Señora de la Merced, a bordo de la cual subí el 9 de julio, habiéndome entretenido en Cádiz 4 meses y medio; llegado a bordo, me sucedió una cosa muy ridícula, que fue de la siguiente manera. Pocas horas después de que se hicieron velas (y ya habíamos salido de la bahía), estando en el camarote bajo popa ordenando mis cosillas, vi que corrían sobre cubierta otros pasajeros que estaban en el mismo camarote en donde yo estaba, atraído yo también por la curiosidad por no saber qué sucedía, corrí como los otros sobre cubierta, y vi el mar muy agitado, quien aventaba al agua cajas, quien cuerdas, quien lanzaba cualquier otra primera cosa que tuviera a la mano, quien bajaba las velas, quien llamaba al padre capellán, y quien se fatigaba para lanzar al agua la lancha; yo, no sabiendo la causa de todo ese estrépito, pensé inmediatamente que quien echaba las cajas lo hacía para descargar la nave, y aquellos que lanzaban la lancha, para salvarse en ésta; y quien se fatigaba en torno a las velas, por ser el mar bo-

53

Saetía. Embarcación latina de una sola cubierta, usada en la Edad Media en el Mediterráneo. *Enciclopedia general del mar.*

rrascoso; y, considerándome irremediabilmente perdido, me puse de rodillas a encomendar mi corazón a Dios para una buena muerte, el temor de la cual me causó en aquel momento un desmayo, y temblaba todo de pies a cabeza; cuando vi después que todas las faenas susodichas no servían a otra cosa que a rescatar a un marinero, que había caído al agua de lo alto de una vela (como de hecho lo rescataron vivo), me reí de mi simpleza.

Cuando nos hicimos a la vela era mediodía, se caminó con buen viento casi hasta el atardecer, durante el cual se descubrió un navío de guerra inglés, a la vista del cual se encaminaron hacia el pequeño puerto de Sanlúcar de Barrameda, en donde dieron fondo, y donde pasamos la noche, a la mañana en tiempo se hicieron de nuevo a la vela con el viento casi en popa, pero a poco trecho de camino se descubrió nuevamente el navío inglés que, a velas desplegadas, venía hacia nosotros; también nuestro capitán echó mano a las velas para huir, con todo y eso en menos de una hora estuvo encima de nosotros e inmediatamente comenzó a jugar con el cañón a metralla para rompernos las velas, como de hecho logró hacernos jirones todas las velas con más de cuarenta cañonazos: yo, mientras tanto, permanecía abajo en el camarote, y como yo creía que nos cañoneaban para mandarnos a pique estaba de rodillas delante de una estatua de la beata Virgen, llorando desconsoladamente ahí mismo por temor a la muerte, que creía inminente e inevitable; grande era también mi arrepentimiento de haberme embarcado en tiempo de guerra, y por verme en tantos peligros de vida, los cuales no he terminado de contar, como se verá más adelante.

Viendo, nuestro capitán, las velas hechas pedazos y por consecuencia no poder huir, lanzó al agua la caja de las cartas, entre las cuales se encontraban también aquéllas de la corte, y luego colocó la bandera de rendición, es decir, bajó su bandera de España a los pies del asta en señal de rendición: vinieron inmediatamente a bordo y se apoderaron de la embarcación, como buena presa, poniendo la bandera de Inglaterra sobre la de España.

Nos condujeron a todos, tanto a los pasajeros como a los marineros, a bordo de su nave, cada quien con sus cosas de propio uso, y cuando yo estuve cerca de la nave inglesa, escuché que algunos decían: viene el diablo; y de eso argumenté el tratamiento que me esperaba.

El barco inglés era una fragata de guerra de 46 cañones, llamada Pallade, el capitán del cual era de la misma nación, un joven de 22 años y andaba al corso.⁵⁴ La primera comida que tomé sobre la fragata, me la pasé con un poco de budín inglés y carne salada, junto con aquellos sus referidos marineros, y para mi buena suerte estaba el maestro de violín del capitán, que era un florentino católico, al cual me encomendé para ser tratado un poco más decentemente; éste sabía perfectamente la lengua inglesa, por lo cual habló con el capitán y me fue asignado un rancho más decente, es decir, junto con el dicho florentino y otros de su esfera; con todo y eso me la pasé mal en los cinco o seis días que estuve a bordo de aquella fragata, porque se burlaban de mí, máxime, al verme con la corona⁵⁵ en la mano para recitar los Padrenuestro, y hubo un mozo de escoba tan insolente que, estando yo en la mesa cenando con los otros en mi rancho, éste se llenó la boca de agua y, disimuladamente, se acomodó en un sitio elevado y me escupió agua sobre la cabeza; pero caro le costó el desprecio, pues fue amarrado al cañón y le fue dada una buena cantidad de azotes en las nalgas.

Fue revisado mi baúl y mi espuerta,⁵⁶ de los cuales no se quedaron más que con algunas pequeñas baratijas. Se apoderaron de la caja de las cartas aventada al mar por nuestro capitán, la cual quedó a flote por no habersele puesto ningún peso y, si bien todas las cartas estaban mojadas las entregaron al almirante inglés, el cual encontramos en el estrecho de Gibraltar, y por tal motivo, es decir, por no haber hecho mandar a fondo la dicha caja, el capitán español fue hecho prisionero a su regreso a Cádiz.

Dos días después de nuestra captura, descubrieron a la otra saetía que había zarpado junto con la nuestra y hacía el mismo viaje, es decir, para América, la siguieron, y en la noche estuvieron a tiro de cañón, pero antes que la fragata Pallade (donde yo estaba) estuviera cerca, se le habían acercado otras dos fragatas inglesas con un paquebote portugués, los cuales la cañonearon fuertemente,

54

Al corso. Navegación que se hace con buques mercantes provistos de patente del gobierno, en busca de buques enemigos, para apresarlos.
Enciclopedia general del mar.

55

Evidentemente, un rosario.

56

Espuerta. Especie de cesta de esparto, palma u otra materia, con dos asas, que sirve para llevar de una parte a otra escombros, tierra u otras cosas semejantes.
Diccionario de la lengua española.

y siendo ya de noche armaron las tres fragatas dos lanchas cada una y las enviaron al abordaje de la saetía, fue maltratada mucha gente de la misma con el fuego y los sables; finalmente, debieron ceder y fueron todos conducidos a bordo de una de las otras dos fragatas; fueron, los principales de la saetía española, puestos en los cepos por haber lanzado al agua cuanto pudieron de mercancía que tenían a bordo.

Aquí lloraba nuevamente mi desventura, viéndome continuamente en peligro de la vida, porque supe a bordo de la fragata que, si nuestro capitán tardaba un poco más en rendirse, el capitán inglés había resuelto mandarnos a pique con una entera andanada de una sola vez.

Paseamos algunos días en las costas de España y nos condujeron también a la vista de Lisboa; después regresaron y nos transportaron en una de las otras dos fragatas, llamada Chinenson, en donde fui mejor tratado por haberme sentado a la mesa de los oficiales mayores, y respetado; acomodados en la nueva fragata se dirigieron hacia Gibraltar y pasamos el estrecho con mucho trabajo, por haber viento del este muy fuerte, que era viento derecho a proa, pero con el mucho bordear, que ahora estábamos sobre las costas de África, ahora sobre las de Europa; finalmente llegamos a la bahía de Gibraltar.

Antes de entrar en el estrecho nos encontramos al almirante inglés sobre una nave de 128 cañones; parecía un castillo flotante, acompañado de un convoy de 18 o veinte naves entre grandes y chicas; se paró nuestro capitán y entregó al almirante las cartas de España que había tomado de la saetía española, como dije arriba.

Estuve en poder de los ingleses doce días, y como en Cádiz supieron de nuestro cautiverio, hubo algún capuchino que inmediatamente escribió al padre procurador general en Roma lo que me aconteció; éste avisó a Propaganda, donde trataron mi rescate, creyéndome necesitado; pero, antes de que la carta llegase a Roma, ya estaba yo en libertad. El 21 de julio dieron entonces fondo en el puerto de Gibraltar, donde estuvimos todo aquel día y parte del siguiente, y tuve la comodidad de mirar con el catalejo las fortificaciones de la plaza, las cuales consisten principalmente en una doble muralla que asciende lateralmente hasta la

cumbre del monte, a los pies del cual está situada la plaza de Gibraltar; dicho monte es todo de piedra viva, y tan empinado que casi parece otra muralla, es todo una línea de troneras puestas una sobre la otra escavadas en las piedras; en la cúspide existe un pequeño pero fuerte castillo; no pude observar las fortificaciones hacia el mar por haber dado fondo en lugar donde no se podían divisar: vi también cuatro horcas en todas las cuales había hombres ahorcados, donde los dejan hasta que ellos solos se caigan a pedazos.

En la plaza hay una iglesia oficiada por algunos padres observantes, que por los ingleses es permitida para comodidad de los negociantes católicos que habitan o pasan por dicha plaza.

El último día nuestro capitán nos hizo dar una cena solemne a bordo de la fragata, sin embargo, los comensales no éramos más que yo, nuestro capitán español, tres o cuatro pasajeros más decentes, el mismo capitán inglés con algunos oficiales; luego nos hicieron subir a todos a la lancha, cada quien con sus cosas y nos llevaron a tierra, mientras que salió de la plaza el comandante inglés, a caballo, acompañado de un tambor batiente, como también hizo el comandante español, que está a cargo de la guardia del sitio llamado la Línea cerca de Gibraltar; ni siquiera a un cuarto de milla el comandante inglés nos entregó numerados al español, y así terminó la función.

Yo, en tanto, quería entrar a Gibraltar con la intención de entretenerme ahí uno o dos días, teniendo conmigo para tal efecto dos cartas de recomendación que me procuraron a bordo de la Pallade, pero no me fue permitido por los guardias por ser tiempo de guerra; por lo tanto, hice cargar mis cosas a un maletero y me dirigí la misma noche a una villa llamada San Roque; fui alojado por un benefactor; el día siguiente, es decir el 22 de julio pasé a una pequeña ciudad, llamada Algeciras, puesta frente a Gibraltar, sobre la costa de la bahía; allí me entretuve cuatro días en casa de otro benefactor, mientras esperaba que se cargara un barco que debía ir a Cádiz.

Mientras tanto, narraré brevemente la empresa intrépida hecha por el capitán de la fragata Pallade que nos hizo prisioneros. Después de habernos transportado en la fragata Chinenson, se encaminó hacia Cádiz, y cerca del medio día

pasó los Puercos (que son algunos arrecifes visibles a la embocadura de la bahía); aquí le fueron disparados algunos golpes de cañón de los dos castillos, que están de frente uno del otro, es decir, San Sebastián y Santa Catalina, pero las balas no llegaban a la nave, sino más bien aquéllas de la nave llegaban a los castillos: pasó más adelante y, estando a tiro de las primeras naves españolas, comenzó a cañonear sobre éstas, y no le fue respondido ni al menos por una, por encontrarse los capitanes y oficiales de éstas en tierra a divertirse, y corrió la voz que quedaron muertos doce marineros españoles; fue avisado de todo el capitán comandante que, igualmente, estaba en tierra; respondió que de la corte no tenía órdenes de defenderse (respuesta en verdad ridícula); con todo eso dio orden de que inmediatamente abordaran todos los capitanes y oficiales que se encontraban en tierra, y que inmediatamente se hicieran a la vela a perseguir la fragata inglesa; pero ésta, después de haberse burlado de la nación española y dañado sus naves, salió fuera rápidamente y huyó: hecho de una intrepidez memorable, y de no poca gloria para al capitán inglés, y otro tanto de ignominia y confusión a la oficialía de la marina española, mucho más por haberse después divulgado por todo Europa con las gacetas públicas.

El 26 de julio subí en un barco cargado de carbón, repasé en él el estrecho y me dirigí nuevamente a Cádiz, donde, llegado, mandé noticia con carta de lo que me sucedió al señor nuncio en Madrid; éste, me expidió rápidamente un nuevo despacho para transferirme a América cuando se hiciera la paz: avisé también de lo ocurrido al reverendísimo padre procurador nuestro en Roma, del cual también obtuve consoladora respuesta.

En septiembre del mismo año, se oyó la nueva de que los ingleses habían asediado La Habana, ciudad y puerto considerado de españoles en la isla de Cuba, es más, la llave de toda América: el asedio duró veintinueve días, y fue emprendido con una bien considerable flota, el almirante de la cual era el milord Pocock⁵⁷ con el conde Albermarle;⁵⁸ el gobernador del célebre castillo llamado el Morro era el capitán Velasco,⁵⁹ quien murió gloriosamente atravesado por una espada por no querer ceder la bandera a los agresores, y don Juan de Prado era gobernador de la ciudad. Los habitantes de Cádiz se burlaban de tal asedio, te-

57
Pocock, George. Almirante inglés (1702-1792). En 1761 fue promovido a almirante y al año siguiente atacó La Habana y después de cuarenta días de sitio consiguió tomar el castillo del Morro el 30 de julio, después de haberlo defendido bizarramente Velasco; la ciudad capituló el 10 de agosto. *Enciclopedia general del mar.*

58
Keppel, Augustus, tercer conde de Albermarle (1725-1786). General inglés que fungía como comandante en jefe de la invasión; “al saber que Velasco estaba herido, mandó que en una lancha con bandera de parlamento, fuese transportado el herido a La Habana [...] Durante la noche fue operado para extraerle la bala; y habiéndosele declarado el tétanos, falleció el día 31” [de julio de 1762; no atravesado por una espada inglesa como narra nuestro autor]. *Enciclopedia universal ilustrada, Espasa Calpe.*

59
Luis Vicente de Velasco Isla (1711-1762). Capitán de navío, fue nombrado jefe de la fortaleza del Morro de La Habana, cuando sobrevino el asedio y la toma de la ciudad en 1762. *Enciclopedia universal ilustrada, Espasa Calpe.*

niendo por inexpugnable el Morro, pero en el mes de octubre apareció una flota de naves inglesas, y holandesas, con bandera blanca, la cual conducía la guarnición de la ciudad de La Habana, castillos y naves de la misma; parte de dicha guarnición fue desembarcada en Cádiz y parte, en el Ferrol. El Morro fue tomado por asalto y la ciudad capituló; eso sucedió en el mes de agosto de 1762.

Grande fue la conmoción en Cádiz por la aparición de tal flota y en un instante se llenaron las terrazas de las casas para mirarla y no lo podían comprender y muchos atribuían a la traición tal pérdida. Por aquel entonces una nave inglesa tomó una fragata española proveniente de Lima en Perú, en la cercanía de Cádiz, cargada con cuatro millones, la mayor parte en dinero efectivo, la cual después de haber hecho un viaje tan largo y ya casi en puerto, cayó en manos de sus enemigos, sin saber que hubiera una guerra entre una y otra potencia, pero casi por ellos mismos se compraron tal pérdida, habiendo hecho muy poca defensa, cuidando cada quien y en particular los oficiales a ponerse en las bolsas el dinero que tenían en los propios baúles, más bien que a combatir como debían y así villanamente se rindieron; también el capitán de dicha fragata fue hecho prisionero, pero pronto salió, que si hubiera tenido conducta similar sobre una nave inglesa, habría sido inmediatamente ahorcado.

Encontrándome ya cansado de estar en Cádiz, vivía malcontento y no sabía qué partido tomar; me inclinaba a regresar a mi patria, mientras duraba la guerra, de la que no se podía saber cuándo tendría fin; por otra parte me parecía cosa desdeñosa regresar sobre mis pasos: pero en noviembre reconquisté el valor, escuchándose discurrir que las cortes beligerantes, es decir, España, Portugal e Inglaterra, trataban la paz; y, en efecto, al final de dicho mes fueron por éstas publicados los preliminares con alegría universal. Fue entonces restituida La Habana a España, y ésta cedió a Inglaterra un trozo de país, desde el río Misisipi hasta Panzacola, que está en la península de la Florida.

Se pusieron inmediatamente a la orden algunos barcos de transporte para América, por lo cual me dirigí al señor presidente a procurar mi embarque; lo conseguí sin gasto alguno en una fragata del consulado, llamada San José; era la fragata chica y mal cargada y maltratada por ser vieja, mas, por el deseo grande

que tenía de partir para mi destino, me conformé con ésta; sin embargo pronto me encontré arrepentido, como se verá.

El 2 de enero de 1763, subí a bordo con mis cosas, habiéndome entretenido en Cádiz diez meses y algunos días. Me entretuve a bordo veinticuatro días antes de que nos pudiéramos hacer a la vela por el mal tiempo, y una noche estuvimos en cercano peligro de perdernos, por un temporal que causó no poca borrasca dentro de la bahía en donde estábamos anclados, habiéndose roto dos gúmenas⁶⁰ y quedado solamente [anclados] sobre la esperanza: finalmente, el 26 del ya dicho, hicieron vela, pero ese día salimos fuera de los Puercos muy poco, habiéndose hecho la calma; a media noche se levantó un viento sur muy fuerte, que era contrario para nosotros y duró por algunos días.

Hay que anotar que, cuando salimos del puerto, éramos un convoy de nueve buques, es decir, dos naves de línea llamadas: una el Magnánimo y la otra el Eolio, los cuales nos servían de escolta hasta las Canarias contra los moros, y éstas después debían dirigirse al Ferrol; y un mismo viaje, fin y destino, tenía otra fragata de guerra llamada la Venus: aparte de las susodichas, había otros cuatro buques de transporte para las Indias, con los cuales de despensa debían viajar a América: quien para Campeche, quien para Cartagena de Indias, quien para Buenos Aires, quien para Lima; solamente la San José era destinada a Veracruz; el mal tiempo fue aumentando y a una de nuestras compañeras se le cayeron los árboles de la vela mayor y del trinquete; también en nuestra nave la pasamos bastante mal, siendo pequeña: por lo cual se sienten mayormente las incomodidades del mar borrascoso, y yo más que la mayor parte de nosotros a bordo, por estar muy mareado, por lo que no podía comer ni reposarme, sino era un continuo vomitar; el décimo primer día de nuestra salida de Cádiz se calmó el mar y tuvimos viento favorable, mas no pudimos aprovecharlo a causa de que se había dispersado casi todo el convoy y sólo estaba con nosotros la capitana (que era el Magnánimo) y la Venus, y tuvimos que esperar a que se reuniera todo el supradicho convoy, y caminar de conserva, es decir, acompañados para defendernos (si era necesario) de los corsarios moros, de los cuales se sabía que corrían algunas embarcaciones en el Atlántico; a este punto no habíamos hecho más que cien leguas aproximadamente desde que salimos de Cádiz hacia las Canarias.

⁶⁰ Gúmena. Maroma gruesa que sirve en las embarcaciones para atar las áncoras y para otros usos. *Diccionario de la lengua española.*

Había a bordo una tripulación, o sea sesenta y cuatro marineros; algunos oficiales, es decir capitán, piloto, segundo piloto, guardián, contramaestre, capellán, cirujano y otros. Como pasajeros de camarote, había un teniente virrey de Yucatán [*viz*], o sea, de Campeche, un hermano del obispo de Guatemala, dos mercaderes de Sevilla, y yo; había también una única mujer, también ella pasajera de popa; como pasajeros de proa, estaban más de setenta polizones, que son gentes las cuales furtivamente van a América sin la debida licencia, según las leyes de España.

No viéndose aparecer todo el convoy, proseguimos con poco viento nuestro viaje con la capitana, la Venus y un pequeño barco de un solo mástil, el cual hacía un viaje a La Habana: cuando el 11 de febrero, decimosexto día de nuestra salida de Cádiz, se levantó un viento sur, suroeste muy fuerte, que redujo el mar a tanta borrasca que nos consideramos todos absolutamente perdidos sin remedio: eran tan altas las olas del mar, que la nave se agitaba como una pelota; se agitaba el viento y rugían las olas, que daba horror, entraban grandes golpes de agua dentro de la nave, por lo cual continuamente, día y noche, estaban dándole a las bombas (como dicen ellos), es decir, sacando el agua con éstas, y estaban tan cansados de la fatiga y de la inedia, tanto los pasajeros como los marineros, que ya ninguno podía trabajar; no se podía gobernar el timón, no había otras velas que medio trinquete y aun éste, como las otras, el viento lo hizo pedazos; cayó el árbol de mesana, en fin, estábamos a plena merced del furioso mar.

No nos podíamos tener en pie y era necesario estar continuamente agarrados fuertemente a cualquier cosa para no ser aventados de una a otra parte de la nave por los grandes movimientos: se fue al agua toda la provisión de carne fresca que teníamos a bordo, es decir, becerros, capones, puercos, gallinas y muchas otras cosas.

Yo, desde el principio de la borrasca, me quedé en mi catre y con una mano me detuve siempre agarrado a un palo, en la otra tenía un crucifijo y encomendando mi alma por mí mismo, pues me daba por perdido irremediablemente; y en estas condiciones estuve ahí dos últimos días [*sic*] y dos noches sin alimentos ni bebidas; sin dormir y sin poder satisfacer ninguna otra necesidad corporal.

Todos los demás, esos días se la pasaron con un poco de galletas y nada más. Todos lloraban como muchos niños; había quien hacía votos, quien llamaba a un santo y quien llamaba a otro en nuestra ayuda; y diversos marineros, habiéndose emborrachado con aguardiente para no sentir el dolor de la muerte, llamaban en su ayuda a cuantos diablos hay en el infierno; otros blasfemaban tanto de desesperación, que era cosa de horrorizar.

Había un buen viejo que tenía como oficio el fungir como contramaestre. Éste tenía un hijo religioso en la Orden de los Padres Menores y nutría gran devoción hacia el santo fundador, de quien llevaba consigo una efigie en papel, la cual, en el furor de la borrasca, pegó al mástil maestro y lleno de una confianza, no sé si llamarla filial o presuntuosa y desesperada, así le dijo: padre san Francisco o líbranos de esta tormenta, o yo reniego de vuestros milagros y si puedo volver a mi casa quiero sacar mi hijo de vuestros frailes, ni quiero más hacer caridad ninguna a los mismos; este pobre viejo lloraba tan desconsoladamente, como todos, que ciertamente era una lástima.

Encontrándose el capitán, el piloto y todos los demás oficiales tan cansados de hacer diligencias para resistir a tan fiera tempestad y viendo que cualquier fatiga era vana, subió el capitán al alcázar y dijo en alta voz que todos lo oyeran, que cada quien se debía preparar para la otra vida, no habiendo salvación, ya que nos habríamos absolutamente ido a pique; ante tal novedad, salida de boca del capitán, que era un hombre taciturno y muy prudente, se redobló el llanto y los gritos; había quien confesaba públicamente sus pecados, quien gritaba a Dios misericordia y ayuda a la Virgen y a todos los santos del cielo, quien blasfemaba peor que nunca.

Cuando yo oí tal novedad, estando en mi catre del modo antedicho, me vino un sudor universal, el cual pienso haya sido el sudor de la muerte, mientras todo temblaba de pies a cabeza, y no hacía otra cosa que actos de contrición y protesta de fe: ahora, ahí me encontraba amargamente arrepentido de la empresa a la cual me había lanzado; me acordé una vez más de mis parientes, y no puedo expresar el afán y la angustia del corazón con las que me encontraba en aquel punto.

Sucedía esto hacia medianoche, las luces se habían extinguido, entraba continuamente gran cantidad de agua en la nave y todo en una confusión tal que no se puede describir. Subió al alcázar también el padre capellán, que era un padre de Sevilla, y dio en alta voz a todos la absolución.

Ahora dejo considerar a quien lee, en cuál doloroso estado nos encontrábamos, pues para un pobre condenado a la horca, pocos momentos dura su temor y su dolor de la muerte; pero nosotros, por muchos días esperarla en cualquier momento, cierto, fue una cosa muy dura.

En este conflicto, todos nosotros, los pasajeros de popa, hicimos un voto a la Divina Pastora, que librándonos de la muerte y conduciéndonos al puerto de nuestro destino, le habríamos ofrecido la vela del trinquete y estando en el puerto de Veracruz, habríamos ido del muelle a su iglesia, todos descalzos, para allí cantarle una misa solemne: hecho el susodicho voto, y todos llenos de esperanza en la Madre de las Misericordias, se le ocurrió al capitán el último recurso, tal vez hasta el momento no pensado, de virar de bordo y dejar libre a la nave según el viento, ya que nos encontrábamos en alta mar y por ello lejanos del peligro de los escollos; ¿mas, cómo efectuarlo si estábamos sin velas, la noche oscurísima, sin luz y con un mar tan enfurecido que parecía que se alzarán las olas hasta el cielo? no obstante, los oficiales se abocaron a este último peligrosísimo recurso; aquí nuevamente con grandes gritos invocamos toda la ayuda celestial, y en particular recurrimos a la Santísima Virgen, quien bajo un título, quien bajo otro, fuimos virando poco a poco de bordo, mas fue tanto y tal el peligro en ese cuarto de hora, que ya estábamos con un costado de la nave completamente bajo el agua; finalmente

Dios tuvo misericordia de nosotros, y por puro milagro voltearon la nave y por consecuencia salimos del mayor peligro por el momento.

No teníamos aún bien fundada la esperanza de ser salvados del naufragio, que cuando apenas habíamos virado de bordo, nos sorprendió otra desgracia no menos peligrosa de la primera, pero por lo menos pasó pronto; ésta fue que no obstante el gran rugir del viento y del mar, se oyeron voces de gentes que gritaban y eso era por haberse tanto acercado a nosotros la fragata Venus, golpeada también ella por las olas y vientos sin poder ser gobernada, que venía sobre nuestra nave y tanto se acercó, que apenas tuvieron tiempo de darse cuenta y gritar al timonero: ¡orza, orza!;⁶¹ el pobre capitán pataleaba y gritaba con otros oficiales nuevamente por la misericordia de Dios: fue también éste un nuevo milagro, que habiendo pasado la dicha fragata tan cerca de nosotros con aquel mar tan borrascoso y noche oscurísima y estando a tiempo de virar, tanto que no nos pegó y si la desgracia hubiese acaecido de que las dos embarcaciones se hubieran golpeado una contra la otra, ciertamente que la nuestra habría debido sucumbir por ser más pequeña y maltratada, y en tal caso, la muerte era inevitable. El resto de aquella noche y por los dos siguientes días, estuvimos a la merced del viento y de las olas sin saber dónde; pero poco a poco comenzó a mitigarse el viento y el mar a bonificarse, mas no se vio más alguna de las naves compañeras y no supimos qué fin tuvieron.

Retomaron [*sic*] el curso perdido hacia las Canarias, con un viento ligero, sí, pero favorable, que nos colmó de alegría, y con todo y todo no mucho, pues habría deseado regresar a Cádiz (como había corrido voz sobre la nave), por lo cual había determinado regresarme a mi patria, habiendo ya tenido en ese punto suficientes temores y peligros de vida, sobre el inconstante elemento.⁶²

El buen viento duró varios días y, mientras tanto, compusieron la nave, haciéndolo como mejor pudieron, y la gente a reponerse del mal comer y peor dormir sufrido en la borrasca pasada; sin embargo, la provisión de carnes frescas había caído, como ya dije, al agua, por lo cual tuvimos en nuestra mesa que contentarnos con carne salada.

61

Orzar. Inclinar la proa hacia la parte de donde viene el viento. *Diccionario de la lengua española.*

62

Se refiere naturalmente a uno de los cuatro elementos de la naturaleza: el agua.

El vigésimo sexto día de nuestra partida de Cádiz, que fue el 20 de febrero, se comenzó a descubrir tierra, es decir, las islas Canarias o Afortunadas, bien largo espacio de tiempo para tal viaje, pues no hay más que 300 leguas, distancia que se recorre en ocho días. La vista de la tierra nos llenó a todos de alegría, aun cuando no fuera el término de nuestro viaje, que mucho faltaba por hacer, mas es cosa natural el alegrarse al ver tierra después de estar muchos días privados de ésta y mucho más nosotros, por los pasados afanes.

Pasamos entre la Gran Canaria y la isla de Tenerife, que no están a una distancia una de otra más que de diez millas aproximadamente. Aquí tuvimos dos días de calma y mientras viene el viento para proseguir nuestro viaje, diré algo sobre dichas islas.

Pertencen, entonces, las Canarias, en la división de las cuatro partes del mundo, al África y son del rey de España; se encuentran entre los 26 grados, 30 minutos y los 29 grados, 30 minutos de latitud septentrional: las principales son Gran Canaria, residencia del obispo; Tenerife, donde se encuentra aquel tan famoso monte por su altura, que dicen ser el más alto entre los que hay en la superficie de la Tierra; y, en verdad, se descubre bien de lejos; por los españoles es llamado Pico de Teide; Hierro, de esta isla la mayor parte de los geógrafos y pilotos toman el primer meridiano; Madera,⁶³ ésta pertenece a los portugueses; la Palma, Gomera, Lanzarote y Fuerteventura; hay también algunas otras de poca consideración: gozan estas islas de un clima felicísimo, y abundan de vinos exquisitos, renombrados aún aquí en nuestra Italia; abundan también de azúcar, tabaco, cocos, plátanos y otros frutos de América; hay, por otro lado, abundancia de trigo y otros productos, que por brevedad dejo de nombrar.

No bajamos a tierra y por eso no pude hacer más que estar mirando con el catalejo las costas verdeantes de dichas islas.

Pasados los dos días de calma, se levantó un viento favorable aunque ligero, pero duró muchos días y entramos en el gran golfo llamado por los españoles de las Damas; largo, mil leguas; y lo llaman de las Damas por no tener él generalmente borrascas peligrosas.⁶⁴

63
Madera no pertenece a las Canarias, aun cuando se encuentra al norte de ellas.

64
Ignoro si fray Hilarión se sirvió, para esta descripción, de lo escrito por Joseph de Acosta, en su *Historia natural y moral de las Indias*, donde menciona: "Pasadas las Canarias, van bajando hasta entrar en la tórrida y hallan luego la Brisa, y navegan a popa, que apenas hay necesidad de tocar a las velas en todo el viaje. Por eso llamaron a aquel gran golfo el golfo de las Damas, por su quietud y apacibilidad." Joseph de Acosta. *Historia natural y moral de las Indias*, FCE, México, 2006, p. 106.

Durante el recorrido de este golfo, que duró por espacio de aproximadamente un mes, tuve el placer de ver gran variedad de peces; y primeramente algunos que son de grandeza desmedida, llamados tiburones,⁶⁵ los cuales van siguiéndose uno después de otro a modo de procesión en número de cuarenta y cincuenta, y hasta más; forman ellos una bella vista en su camino, pues uno después del otro se elevan con la mayor parte del cuerpo fuera del agua y luego se clavan de nuevo, y así van prosiguiendo su viaje, siempre hacia tramontana; no nos producía, sin embargo, demasiado gusto el pasaje de estos peces, pues era indicio cierto de mal tiempo, como de hecho observé verificarse: no son buenos para comerse, pero sí, por pasatiempo de los marineros: alguno pescan, le quitan solamente la grasa y la vejiga de la hiel; para qué sirvan estas dos partes, no me ocupé de averiguar; de hecho, pescaron uno con ciertos instrumentos de hierro, que traen en las naves para este fin. Lo sacaron con cuerdas pasadas por las garrruchas y fueron necesarios varios hombres; cuando fue puesto sobre el castillo de proa, se meneaba con tanta fuerza que era cosa de estupor. En las islas de Barlovento⁶⁶ vimos una ballena, varias tortugas de mar, un bufeo (llamado así por los españoles), que avienta bien alto de las narices dos como fuentes de agua.⁶⁷

La nave casi siempre estaba cortejada por una competente cantidad de ciertos peces llamados, por el color de sus escamas, dorados, los cuales son de una grandeza como los más grandes lucios⁶⁸ de Italia; estos peces siguen voluntariamente a las naves, pues comen varias cosas que son lanzadas al agua, y cuando no se caminaba demasiado pescaban algunos con facilidad, pues están casi flotando en el agua y son buenísimos para comerse.

Pero, lo que me divirtió más en este particular, fueron los muchos bancos de pequeños peces salir del agua y volar sobre ésta más alto que seis brazos a una distancia de un tiro de pistola, y sintiendo que se les secan las alas que tienen se clavan de nuevo; éstos son llamados por los españoles voladores, y son buenísimos para comerse; salen del agua en tropa, y a veces algunos de ellos vuelan sobre las naves, como nos sucedió un día en que quedaron tres de ellos sobre cubierta, uno de los cuales, asado, me fue regalado por el capitán; y realmente lo encontré muy delicado.

65
Más bien creo que se trataba de delfines y no de tiburones, pues los primeros suelen acompañar a los barcos entrando y saliendo del agua.

66
Islas de Barlovento. Conjunto de islas de las Pequeñas Antillas.

67
Bufeo es sinónimo de delfín. *Diccionario de la lengua española.*

68
Lucio. Pez del orden de los Acantopterigios, semejante a la perca... *Diccionario de la lengua española.*

Otro animal acuático se veía frecuentemente, y era como una vejiga de figura esférica flotante sobre el agua siempre inmóvil y transparente como un cristal; me dijeron que no tenía más cuerpo que algunos pies delgadísimo y larguísimo, pero no lo vi fuera del agua para cerciorarme con seguridad; este animal, por los españoles, es llamado aguamala, pues dicen ser muy nociva el agua que contiene en la vejiga que se ve flotar; por otros es, además, llamado nautilio.⁶⁹

69 Nada tienen que ver las aguamalas con el nautilus, pues las primeras son animales del *Phylum Cnidaria*, mientras que los últimos, son animales pertenecientes al *Phylum Mollusca*.

He anotado las sobredichas minuciosidades porque en una larga navegación cada pequeña cosa sirve de diversión. No he registrado los rumbos, los vientos y las maniobras de las velas, sea por ser cosas pequeñas así porque divierten solamente a los que son prácticos de náutica. Así mismo en la nave no hubo cosa de relevancia, excepto que tuvimos que estar más de un mes sin misa, habiendo nuestro capellán (que era un padre de Sevilla, hombre corpulento y muy pingüe) caído de la cama y habiéndose roto muy bien la cabeza, necesitó hacerse curar por el cirujano y quedarse en la cama; pero, habiendo mejorado, quería celebrar a fuerzas también en los días malos de mar alterado y contra el parecer del capitán y de los otros oficiales, por lo que dos buenas veces quiso celebrar, no obstante hubiera grandes balanceos, por los cuales no se podía, más que con dificultad, tenerse en pie; fui por tanto, y bajo orden del capitán (no habiendo otros religiosos más que yo), puesto en el sitio en modo de poder con una mano tener el pie del cáliz y dos marineros sostenían al celebrante.

El 19 de marzo se inició a descubrir la isla de San Martín, una de las islas de Barlovento o Caribe, perteneciente a los ingleses; pasamos adelante, y en dos días descubrimos con nuestra gran consolación la isla de Puerto Rico, a donde nos habíamos encaminado para refrescar: nos íbamos, por lo tanto acercando a la isla; todos los que lo tenían, sacaron su catalejo, y yo tal vez el primero de todos, para satisfacer aquella natural curiosidad de ver un país nuevo y muy lejano del nativo.

Vi, en primer lugar, una gran multitud de gente concurrida sobre un pequeño promontorio cerca de la ciudad, a ver entrar al puerto nuestra embarcación, pareciendo a ellos que fuese una novedad que hubiera llegado a su playa una nave española, pues nada sabían de la paz conseguida con Inglaterra, siendo

nuestra nave misma la portadora de la noticia de la dicha paz a aquella isla; vi en otro lugar una horca, sobre la cual había cuatro cabezas, todavía frescas. Cercanos al puerto vino el práctico (como se acostumbra en todos los puertos), el cual gobernando nuestra nave, nos condujo al puerto, dando fondo el 21 de marzo de 1763.

Después de saludar a la ciudad con siete tiros de cañón, y habiendo recibido cinco como respuesta, vinieron inmediatamente varias canoas, que son ciertos esquifes⁷⁰ muy estrechos y largos usados por aquellos indios negros, que por su deformidad y negritud, y mucho más por no haber jamás visto raza similar de gente, me parecían casi como tantos demonios.

⁷⁰ Esquife. Barco pequeño que se lleva en el navío para saltar a tierra y para otros usos. *Diccionario de la lengua española.*

Nos trajeron frutas del país y con ellos comencé a gozar de las delicias de América y a olvidarme de los afanes sufridos durante la larga navegación. Al día siguiente salté a tierra y como en ese país no hay hosterías o albergues, mas en cualquier casa reciben a los forasteros, pagando lo convenido por el hospedaje, asimismo yo me encontré una casa y convine con el patrón de cuánto debía pagar diariamente por el alojamiento y darme de comer. Llevaba, yo, aquella poca ropa blanca de mi uso, toda mugrosa, como también los vestidos, pues en las naves uno no se puede mantener limpio; hice lavar cada cosa y recompuse todas mis cosillas.

Antes de dar una pequeña descripción de esta ciudad e isla, diré cómo fui a visitar al señor obispo, el cual es sufragáneo del arzobispo de Santo Domingo. Me recibió con señales de estima, me hizo sentar cerca de él y me entretuvo por espacio de una hora o más para discurrir de varias cosas.

También fui a visitar al reverendo guardián de los padres observantes, el cual me ofreció con mucho amor el alojamiento en el convento; pero no quise aceptar, habiendo sido informado de la gran pobreza de dicho convento y urgiéndome valerme de la comodidad encontrada en la casa donde me alojaba para componer mis cosas.

Las islas Antillas (de las cuales una de las principales es Puerto Rico) se llamaban antiguamente las Hespérides, hoy se les dice Antillas o Caribe y el vulgo les llama de Barlovento: esta isla fue descubierta por Cristóbal Colón en el año de

1493, se encuentra entre los 17 y 18 grados de latitud septentrional y se llamaba por los antiguos isleños Borinquen. Dista de la isla de Santo Domingo o Española veinticinco o treinta leguas de la parte de oriente en el Mar del Norte.

Esta isla es del rey de España, el cual mantiene un gobernador con suficiente presidio: tiene la isla la única ciudad que se llama San Juan de Puerto Rico. La longitud de la isla es de 55 leguas aproximadamente y 18 o 20 de anchura; goza de un clima felicísimo, pero más bien caliente que templado.

Llegamos a esa isla, como ya dije, el 21 de marzo; con todo eso vi, sea hombres que mujeres poco cubiertos por el calor; observé una cosa singular y es que todos los días cae un poco de lluvia e inmediatamente después vuelve el cielo sereno; me contaron aquellos isleños esa rareza que me parecía increíble, si no la hubiera visto con mis propios ojos en los siete días que demoré en la isla y me aseguraron que lo mismo sucede todos los días del año, de modo que hacia el mediodía se ve alzarse alguna pequeña nube, sigue de ordinario algún trueno, después una descarga de lluvia e inmediatamente nuevamente el sol; y esto es lo que mantiene el ambiente más bien templado y el terreno muy fértil.

Luego de dos días de descanso y compuestas en parte mis cosas, comencé a salir por la ciudad en observación de hallar alguna cosa notable, pero poco o nada encontré, pues primeramente no hay palacios; la casa del gobernador, donde fui a visitarle, es una casa de gente ordinaria de Italia; las otras casas son casi todas de un solo piso, hechas de madera y cubiertas con una cierta corteza de árbol; fui a ver la Catedral, la cual encontré muy sucia, con el piso en parte hecho de tablas y en parte de pura tierra; la iglesia de los padres observantes está mediocrementemente conservada; luego, aquella de los padres dominicos (de los cuales también hay un convento), es peor que la Catedral. Hay también un convento de monjas, con iglesia pequeña pero limpia. El castillo es una buena fábrica, fuerte, con buenas baterías, baluartes, fosos, etcétera. Fui conducido al castillo por un oficial, que me hizo ver cada cosa hasta los últimos cuartos subterráneos.

Era, asimismo, cosa de admirar cuando, andando por los barrios de la ciudad, el ver la gente asomarse a las puertas y a las ventanas de las casas, y sobre todo las mujeres, y llamarse unos a otros diciendo en español, ahí va el capuchino,

es decir pasa el capuchino y cuántas mujeres en particular me llamaban por quererse confesar y quién para bendecirle, suponiendo ellas que yo fuese sacerdote. Esta isla es pobre, al no haber gran comercio, pues las naves que vienen de España atracan en esta playa ordinariamente sólo para cargar agua y cualquier otra provisión, para después seguir su viaje para América; hay, sin embargo, un aire alegre, buen clima, la gente muy afable; abunda el tabaco, el azúcar y cantidad de frutos; sobre todo cocos, plátanos, piñas, tamarindos y otros (en las siguientes hojas pongo las figuras de algunos de dichos frutos con sus plantas, hechas al natural), de los cuales me regalaban esos indígenas, que son negros.

El pan que comúnmente comen en esta isla es el cazabe, llamado por los portugueses mandioca (pues el trigo se ve poco), este cazabe se hace con una raíz gruesa y larga, que llaman yuca; así verde la rayan, como nosotros al queso; después, le exprimen el jugo (pues es venenoso); después, la ponen en el agua, y nuevamente la exprimen; y así hacen varias veces hasta que han exprimido todo lo nocivo; luego forman el pan de figura como una gran tortilla de un dedo de espesor, lo ponen a cocer en el horno; y así, fresco, no es de mal sabor, pero después de dos días es lo mismo que masticar un palo, ya que no tiene más sabor y se vuelve muy duro: en la isla de Cuba, a mi regreso a Italia, compré dos reales, lo llevé conmigo, y todavía lo conservo.





Planta que produce el plátano

Los españoles y los americanos llaman, abusivamente, plátano al fruto dibujado en la siguiente figura; más propiamente, es denominado por los portugueses higo, y la planta que lo produce, higuera.

Ellos son abundantísimos en toda América y en las islas adyacentes, pero sólo en los países cálidos. La planta de la que los recogen no es leñosa como el verdadero plátano, sino más bien toda blanda y llena de jugo y, por tanto, cuando parten las naves de América para Europa cargan muchos troncos de dicha planta que después, en el transcurso del viaje, los cortan en pedazos y los dan a comer al ganado que tienen a bordo, es decir: caballos, toros, becerros, bueyes y puercos, a los cuales sirve al mismo tiempo como comida y bebida, con lo cual se ahorran mucha agua.

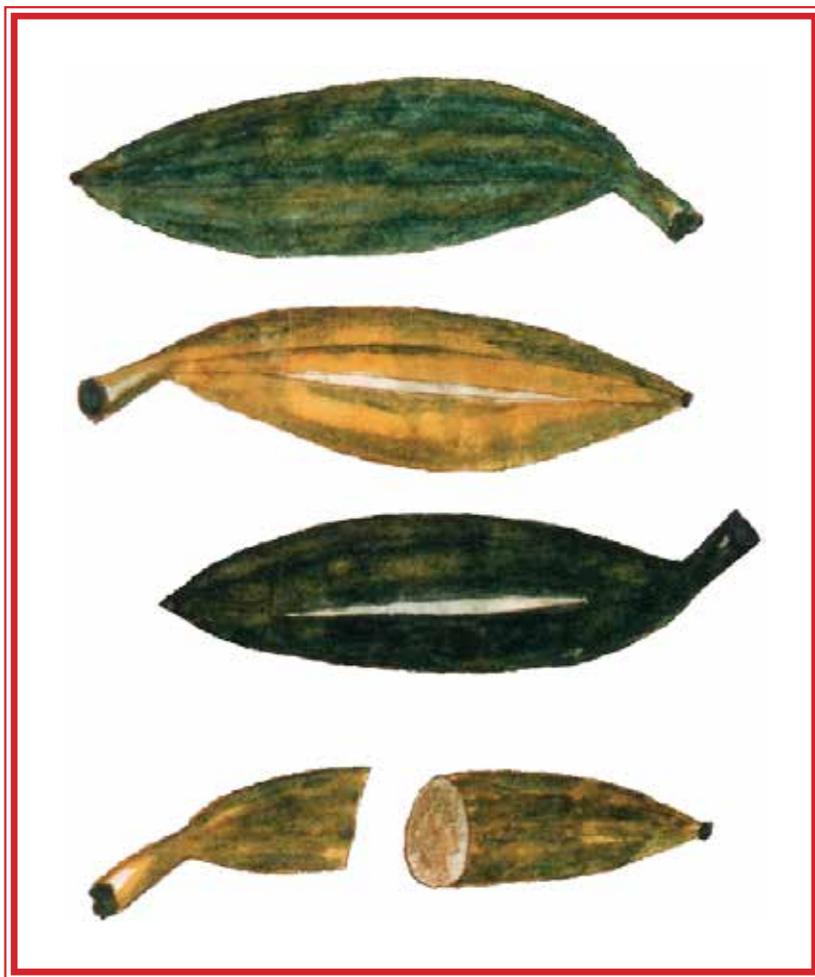
La citada planta o su fruto no tiene semilla, mas, se multiplica con las raíces como nuestras cañas, ya que habiendo quitado los frutos de un tronco, lo cortan en la base e inmediatamente germinan otros troncos y sin ser cultivada produce siempre frutos en abundancia que son tan nutritivos como el pan y, de hecho, en Puerto Rico forman con ellos una especie de pan que, además del cazabe, sirve también para la gente pobre.





Plátano largo
(*Musa paradisiaca*)

También los hacen asar con miel y son buenísimos; aparte de esto, los hacen secar, como en Italia los higos; en fin, que éste es un fruto de mucha utilidad. Existen de dos especies, es decir, largos y guineos, como se aprecia en sus figuras.



Plátano Guineo
(*Musa paradisiaca*)

Esta fruta es llamada por los americanos, impropriamente, piña, a causa de su forma, que se parece a una piña de Italia; pero su verdadero nombre es ananás, y es el fruto que produce la planta delineada en la página siguiente.

Esa es una fruta muy singular también en América, aun cuando exista en abundancia, por la exquisitez de su sabor agridulce, y por su olor muy suave. Me gustaban mucho, y en el tiempo de mi demora en aquellos pueblos, he comido muchísimas.

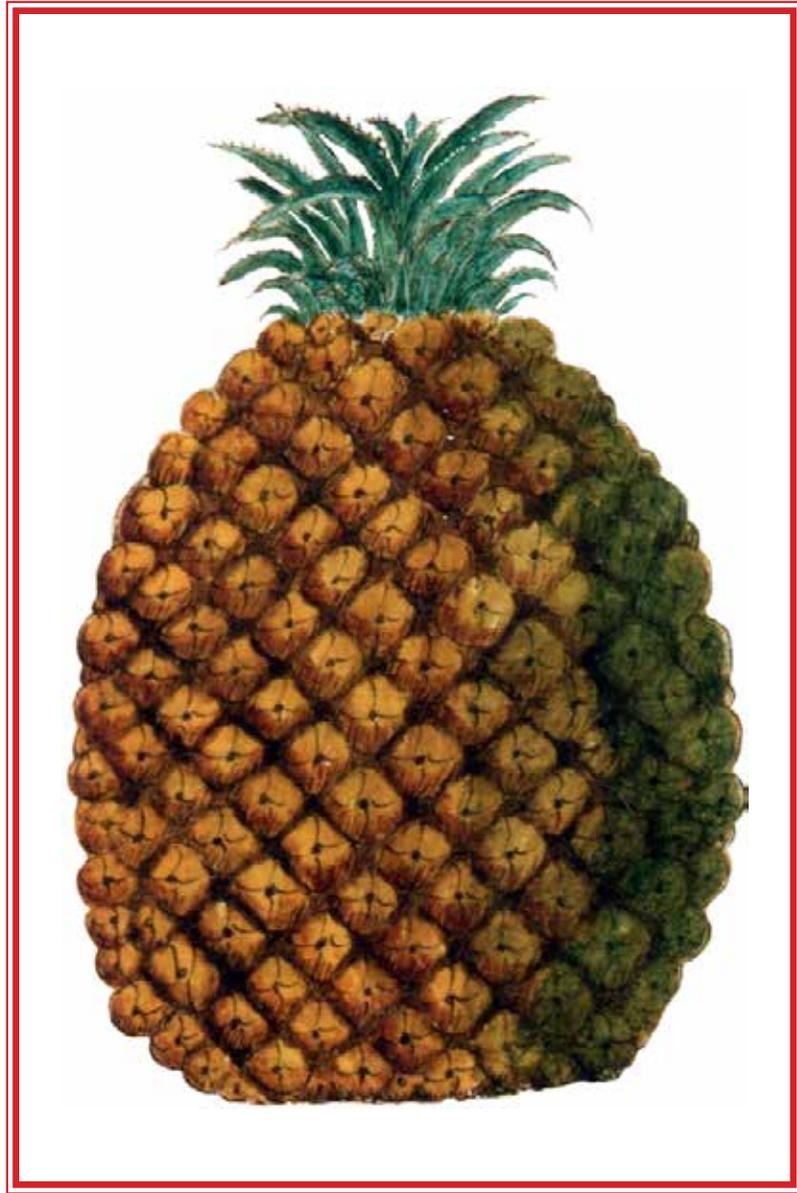
Crecen en los climas cálidos, pero los frutos maduros los llevan a vender a todos lados. Se le corta la corteza, como se haría con una sandía; después se divide en rebanadas, espolvoreándole arriba un poco de azúcar, y al comerlo llena la boca y el mentón de un jugo delicadísimo.

Las mujeres americanas hacen con esa fruta una conserva, que también es singular.





Piña
(*Ananas comosus*)



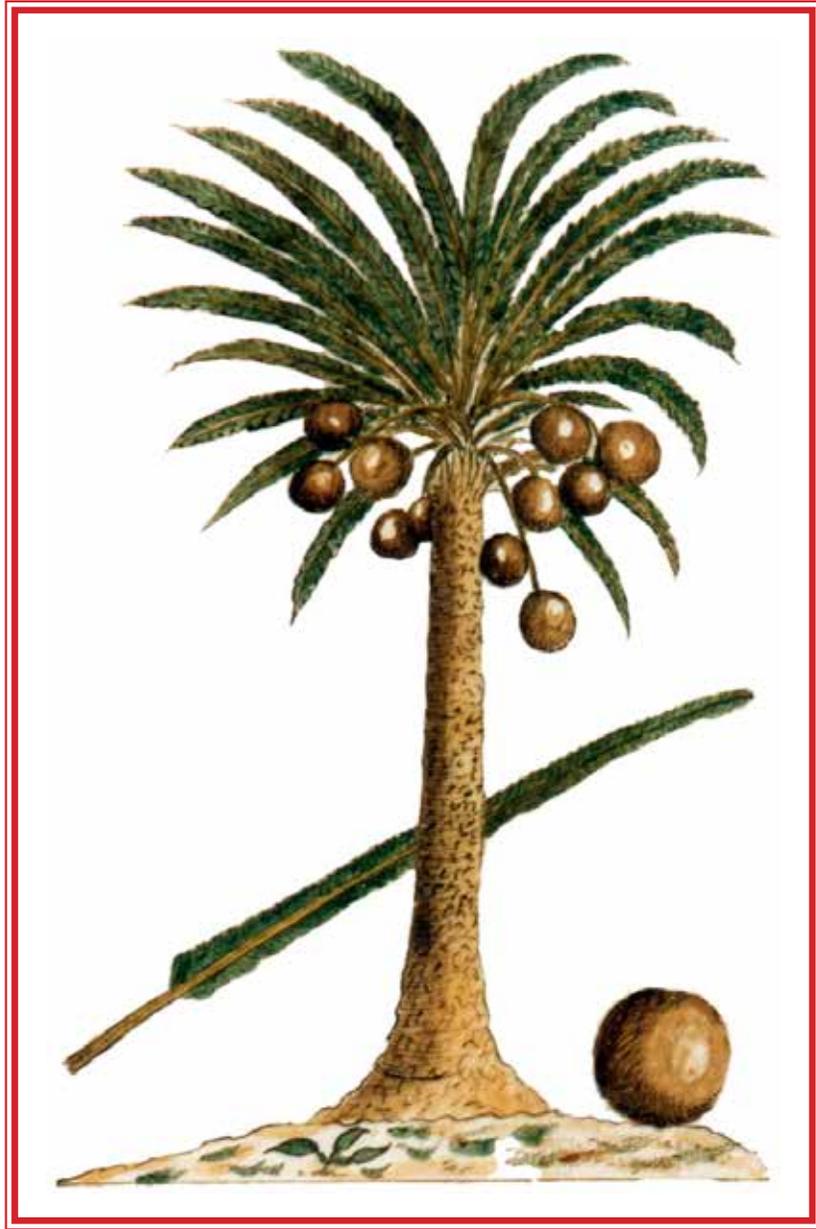
Piña
(*Ananas comosus*)

El coco es un fruto de poco o ningún sabor, ya que al masticarlo se parece y es casi similar a las castañas crudas. Sin embargo, tiene de particular en su concavidad un medio vaso ordinario de cierto licor, el cual es muy estimado entre aquellos indios; dicho licor es blancuzco, y dicen ser muy refrescante, pero a mí no me gustaba ni el fruto ni su licor.

Acostumbran comerlos particularmente en Navidad, pero duran mucho tiempo, por su segunda corteza bastante dura y, por lo tanto, en algunos lugares lo utilizan para jugar, como en Italia a las bochas.⁷¹ Se usa, en toda América, desearse buenas fiestas en Navidad entre los amigos, enviándose, intercambiando cocos y confites; a dicho regalo lo llaman aguinaldo. También, hacen conserva de coco, de igual manera que de cualquier otra fruta; para no repetirlo con cada fruta que describiré más adelante.

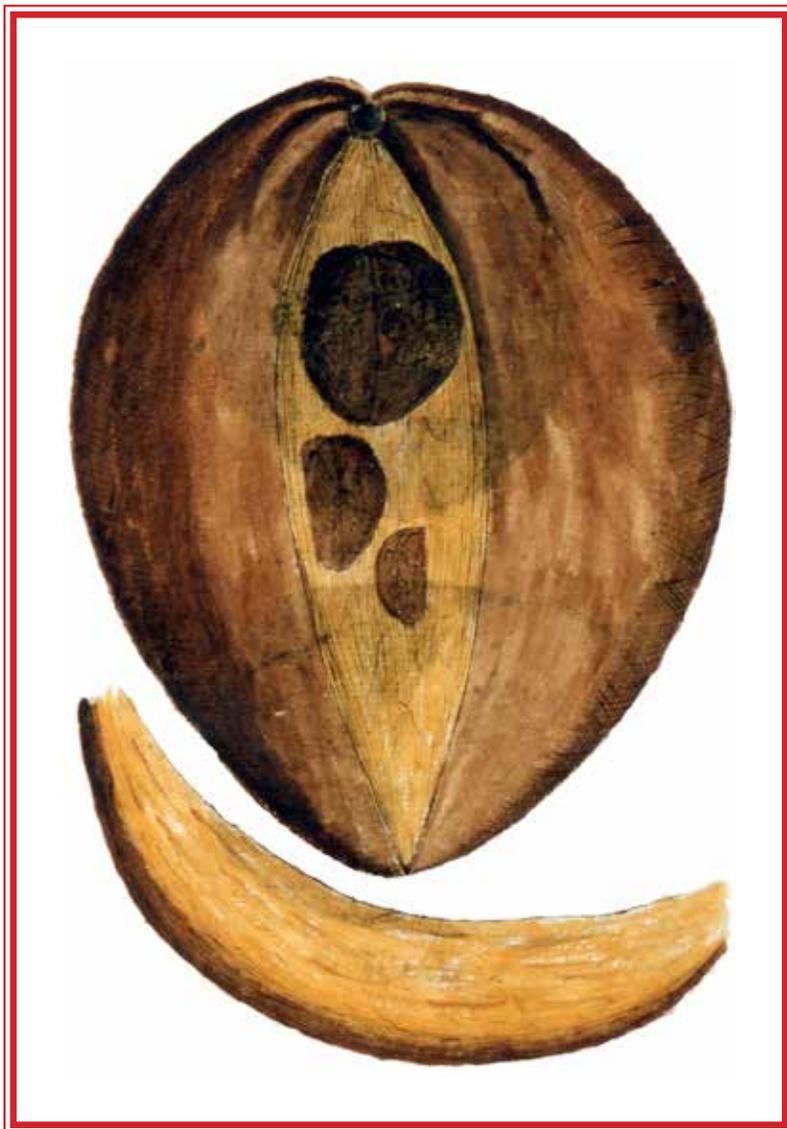
⁷¹
Se refiere al juego de bochas.





Planta que produce el coco

Coco con la cáscara
(*Cocos nucifera*)

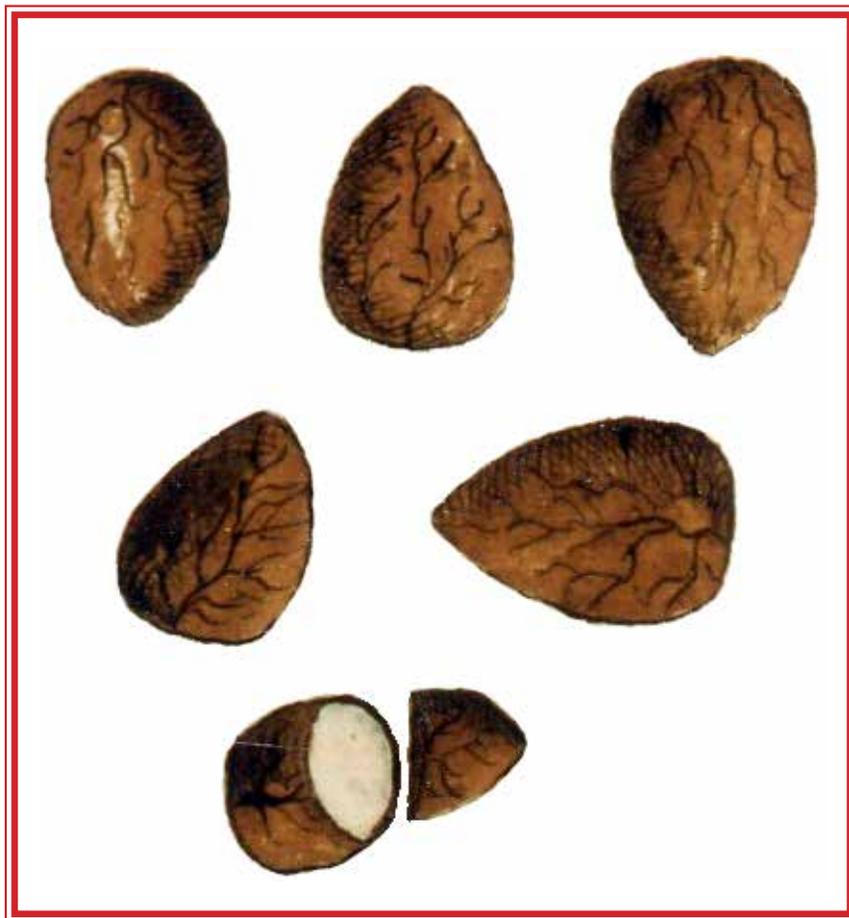


Pedazo de cáscara del coco

Coco sin cáscara
(*Cocos nucifera*)



Coco partido



Coquitos de aceite
(*Elais quineensis*)

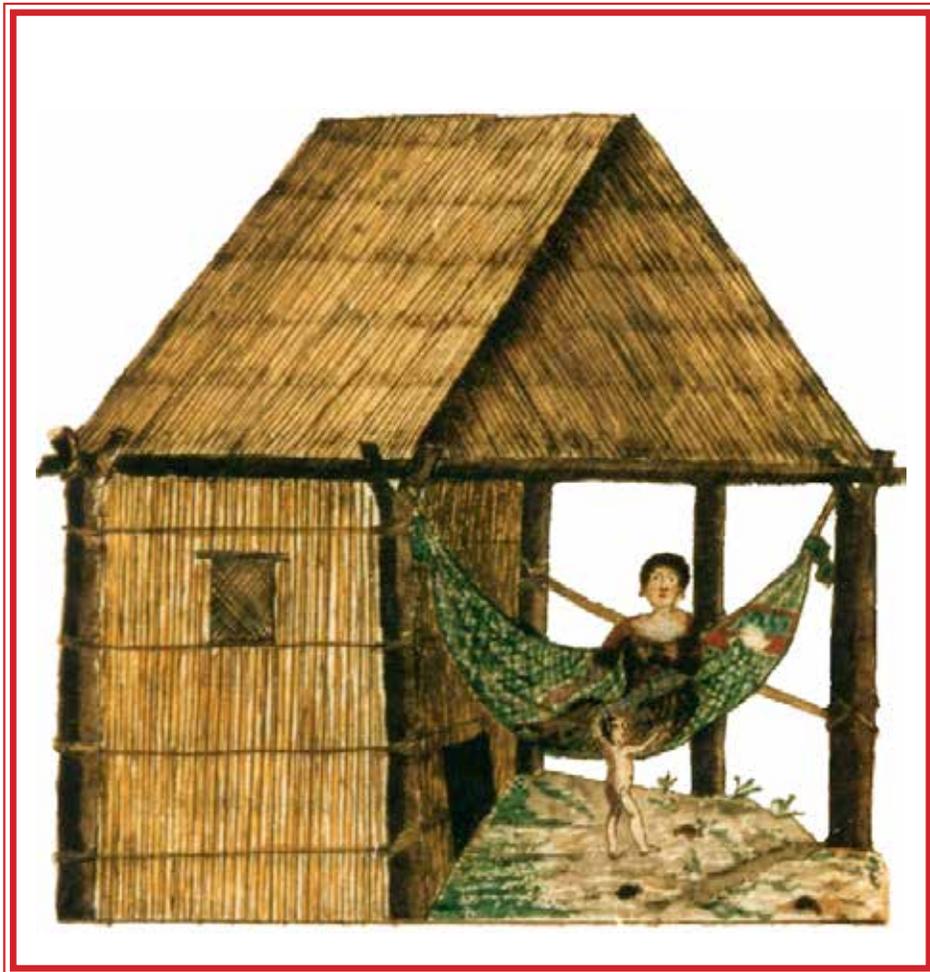
El nombre de estos frutos quiere decir pequeños cocos de aceite, como realmente se experimenta al masticarlos, chupándose en cantidad un aceite muy sabroso.



Ahora retomaré el hilo de mi historia. Observé en Puerto Rico otra cosa bastante curiosa: y es, que las indias, cuando van a la iglesia a escuchar la misa o a otra cosa, se cubren tanto la cabeza y la cara, que no se les ve más que los ojos y la boca; la frente, los cachetes y la barba se los vendan con paños blanquísimos; así como también el resto de su vestimenta es ordinariamente de tela muy blanca, y la manera de arreglarse sus vestidos resulta muy agradable a la vista (será eso por la novedad), en su casa y además en las calles; cuando no van a la iglesia pasan casi de un extremo a otro [hay nueve líneas de texto tachadas].

Son, además, muy afables y corteses, máxime hacia los forasteros. Se utiliza en esta isla la red, la cual llaman hamaca, dentro de sus casas; sea por motivo del calor, como también para protegerse de los piquetes de varios insectos venenosos, los cuales abundan en la isla; en dicha red se la pasan, máxime las mujeres, casi todo el día (por ociosas) sentadas o bien acostadas fumando tabaco, dando ellas mismas movimiento a la red, cuando no quieren dormir, y se hacen traer por sus esclavas allí la comida, y ahí mismo amamantan a sus criaturas, a quienes dejan andar por la casa, aun cuando ya grandecitas, del todo desnudas. Aquí pongo una pequeña figura de una hamaca o red junto a una casa de esos isleños, a la cual se asemejan poco más o menos todas las casas de la gente india, también del continente.





Casa



Otra casa de indios pobres

Esta isla produce el palo santo; los bosques están llenos de limones y naranjas, cuyos frutos llevan en gran cantidad a la ciudad, y entregan buen número por una ínfima moneda, que es un medio real. Aquí, sin embargo, no hay moneda acuñada, sino solamente ciertos pedazos de plata llamados por los españoles moneda cortada; también hay moneda de cobre. Para terminar, la isla me gustó muchísimo; estuve muy alegre, y me entristecía al tener que regresar a bordo para proseguir mi viaje por América... [hay cuatro líneas de texto tachadas].

Los ingleses hacen comercio en esta isla, como en todas las otras antillas y caribes, de esclavos y esclavas que toman en la Guinea: éstos son, todos negros, y afortunados deben llamarse aquellos que son vendidos en país católico, ya que estos pobres indígenas guineos no están bautizados y siguen aquella religión que les es enseñada en el lugar de su esclavitud. Y, como de las susodichas islas, algunas poseen los españoles, otras los franceses, otras los holandeses, y otras los mismos ingleses, así se puede decir feliz quien es vendido en países sujetos a España o a Francia como católicos, dado que poco a poco que van aprendiendo la lengua, les enseñan también los misterios de un católico con los deberes de un cristiano, y cuando están suficientemente instruidos los bautizan. En la casa donde estuve ocho días (es decir en Puerto Rico) había una joven de bellas facciones, pero al tipo de los negros, es decir con los labios de la boca muy gruesos (esto deriva del defecto de fumar mucho tabaco), la cual hacía poco más de un año que había sido comprada por ochenta pesos: sabía, sin embargo, hablar poco español y ni siquiera estaba bautizada. Estos esclavos, aún cuando se hagan católicos, son muy viciosos [hay cuatro palabras tachadas en el texto], borrachos y ladrones: las mujeres, para parecer más bonitas, se cortan la cara a lo largo, y esas cicatrices les parecen a ellas la mayor belleza, pero cuando están en edad avanzada espantan a los europeos; llevan al cuello sargas de perlas y, en las orejas, pendientes también de perlas grandes; tienen también la blusa y otras prendas con que se visten de tela muy blanca, que el todo hace resaltar mayormente su negritud, la cual, cuanto más oscuras, les parece ser más bellas; de la misma manera que la blancura a las otras naciones. Tanto los hombres como las mujeres, están marcados en la espalda con un fierro caliente, de manera que cada casa que tiene esclavos usa su propia marca, y cada esclavo que compran debe someterse al dolor de ser marcado, ya que escapándose y siendo de nuevo presos, se sabe inmediatamente quién es su patrón.

En orden entonces a estas pobres esclavas hay mucho desorden también entre los católicos, qué será entonces en países no católicos; como ya he dicho, ellas son muy proclives al sexo⁷² [hay cuatro líneas tachadas en el texto] resulta que si ellas paren, los hijos permanecen, todos, esclavos del mismo patrón; por

72
El autor no ha hecho mención de esto anteriormente o, si lo hizo, tal vez fue censurado por medio de tachaduras.

tanto, cuando una esclava es fértil, tanto mayormente es tenida en estima y querida por el patrón, el cual gasta muy poco para el mantenimiento de esta pobre gente, pues el vestido consiste de muy poco, máxime en los hombres, los cuales son empleados por el patrón para trabajar en fábricas de otros y otros ejercicios, y aquello que ganan es del mismo patrón; por cuanto a la comida, mucho menos les cuesta, porque con un poco de cazabe, frutos y agua se la pasan las semanas enteras: a las mujeres las mandan a servir en otras casas o a la plaza, a vender carne de puerco y otras cosas, y toda la ganancia es del patrón, quien exige las cuentas con todo rigor; no queda, por tanto, que los esclavos roben cuanto puedan aunque sepan deberles costar buenos azotes, pero todo pasa cuando pueden tener con qué fumar tabaco y beber aguardiente.

Antes de salir de esta isla, debo narrar un pequeño accidente que me ocurrió, que poco faltó que no quedara ahogado en aquel puerto, y fue que habiendo ido a tierra el patrón de nuestra lancha a hacer provisión de agua y cargando muy bien la dicha lancha o esquife de barriles llenos de agua, no faltaban más que cuatro dedos para hundirse.

No obstante, me subí a ésta para llegar a bordo de nuestra fragata. Después de mí subieron a ésta algunos soldados y otros hombres, de modo que no se necesitaba más que un poco de marea para ahogarnos todos; y como los marineros que conducían esa lancha habían estado en tierra y habían bebido mucho aguardiente (como es su costumbre), estaban por tanto muy alegres y sin voluntad de remar, sin comprender ellos el peligro en que estábamos, y aún con todos los gritos y vociferaciones del patrón, no querían por nada remar, donde en el tener que pasar una pequeña punta de tierra yo estaba todo temblando de pavor, porque ya comenzaba a entrar el agua en la lancha. Con todo, poco a poco nos acercamos a nuestra nave, desde la cual el capitán, con gran voz reclamó al patrón del esquife por haber cargado tanto y haber tomado tanta gente a bordo. En fin, yo fui de los primeros en pescar una cuerda colgante de la nave, y con ésta me trepé y me puse por entonces a salvo.

El 28 de marzo fue dada por nuestra nave la señal de levar anclas, con el acostumbrado cañonazo, habiendo hecho las necesarias provisiones para el resto

del viaje. Por tanto, hice subir a bordo inmediatamente mi baúl y otras cosillas; fui a despedirme del señor obispo, del padre guardián de los padres observantes y de una monja, con la cual había hecho amistad; pero, particularmente, de mi casera, que mucho me dolía tener que dejar habiéndome tratado tan cortésmente y a buen precio los días de mi demora en su casa.

Estando entonces a bordo, esperando que se pusieran a la vela, me ocurrió de ver una cosa por demás curiosa, y fue que, distante de nosotros menos que un tiro de fusil, había una pequeña embarcación francesa; el capitán de ella había hecho amarrar sobre un cañón a un marinero completamente desnudo y lo hacía golpear con toda la fuerza por otro marinero: el pobre paciente por el dolor de los latigazos gritaba tan fuerte que daba compasión; pero como al dicho capitán no le parecía que se descargaran los golpes con aquella fuerza que su crueldad requería, tomó con gran ira el látigo de las manos del ejecutante, le golpeó varias en la cara y mandó a otro marinero para que hiciera el oficio del primero, este segundo marinero obedeció y descargaba los latigazos con todas sus fuerzas, por lo que el paciente gritaba más que nunca; uno de nuestros pasajeros, movido a compasión, se puso a gritarle al capitán tratándolo de inhumano, cruel y bestia; éste después de responderle disparatadamente y cargándolo bien de villanías en buen español, tomó una escopeta y la enderezó hacia nuestro piadoso pasajero, el cual, ante esa visión, estimó bien esconderse.

El día 29 de marzo nos hicimos a la vela, pero antes de narrar otra cosa me recuerdo una pequeña relación; y es que, el segundo día después de nuestra salida de Puerto Rico, empecé a sentir una cierta comezón en los dedos de los pies, no hice caso por otros dos días; finalmente, observé que dos dedos de los pies se habían hinchado, y como en Puerto Rico había oído hablar de ciertos insectos, llamados por aquellos isleños niguas,⁷³ los cuales abundan en el país, y de las informaciones obtenidas sobre esos animales comprendí que estaba infectado de aquella peste.

Estos animalitos son casi imperceptibles a la vista, se pegan a los pies, máxime a quien no lleva zapatos cerrados, se insinúan entre la uña y la carne tan insensiblemente que no se puede uno dar cuenta; ahí, con la misma insensibili-

73

Nigua. Insecto díptero originario de América y muy extendido también en África, del suborden de los afanípteros, parecido a la pulga pero mucho más pequeño y de trompa más larga. Las hembras fecundadas penetran bajo la piel de los animales y del hombre, principalmente en los pies, y allí depositan la cría, que ocasiona mucha picazón y úlceras graves. *Diccionario de la lengua española.*

dad, forman una pequeña concavidad, y para su habitación, una vejiguita, la cual en pocos días llenan de menudísimos huevos; si éstos nacen, ya todos los dedos del pie quedan ocupados, y llega a tanto la malignidad de estos pequeños animales que insinuándose en quien no hace caso desde el principio, en ambos pies, y éstos hinchándose y corrompiéndolos dichos animales; hay algunos a quienes ha sido necesario cortarles el pie.

Ahora, estando a la información habida y viéndome infectado de este mal, llamé al cirujano de la nave para que me quitara dichos animalitos, pero éste se disculpó con decir no tener buena vista (como es necesario en tal operación) se presentó un pasajero, el cual, con una aguja y con mucha paciencia y dolor mío me quitó las dos vejiguitas formadas bajo las uñas de los pies por dichos animalitos. Es de anotarse que si en la operación se rompe la vejiguita, los huevos se quedan la mayor parte dentro de su habitación y hacen gran ruina, porque se dilatan, pero tuve la fortuna de que me fueran quitadas enteras y con un poco de tabaco en polvo sanó la herida.

El 30 de marzo se descubrió la pequeña isla dicha la Mona, que quiere decir simia, tal vez por encontrarse en dicha isla similares animales: está situada a 17 grados, lejana de Puerto Rico solamente quince leguas; tiene sólo aproximadamente cinco leguas de circunferencia; es tierra fértil y habitada por españoles.

Proseguimos con poco viento nuestro viaje, y en dos días descubrimos la isla de Santo Domingo o Española, antiguamente dicha Haití, la cual en el presente la posee en parte España y en parte Francia, y fue ésta la primera isla de América que descubrió Cristóbal Colón y se apoderó de ésta a nombre del rey de España. Nos acercamos a dicha isla para pasar el cabo Tiburón, pero aquí nos alcanzó una calma tan fastidiosa por espacio de diez días que no sólo no se avanzaba, que más bien, por la corriente contraria a nosotros, retrocedíamos cada noche algunas leguas y todo entre tan gran calor que se siente en este sitio, casi pareciéndonos ser por el sol chamuscados.

Entre tanto que estamos en calma, daré una sucinta noticia de esta isla: se apoderaron de esta isla los españoles, bajo la conducta de Cristóbal Colón, como dije arriba, el año de 1492. Se sitúa a los 308 grados de longitud y 20 grados con

dos o tres minutos de latitud; tiene de largo de Levante a Poniente 160 leguas, y 30 de ancho, con 350 de circunferencia. Es una de las grandes Antillas, es más, la principal, el cabo Tiburón es final de la isla al suroeste, distante de la isla de Jamaica 30 leguas. Hay entre el cabo de la Espada (que es su punta oriental) y Puerto Rico, 18; y 12, solamente del cabo o puerto de San Nicolás, que ve hacia el noroeste la isla de Cuba.

Hay también otras varias islas inferiores, todas llamadas genéricamente Antillas o Barlovento. Las más principales son Savona, Beata, Santa Catalina, Altavela, Avache, Gonave, Tortuga, Navaza y la de Mona. La Navaza es distante diez leguas del cabo Tiburón hacia Jamaica. También está la Guadalupe y María Galante, la cual es de los franceses. La isla de la Martinica es una de las principales caribes y está a quince grados y cinco minutos de latitud septentrional, y también es de los franceses. La Jamaica está entre las Antillas o de Barlovento y es de los ingleses, dista del Ecuador 17 grados, y colocada frente a la isla de Cuba, y el canal que la divide es ancho solamente quince leguas: tiene de largo 55 leguas, y 25 de ancho, con 150 de circunferencia.

Se encuentra también la isla de San Martín, que es parte de los franceses y parte la poseen los holandeses; así como la isla Terranova. La Anegada no es muy distante de Puerto Rico, es pequeña y deshabitada. Las Caimanes, que son tres islas así llamadas por los españoles, creo que por haber en sus costas abundancia de cocodrilos (porque, en español, caimán quiere decir cocodrilo) están al sur de la isla de Cuba y al oeste de Jamaica; la primera y más pequeña [Pequeña Caimán] dista del cabo de Santa Cruz 27 leguas; la segunda se llama [Caimán] Brac; la tercera dicha, Gran Caimán, creo que estén desiertas.

De todas las islas antedichas, quien desee mayor información lea las cartas de Cristóbal Colón y de otros capitanes conquistadores escritas al rey de España, como también la Historia del Nuevo Mundo, de Jerónimo Benzoni y otros viajeros, máxime ingleses o franceses; porque nosotros no tocamos tierra en ninguna de las susodichas islas excepto que en Puerto Rico.

En esta calma, que duró diez días sin avanzar un paso, se comenzó a sentir en la nave una escasez de víveres, puesto que teníamos un repostero o sea

despensero, el cual tenía la encomienda de hacer las provisiones necesarias; éste sea que midiera los días que nos faltaban para llegar al puerto de nuestro destino, sea que fuera dominado por la avaricia (y es muy probable) no hizo en Puerto Rico aquellas necesarias provisiones como debía, de galleta, carne salada, y otras cosas, de manera que aún en la mesa de capitán, en la cual yo era uno de los comensales, nos daban la comida y el agua en muy escasa medida.

Entretanto, nuestro padre capellán hacía novenas, procesiones y oraciones implorando de Dios y de los santos el viento para proseguir el viaje, que todavía nos faltaba mucho.

Después de diez días de tan fastidiosa calma vino un poco de viento, con el cual, el 15 de abril, descubrimos la isla de Cuba o Fernandina, hoy, La Habana (de la cual en otro lugar daré una noticia sucinta); fuimos costeano dicha isla con poco viento, indicio a estas alturas de otra calma, como de hecho sucedió: estábamos como a 22 grados y medio, era tan grande el calor que se sentía en este sitio, que no se podía remediar alguna diligencia o industria, que no solamente de día pero ni siquiera de noche ni al aire sereno se podía dormir, y nos quitaba hasta la respiración.

Duró, esta segunda calma, doce días con la siempre mayor escasez de víveres, de modo que fue mucho peor que la primera. Estábamos a la vista de tierra, pero por ser costa desierta no nos habría de procurar ningún alivio, aunque hubiéramos enviado el esquife o lancha en busca de agua u otra cosa; el atrapar peces no servía a otra cosa que a un poco de diversión (no sé, además, si todos habrán tenido el gusto de pescar, estando ardidos de la sed, extenuados por el hambre, languidecidos de sueño, quemados por el sol y aburridos de la calma), pues no había agua para cocinarlos, pan con qué comerlos, ni aceite para condimentarlos.

Entretanto, se multiplicaban las oraciones por un poco de viento: el agua nos era dada a todos con escasísima medida solamente a mediodía y en la noche; además de la poca cantidad, era turbia, apestosa, y caliente, de tal manera que estaba forzado a tomármela para no morir de sed, pero usando un mantel o servilleta y cubriendo la boca del vaso en el que se servía, y así me la escurría a la boca.

De comida estábamos tal vez peor, pues no nos daban más que cada 24 horas una porción muy escasa de arroz cocido condimentado con una poca de miel, sin pan ni otra cosa, verdaderamente estábamos frescos, aun con tanto calor.

Finalmente cuando quiso Dios, el 27 del mismo mes, es decir abril, tuvimos buen viento que a todos nos alegró, pasamos el mismo día la isla de Pinos, después el cabo Corriente, después de éste el cabo San Antonio, que está en la punta oriental de la isla de Cuba. El 30 entramos en la sonda de Campeche, o sea costeamos la provincia de Yucatán, que está al principio del seno o golfo mexicano, en el cual tuvimos algunas otras calmas, aunque de poca duración, pero de mucha aflicción y temor por la gran penuria de víveres.

Proseguimos lentamente nuestro viaje y pasamos las Alacranes, que son cinco o seis pequeñas islas deshabitadas, distantes solamente 20 leguas de la costa de Campeche o Yucatán hacia el norte; se encuentran a cerca de 20 grados de latitud septentrional.

El 8 de mayo, con nuestra extrema consolación, oímos gritar del marino que estaba sobre la cofa⁷⁴ del mayor: ¡tierra, tierra!; por lo cual todos, unos con otros, nos congratulábamos, pareciéndonos estar cerca la hora de salir casi de un purgatorio; y verdaderamente fueron tantos los sufrimientos padecidos por todos sobre aquella nave, que nos fue casi todo el viaje un purgatorio, pues, además de la gran borrasca que tuvimos antes de llegar a las Canarias (aunque esto no fuera defecto de la embarcación), estaba mal cargada, puesto que siempre caminaba inclinada de un lado, inclusive con el viento en popa, el hambre, la sed, el calor, el sueño, la estrechez, y tantas otras incomodidades comunes a todos; además, estábamos todos llenos de piojos, de modo que el capitán, piloto, capellán, y todos los pasajeros de popa no tenían otra ocupación todo el día que quitar piojos de sus camisas e indumentos; y yo, que llevaba conmigo cuatro trajes, estaban todos llenos y tenía por todos lados liendres; hasta en la barba.

El 9 nos acercamos a la costa, y quería el capitán entrar al puerto la misma tarde; hizo por tanto disparar 3 o 4 cañonazos, para que viniera el práctico y nos introdujera al puerto; pero por ser la hora más bien tarde no apareció ninguno;

74

Cofa. Meseta colocada horizontalmente en el cuello de un palo para fijar los obenques de gavia, facilitar la maniobra de las velas altas y, antiguamente, también para hacer fuego desde allí en los combates. *Diccionario de la lengua española.*

por lo cual tuvimos necesidad de entretenernos aquella noche en el mismo sitio, y por no haber lanzado las anclas estuvimos en riesgo de dar en el fondo, pues la corriente nos llevó tan cerca de tierra, y en tan poca agua, que fue un milagro que no encalláramos; la mañana siguiente nos alejamos algo hacia fuera, y habiendo visto un barco de pescadores, nuestro capitán lo llamó a sí con un cañonazo y habiendo venido montó sobre el mismo barco y se fue a Veracruz, de donde inmediatamente nos envió una buena cantidad de pan y frutas: todo fue puesto sobre cubierta al arbitrio de cada quien, de modo que en un momento dimos fin a todas las cosas, ¡tanta era el hambre! Hacia el mediodía vino el práctico, el cual poco a poco nos condujo dentro del puerto de Veracruz, a donde dimos fondo el 10 de mayo. Nos quedamos todos a bordo hasta el día siguiente que vinieron los oficiales reales a hacer la visita a la nave, como de costumbre, terminada la cual salté a tierra la cual besé de contento, habiendo finalmente salido de tanto engaño.

Me fui a alojar en una hostería, en tanto que se me proporcionaba un alojamiento más decente; me reposé todo aquel día y probé con la experiencia cuánto es más sabroso y sano dormir en tierra de cuanto sea sobre el mar, donde siempre se acuesta uno a dormir con algún temor de que suceda cualquier desgracia; el día siguiente era destinado para dar cumplimiento al voto que hicimos en la gran tempestad; por tanto, en la mañana todos aquellos de nuestra nave que estaban en tierra se prepararon en el muelle, y yo con ellos, y vino de a bordo el padre capellán con el capitán, piloto, y otros trayendo con ellos la vela del trinquete, y nos dirigimos procesionalmente descalzos a la iglesia de la Divina Pastora, donde fue del dicho capellán cantada la misa, y entregado el trinquete; después todos se fueron a sus negocios.

Yendo yo para la ciudad, me encontré con un español, que me dijo encontrarse en Veracruz otro padre capuchino que habitaba en el hospital; fui prontamente a verlo y supe del mismo cómo había venido a México como procurador de Propaganda hacía alrededor de diez años, y ahora estaba esperando que se hicieran a la vela algunas naves para España, debiendo regresar a su provincia de Andalucía: se llamaba el padre Jerónimo de Jerez; él me proporcionó alojamiento

en el convento de los padres betlemitas (de los cuales en otro lugar daré una breve noticia); fui por dichos padres recibido amorosamente y bien tratado, estuve con ellos ocho días, me reposé, rescaté mis cositas y, al tiempo, fui observando la ciudad nueva para mí, de la cual doy una breve descripción.

Está, la Nueva Veracruz, a los 19 grados y 16 minutos de latitud septentrional, bajo los 273 grados y 15 minutos de longitud; es lugar de la provincia de Tlaxcala, en lo espiritual sujeta al obispo de Angelópolis [Puebla], el cual mantiene un vicario. La ciudad es pequeña, pero hay varios conventos: uno de los observantes, otro de los dominicos; también están los agustinos, los betlemitas; también había jesuitas y algunas monjas: el clima de esta ciudad es pésimo, máxime para los europeos, principiando en marzo una sequía y un calor tan excesivos que vuelve el lugar inhabitable; además hay tanta abundancia de mosquitos que de noche maltratan mucho a quien duerme descubierto.

La ciudad es poco fuerte, pues por la parte de tierra tiene las murallas no más altas de un hombre, sobre las cuales hay plantados maderos a modo de rastrillo, y cuando soplan vientos septentrionales casi son tan fuertes que cubren en algunos lugares de arena aquellas pequeñas murallas, de manera que continuamente emplean los condenados a transportarla a otro lugar; hacia el mar tiene algunas baterías con un pequeño castillo; en suma, para ser el puerto principal de un reino tan rico como es México, me parece no estar vigilado como debería: tiene en cambio enfrente al puerto, a una milla de distancia aproximadamente; plantado sobre un acantilado, un buen castillo llamado San Juan de Ulúa, todo está circundado por el mar, y éste sí es la mayor fortaleza que tiene para la defensa de la ciudad y puerto: conserva dicho castillo el apodo de Ulúa, porque al tiempo que Cortés, el conquistador de estas tierras, dio fondo a sus naves cerca de dicho acantilado, que era habitado por indios, tal vez pescadores, los cuales nunca habían visto naves ni gente a su parecer extraña, gritaban en alta voz, en su lengua y entre las cosas que más impresionaron a los españoles fue este término de Ulúa; qué cosa signifique no lo sé.

Las iglesias no son muy bonitas ni bien cuidadas; las gentes, por el pésimo aire, son descoloridas, y máxime los europeos se la pasan mal en este sitio,

como he dicho anteriormente, y enfermos; apenas desembarcan les da el vómito negro y en pocos días mueren, como sucedió al padre Felipe de Portogruaro, capuchino de la provincia de Venecia, el cual fue invitado por Propaganda Fide a México en 1767, como procurador, como yo; él, llegado a Veracruz, se alojó con los padres betlemitas, e inmediatamente le vino el vómito negro y en pocos días murió; fue sepultado en la iglesia de los padres observantes: dicho padre Felipe se embarcó en Cádiz con un nuevo virrey de México, éste tuvo cuidado de hacer transportar las cosas que eran de uso del dicho padre Felipe a México, donde fielmente entregó todo al padre Pablo María de Ferrara.

Reside en Veracruz, un gobernador con otros oficiales llamados reales, es decir tesorero, contador y otros, con mediocre número de milicia. La ciudad descansa sobre una planicie pero es muy irregular; no hay nada de bueno, más que gran cantidad de sandías, las cuales sirven de refrigerio en los grandes calores; también hay muchos otros frutos y abundancia de peces, y en ocho días que estuve hospedado por los padres betlemitas, todas las noches, por cena, me daban una buena porción de pescado grande cocinado en cierta manera que me gustaba mucho.

Desde aquel día en que llegué a Veracruz, fui informado del pésimo clima de este lugar; por lo cual me di prisa de disponer mis cosas para trasladarme a México lo más pronto que me fuera posible, y habiendo buscado y hecho buscar un caballo en renta, no hubo modo de encontrarlo, por lo cual resolví partir a pie aun cuando trataban de disuadirme los dichos padres de Betlem y otros; pero, como yo creía viajar como en Italia, así no hice caso de sus disuaciones, y muy pronto me arrepentí.

Entregué, entonces, mis baúles y otras cosas a un mercader con orden de enviarme todas las cosas a México; me hice cambiar en oro aproximadamente 200 pesos que tenía; me despedí de los padres betlemitas, y provisto en la bolsa de la comida queso y una botella de aguardiente, con mi bastón salí solo de Veracruz al abrir de las puertas el 17 de mayo, encaminándome hacia la Antigua Veracruz, llamada vulgarmente La Antigua.

Antes de proseguir mi viaje pongo la presente pequeña carta geográfica, la cual contiene parte del reino mexicano, habiéndola yo diligentemente copiado de otra en cobre. Caminé, por tanto, muchas millas, siempre a la orilla del mar, muy gustoso hasta que el calor del sol era soportable; pero acercándose el mediodía era tan grande el calor que sentía por arriba y por debajo de los pies que aquella arena parecía arder en fuego, que no podía más seguir mi camino sintiéndome quemar, mucho más por haber bebido aguardiente para tomar fuerza para caminar.



Por tanto fuego por dentro y fuego por fuera estaba medio frito; cuando quiso Dios que encontrara en el camino un pequeño río que desemboca en el mar, pensé inmediatamente en refrescarme y observando todo el horizonte no vi persona, así que me desnudé y me extendí sobre el agua y cuando salí de ésta después de un rato, comí cualquier cosa, y retomado mi camino en breve fue tanta la debilidad que me sorprendió y por el gran calor que ya no podía más dar paso, y verdaderamente me encontraba en gran trabajo no sólo por el cansancio, sino también por la gran sed que me acongojaba, no habiendo encontrado después de haber pasado el pequeño río otro de agua dulce, y ciertamente, si hubiera encontrado cualquier choza, me habría parado; así que me vi en la necesidad de proseguir con mucha fatiga y pena el viaje, tan lentamente que parecía tener una gran fiebre; después de un rato el camino comenzó a alejarse del mar; ya libre de aquella arena de fuego que tanto me quemaba los pies, comencé a entrar al interior, y después de un breve tramo de camino entré en una pradera donde había algunos arrieros, a los cuales les pedí agua y me la dieron cortésmente, pero estaba muy caliente, y yo les di a cambio aguardiente; me informé por ellos mismos del camino y entendí faltarme todavía mucho por caminar para llegar a La Antigua, por tanto, me esforzaba de avanzar lo más posible pero en el primer árbol que me encontré (porque hasta ahora no había visto ninguno) me recosté a la sombra del mismo, me reposé y dormí bastante; despertando, fui avanzando pero muy lentamente.

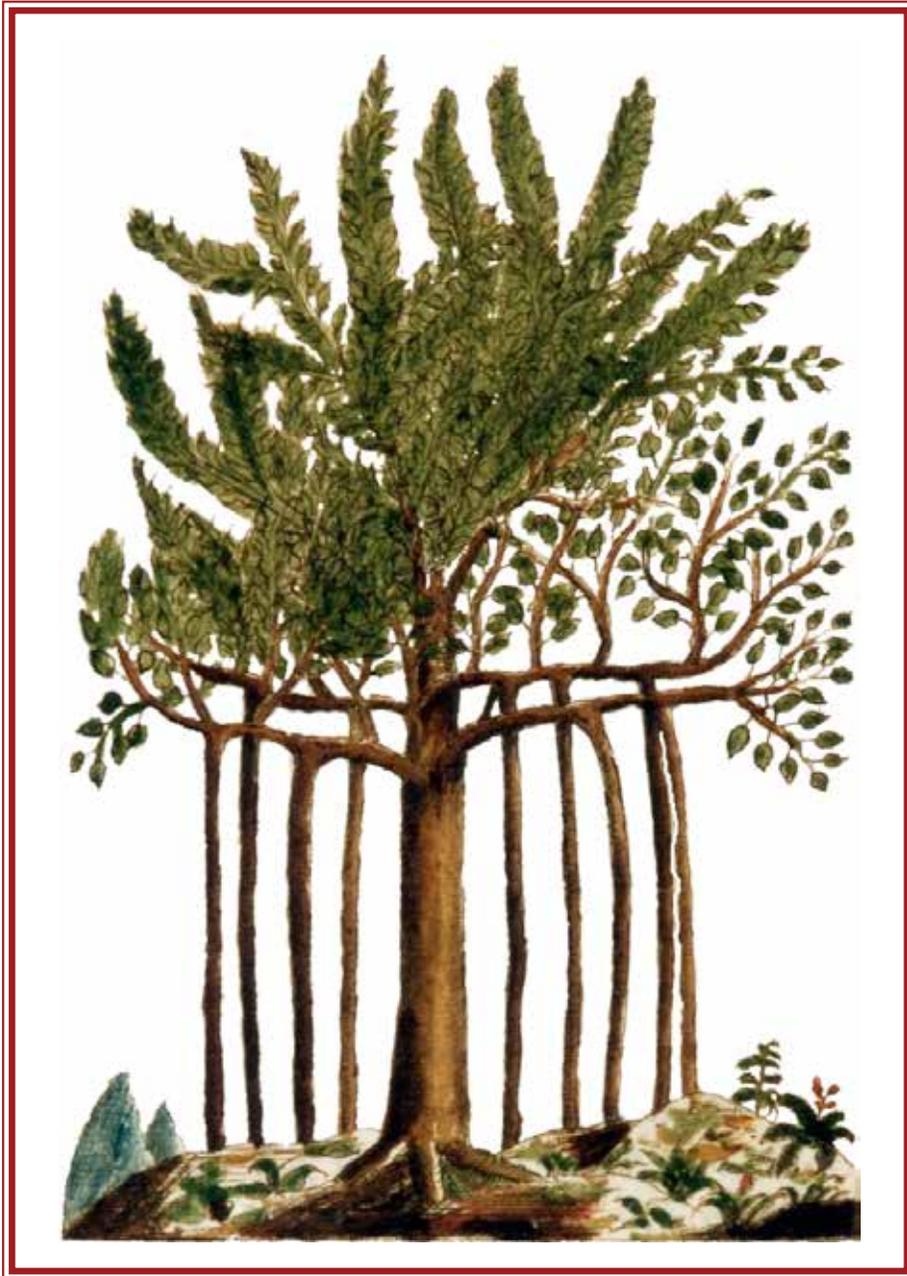
Finalmente encontré una pequeña casa de indios hecha de cañas y cubierta de paja; entré en ésta donde había solamente algunas indias: les pedí cualquier cosa de comer (entendían el español), que todo lo habría pagado; me hicieron rápidamente cocer huevos, y con eso me repuse un poco; y repuesto de fuerzas, quise proseguir mi viaje, y aunque las dichas indias me disuadían y me convidaban a quedarme en su casa hasta el día siguiente; les pagué aquello que me habían dado y, prosiguiendo mi camino con mayor vigor, hacia la noche llegué a La Antigua.

Antes de narrar nada de La Antigua Veracruz, diré la gran diversión que tuve en aquel poco trozo de camino, es decir de la casa de las indias a La Antigua,

y aunque me encontraba no con mucha fuerza, por el cansancio, la novedad del lugar, la variedad de los pájaros y de las plantas, me parecía [estar] (como en efecto así era) en un nuevo mundo: pero, por llegar esa noche al lugar de mi destino no tuve tiempo de detenerme a considerar cada cosa: solamente digo que por la grandeza y la multitud de los árboles con fruta nunca vistos, permanecía grandemente maravillado, y comprendí ser el país por sí mismo muy fértil.

Entre otros árboles que me produjeron mayor asombro, muchos fueron de una especie, de los cuales, aparte el tronco grande que se levanta a la altura de dos hombres, da ramos, de los cuales se bajan perpendicularmente hasta la tierra otros troncos menores de la rama; y todo eso alrededor del tronco mayor, que parece como una palizada, no produce ni flores ni frutas, y se llama mangle; pongo la figura.





Mangle
(*Rhizophoraceae sp.*)

Hacia el anochecer llegué a La Antigua y fui a alojarme en casa de gente india, porque no está habitada por ningún español; pasé una noche malísima, no habiendo para dormir otro que ciertas como tablas de trozos de carrizo unidos entre sí, como son también las casas, y sin cabecera, ni con qué repararme de los mosquitos, porque por el frío no se necesitaba, siendo el clima todavía caliente. Al día siguiente, sea para reposar que para observar el lugar (siendo este el sitio donde desembarcó Cortés, el conquistador), me detuve y noté ser un terreno pequeño con pocas casas de piedra y la mayor parte hechas de carrizo habitadas solamente por gente india: está a 18 grados y 40 minutos de latitud septentrional. Por en medio de esta tierra pasa un río, alguna vez navegable hasta aquí, La Antigua, viniendo del mar; y para ir a México se pasa el mismo con el puerto muy bien hecho y airoso, y siendo aquí el río grande y rápido.

Alrededor de este lugar vi muchas plantas selváticas de limón, cargadas de frutos, y no observé ningún otro particular.

El 19 salí de La Antigua siempre solo, andando hacia Xalapa y no noté nada de consideración; excepto variedad de pájaros muy diferentes de los nuestros, de los cuales en su lugar diré alguna cosa; y como de cuando en cuando encontraba alguna casa de gente india, así tuve la comodidad de comer cada vez que necesitaba, porque toda esta gente tiene gallinas y por tanto huevos, de los cuales me alimenté solamente hasta Xalapa, porque de aquellos platillos condimentados a su manera, sobre todo carne con chile, hasta entonces no me gustaban, siendo algo muy picante (pero con el tiempo me acostumbré a todo).

Tuve al mismo tiempo otro calmante para la sed, que fue el haber encontrado en varios lugares y huertas de esos indios sandías, de las cuales comí diversas.

Pero en la diversión de mi viaje tuve una incomodidad no prevista porque no fui informado, y se contrae al caminar bajo aquellos árboles, y es que por todo el cuerpo me sentía una comezón y constantemente me estaba rascando, ahora por aquí, ahora por allá, como si tuviera la roña; al principio lo atribuía al calor, y para asegurarme me observé los brazos y las piernas y vi que se me habían introducido bajo la piel muchos pequeñísimos animales que tienen su nombre propio,

pero que ahora no me acuerdo, aunque es algo diferente a las niguas de Puerto Rico; estaban pegados tan fuerte que algunos no totalmente escondidos, con mucha dificultad podía sacarlos con las uñas, así que retirado en un bosque me desvestí, y con la punta de un cuchillo me quité todos los que pude; el resto tuve que dejarlos para otro tiempo más cómodo.

Ahora caminando casi solo y cansado, permitió el Señor que me encontrara con ciertos arrieros o cabalgantes, a los cuales moví a compasión y me ofrecieron una mula para cabalgar hasta Xalapa, a donde me encaminaba; acepté la cortés invitación y en dos días llegué felizmente a Xalapa, es decir el 21 de mayo: fui a alojarme a una hostería y al día siguiente, por ser la solemnidad de Pentecostés, a buena hora me dirigí al convento de los padres observantes que allí se encuentran, a llevar a cabo mis devociones.

Es de notarse cómo en Veracruz hice amistad con un mercader de este lugar, llamado don Bartolomé Borsa, de nación italiana, hombre rico y buen cristiano, me encontré al mismo al regreso de la iglesia, quiso conducirme a su casa a tomar el chocolate; además de eso me obligó a albergarme en su casa hasta que no se presentara alguna coyuntura de proseguir mi viaje a México con mayor comodidad.

Xalapa es llamada por sus habitantes ciudad, pero no es más que un gran pueblo habitado en su mayoría por gente india; está situado a las faldas de un cerro; el clima de este lugar comienza a ser algo templado, y es distrito de la provincia de Tlaxcala.

Aquí se recoge una raíz purgante que lleva el nombre del lugar,⁷⁵ y no observé nada más de interés.

Me entretuve en este pueblo ocho días; finalmente tuve la posibilidad de hacerme acompañar de un mercader mexicano, el cual había estado en Veracruz para comprar provisiones para su negocio, y estando por regresar a México me recibió cortésmente en su compañía, dándome un buen caballo y de comer, todo a su cargo, hasta México: partimos de Xalapa el 28 de mayo y al anochecer llegamos a un pequeño lugar llamado Perote; el viaje de ese día fue muy cansado, porque casi siempre fue por montes y valles, pero llegando al mencionado pueblo

75
Jalapa (raíz de). Planta herbácea, trepadora; de raíz tuberosa, hojas alternas [...], fruto capsular (*Ipomoea purga*, *Wend.*) Maximino Martínez. *Catálogo de nombres vulgares y científicos, de plantas mexicanas*, 3ª reimpresión, México, FCE, 1994, p. 485.

76
Furlón. Cierta tipo
de coche antiguo.
Diccionario de la lengua española.

comienza el camino a ser casi todo plano, por lo tanto aquí el mencionado mercader se proveyó de un furlón,⁷⁶ o, como se dice en Italia, de una calesa, con la cual en cuatro días llegamos a la ciudad de México.

En estos cuatro días de viaje no pude notar nada digno de consideración, ya sea por haber viajado con el furlón siempre cerrado por el sol o por el polvo, como también por haberse parado sólo de noche a pernoctar en los lugares donde llegábamos al anochecer.

Llegamos entonces a México la noche del primero de junio de 1763; aquella noche me entretuvo en su casa el mercader que me había conducido y la mañana siguiente me fui a alojar en un mesón u hostería, y por ser en aquel año en tal día la fiesta del Corpus Domini, me dirigí a la Catedral a ver la procesión, que se hace muy solemne, pero hablaré de ésta en otro momento.

Después de dos días me enteré de que se encontraba en México otro capuchino, es decir el padre Lorenzo de Bra, piamontés también él, procurador de Propaganda; no me supieron decir dónde habitaba y por ser la ciudad tan grande fatigué mucho para encontrarlo; finalmente después de muchas pesquisas lo encontré, y habitaba en casa de una señora devota y muy benefactora de los capuchinos, fui yo por ella misma recibido en su casa.

Dos o tres días después me presenté a aquel señor arzobispo y le entregué la credencial de Propaganda: fui acogido por el obispo, quién se llamaba señor don Manuel Rubio y Salinas, con mucha afabilidad y amor; me convidó a comer con él al día siguiente, así que fui y el susodicho prelado se divirtió mucho conmigo haciéndome discurrir en el transcurso de la comida sobre varias cosas de Italia y de mi viaje; y como todavía no estaba todavía bien instruido en la lengua española, así decía frecuentemente grandes barbaridades y él se reía muy airoso, así como los pajes que servían la mesa, se retorcían (como se suele decir) de la risa.

Visité también al señor virrey, que era el marqués de Cruillas, el cual en otros tiempos había viajado por Italia, así que tuvo el placer de discurrir conmigo de varias cosas en mi lengua nativa.

Ahora es tiempo de dar una breve descripción de la ciudad de México; recomendando a los lectores que desearan una información más completa sobre ésta y de todo el reino, al Gemelli, en su Giro del mundo, a las relaciones dadas al rey de España por los conquistadores, al Solís,⁷⁷ escritor de la historia de la conquista de este reino, y a otros autores que han escrito ampliamente, porque yo lo haré muy sucintamente para no transcribir aquello que otros con mejor orden han escrito, y para no ser prolijo.

México, que en lengua mexicana se llamaba *Temistitan*, por otros *Tenochtitlan*, tuvo su principio el año de la creación de 1325. Es la capital de la Nueva España y lleva el título de corte imperial porque el último rey de ésta, que la cedió a la fuerza de los conquistadores, se intitulaba emperador.

Fue subyugada por el célebre capitán Fernando Cortés para el rey de España, que era el emperador Carlos V, y fue el año de nuestra salud de 1521. En el mes de agosto el día de san Hipólito, ese día se festeja también hoy en día en memoria de la entrada de los españoles en posesión de la ciudad.

Acerca de su posición, entre los autores que han escrito hay algunas diferencias, porque el Buffier⁷⁸ la pone a los 29 grados y 13 minutos de latitud y 273 de longitud de la parte del norte. El Lieutaud⁷⁹ la pone a 20 grados de latitud. El de la Hire⁸⁰ a 20 y 10 minutos, y otros a 20 y a 40 minutos.

Distancia de Veracruz 80 leguas, y de México al puerto de Acapulco, hay 100. Todo el reino de México, o Nueva España, está en la zona tórrida: confina al norte con Nuevo México, al este, parte del golfo de México y parte del mar del Norte; al Sur parte de la América meridional y parte del mar del Sur.

Esta capital está asentada sobre una gran laguna en medio de una llanura: larga 14 leguas españolas del sur al norte, ancha 7, y de circunferencia 40.

La laguna tiene de circunferencia 30 leguas, la mitad de la cual tiene agua dulce y la otra mitad, salada.

De los dos diferentes mapas que aquí pongo se ve la figura de la laguna, de los ríos y lugares circunvecinos. Las provincias o gobiernos dependientes del virreinato de México, son, principiando de norte a sur, Sinaloa, la Nueva Vizcaya, el Nuevo Reino de León, Culiacán Huasteca o Pánuco,

77

Se refiere a Antonio de Solís y Rivadeneyra, historiador y poeta y español (1610-1686), quien escribió, entre otras cosas, la *Historia de la conquista de México, población y progresos de la América septentrional, conocida con el nombre de Nueva España* (Madrid 1684). *Enciclopedia universal ilustrada*, Espasa Calpe.

78

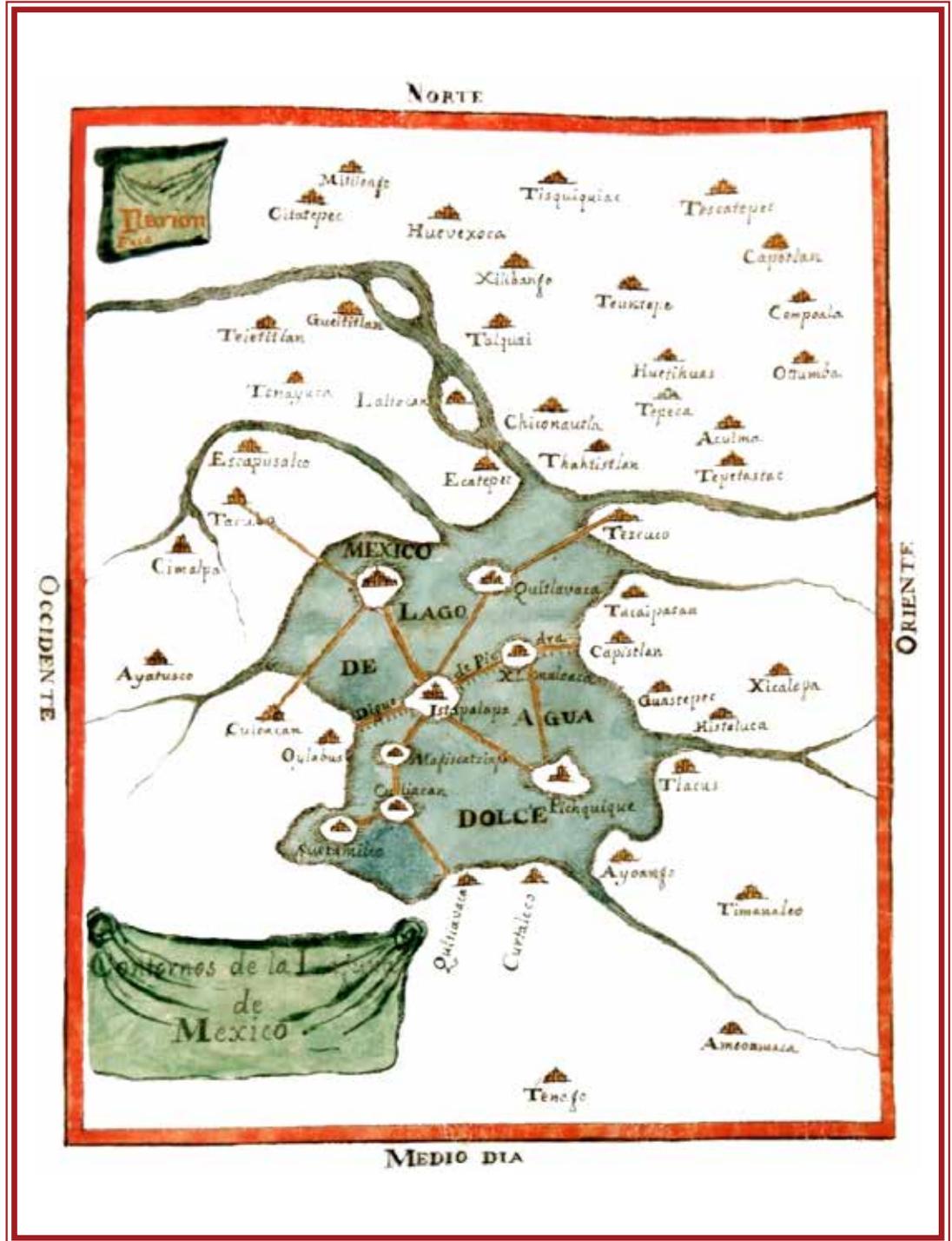
Se refiere a Claudio Buffier S. J. Filósofo polaco (1661-1737), quien publicó, entre otras obras, la *Histoire universelle y la Géographie universelle* en 1732. *Enciclopedia universal ilustrada*, Espasa Calpe.

79

Probablemente se refiere a Jacques Lieutaud, astrónomo francés (1693-1729).

80

Philippe de La Hire. Matemático y astrónomo francés (1640-1718). *Enciclopedia universal ilustrada*, Espasa Calpe.



Chametla, Guadalajara, Jalisco, Michoacán, Tlaxcala, Oaxaca, Chiapas, Soconusco, Yucatán, Verapaz, Guatemala, Honduras, Nicaragua, Costa Rica, Veragua y Panamá; pero de muchos años a esta parte las mencionadas provincias o gobiernos están restringidas a tres reales audiencias, que son México, la principal donde reside el virrey, y a la cual vienen las apelaciones de las otras dos, es decir de Guadalajara y Guatemala, que por la distancia de pueblos y multiplicidad de negocios no podía suplir la sola audiencia de México: y en dichas audiencias se deciden las causas, tanto civiles como criminales, cuando no haya negocio que requiera la decisión de la corte de Madrid.

Tiene la ciudad de México tres leguas de circuito y dos millas de diámetro; se entra en la ciudad por cinco calzadas o calles de terraplén, altas y fuertes por razón del agua, y no tiene ni muralla ni puertas. Las calzadas son: la Piedad, San Antonio, Guadalupe, San Cosme y Chapultepec, no existiendo más la calzada del Peñón, por donde entró Cortés cuando la tomó.

La planta de la ciudad es similar a la feria de Bérghamo, es decir con las calles derechas del este al oeste y del sur al norte; estas calles son todas medianamente anchas, de modo que pueden pasar cómodamente cuatro carruajes al mismo tiempo: no son para nada limpias porque toda clase de inmundicia se avienta en las calles, aunque es verdad que en medio de todas corre un poco de agua como en un canal formando concavidades y cada semana ciertos hombres ocupados a ello van en todas las calles a sacar del agua la basura, las más de las veces dejándola por uno o dos días al lado del ducto para que se seque y después con carros la conducen fuera de la ciudad, así cuando hacen tal operación en esa calle se siente un hedor tan grande que transitando es necesario taparse las narices, y en verdad que esto desdice mucho de las otras bellas prerrogativas de esta ciudad.

En las casas no se usan los lugares comunes como en Italia, mas se sirven de bacines, por lo cual cada mañana no se ve más por las calles que mujeres que van a vaciarlas en el canal del agua en medio de la calle los desechos de la noche.

Aparte de eso vi, y se trata de otro abuso muy indecente, ya sea en las calles, plazas, o en cualquier otro lugar que venga necesidad a una persona, de

descargar el cuerpo o simplemente de hacer agua, ya sea hombre que mujer, lo hacen con toda libertad en cualquier lugar que se encuentren aunque haya ahí gente presente, siendo esa la costumbre (cosa no practicada en Italia ni en muchos otros países).

Por la bondad de los edificios, de los ornamentos y riquezas de las iglesias puede decirse que compite con las mejores ciudades de Italia; es verdad que no hay aquí grandes palacios como en Roma y fuera de ésta, porque por la poca firmeza de los cimientos no pueden levantar fábricas de gran mole, pero en su ser tal vez serán más ricas por la preciosidad de los adornos.

Todas las casas de esta ciudad son de piedra y ladrillos, blanqueadas y en su perspectiva de buena arquitectura, con balcones bien dispuestos, ventanales y techos a la china. Puertas magníficas, patios con columnas de mármol, escaleras de ingreso espaciosas y cómodas, pintadas entre un escalón y otro como tableros de ajedrez, de manera que viéndolas a cierta distancia parece toda la escalera cubierta de un tapete: solamente las casas tienen el defecto de no ser proporcionalmente altas, pero he visto varias de cinco pisos; pero la mayor parte son de tres, es decir las habitaciones que están en el piso de abajo es donde habita la gente de servicio, arriba de éstas están las habitaciones que llaman de entresuelo donde están los almacenes de las mercancías, porque aquí casi todos son mercaderes; en fin, después están las habitaciones de los dueños, las cuales, aunque no son muy ricos, tienen todos su furlón o carroza, porque las señoras mexicanas son tan delicadas que no darían un paso si no van en furlón.

Y, a propósito de furlones, me recuerda haber leído que hay en México cuatro bellas rarezas, que son: bonitas iglesias, bonitas calles, bonitas mujeres y bonitas carrozas; acerca de las últimas hay, sí, gran cantidad pero son todas muy ordinarias, es decir de poco valor, y nadie usa al cochero como en Italia, sino más bien uno o dos caballerangos, pero no está permitido más que al virrey el andar con un tiro de seis, aparte de que todos usan mulas, y no caballos.

Ya de las calles he dicho alguna cosa antes. De las iglesias discurriré en otro lugar. Acerca de las mujeres, es verdad que son bellísimas y bien dispuestas de la persona, simpáticas, hermosas y con un gran capital de retórica, de tal forma

que superan por mucho a nuestras italianas; pero son (como en todos los otros países) ambiciosas, creídas, delicadas y ociosas.

Son muy proclives a los europeos (a los que llaman gachupines), y con ellos se casan con más gusto, aunque sean pobres, que con sus conciudadanos dichos criollos, aunque sean ricos; siendo éstos, los criollos, amantes de las mulatas, de las cuales han mamado la leche y las malas costumbres, de lo que sigue que los criollos odian a los europeos.

Las mujeres visten a la española, es decir, las señoras, así como las mercaderes y las artesanas que pueden; las otras visten según su condición, y como hay varias castas de gentes, así cada una viste en proporción de sus facultades, y también según su casta, pues si es india, viste a la usanza de las indias pero ricamente; si es mulata, al uso de las mulatas, etcétera.

Lamento no saber dibujar para mostrar la variedad de vestidos de aquellas mujeres, que, cierto, en algunas es cosa curiosa, tal vez mejor que las griegas.

Los mulatos son nacidos de blanco y negra o viceversa; los mestizos son aquellos que nacen de españoles con indias o criollas, y viceversa, que también éstos tienen una fisonomía diversa; de manera que en este reino hay seis castas de gente, es decir: europeos, criollos, mulatos, mestizos, indios y negros.

Sería aquí muy a propósito escribir la sucesión cronológica de los reyes de México, el último de los cuales fue el infeliz emperador *Moctezuma*; pero para no alargarme en un recuento que formaría una digresión demasiado difusa, remito a quien lee, al Gemelli en su Giro del mundo, y al Solís, escritor de la historia de la conquista de México, los cuales hablan difusamente, y cierto es que este segundo autor amerita ser leído por los curiosos, aunque a veces sea parcial a la nación española, por los estratagemas, violencias, artes y medios adoptados por ambas partes para defenderse, es decir, por los españoles para apropiarse de México, y de *Moctezuma* para sacarlos, forman un tejido de mucha curiosidad y erudición.

Adoraban a muchos ídolos, el principal de los cuales era llamado *Huitzilopochtli* que, significa el dios de la guerra, al cual sacrificaban cantidad de hombres, ordinariamente hechos prisioneros en sus guerras, cuyo templo existía donde hoy está plantada la Catedral.

81
Es curioso notar como
nuestro autor a veces nombra
a Cortés con el nombre de
Fernando y a veces con el de
Hernán; ambos son correctos.

Moctezuma, después de haber sido puesto en los cepos por Hernán Cortés,⁸¹ fue casualmente golpeado con una piedra en la cabeza por sus mismos vasallos, que en grandísima cantidad se habían desplazado al palacio para librarlo, y habiendo él subido en lugar prominente para hacerse ver, y aquietar a dichos indios tumultuosos, los cuales tirando cantidades de piedras a los españoles, por los cuales era acompañado, fue golpeado y murió idólatra; existen todavía algunas casas descendientes de dicho emperador [siete palabras tachadas], y cuando yo partí de México en el año 1768, vivía todavía un canónico de la Catedral, el cual descende por línea directa masculina del susodicho Moctezuma: los susodichos descendientes han siempre gozado de grandes privilegios, honores y títulos que les concedían los reyes de España.

Permanece todavía en pie una pequeña parte del palacio de Moctezuma, que fui a ver, y es algo distante de la ciudad, por lo cual pienso que podría ser algún palacio de recreo y no de su ordinaria residencia, o bien que la ciudad después de su conquista haya sido refabricada de nuevo y plantada en sitio diferente; en dicho palacio no se ve buena arquitectura, tiene la puerta principal muy baja, y toda la fabrica, aunque sí es fuerte, es muy corriente.

Pasaré a otras cosas y primeramente diré acerca del lenguaje mexicano, el cual dicen los inteligentes ser una lengua muy limpia y abundante de términos, sin embargo, yo no lo puedo afirmar, no habiendo aprendido dicha lengua por no haberme sido necesaria (porque comúnmente se habla español), como también porque me pareció difícil de aprender, y para darle una pequeña prueba pongo aquí el Padre nuestro, el Avemaría y el Credo en dicha lengua mexicana:

Izcatqui in Tolazin e.

Totazin e, ynilhuicac timoyeztica, mayectene=
 Hualo inmotocazin, mahualauh inmotlatocayo=
 tzin, machihualo intalaticpac inmotlanequilitzin,
 in yuchihualo inilhuicac intotlaxcalmomoxtra e,
 totech monequi maaxcan xitechmomaquili
 maxitechmotlapopolhuili intotlatlacol, in iuh
 tiqintla popolhuia intechtla tlacalhuia,
 macamoxitechmomacahuili, inicamo ipan
 tihuetzizque in teneyeyecoltiliztli: çanye
 xitechmomaquixtli inyhuicpa in amoqualli.

Maiuhmochihua.

•

Izcatqui in Santa Maria e.

Maximopaquiltitie Santa Maria e, timotem=
 iltitica inçenquizca yeciliztica gracia, mona=
 huactzinco moyertica intheotlatuani Dios;
 çencatiyectenehualoni intlan inixquichtinçi=
 hua, ihuan çenca yectenehualoni in itlaqui=
 lo moxilantzin Iesus. Santa Maria e mo=
 chipa huelnelli ichpochtzintle Dios inan=
 tzin e, matopan ximotlatolti in titlatlaco=
 Anime, in axcan ihuan in iquac ye tomi=
 Qiliz tempan. Maiuhmochihua.

•

Izcatqui in Neltoconi.

Nic moneltoquitin in çenhuelitini Dios Te=tazin, in oquiyocox, oquimochihuili in ilhui=catl, ihuan intlaltipactli. Noniomoneltoquitia in Jesu-Christo inçanhueliçeltzin Ypiltzin, ihuan totlatocatzin, omonacayotitzino itlama=huiçoltica Espiritu Santo, auh itech omotlaca=tilitzino in Santa Maria mochipa huel nelli ichpochteintli. Auh omotlaihyohuilitlatoca=yopan in Poncio Pilato, Cruz titech quauh=nepsinoltitech omamaçoaltiloc, omomiquili, ihuan ototoc, auh omotemohui mictlan, eiil=huitica omoizcalitzino intlan inmimique, omotlecahui ilhuicac imayec campatzinco mehuititica inçenhuelitini Dios Tetatzin.. Auh icompa hualmehuitiz inquinmotlatzonte=Quililiquiuh inyolque, inhuan in mimique. Nonicmoneltoquitia in Dios Espiritu Santo, Ihuan nicneltoca camoyeztica Santa Iglesia Católica Romana. Nonicnelctoca caonca [una palabra tachada] inneçepan icneliliz in Santome. Nonienelctoca caonca tlatlacolpolihuiliztlli, inhuan Nicneltoca camochihuaz ininezcaliliz intonacayo, Ihuan nicneltoca caonca ç micac yoliliztli amen

•



Aparte de la susodicha, hay también en el reino dos otras lenguas principales: la otomí y la maya; los cuales tres idiomas se subdividen en muchos otros, que ni entre ellos se entienden, sino con mucha dificultad, como sucede en Italia.

Pero, en México y sus alrededores de gente india, se usa solamente el mexicano o el otomí, porque mayas llegan pocos: y en todos los obispados del reino se dan las órdenes sagradas a muchos padres sólo por haber aprendido alguna de dichas lenguas, en la cual son examinados y sin otro patrimonio son ordenados sacerdotes y son enviados por curas en cualquier villa de dichos indios.

El clima en México, aunque en la zona tórrida es templado, no habiendo en el transcurso del año excesivo calor ni gran frío, el rigor del cual es como sería aquí en Italia en el mes de octubre, pero en las montañas algunas veces se siente algo más, no se ve con todo esto ni nieve ni hielo ni escarcha, excepto en un monte alto que está entre México y Angelópolis, el cual está siempre cubierto de nieve; en la cumbre de aquel monte hay un volcán, que algunas veces lanza flamas, a éste le llaman el monte de Orizaba.⁸² Este volcán fue la fortuna de los conquistadores porque yendo los mismos a explorar el país encontraron en la boca de dicho volcán cantidad de salitre, con el cual fabricaron la pólvora que necesitaban para la artillería, habiéndosela terminado, y no pudiendo proveérsela de ninguna parte, porque el capitán Cortés había hecho mandar a pique las naves en el puerto de Veracruz, a fin de que sus soldados tuvieran que vencer o morir.

Fue ciertamente una gran providencia. Porque si no hubieran tenido pólvora con la cual cargar los cañones de cartucho de campaña y oponerse a la gran cantidad de indios que los contraatacaban que les impedían introducirse en su país, y casi (a decir de la historia) oscurecían el sol con la gran cantidad de flechas lanzadas contra los agresores, no hubieran podido disminuirlos tanto como hicieron.

El autor de la historia de la conquista de México forma el cómputo, fundado sobre las relaciones de los conquistadores, y dice que por cada solda-

82

El volcán a que se refiere el autor no es el pico de Orizaba (Citlaltépetl, montaña de la estrella), sino el Popocatepetl (montaña que ahuma), escalado por primera vez en 1519 por Diego de Ordáz, según narra Bernal Díaz del Castillo en su *Historia verdadera de la conquista de la Nueva España*, Porrúa, México, 2007, p. 136.

do español habrán habido más de mil indios enemigos de vencer (qué buena cacería habrá sido), tenían por tanto razón aquellos miserables indios de decir que los españoles manejaban el rayo oyendo el rumor y viendo el fuego de la artillería, y al mismo tiempo, caer muertos cantidad de ellos; y al principio de la guerra tenían a aquella gente, nueva para ellos, por inmortales, porque no se había visto ni siquiera un español muerto, ni de muerte natural ni violenta; decían aún que los españoles eran hijos del Sol y de la caballería, creían que fuese un sólo cuerpo el caballo con el caballero; pero dejemos estas digresiones y retornemos al asunto del clima, el cual es muy variado en un mismo tiempo y en poca distancia, bastando un momento para pasar de un clima caliente a uno casi frío.

El invierno en estos pueblos, se puede decir que inicia aproximadamente a la mitad del mes de junio, o, al máximo, al final de dicho mes; en tal tiempo, hasta casi todo el mes de octubre, casi siempre llueve, habiendo solamente algunas pausas en el mes de agosto; en el restante de dicho tiempo pocas veces se ve el sol, y la lluvia es casi continua, máxime en las montañas; en México no es tan continua que no se pueda salir de casa, máxime en la mañana para hacer sus negocios.

A principio de enero, entonces, empieza la primavera, de modo que en marzo el calor es mucho, y al final de dicho mes, o al principio de abril, siegan el trigo, de tal grano al que llaman trigo, siembran mucha cantidad, [que] en proporción de Italia es barato, y preparan un bellissimo pan y en los campos donde han cortado el trigo no siembran otra cosa por dos o tres años, habiendo muchos otros terrenos ya descansados, y esos terrenos son muy fértiles y no requieren de tanta fatiga e industria para cultivarlos como en nuestra Lombardía, porque no abonan ni riegan en tiempo de sequía ni hacen otros cultivos, ni otras obras como en otros países, solamente cuando la hierba que crece en los rastros está madura y seca, aprovechan la oportunidad de algún viento airoso para prenderles fuego y con eso permanecen aquellos campos tan grandes fertilizados y limpios, máxime de animales.

No usan tampoco campos para cortar el heno porque tanto los caballos como las mulas comen paja, y como regalo algunos les dan en la noche un poco de cebada o avena.

Cosechan también gran cantidad de maíz, el cual es comúnmente el pan de la gente india. No se usa en toda la América moler el maíz y hacer el pan como en Italia, ni siquiera para hacer polenta,⁸³ que no saben ni qué cosa sea. Pero, para hacer con él su pan, ponen a remojar el grano en agua, con un poco de cal viva, adentro en un contenedor al que llaman *comal*; ahí lo dejan dos días, y después lo lavan muy bien, y entre dos piedras hechas para este propósito, a las cuales llaman a una metate y a la otra la mano, lo van triturando, tanto que forman como una masa, a semejanza de las mujeres de nuestro país cuando hacen el pan de maíz; después toman un poco de dicha masa, la van golpeando con las manos que forman como una tortillita redonda y delgada, la cual ponen sobre un cierto instrumento de terracota, al que llaman *tecomal* (delgado, redondo y plano), bajo el cual encienden el fuego y, volteando una vez dichas tortillas, ya está hecho su pan, que lo nombran tortillas; es tanto el uso de este tipo de pan, que no sólo la gente india y otra gente pobre que lo comen por necesidad, pero aún entre la gente acomodada ponen en la mesa, aparte del pan de trigo, también las dichas tortillas: más especialmente las usan las personas acomodadas para el desayuno, al que llaman almuerzo, mezclando entre una tortilla y otra, carne de puerco, jamón, chorizos (que son pequeñas longanizas), con caldo y gran cantidad de chiles, o sea, pimientos rojos, para lo cual convierten toda esta composición en una cosa roja y tan picante que quien no está acostumbrado encuentra mucha dificultad en comerla; pero entre ellos es de la misma estima el susodicho guiso, como en el territorio bergamasco lo es la polenta con los pajaritos.⁸⁴

Después de haber comido el mencionado plato, comúnmente beben pulque, pero muchos otros beben después aguardiente y, tanto de una manera como de la otra es cosa muy buena para quién está acostumbrado. Yo las he comido muchas veces por necesidad, encontrándome en lugares donde no había otro tipo de pan, pero muchas veces las comí por elección,

83

La polenta es un plato típico del norte de Italia hecho con harina gruesa de maíz, cocida con agua salada hasta alcanzar la consistencia deseada; se suele comer acompañada con queso u otras viandas. *Vid.* nota siguiente.

84

Desde hace más de mil años, los bergamascos han cazado y comido pajaritos que capturan con redes, los cocinan y se los comen acompañando la polenta de maíz. Dicho platillo se llama en dialecto bergamasco "polenta e osei".

máxime las hechas con chile, es decir en la manera ya descrita, y esto me gustaba mucho.

Las mujeres indias llevan a la plaza a vender las dichas tortillas, como lo hacen las mujeres bergamascas para vender los huevos.

Me acuerdo haber leído, en los viajes de Pietro della Valle,⁸⁵ que en Persia hacían el pan de la misma manera arriba descrita, es decir las tortillas, no se explica con qué tipo de harina.

Aparte de eso hacen en aquel país, con el maíz, una bebida a la que llaman *atole* y para no alargarme en describirla diré, en una palabra, que dicho *atole* no es en nada diferente de aquel caldo donde hierve la polenta aquí en Italia, excepto que aquél es más blanco y lo pasan por un tamiz y tiene una consistencia como de leche coagulada; esta bebida caliente sirve para las gentes pobres en la mañana de buena hora: algunos le mezclan un poco de *chocolate*, otros más pobres, no, y esto es su desayuno.

Para entender mejor esto, es necesario saber que en todo el reino de México hay la costumbre de tomar chocolate (porque, café, muy pocas veces se usa, y en aproximadamente cinco años que yo he vivido en aquel reino, lo he bebido una sola vez, en casa de un señor amigo mío) dos veces al día: la primera en la mañana, a buena hora, y muchas veces lo llevan a la cama; la segunda vez, se toma cerca de las 21 horas italianas: pero, como hay tanta gente pobre que no puede gastar para desayunarse con *chocolate* puro y, al mismo tiempo, se tiene la costumbre de tomar en la mañana algo caliente, así suplen con el dicho *atole*, solo o bien mezclado con un poco de chocolate, al cual le llaman *champurrado*.

Y, a propósito de chocolate, he leído, haber, la dicha composición (el chocolate), tenido origen en México, y en lengua mexicana se llama *chioco-atle*.

Es de notarse también que en aquellos pueblos es tan difundido el beber algo caliente en la mañana por todo tipo de personas que, si fuera el caso que cualquier pobre, hombre o mujer, que no tuvieran el modo de tomar por una sola mañana el *chocolate*, *cham-*

85
Pietro della Valle. Viajero y polígrafo italiano (1586-1652), escribió los *Viaggi descritti in 54 lettere famigliari*, Roma, 1650.

purrado o *atole* sería considerada una persona sumamente infeliz, miserable y cercana a la desesperación.

El *chocolate*, pues, que se usa en todo el reino vale muy poco, en comparación con el nuestro de Italia, con todo que en aquel país haya cacao, al menos en la provincia de Yucatán o Campeche, Caracas y Cartagena, desde donde viene conducido, parte por mar, parte por tierra, a México, y con todo esto no se bebe un chocolate como en Italia, porque no lo saben componer y, para prueba de ello, cuando retorné a la patria llevé conmigo un poco de chocolate mexicano, y aquellos religiosos que lo probaron se reían de mi chocolate, y no obstante que en el reino de México se cosecha la *vainilla*, no usa ponerla en la preparación del *chocolate*.

Sin darme cuenta, pasé del maíz al *chocolate*; bien es cierto que la digresión no ha sido fuera de propósito, habiéndome venido la ocasión de hablar por causa de los usos que hacen en este país del maíz, del cual me resta todavía describir qué cosa sean los *tamali*, en español *tamales*, que también hacen con el maíz (que es cosa igual que comen y hacen mucho uso) pero, por ser cosa de poca consideración a este propósito, la omito; así también, paso en silencio otros productos que de la industria de los indios son obtenidos del maíz, para no alargarme en cosas de poca consideración.

Arriba, hablando de las tortillas, he dicho que muchos beben con ellas el pulque; para saber qué cosa sea el pulque, es necesario anteponer la noticia de que en todo el reino de México no se cosecha vino, siendo prohibido por las leyes de España plantar vides en dicho reino, siendo a mi parecer esta ley para exportar el vino de España en aquellos países, porque todo el vino que allá se consume, tanto para las misas como para quien lo quiere beber, viene traído todo de España y, por consecuencia, a muy caro precio. Ahora la industria de aquella gente india, o por mejor dicho, la Divina Providencia, ha provisto a aquel país de otra bebida casi equivalente al vino, bien que al día de hoy hagan el mismo abuso como en Italia del vino, siendo aquella cosa también que embriaga como el vino.

Cada uno sabe qué cosa sea aquella planta que se llama áloe (de la cual más adelante pongo la figura), entre las dos o tres especies, de las cuales hay una de la cual plantan los campos, como en Italia los campos de maíz; estas plantas las dejan crecer por tres años, después del cual tiempo, con cierto fierro cortante hecho para este propósito, cortan las hojas internas de dicha planta y en el pie de esa hacen una concavidad, la que recubren con una piedra, la mañana siguiente se encuentra la dicha concavidad casi llena de un licor dulcísimo que los indios llaman aguamiel, y la planta arriba mencionada, la denominan maguey; recogen el licor, y dan después una nueva raspada a la concavidad para que escurra nuevo licor para el día siguiente; y eso hacen todos los días, hasta cerca de noviembre en el cual tiempo se mueren las dichas plantas que han dado su licor por cuatro meses o más, pero no cesa nunca la cosecha del aguamiel, porque en diversos tiempos hacen sus incisiones o concavidades a los magueyes en diversos campos.



Maguey
(*Agave salmiana*)



Maguey de pulque

Ahora aquellos indios llevan a sus casas las odres llenas del licor recogido, lo ponen en un recipiente grande de madera, como nuestras tinas, donde mezclan buena porción de agua y en uno o dos días se fermenta y, de color de agua que era, se torna en blanco como la leche; hecho lo cual lo meten en ciertas odres más grandes, lo mandan con mulas a la ciudad y ciudades principales y hoy día es tanto el uso de esta bebida que cada persona lo bebe. Y como existen las pulquerías públicas, que son como nuestras públicas cantinas, a las cuales hace pocos años no era cosa decente entrar personas de cualquier carácter, porque parecía disminuir en aquellas personas el crédito, entrando en un lugar frecuentado solamente por borrachos y por cualquier tipo de gentuza, ahora son comunes a cualquier tipo de personas, y en el tiempo de mi permanencia en México observé ir muchos furlones o carrozas de señores, señoras, mercaderes, y otras personas decentes.

Esta es una bebida que embriaga, máxime cuando se ha hecho un poco ácida, que sería, por ejemplo, cuando han pasado alrededor de dos días de que se hizo, porque requiere ser hecho de un día para otro, es muy diurética, y de mucho provecho para quien viaja en aquellos pueblos, para extinguir la sed; da vigor y nutre; sirve también como remedio para diversas enfermedades, máxime para la diarrea, que parece ser su específico, y los médicos frecuentemente lo recetan a sus enfermos; en resumen, si se usa con la debida moderación, es una bebida de mucho provecho.

Pero yo, en cerca de cinco años que he vivido en aquellos pueblos, no me pude acostumbrar a beber dicho licor, por el mal olor que tiene, aunque, los europeos, continuando dos o tres días a beberlo, se vuelven más golosos que los mismos nacionales.

Habrán en México 28 o 30 pulquerías, en las cuales se empieza dos o tres horas antes de mediodía a dispensar el pulque y se continúa hasta cerca de las 22 italianas.

Cada mañana, a las entradas de la ciudad, se encuentra gran cantidad de mulas cargadas de pulque, porque esto lleva arancel; así, los aduaneros pesan todo el pulque que entra en la ciudad, y años atrás el solo arancel del

pulque rendía a la caja real de México 200,000 pesos al año, pero ahora será mucho mayor su uso y abuso: que cada día va creciendo más. De la planta áloe o maguey, aparte del pulque, extraen una especie de aguardiente, que ellos llaman mezcal, de la cual yo usaba mucho por ser ligera y saludable; preparan también una bebida refinada que viene a ser más fuerte, y entonces la llaman mezcal resecado.

El tepache⁸⁶ es otra bebida, que también extraen de susodicha planta, la cual da también una especie de lino, con la cual hacen unos pañuelitos muy finos, hacen la rafia para coser, a la que llaman pita, y que yo conservo, todavía en bruto y entintado, como también de lino no hilado. También hacen de esa planta grandes cantidades de cuerdas y sacos, a los que llaman costales, y de ellos se sirven en las minas para el transporte del metal; otras varias cosas extraen de dicha planta, que por brevedad omito, todos son fruto que de la industria de aquellos indios se extraen de la sola planta del maguey.

Ha sido esta planta también singularmente honrada por la Santísima Virgen María, porque el año de 1540 apareció a un indio, llamado Juan de Águila, en el pequeño cerro de *Totoltepec*, que es poco distante de México, y le dijo que debía encontrarla en aquel mismo monte; él, después de hacer algunas diligencias, encontró en medio de las dichas plantas una pequeña estatua de la beata Virgen con el hijo en brazos, pero no se conoce de qué materia sea formada; en dicho lugar, después fue edificada una bellísima iglesia, y es renombrada por los grandes y continuos milagros: la llaman nuestra Señora de los Remedios; y cada año llevan procesionalmente dicha estatua a la Catedral de México y va a encontrarla fuera de la ciudad por buen trecho todo el clero, regular y secular, con gran aparato y concurrencia: reposa en la Catedral tres meses; después, con la misma solemnidad, la regresan a su iglesia, y en ella los mexicanos tienen gran fe y devoción, y a ella singularmente recurren en las mayores necesidades, con rezos públicos; yo conservo una pequeña imagen en papel de dicha estatua, la cual estatua vi y adoré en la Catedral y no es más alta de cerca tres palmos, pero muy rica en ornamentos.

86

El tepache, contrariamente a lo afirmado por el autor, no se elabora a partir del maguey, sino de la cáscara de la piña a la que se agrega agua con piloncillo.

Me resta citar, brevemente, algunas otras bebidas que usan en México; en primer lugar está la mistela, que en sustancia no es otra cosa que una especie de rosolio;⁸⁷ el pung [*sic*]⁸⁸ inglés, que se compone con agua pura, aguardiente, jugo de limón, azúcar y un poco de canela o clavos de olor; el ron; y finalmente la cañita, que es el aguardiente que extraen de la caña de azúcar.

Después de haber exprimido en las prensas el azúcar, ponen a fermentar las cañas exprimidas, las pasan por el alambique y obtienen el susodicho aguardiente, con el cual de ordinario mezclan otros licores, también destilados; de qué materia ese sea hecho, no lo sé, al cual llaman chiringuito, y este licor está prohibido porque, bebiéndolo solo, es muy ofensivo; y a pesar de eso lo trafican en cantidad.

Estas son las bebidas que usan en aquellos pueblos, en los cuales se ve diariamente cantidad de borrachos, tal vez peor que en Italia; ello es además cosa dura para aquel no acostumbrado a ese modo de vida, porque en cualquier casa que se vaya a comer, también entre los señores, no es usanza de beber durante la comida o la cena: es necesario esperar que al final traigan a la mesa alguna conserva u otra cosa dulce, de las que hacen gran uso, y en el mismo momento ponen en la mesa el agua de beber, universal bebida, en la comida y en la cena.

Pasemos ahora a ver cómo y qué comen. El guisado común es la olla al uso de España, que consiste en carne de capón, jamón, garbanzos, repollo, cebollas, nabos, ajos y otras especias de verduras que se pueden encontrar en aquella estación con azafrán y especias; y esta mezcolanza es el guisado que usan en todos los países de España y, a decir verdad, es muy buena, porque es plato para los diversos gustos; en México no usan la sopa, en vez de la cual dan una taza de caldo y en fin, el entremés, que es carne con chile, después, es ley inviolable traer al final de la comida y de la cena, en todo el año, una pequeña taza de frijoles en caldo, parecidos a los nuestros de Italia, y éstos sirven, como ahí se dice, para hacer un fondo para beber agua, a fin de que ésta no haga daño al estómago; después de los frijoles, traen alguna conserva o cosa dulce, como he dicho antes; después se bebe el agua, y así termina la comida más uni-

87
Rosolio, cualquier licor de baja graduación alcohólica, muy azucarado y aromatizado con esencias. *Il Grande Dizionario Garzanti della lingua italiana.*

88
Punch. Una bebida de vino o alcohol mezclada con agua, jugos de frutas, especias, etc., comúnmente servida caliente. *Illustrated Oxford Dictionary.*

versal; en la noche comúnmente hay una ensalada y *clemole* o asado: el *clemole* es un guisado de carne con mucho caldo, muy cargado de chile, o sea, pimientos, que muerde las vísceras, como el cáncer; a quién no está acostumbrado, preparan diversos tipos de comidas con hierbas y otras cosas, la descripción de las cuales omito por brevedad.

De los productos del país, aparte de la abundancia del trigo y del maíz, cosechan gran cantidad de azúcar, tabaco, cacao, bombace;⁸⁹ madera de Campeche, para pintar; vainilla, cochinilla; Jalapa y Michoacán,⁹⁰ ambas raíces medicinales; abundancia de frutos particulares del país, de los cuales más adelante pongo la figura de algunos de ellos, con algunas plantas y flores.

Aparte de eso hay legumbres de todo tipo, cantidad de hortalizas y verduras de todas calidades; y es cosa de causar estupor la gran cantidad que de aquéllas viene trasportada a México por las indias, con las canoas; y noté en particular de las verduras una cosa singular: que es, que se encuentran en cualquier plaza, en cualquier estación del año todo tipo de verdura, como en Europa en su particular estación o tiempo; por lo cual todo el año se encuentran nabos, lechugas, endivias, habas, chícharos, alcachofas, cebollas, perejil, ajo y otras cosas siempre frescas y verdes, que de la industria de aquellos indios, del clima templado, y de la fertilidad de aquel terreno se viene a gozar con tan buena ventaja.

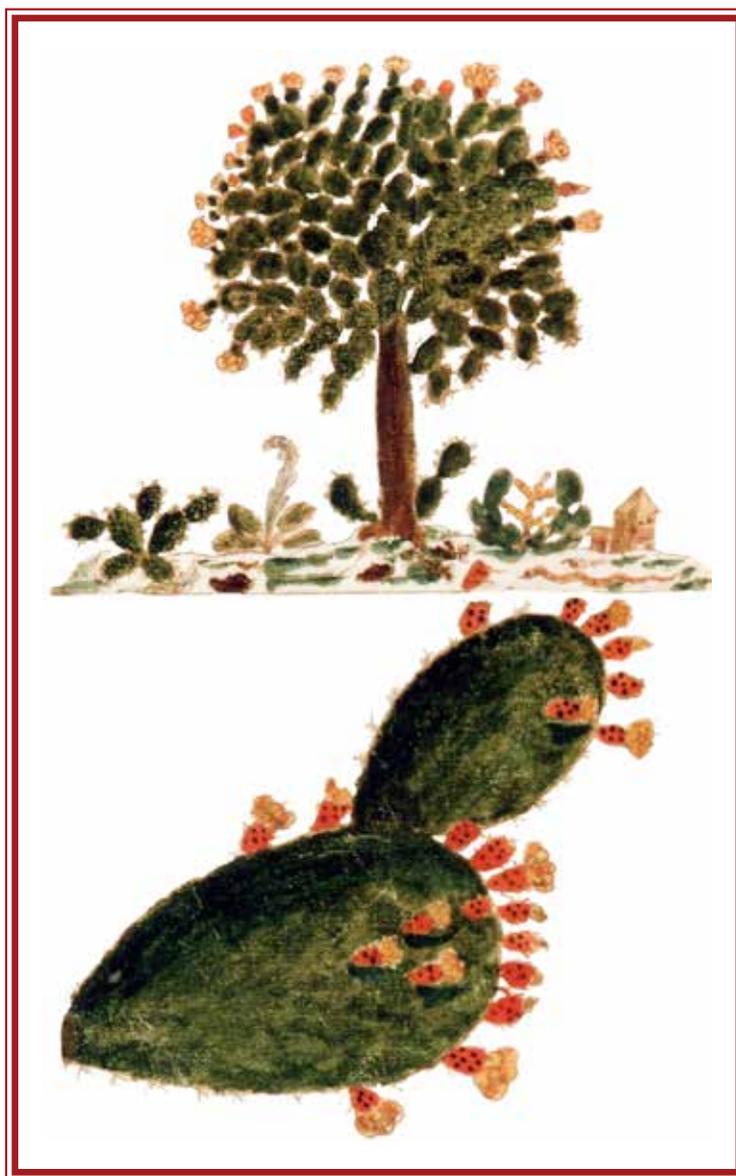
Aparte de lo ya mencionado, hay gran cantidad de aves de todo tipo, capones, bovinos, mulas, caballos, asnos, puercos, etcétera. No hablo ahora de las minas de oro, y mucho más, de plata, fuente de tanta abundancia de dinero que hay en aquel país, reservándome de hablar de dichas minas más adelante.

Entran todavía canoas llenas de flores y verduras de varios tipos, y también éstas las venden en las plazas; y, a este propósito, he visto en ciertos lugares de la gran laguna una cosa particular, que son algunos como pequeños jardines flotantes, los cuales están formados de tablas fuertemente unidas, y arriba de éstas ponen un brazo de tierra, y ahí siembran variedad de flores, las cuales, siendo a su aparición conducidas por las

89 Bombace. Planta arbórea de la familia de las bombacáceas, similar a las malváceas, difusa en las regiones tropicales, de cual se obtiene la borra. *De Mauro il dizionario della lingua italiana.*

90 Michoacán (raíz de). Planta trepadora... la raíz tiene propiedades purgantes (*Ipomea jalapa, Pursh*). Maximino Martínez. *Catálogo de nombres vulgares y científicos de plantas mexicanas*, 3ª reimpresión, México, FCE, 1994, p. 600.

indias, con remos, de un lugar a otro de la laguna, que por ser la rivera llena de pueblos, forman una bellísima escena.



Nopal
(*Opuntia imbricata*)

La planta dibujada en la página anterior es llamada nopal y su fruto es nombrado tuna: los hay de varias especies, como se ven en las siguientes figuras; son de buenísimo sabor, muy succulentas y refrescantes cuando se comen; y cuando se comen las tunas rojas, se orina mucho de un color en nada diferente a la sangre; y una vez poco faltó que yo no fuese sorprendido por un accidente no conociendo el efecto de dichos frutos, de los cuales un día comí en gran cantidad y observé al caso la orina que parecía mucha sangre, que pensé de estar afectado de una enfermedad mortal, pero después, comentando con alguna persona, me certificó ser el efecto de las tunas que había yo comido.

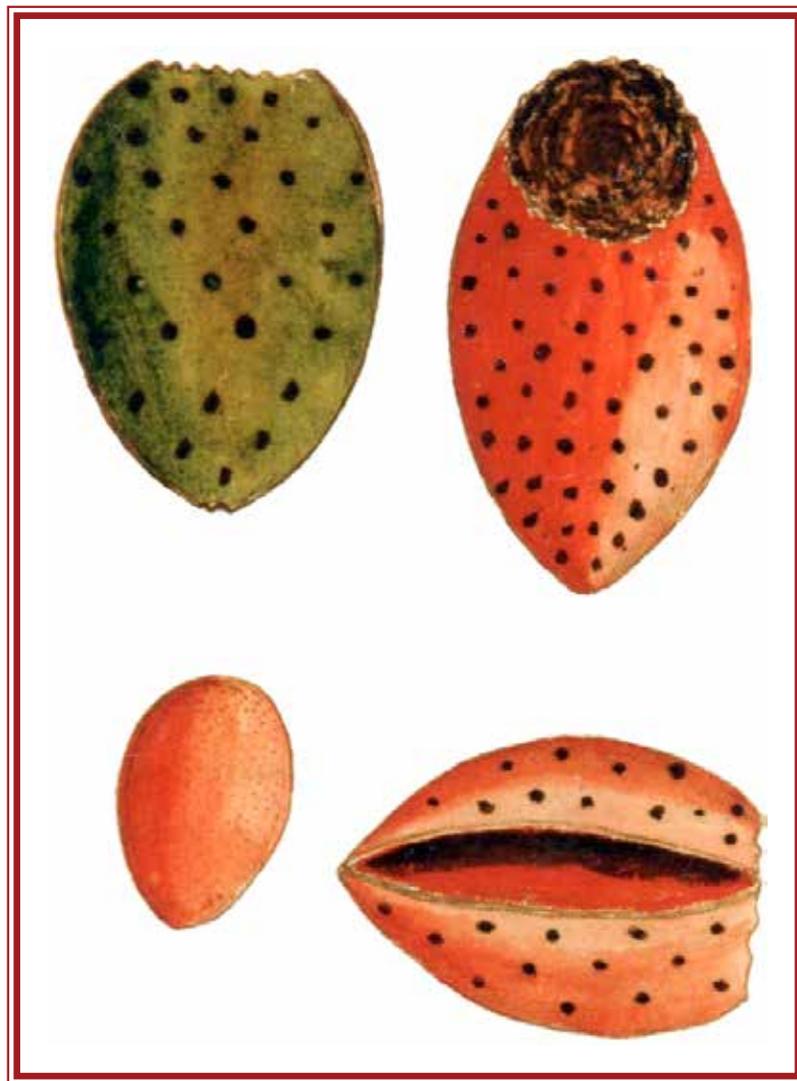
De esta planta se obtiene el insecto llamado cochinilla, con el cual se tiñe el color grana y, si no yerro, también el escarlata. Estos insectos se recogen particularmente en el obispado de Antequera [actual ciudad de Oaxaca], país muy alto; y para no alargarme en describir el modo de multiplicar y recoger esos insectos, que sería cosa muy larga, diré solamente que en ellos ponen mucha atención y diligencia y tal vez más de lo que hacen en Lombardía en torno a los capullos de seda.



Tuna
(*Opuntia imbricata*)

blanca

roja



sin cáscara



Tuna tapona
(*Opuntia imbricata*)

Las tunas *xoconoztle* no sirven más que para hacer conserva. En enero y febrero, cuando germinan los nopales, se comen sus hojas tiernas, que aquellas mujeres cocinan y llaman nopalitos: me gustaban muchísimo.





Flor de Nochebuena
(*Euphorbia pulcherrima*)

Zapote blanco
(*Casimiroa edulis*)

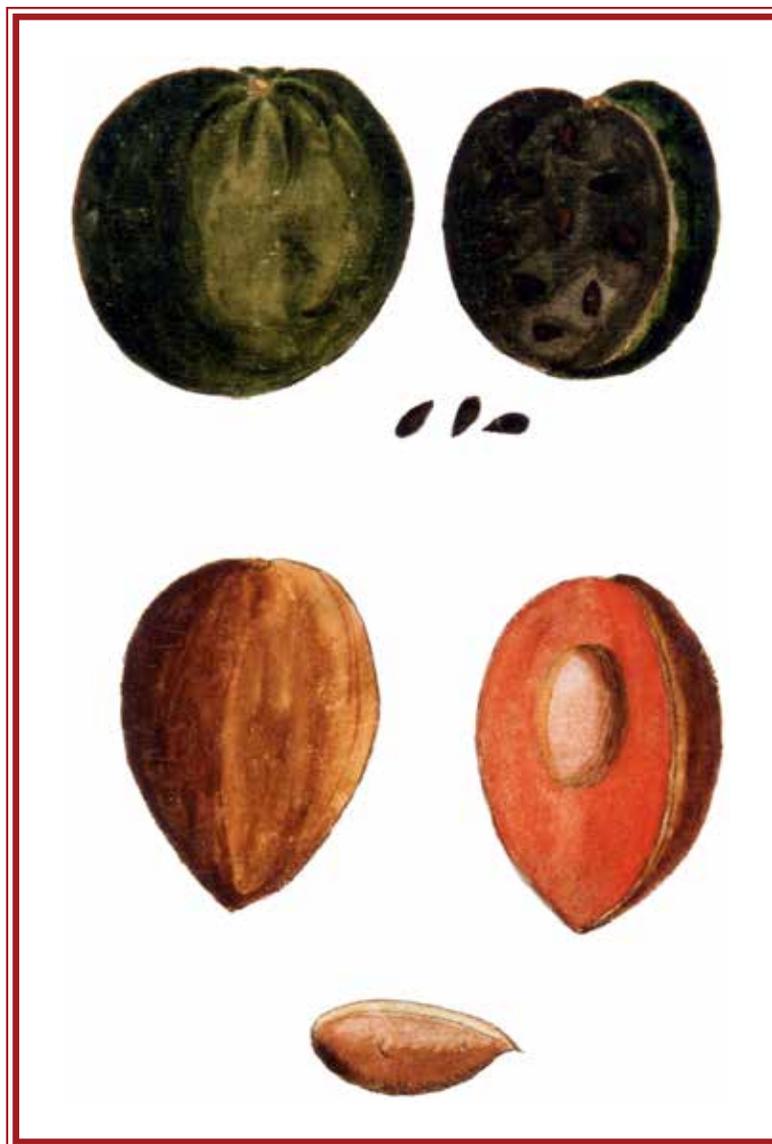


partido

su semilla

Zapote prieto
(*Diospyros digyna*)

partido

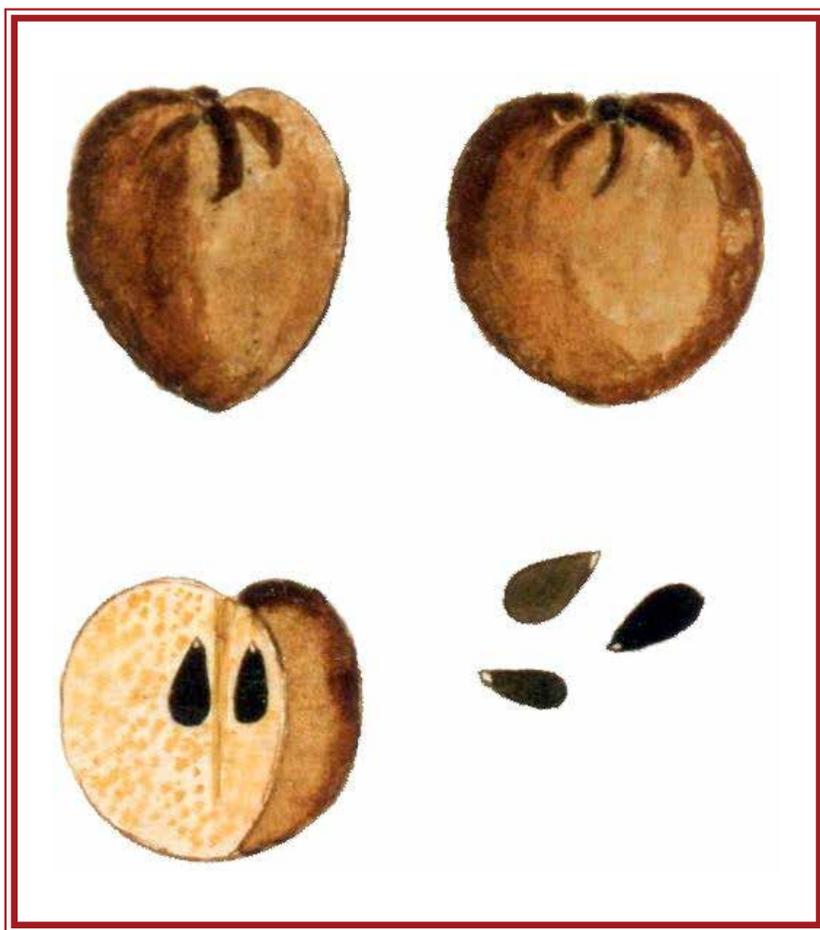


Zapote borracho
(*Pouteria campechiana*)

partido

su semilla

Chico zapote
(*Manikara zapota*)



su semilla

Los árboles que producen los zapotes son, por los indios, llamados *co-chiczapotle* y son grandes como los nogales; son frutos buenísimos; uno supera al otro, que tiene un dulzor exquisitísimo; pero todos se pudren fácilmente.



Cacahuates

(*Arachis hypogaea*)



su semilla

Estos frutos crecen bajo tierra y los siembran cada año como se hace con las legumbres, y en sus raíces producen varias vainas, como las dibujadas arriba, las cuales contienen dos, tres o cuatro y hasta más granos de la grandeza de los garbanzos pero de una figura irregular. Cuando ya están maduros, los recogen y secan al sol; después, los tuestan un poco en un tecomal sobre el fuego, sin sacarlos de sus vainas.

Aquellas gentes tienen la opinión de que no sea lícito, o al menos sea peligroso, comer de dichos frutos por quien no sea casado: opinión ridícula. Tienen un sabor como nuestras avellanas; los llevan en gran cantidad a las plazas y yo he comido muchísimos.





Rosa del encino
(Quercus lutescens)

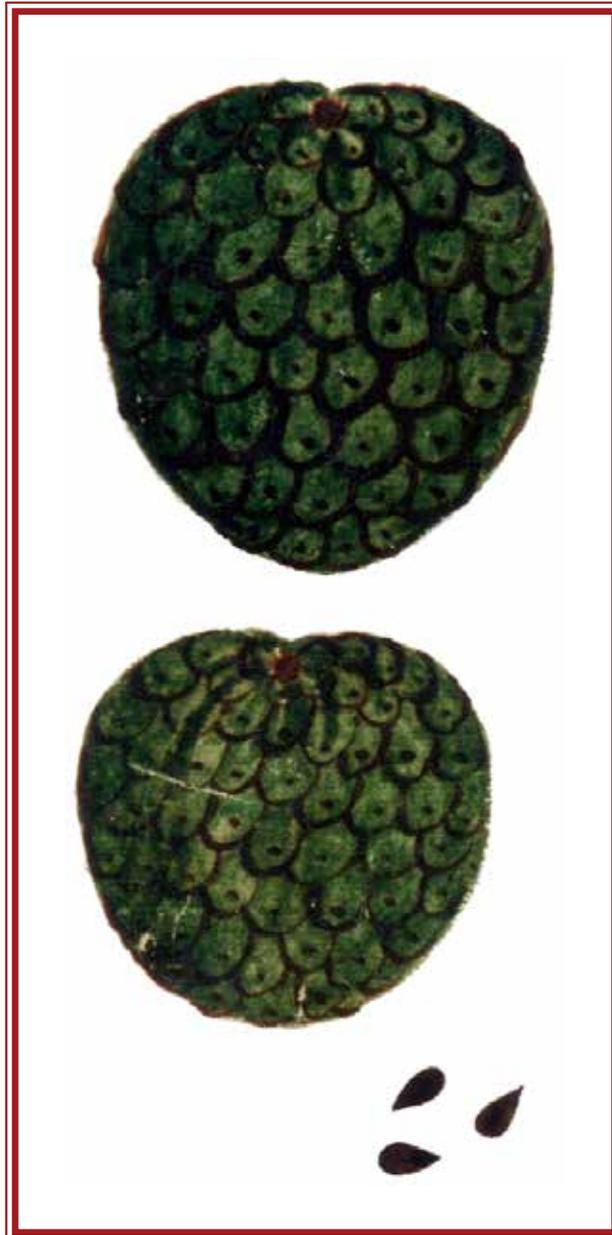
Mamey
(*Pouteria zapota*)

su semilla



partido

Chirimoya
(*Annona cherimola*)



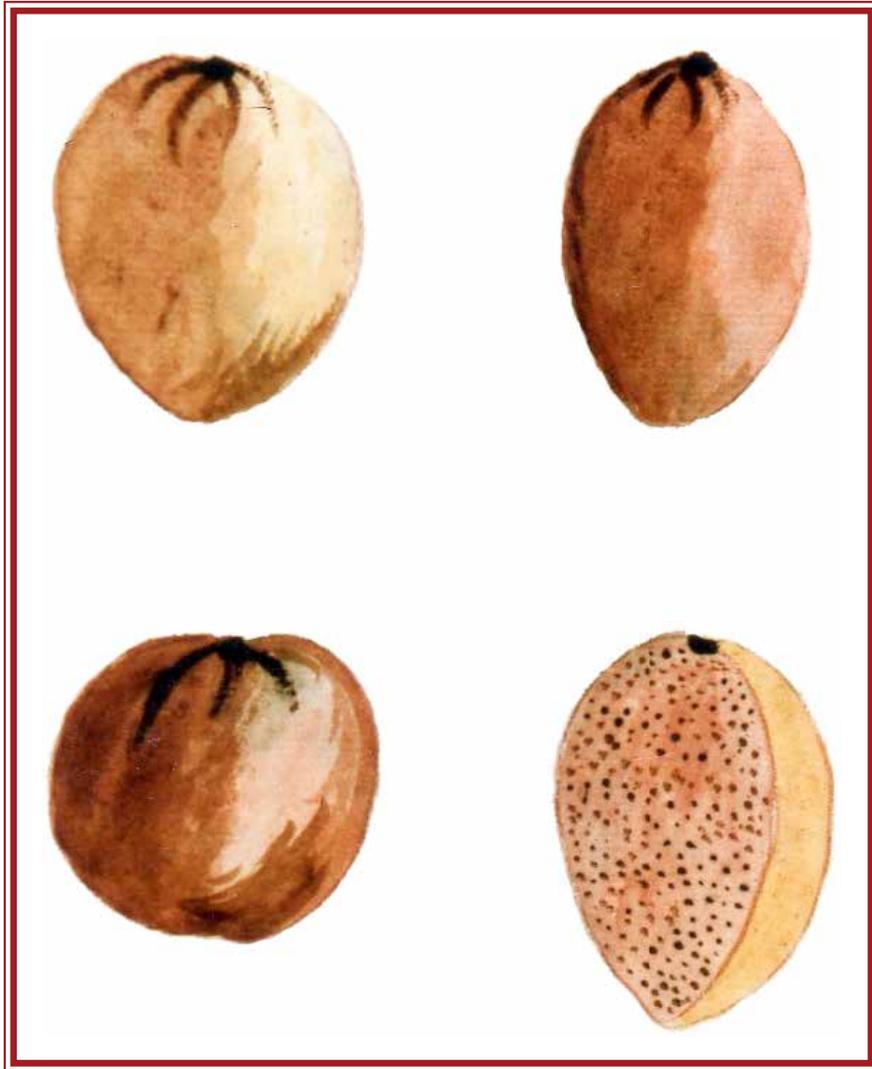
su semilla

El fruto representado en la página anterior, es decir, la *chirimoya*, es de un sabor muy suave, y es de mucha estima también entre los nacionales: en el centro es blanquísimo, y comúnmente, se come con la cuchara, porque no tiene mayor consistencia que la leche coagulada.

La planta que produce este fruto es del tamaño de nuestros nogales, y se encuentra también de una otra especie, a la que llaman anona, y es de una figura casi similar a la anterior; y ésta es todavía más especial, es decir, de mejor sabor y también se le tiene en mayor estima, pero se ven pocas.



Guayabas
(*Psidium guajava*)

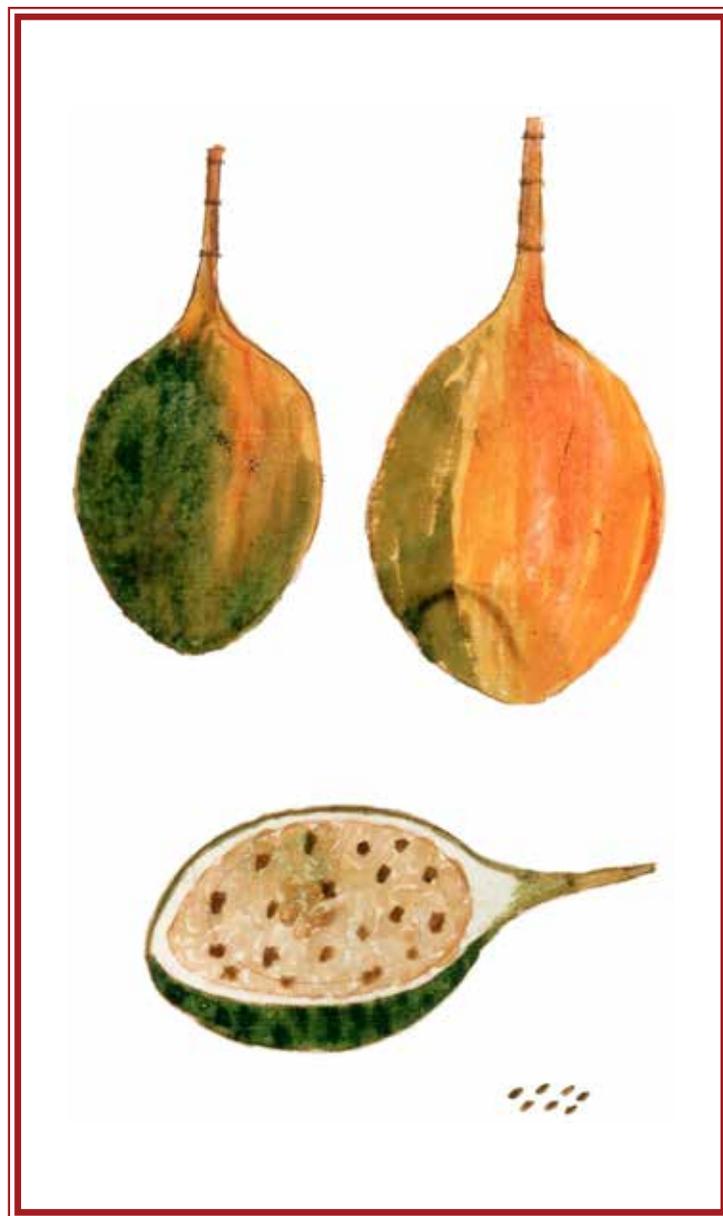


partida

Este fruto tiene un olor muy ingrato, es decir, de chinches; aún así se comen, pero la mayoría se usa para hacer conservas.

Granaditas de China

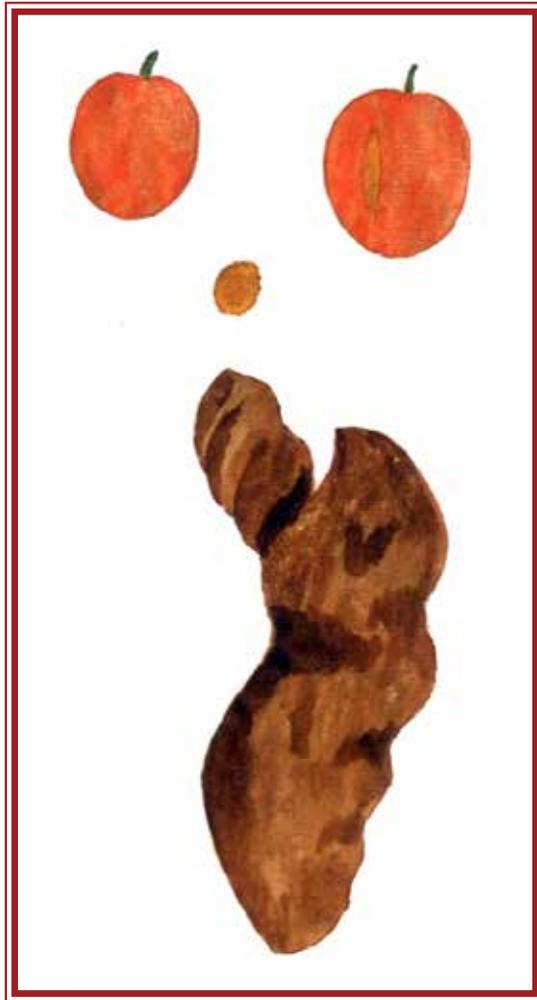
(Passiflora ligularis)



partida

su semilla

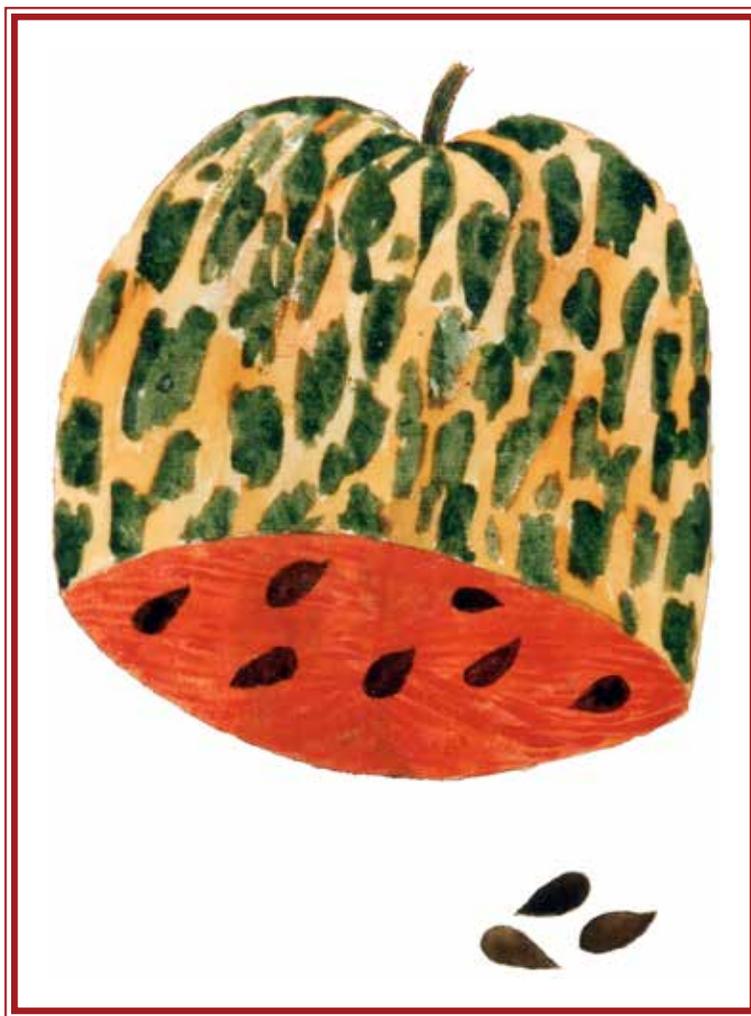
Ciruelas, frutos acidísimos
(*Spondia purpurea*)



Camote
(*Ipomoea batatas*)

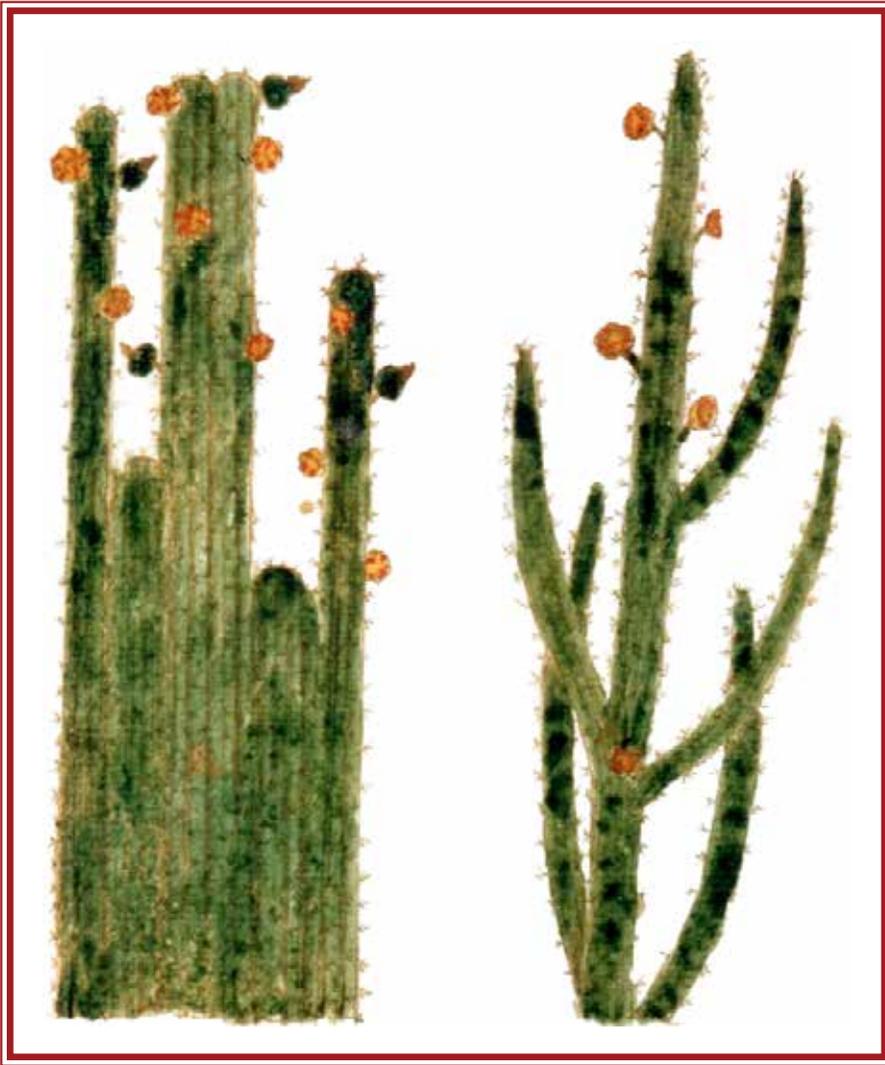
El *camote* es una raíz que se come cocida y tiene el sabor y la consistencia de las castañas.

Chilacayote
(*Cucurbita ficifolia*)



su semilla

El *chilacayote* es una especie de cucurbitácea, y no sirve a otra cosa que para hacer conservas, por singular.



Cirio peruano
(*Echinopsis peruviana*)

Esta planta es llamada *órgano* por los mexicanos, a causa de la semejanza que tiene con éste; abunda mucho en esos pueblos, produce el fruto de dos especies dichas *pitahaya*.

Pitahaya mayor
(*Hylocereus undatus*)



Pitahaya menor



Planta que produce el aguacate

Aguacates
(*Persea americana*)

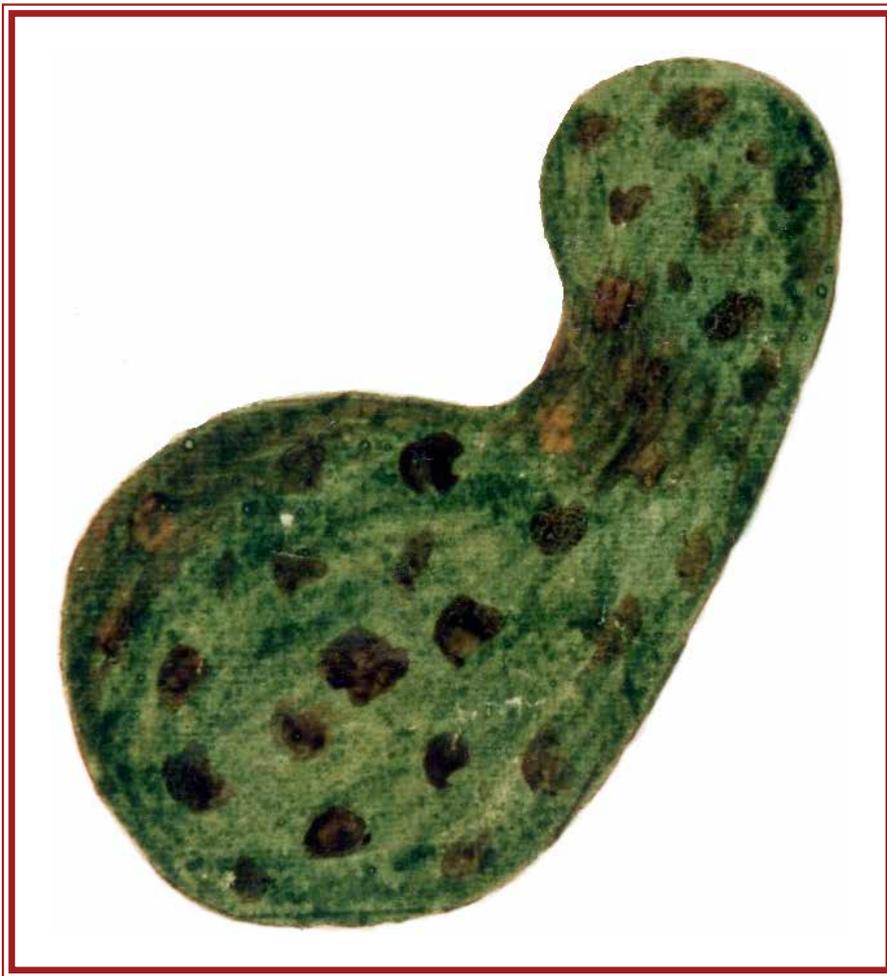


su semilla

El *aguacate* es un fruto delicadísimo, pero tiene poco que comer por su semilla muy grande; los hay de varios colores y formas, como los higos en Italia, pero en el sabor son todos lo mismo.

La siguiente figura es también una especie de aguacate, pero lo llaman con otro nombre, del que no me acuerdo; no sirve para comerse crudo sino sólo cocido.

P.D. Me he recordado el nombre del presente fruto, al que llaman *pagua*.



Todos los *chiles*, en sustancia, no son otra cosa que tantos pimientos, de los cuales hacen gran uso en toda la América; no hay ciudad, villa o lugar por pequeño que sea en cuyas plazas lleguen en gran cantidad a vender, máxime de los así llamados ancho y pasilla: del primero se sirven especialmente para el *clemole* y tortillas con *chile*, y el segundo lo ponen casi en toda clase de guisos. El *chile meco* lo ponen en la mesa así verde, y comúnmente se come con la sopa, donde también exprimen limón o naranja. El largo lo meten en vinagre, para servirse después mezclado en sus ensaladas. Los últimos dos, también se comen verdes, pero se usan poco porque pican poco.





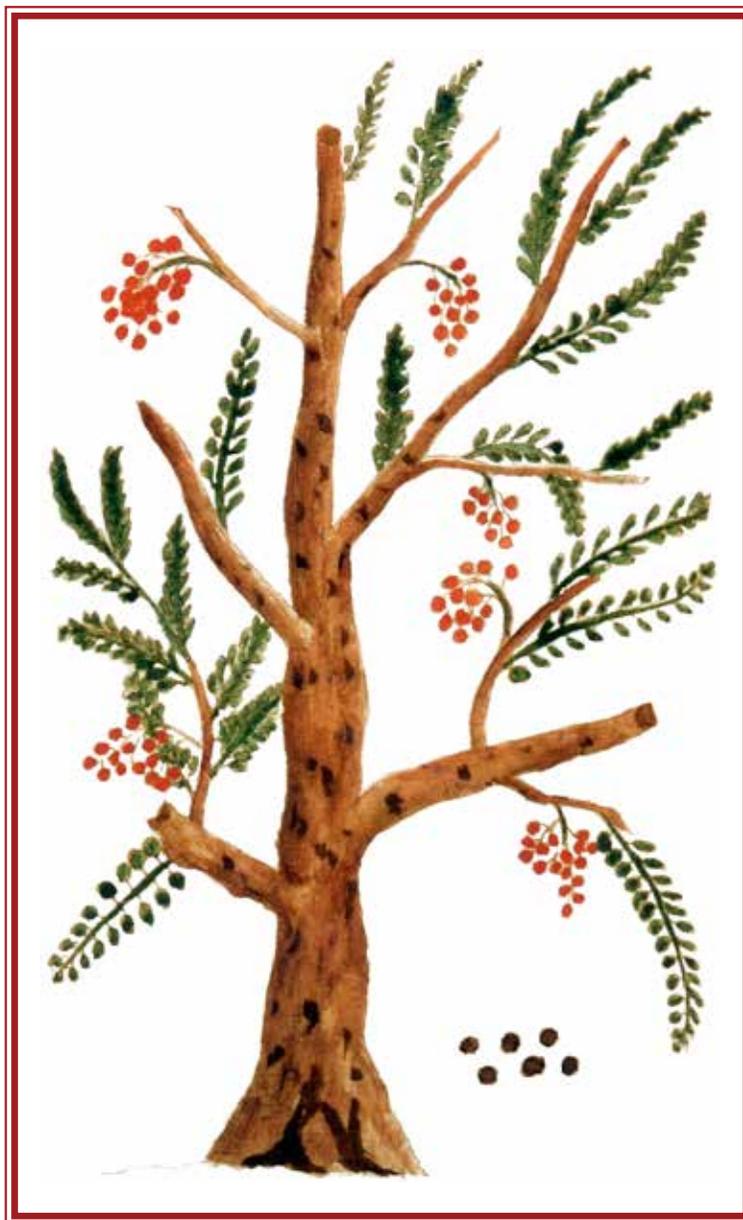
Carne de doncella
(*Begonia gracilis*)

La hierba que aparece en la figura anterior no tiene, en sí misma, nada de particular; pero la he dibujado solamente por su nombre tan especial [cuatro palabras tachadas]. Ésta la mastican los muchachos, como en Italia la acetosa,⁹¹ teniendo en sí un acidito muy sabroso [siguen seis líneas tachadas].



91
Acetosa. Planta herbácea del género romice (*Rumex acetosa*), de sabor ácido, usada en la cocina. De Mauro, *il dizionario della lingua italiana*.

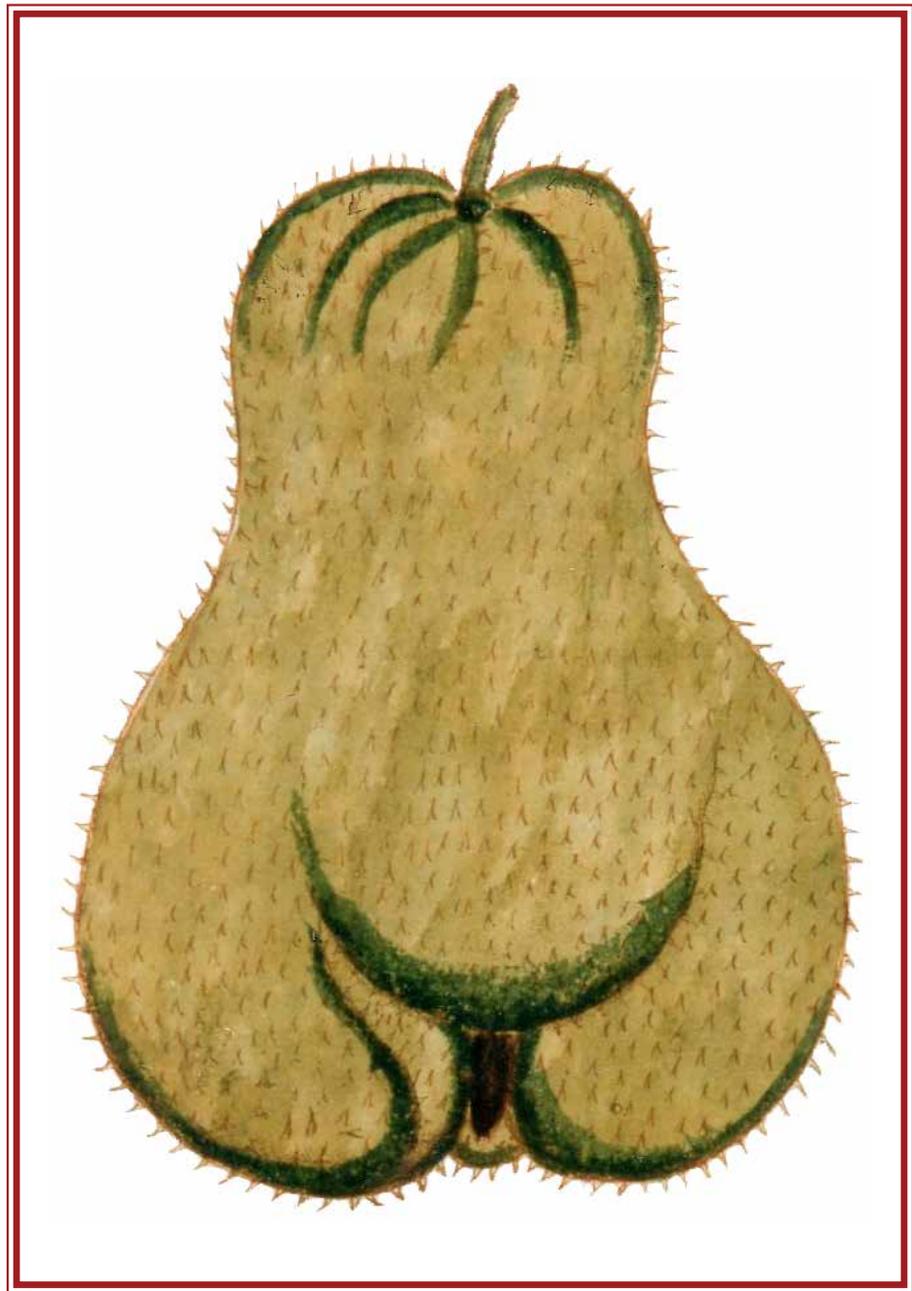
Árbol de Pirú
(*Schinus molle*)



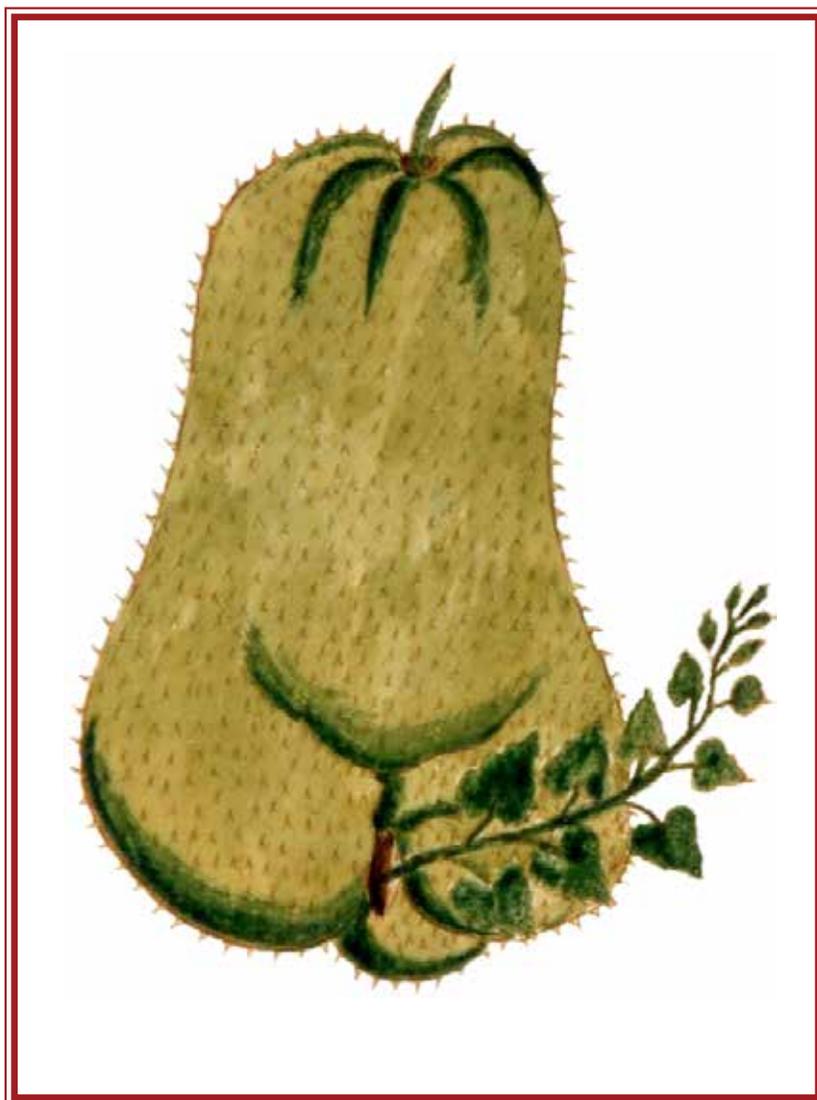
sin la cáscara roja

Este árbol es abundantísimo en toda América, tanto en los montes como en las llanuras; no lo llaman con otro nombre que árbol del *Perú*: es una especie de pimienta, porque tanto en la estructura de sus granitos como en el sabor picante, se parece a la verdadera pimienta. Pero no se usa, justo a causa del mal olor que deja en la boca después de haberlo masticado. También, porque dicen que sea nocivo a la salud usándolo frecuentemente.



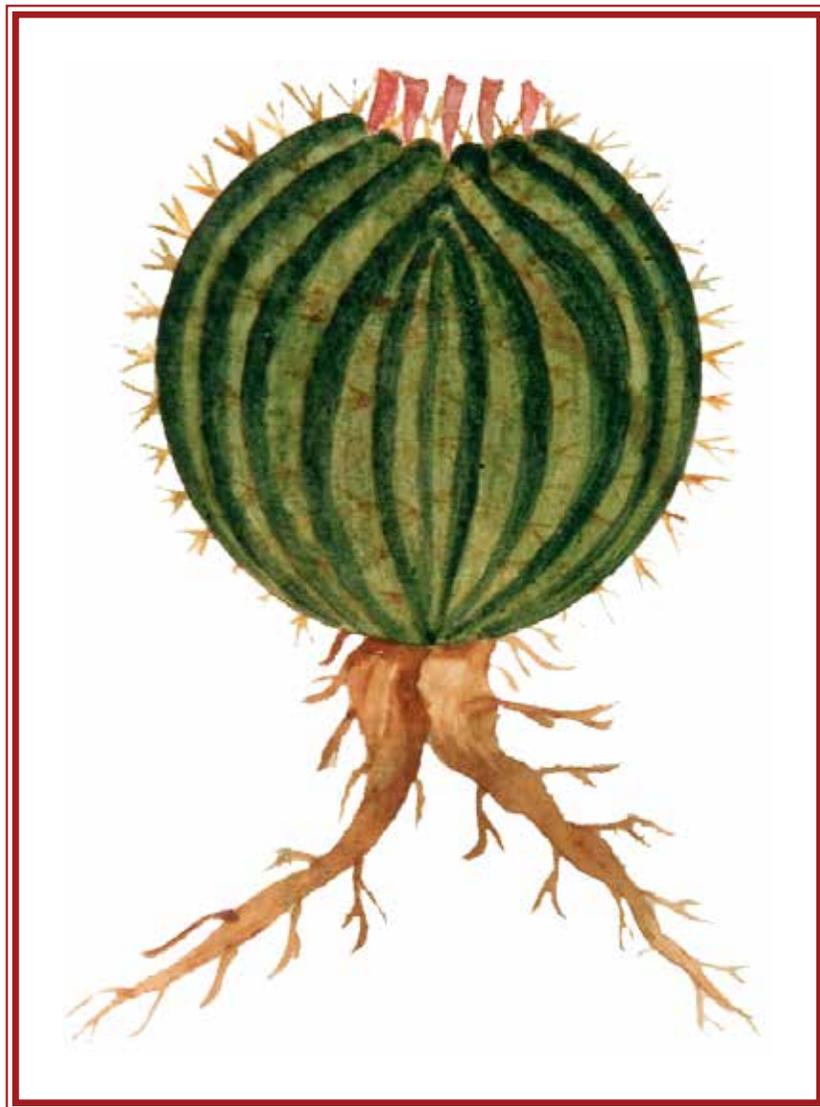


Chayote
(*Sechium edule*)



Otro Chayote
(*Sechium edule*)

Las dos figuras anteriores son muy especiales por su forma y por su uso. Por su sabor, valen poco, se comen cocidas y son muy similares a los nabos cocidos, de su uso [hay 19 líneas tachadas].



Melocactus

(*Melocactus curvispinus*)

92

Aquí nuestro autor se equivoca, pues aunque efectivamente ciertos cactus dan unas frutitas rojas muy parecidas a chiles, éstas son dulces y nada tienen que ver con el chile piquín (*Capsicum annuum* var. *glabriusculum*, Dunal).

Melocactus, por los indios llamado *biznaga*: produce el *chile manso* o *chiltepín*.⁹²

Manzana de la muerte
(*Malus domestica*)



partida

No sabría adivinar la causa por la que los americanos han dado a este fruto el nombre de manzana de la muerte, no siendo cosa que se coma por la cual se pueda derivar la muerte, a causa de veneno. Es muy bonito por fuera y en el interior contiene una sustancia negra, la cual cuando está bien maduro rompiéndolo se convierte como en humo a modo de ceniza. Yo creo que sea la verdadera manzana de Sodoma, si es que es verdad que se encuentren tales manzanas en la provincia de Pentápoli o cinco ciudades situadas sobre el Mar Muerto, y con otro nombre lago Asphaltite, como me parece haber leído ser estas manzanas como las descritas, bellas por fuera y no contener en sí mismas más que una negra ceniza. ¿Pero cómo pudo haber sido traída la semilla del Mar Muerto a América? Como fuera la cosa, los americanos no hacen otro uso de ella que colocarlas en casa haciendo éstas bonita figura.

Me restaría describir varios otros frutos que he visto en aquellos pueblos, pero por no tenerlos bien bajo la imaginación, los dejo de dibujar y retomo en cambio el hilo de mi historia.

La ciudad de México tiene más de ciento treinta mil habitantes;⁹³ aparte de que es tanto el contacto diario de otras gentes de la ciudad y lugares circunvecinos que hay un continuo flujo y reflujo de gentes en aquellas calles y plazas que parece una feria continua. Las plazas son muchas y en casi todas hay una fuente en medio que echa agua: pero la plaza principal es aquélla de la Catedral y del Palacio de los virreyes, donde se reúne el mayor concurso de gente para sus tráficos.

Y es cosa de causar estupor ver la tanta variedad de cosas que ahí se vende, tanto para la comida como para vestirse y para todo tipo de usos de la vida humana y artes mecánicas, que cualquier cosa que una persona pueda pensar de necesitar para cualquier uso, aquí la encuentra.

Esta gran plaza está llena de bodegas hechas de madera, las cuales, en una necesidad, se quitan inmediatamente. Hay en medio de dicha plaza una bellísima fuente, la cual avienta el agua muy alto. También hay de un lado la horca, siempre desplegada, formada de cuatro estrados.

93

No logré averiguar la cantidad exacta de habitantes que había entonces en la ciudad de México. Sin embargo, Manuel Miño Grijalva, menciona que para 1790, 22 años después de que Hilarión dejó México, respecto a la población, "la cifra real se ubicaría hacia los 171 000 habitantes", lo que de alguna manera avala lo dicho por Hilarión. Manuel Miño Grijalva y Sonia Pérez Toledo (coordinadores). *La población de la ciudad de México en 1790. Estructura social, alimentación y vivienda*, UAM/ COLMEX/ CONACYT, México, 2004, p. 22.

Hay varias calles con sus pórticos, todos llenos de bodegas mercantiles. Entran en la ciudad diversos canales de la laguna, a los cuales llaman acequias, por los cuales conduce la gente india, en sus canoas, de los lugares circunvecinos todo tipo de cosas, como: hierbas, leña, trigo, harina, carbón, fruta y muchas otras cosas que diariamente se consumen en México.

En los barrios donde no hay canal o acequia hay conductos subterráneos de agua, por los cuales se suministra perennemente, no sólo a las fuentes públicas, sino a muchísimas casas, las que tienen la comodidad de un bien construido recipiente en sus patios.

Esta agua, que sirve a las necesidades de toda la ciudad, viene conducida por un canal hecho todo de arcos, y en algunos lugares muy altos, lejanos de la ciudad siete leguas.

El palacio del virrey es externamente el mejor de todos los demás, aunque de poca altura: está aislado y es de una extensión en aquel país considerable, habiendo, aparte de los apartamentos del virrey y de su familia, también todas las curias con sus oficinas particulares; las principales son: Secretaría del Virreinato, Real Audiencia, Real Sala del Crimen, agentes fiscales, relatores del civil, relatores del crimen, secretarios de cámara del civil, secretarios de cámara del crimen, abogados de los pobres, abogados de los indios, intérpretes generales de la Real Audiencia, solicitadores de indios, Tribunal y Real Audiencia de Cuentas, contadores de cuentas, contadores de resultas, contadores ordenadores de providencia, oficiales de libros, oficiales reales, Tributos, Alcabalas, juez privado de tierras, juez general de intestados, juez general de indios, media annata, azogues, o sea, mercurio, y algunos otros.

Los oficiales de todos los antedichos cargos ascienden a ciento cincuenta y dos.

Aparte de todo aquello, están las prisiones en las pequeñas torres de las cuatro esquinas de dicho palacio, el cual, a proporción de su extensión, es algo deforme en su poca altura.

Tiene, el virrey de sueldo 100,000 pesos al año y dura su gobierno cinco años, pero comúnmente viene confirmado por otro periodo: el rey le mantiene

una compañía de soldados para su guardia y hay otro tribunal dicho de CON-CIA, independiente del virrey, erigido para los ladrones y asesinos, de los cuales abunda el país; este tribunal tiene ciertas prisiones horribles y espantosas, y, quien cae en poder de este juez, son pocos los que salgan libres, porque casi cada semana se ahorcan los malhechores.

No debo pasar en silencio la iluminación que se hace cada noche en todas las calles de la ciudad; de modo que, por ley dictada del virrey, cada casa al Ave María debe encender un farol o linterna sobre la puerta o en cualquier ventana hasta las tres o cuatro horas de la noche; y es cosa bellísima de verse: estando al principio de una calle se ve toda iluminada con tantas luces, hasta la otra extremidad, por ser las calles derechas; fue hecha esta ley para evitar los grandes males que sucedían de robos, asesinatos y violencia a las mujeres, porque hay el uso de ir también ellas de noche, aunque solas y jóvenes; con todo y esto no hay remedio suficiente, porque diariamente sigue la maldad en dichos casos en no pequeña consideración.

De las artes mecánicas, hay de todo tipo; pero hablando en general no son tan industriosos como los europeos y la razón de eso creo no pueda ser otra que la abundancia del dinero, por la cual no hay necesidad de agudizar el ingenio para refinar sus trabajos o de encontrar nuevas invenciones.

En materia de telas no hay en México más que algunos pocos telares para tejer ciertas telas más usuales, y no solo que yo he visto que hacía damascos, pero éste era un francés; todas las telas: paños de seda, paños finos, y cualquier cosa que sirva para vestirse viene conducida de Europa y de China.

El oficio más común en todo aquel reino, no sólo en las ciudades pero también en cualquier pequeño pueblo, es el de cigarrero, por el gran uso que hacen, tanto los hombres como las mujeres, y hasta los muchachos, de fumar el cigarro, de manera que en México por cada calle habrá dos, tres, o hasta cuatro cigarrerías, y en cada una de estas bodegas, entre hombres y mujeres, habrá diez o doce personas que no hagan otra cosa en todo el día que hacer cigarros, los cuales no son más que ciertos pedazos de papel que contienen tabaco de fumar; de estos papelitos, cada uno usa y con mucha galantería los ofrecen, sea

hombres que mujeres, y no conviene rehusarlos, porque sería incivil, y todos traen en la faltriquera el pedernal, la yesca y el eslabón para encender el cigarro donde se encuentren.

Llevar casi todos una como cajita de plata, donde ponen los cigarros, pero las mujeres la tienen pegada a la cintura de la faldilla, en español *naguas*. Las señoras tienen pues del lado izquierdo colgando el reloj de oro y en el lado derecho la cigarrera, también de oro, y en cualquier casa que se vaya o bodega o encontrándose por la calle con persona conocida, la primera cosa que se debe hacer es sacar la cigarrera a quien sea como sea, como se acostumbra en Italia con la caja del tabaco, del cual en aquellos pueblos poco se usa. Estos cigarros son la fortuna de los genoveses por el gran comercio que hacen de papel, que hacen con los mercaderes mexicanos.

Hay otro tipo de fumadores, o sea, *chupadores*, en español, los cuales hacen ostentación de riqueza y, por tanto, fuman el cigarro de otra manera, es decir, que toman una hoja entera de tabaco, con ésta forman un rollito y a un extremo le dan fuego y el otro extremo lo ponen en la boca. Pero, este modo de fumar, para quien no está acostumbrado prontamente se emborracha, porque esos tabacos son por su naturaleza airosos: a esta especie de cigarros se le da el nombre de *puros*, y de ellos se usa solamente en las islas de Barlovento, como en Puerto Rico y La Habana, donde los he visto personalmente.

Del tabaco, pasaré a dar un breve recuento de costumbres de aquella gente; y primeramente sobre la gente india, que es más industriosa y sutil de ingenio de los criollos, porque cualquier cosa que vean fácilmente la imitan.

Hablando después en general, ya sea de criollos, indios, mestizos, y también mulatos, son ociosos bebedores, ladrones, engañadores, y sensuales, y eso también se entiende de las mujeres; no queda, por tanto, que no haya mucha gente aun de cada estado, sexo y condición que sean muy buenos cristianos; generalmente son caritativos y dadivosos, afables, pero algo contrarios de genio a los extranjeros, y con todo que tienen una innata estima por los españoles, a éstos los confunden con los otros europeos, a todos los cuales llaman gachupines, y con otro término de la otra banda: y por ser por ellos

amados y estimados, conviene hacerse pasar por gachupines, y no en particular por italiano, francés o alemán, etcétera.

Sus cantos son, por lo común, deshonestos; pero peor son sus bailes, los que contienen gestos muy indecentes. Tres tipos de fiestas se acostumbran en el reino: la primera es dicho festín en el cual bailan a la francesa, y se acostumbra por las personas nobles y limpias, y en los cuales no hay ni desórdenes, ni escándalos; el segundo, los llaman sarao, en el cual hay una mezcolanza de cantos, sonidos, bailes, borracheras y otras desgracias; el tercero, finalmente, es llamado fandango, que es el más universal de la gente ordinaria, y en el cual hacen bailes, por ellos llamados el chuchumbé, la bamba y el huesito, que son los tres deshonestísimos.

El clima de este país es más que templado: es caliente; el uso que se da del aguardiente, la comida por lo general condimentada con chile y las costumbres de la gente (introducidos creo por los primeros conquistadores, como se descubre por las historias), hace que reine una epidemia universal en materia de mujeres; ya que varios hombres probos muchas veces me han certificado que la mayor parte de las jóvenes que se casan (se habla de la gente ordinaria) no son vírgenes; y una de las principales pruebas de esto es el gran abuso que reina en aquellos pueblos de vivir como ellos dicen *amancebaos*, que en italiano quiere decir vivir en concubinato: son tantas las que pasan su vida en ese miserable estado, también personas muy decentes, que los superiores, ya sea espirituales que temporales, no pueden poner remedio; y sucede frecuentísimamente que esos miserables del alma, después de haber estado juntos algún tiempo, se separan, no por deber, sino por cambiar de fortuna o genio; y así es como tantas mujeres después se casan teniendo hijos, sin haber tenido marido; y por tanto el país está lleno de bastardos.

[Cinco renglones tachados] Son, en cierto modo, los lugares públicos para tal efecto; y he aquí un medio que facilita a muchos y a muchas a ir y hacer lo que a ellos les gusta, bajo varios pretextos, ya que primeramente hay en México varios lugares de baños públicos a los cuales entran francamente [renglón tachado] y basta pagar a los empleados de dichos baños la tarifa con una propi-

na de más, que ellos en nada se fijan, es más lo que suceda considérese las consecuencias. A dichos baños fui invitado varias veces para verlos, pero yo nunca fui y por tanto no los describo.

Y ya que he hablado de baños, se me permita una pequeña digresión y es que en aquellos pueblos hay la costumbre indispensable cada sábado las [medio renglón tachado] o por lo menos la cabeza; muchos lo hacen en su propia casa, y la mayor parte van al río en aquellos lugares donde hay tal comodidad [dos renglones tachados].

Como segunda prueba del argumento antes propuesto, acerca de una especie de lugares públicos, o sea lugares cómodos para mujeres, hablando de la ciudad de México (pues en los pueblos para tal fin van al bosque), existe la Alameda, ésta no es otra cosa que una especie de bosque, similar a nuestro bosque del convento de Bérgamo, localizado a una orilla de la ciudad; tiene forma cuadrada y tendrá aproximadamente la octava parte de una milla de diámetro de cada parte; está llena de árboles, de senderos y en medio hay una bellísima fuente que echa el agua muy alto y que después se derrama en dicho bosque por varios riachuelos. De día acuden muchas carrozas de señores al paseo, siendo lugar sombreado y fresco, pero en la noche sirve de cueva de muchos lobos infames y, aunque esta alameda esté circundada de un foso y las cuatro puertas cardenales estén cerradas de noche, encuentran el modo de permanecer escondidos, o con una tabla en la noche cruzan el foso y ahí se están en plena libertad. Hay también otro lugar al que llaman Jamaica; este es como el Posilipo,⁹⁴ de Nápoles, es decir, que no es otra cosa que un paseo aproximadamente a dos millas afuera de la ciudad; se va por tierra, y también por agua, en la acequia, con las canoas. Yo fui dos o tres veces, siempre por agua y el regreso por tierra; cada vez fui con personas decentes y de bien.

Observé las dos riberas del río todas verdeantes de prados, jardines de flores, árboles frutales y muchas casitas de veraneo. Parece existir una continua primavera, por el clima benigno, el aire dulce, la abundancia de bebidas frescas y sabrosas y de guisos, que de tramo en tramo se encuentran. Pero aquello que más deleita es la música que se goza de lugar en lugar, es decir, quien en los jar-

94 Posilipo. “Promontorio que separaba las bahías de Nápoles y Pozzuoli, era considerado por los napolitanos, desde época imperial —en que fueron construidas las villas de Velio Pollione— un ‘locus amoenus’ de evocación arcádica”. María Teresa Chaves Montoya. “La montaña en las fiestas de corte en Nápoles y Madrid durante el siglo xvii”, *Cuadernos de arte e iconografía*, t vi, 11, 1993, s.n.p. En español se dice Pausílipo.

dines y quienes en los prados, que con instrumentos acompañan el canto de aquellas sirenas mexicanas, las cuales no son ingratas en sus cantos, como no lo son en otros sus productos, o sea, habilidades.

Aquí vendría al caso el adaptar a este ameno lugar dos fragmentos del Tasso,⁹⁵ que me parecen muy a propósito.

95
Se refiere a Torcuato Tasso (1544-1595). Poeta de origen bergamasco, si bien nacido en Sorrento, que escribió, entre otras obras, el poema épico *La Jerusalén libertada*, de cuyo canto xv Hilarión transcribió el fragmento.

Donde un céfiro blando y delicado
Espira con dulcísimo concierto;
Cuyo oloroso, manso y dulce aliento
A los sentidos es grato alimento.
Aquí no daña el sol con sus ardores,
Ni con su Cintia el puntiagudo cuerno;
Mas con celestes, claros resplandores,
Igual es el verano y el invierno;
Aquí las yerbas y pintadas flores,
La sombra y el olor es siempre eterno.⁹⁶

96
Torcuato Tasso. *La Jerusalén libertada*. Poema heroico escrito en italiano por Torcuato Tasso: y traducido en octavas castellanas por Juan Sedeño, Imprenta de la viuda e hijos de Gorchs, Barcelona, 1829. El hallazgo de esta versión poética se lo debo a mi amigo madrileño don Antonio Galán Martínez.

Pasaré ahora a describir sus juegos más comunes, los cuales son: el truco [juego de engaños o de los trucos], la pelota, los toros y los gallos; las cartas y los dados son juegos secretos.

En el año de 1771 fueron por el reinante Carlos III, monarca de las Españas, prohibidos en todos sus estados el juego de los toros; y en verdad fue muy bien hecho, no siendo otro el espectáculo de los toros, que reliquias de la antigua crueldad usada por los tiranos contra los santos mártires cuando los dejaban a las fieras, o de los antiguos gladiadores, y como los españoles son muy inclinados a estos espectáculos de toros, por consecuencia muy audaces, resultaban después muchos muertos.

En Cádiz no sólo cada verano, sino también en ocasión de cualquier pública alegría, se plantaba el teatro para los toros; en México y en otras ciudades principales de América, se hacía lo mismo.

Plantado, entonces, el teatro de maderas con sus palcos para los señores, y gradas para la gente ordinaria, a modo de aquellos donde se representan las comedias en una plaza espaciosa; y determinado el día del combate se preparan diez o doce *toreadores* (así son llamados), los cuales, sobre caballos bien adiestrados, y para ello amaestrados cada uno con una pica o lanza bien larga en la mano, nada distintos de los antiguos guerreros; y éstos los *toreadores* entran en la plaza del combate solamente dos a la vez, y soltado un toro lo van provocando, hiriéndolo con sus lanzas; y lo bonito de esta prima vista es la destreza del caballo y el caballero en esquivar los golpes mortales del toro enfurecido, que con los cuernos procura no sólo defenderse, mas sino aún de vengarse.

Pero no a todos los espectadores les resulta alegre el espectáculo, ya que he visto tirar a tierra, por un toro enfurecido, un caballo con quien lo cabalgaba, después de haberle sacado los intestinos con los cuernos; pero esto es poco, ya que el mal está solamente en el caballo; veremos cosas peores si el toro todavía persiste con vigor, y que los dos primeros *toreadores* tengan sus caballos cansados y que hayan dado suficientes pruebas de su destreza para salir del campo de batalla [dos palabras tachadas] con alguna gloria, entran otros dos: si después el toro se encuentra exánime por la fatiga y la sangre derramada, lo matan en el campo y hacen entrar a otro.

Ahora sigue lo mejor de la comedia. Saciados los espectadores de ver el combate a caballo, entran los peatones, los cuales, armados de varias flechas y un buen cuchillo, se meten a la plaza con una capa (uno o dos a la vez), con el consabido aire español pródigos de vida, y lo peor va para su alma, porque para estos tales hay la excomunión, como para tantos duelistas, sea para los caballeros, que para los peatones, porque se exponen a un evidente peligro de la vida, como de hecho siempre suceden muertes, y yo, a algunos los he visto.

De aquel celoso obispo de Cádiz, don Tomás del Valle, dominico, fue fulminante la excomunión, también para los religiosos, así seculares, que regulares, solamente por espectadores. Supongo, entonces, cansados los caballos y el toro todavía con vigor, entran dichos peatones y, uno a la vez, presentan sus

capotes al toro, los cuales corren furiosamente hacia su adversario; éste, con un rapidísimo giro, esquiva el golpe, y el toro permanece desilusionado de su casi certero golpe.

Después de haberse divertido de tal modo buen rato, echan mano a las flechas. Dos tipos de estos peatones toreadores se prestan, algunos están enamorados, otros son interesados; los primeros cuando ya les parece de hacer un golpe gracioso y al mismo tiempo muy peligroso, en honor de su amante (porque estas flechas no son tiradas con el arco, pero deben plantársele en el cuello al toro con las propias manos); y como estas señoras son siempre espectadoras de sus héroes, porque ya están prevenidas, así el amante antes de dar el golpe se acerca con su flecha en la mano, delante de su enamorada y con el sombrero en la mano, casi dedicándole la propia vida, le presenta la flecha; la dama le corresponde con algún signo de complacencia, y lleno de arrogancia y temeridad, de honor, y de aplausos ambicioso, se presenta al toro enfurecido y, si logra plantarle la flecha en el cuello, goza del aplauso común (del palmoteo) y, en particular del de su enamorada, la cual considerándolo hombre valeroso aumenta sin medida en su estima y amor.

El segundo tipo de estos caballeros, en la valla, presentan su flecha a alguna señora o dama, de la cual esperan recompensa; logrado felizmente el golpe, regresan a quien dedicaron su riesgo y reciben un generoso reconocimiento.

Duran estos espectáculos, por lo común, aproximadamente tres meses, y se ejercitan una y hasta dos veces por semana en dicha temporada; pero en los pueblos donde no hay la comodidad o posibilidad de hacer el teatro o plaza, se divierten con los toros que matan cada viernes en las carnicerías, a los cuales conducen en algún lugar espacioso, y aquí todo tipo de gente se divierte todo el día a hacerlos correr y herirlos hasta tanto que estén casi muertos del cansancio y del derramamiento de sangre. Yo he visto en un gran pueblo, dicho Tulancingo, llevar por un toro enfurecido un hombre por toda la plaza del teatro, esparciendo sangre e intestinos por la misma, y morir en ésta sin haber quién le encomendara el alma.

Un caso similar sucedió en otro pueblo, llamado Actopan, donde el toro, con los cuernos, destrozó un torero, que murió en el campo de batalla sin los sacramentos.

El final del juego de los toros es éste: llegada la hora de terminar, se pone el más valiente y audaz en medio de la plaza, con el cuchillo en mano, esperando que a él venga el toro; éste, no viendo algún otro enemigo alrededor, corre velozmente hacia el único, que lo espera en medio del teatro, con pie firme, y si en el furioso y peligroso encuentro logra el gladiador plantarle el cuchillo en medio del pecho, el toro cae muerto y al matador le reporta aplausos y premios; si, en cambio, no encuentra la herida en el sitio, de la cual depende la inmediata caída de la fiera, quien fue para matar queda muerto.

Después de haber brevemente descrito el inhumano juego de los toros, daré una sucinta narración del verdaderamente ridículo juego de los gallos, el cual no tiende a la distracción de la vida de los jugadores, bien sí que a sus fortunas.

En México y en todas las ciudades y pueblos de toda la América, hay la así llamada plaza de los gallos: también ésta está formada a la manera de los teatros; tiene, sin embargo, poco espacio en medio, no habiendo necesidad de gran plaza para dos gallos que combaten entre sí, mientras los espectadores están todos alrededor sentados sobre las gradas y los palcos; es tan universal el genio de los mexicanos para este juego, que pocas son las casas donde no se nutran gallos destinados para esto; los hacen llegar desde pueblos lejanos, pero los más estimados son los que vienen de las islas Filipinas (signo de que también en aquellos países se usa el dicho juego), y he visto pagar gallos, aunque del país, doce, quince, veinte y hasta más pesos por cada uno.

Caminando por aquellos pueblos, no se escucha otro sonido que el cantar de los gallos, y pernoctando en alguna de dichas casas, conviene sufrir aquella música casi toda la noche, y a quién no está acostumbrado le parece cosa muy molesta.

Desde pequeños les amarran a un pie, como hacen los pajareros con los ZAMBELLI, a una de las cuatro esquinas de una habitación, poniendo en cada una cuatro o seis, tan lejanos uno del otro que no se puedan alcanzar; no los dejan practicar con gallinas, están bien nutridos, y cada día los ponen al sol, amarrados, por dos o tres horas, y les van haciendo otras facturas que largo y tedioso sería el describirlas. Llegados a una edad y grandeza capaz de combatir, se llevan a la plaza, o sea el teatro de los gallos; escogen uno de un patrón y otro de otro; les amarran a ambos en la pata izquierda un bisturí, o navajita corva, hecha para este único fin, muy filosa; pero, antes de ponerlos en tierra para que combatan, hácense las apuestas. Y en eso consiste la sustancia del juego.

Ahora, como en esta especie de teatro intervienen señores, mercaderes, padres y frailes, con cantidad de gentuza de todo tipo (y en México he visto hasta auditores, los cuales son como los Pantalones⁹⁷ de Venecia) y todos quien poco, quien mucho, hacen entre ellos la apuesta de quién vencerá: el gallo de tal color, el otro que vencerá a su contrario. Ha habido en mi tiempo ricos mercaderes que apostaron 1000 pesos por cada combate; hecho aquello, sigue un silencio que parece que ni siquiera respiran: ponen a los dos gallos en medio de la plaza, los cuales rápidamente saltan el uno contra el otro, con los pies a su manera, porque no se han nunca conocido; y eso lo repiten muchas veces, hiriéndose recíprocamente con la navajita amarrada a la pata, por tanto, van derramando la sangre conforme las heridas, cada vez.

El primero que cae exánime en el campo o bien que huye, es el que pierde todas las apuestas y que pocos momentos antes [valía] de los diez a los veinte y más pesos, ahora se vende por 10 céntimos; en tanto quien ganó la apuesta cobra su dinero, el que acostumbran siempre depositar en mano de una tercera persona. Hay otro modo de jugar a los gallos, al que llaman tapada, pero poco varía en sustancia al antes descrito. He omitido varias circunstancias pequeñas en torno a este juego para no ser tedioso, y vuelvo a replicar que es tanta la inclinación de aquella gente alrededor del juego de los gallos, que no se oye discurrir de otro, de la misma manera

⁹⁷
Pantalone. Máscara veneciana de la comedia del arte, que representa un mercader, viejo rico y avaro o, también, escorbútico, pero de genio apacible. De Mauro *il dizionario della lingua italiana*.

que en el bergamasco, en tiempos de otoño, se discurre de pájaros por los pajareros.

Pasaré ahora a dar una sucinta noticia de otras cositas para decir todo lo que he visto, y en parte oído, de la ciudad de México. Tiene ésta una universidad, la cual, sin embargo, no puedo describir por no tener información de las cátedras que la componen: la fábrica material es grande con una bella fachada y tiene delante una bellísima plaza. Pero puedo acertar, por relación de hombres inteligentes y prácticos, haber en México buena cultura en todas las ciencias, siendo que casi todas las escuelas eran dirigidas y gobernadas por padres jesuitas, los cuales dirigían y enseñaban las ciencias en el gran seminario de San Ildefonso. Tenían también en propiedad las principales cátedras de la universidad y varios otros cuerpos escolares, todas las cuales ahora han pasado bajo la dirección de otras religiones [órdenes].

Existe el hospital mayor, en el cual han formado una especie de universidad de medicina y, a decir verdad, en México existen buenos médicos, los que gobiernan a los enfermos casi con el sistema de Europa, a reserva de particularidades de las enfermedades predominantes en el país y de su clima. Dan, en general, muchos vomitivos, lavativas: sacan muy poca sangre, rarísimas las ventosas, la quina apenas y se nombra. Las enfermedades más universales que dominan en aquellos pueblos son: venéreas, mal de pecho y fiebres malignas; y algunas, aunque pocas, por sangre restañada. Existe otro hospital donde se curan comúnmente las venéreas, sea hombres que mujeres; otro para los inválidos; otro para los locos; y aparte está el hospital de San Juan de Dios, como también la enfermería de los religiosos betlemitas, donde van a convalecer los enfermos que salen de San Juan de Dios; aparte de ellos reciben éstos algún enfermo, y yo he visto a dichos religiosos muchas veces ir por la ciudad con la silla de manos, cargando sobre sus propias espaldas a los enfermos y llevarlos a su convento.

Y a propósito de enfermos, debo narrar dos detalles practicados en aquellos pueblos, dignos de ser anotados: el primero, acerca de las parturientas, las cuales (máxime en los pueblos montañosos), casi todas al octavo día

de haber parido toman el *temascal*. Esto, a mi parecer, no es otra cosa que una especie de ladrillera, ya que el temascal consiste en un horno hecho únicamente para este efecto, por tanto, similar a aquéllos donde se cuece el pan. Cuando una mujer quiere tomar el *temascal*, calientan dicho horno blandamente, tanto que se pueda soportar: entra la convaleciente de parto en el horno del todo desnuda, en poco tiempo da en un sudor universal; entonces, las mujeres que la asisten le rocían todo el cuerpo con agua fría, acto por el cual siente la paciente gran dolor; porque les parece que les arrojan encima brasas encendidas (como me han contado varias de ellas mismas que lo han experimentado).

Vuelve a sudar, y las asistentes nuevamente la rocían de agua y eso van repitiendo hasta que la paciente lo puede tolerar; después, sale del horno o temascal tan relajada y débil que con gran fatiga puede mantenerse en pie: la acuestan en una cama, dándole algún refresco y ha terminado la función, y con ésta toda regla de vida, como en Italia, que acostumbran hacer la cuarentena tan escrupulosamente.

Y ya que estamos, a propósito de parturientas, agregaré no existir en esos pueblos la usanza de fajar a los niños, ni de resguardarlos o envolverlos en los plumones; no se ven cunas u otros instrumentos para alivio y resguardo de los mismos.

En los pueblos donde se usa la hamaca o red, los ponen en ésta y ahí se están muy cómodamente; en donde no se usa dicha hamaca, los cargan por algún tiempo envueltos en pañales y después los entregan a la *pilmama*,⁹⁸ la cual es una muchacha que todo el día carga a la criatura atrás, en la espalda, envuelta en un paño; y con todo ello en aquellos pueblos será gran rareza ver un lisiado, cojo o jorobado.

En cualquier casa, aunque de poca fortuna, por cada criatura que nace inmediatamente se provee de una *chichigua*,⁹⁹ que es la nodriza, y de una *pilmama*.

La otra rareza es el modo de sacar sangre, utilizado por la gente india, en los pueblos un poco distantes de México (no sé si sean los otomíes o los chichimecas). Ello se practica de la siguiente manera: sabiendo el médico indio

98
Pilmama. Aya, ama de cría, llamada también nana; sirvienta encargada del cuidado, crianza y aun de la lactación del niño; nodriza, niñera.
Francisco J. Santamaría.
Diccionario de mejicanismos.

99
Chichihua. Nodriza. *Ibid.*

que el enfermo necesita que le saquen sangre, lo hacen poner al sol extendido sobre una estera todo desnudo, aun cuando tenga actualmente la fiebre airosa; ahí lo deja por espacio de tres o cuatro horas, después el mismo médico va a sentarse sobre la panza del pobre enfermo con lo cual vienen a hinchársele las venas de la cabeza, de donde le sacan la sangre. No sé después en qué vena ni con cuál instrumento venga efectuada la operación; se ve, por tanto, una operación peor que de bestias [dos renglones tachados].

Debería esta ciudad estar bien provista de peces frescos, siendo plantada sobre tan gran laguna, aparte de algunas otras no muy distantes; pero sucede todo lo opuesto, no produciendo dichas lagunas más que ciertos pequeños pescados y en pequeña cantidad, por ellos llamados pescaito blanco, que son largos y son buenísimos.

Traen también aquellas indias a la plaza ciertos peces pequeñísimos, envueltos en hojas de maíz, ya cocidos en blanco, a los cuales llaman *mesclapites*.¹⁰⁰ También llega a México, algunas veces, de tierra adentro, cierto pez grande, por ellos llamado *bobo*,¹⁰¹ muy estimado, y es parecido a la trucha de Italia.

En un viaje que hice a la Nueva Galicia encontré muy buen pescado de varias calidades, todo de agua dulce y a buen precio, por lo cual me quitó el antojo.

Acerca de los pájaros de aquellos pueblos, son muchos y variados, pero no los utilizan, excepto los patos salvajes, de los cuales llevan en cantidad a las plazas a vender. Algunas perdices se comen; de todos los otros, y máxime los pequeños, no acostumbran comerlos, mas les producen asco, como lo observé en alguna ocasión habiendo yo cogido tres o cuatro pajaritos poco más grandes que nuestras pájaras, de las cuales abunda grandemente el país, y son tan humanas que van saltando por las calles y en todos los otros lugares muy familiarmente o sea muy doméesticamente; fui con dichos pajaritos muertos a una casa donde tenía confianza, los tomé en las manos y acariciándolos, para bromear; aquellas personas que estaban presentes se asombraban y, como nau-seados, querían que los tirara y me dijeron, además, que con más gusto habrían

100
Mestlapique. Tamalito compuesto de un pescado especial, entero, envuelto en hoja de maíz, asado que se vende en los mercados. *Ibid.*

101
Bobo. Pez de río cuyo mayor tamaño se acerca a dos pies de largo y cuatro o seis pulgadas de ancho. Su piel es negra y sin escamas; su carne blanca y con pocas espinas. Según Alcedo, se le dio el nombre de "bobo" por la facilidad con que se deja matar a palos en las orillas, acudiendo en tropas a las migas de pan que echan, y muchas veces con sólo mover el agua". Francisco J. Santamaría, *ibid.*

acariciado ratones que a los pájaros; pero yo, para hacer una prueba, los cociné y me parecieron tan buenos como los nuestros de Italia.

No acostumbran tampoco tenerlos en jaulas, excepto alguna tórtola, cardenal, papagayo, periquitos y loros. Hay cuatro especies de cuervos, los primeros, y mayores de grandeza de ninguna otra especie, los llaman zopilotes, y éstos comúnmente están sobre los tejamaniles, o sea, sobre el techo de las casas hechos de tablitas; la segunda especie es como los nuestros, pero hay en grandísima cantidad, y de éstos no quiero omitir un pequeño cuento que, aunque ridículo, es jocoso.

Encontrándome un día cerca de la ciudad de México que hacía un viaje a caballo, cerca del camino por donde transitaba, había una manada de caballos que pastaban, y con los cuales había también mezclados otra parvada de dichos cuervos, ahora, como entre aquellos caballos había varios que tenían llagas, así, mientras los pobres llagados pastaban en la hierba, también los cuervos procuraban de comer de su carne, volándoles de cuando en cuando sobre el lomo para darles buenos picotazos en las llagas: pero, entre otros, observé uno de dichos cuervos, tal vez más de los otros, famélico y atrevido; éste había echado el ojo a uno solo de dichos llagados y cada rato le llegaba en el lomo; el pobrecito se defendía lo mejor que le era posible, con la cola y con la cabeza, y toleró por buen rato la insolencia del cuervo, pero viendo no poderse en aquel modo liberar, pensó en su supuesto o real raciocinio a un expediente (que tampoco a nada le sirvió, y fue que se puso a correr velozmente un buen trecho por aquella campaña, pero el cuervo se le lanzó encima nuevamente habiéndolo también él acompañado con el vuelo; lo fue molestando de nuevo con los picotazos en las llagas, de las cuales salía la sangre copiosamente, y habiendo por otro buen trecho sufrido la famélica crueldad del cuervo, pensó el pobre desgraciado en otro expediente, ya que no le había servido el primero, y fue tirarse en tierra con la panza hacia arriba, lo mejor que podía; entonces, el cuervo dio la vuelta hacia los ojos (alimento para ellos delicadísimo); viendo el miserable caballo que le quería suceder algo peor, regresó a ponerse en pie y corrió nuevamente a mezclarse

entre sus compañeros, y entonces yo proseguí mi viaje, satisfecho de reírme de la comedia.

[Los de] la tercera especie son más pequeños de los antedichos, pero vuelan juntos en tal cantidad, que posándose sobre las plantas parecen [éstas] cubiertas de un paño negro. La última especie son de la grandeza de nuestras pájaras y comúnmente se encuentran cerca del agua. Tuve un pájaro del que no me acuerdo el nombre, tiene todo su vestido de color celeste y cuando vuela es bellissimo verlo: el cardenal las tiene todas rojas, de un color muy vivo; también hay buitres, papagayos; cantidad de loros (especies de papagayos), que son aquellos que mejor hablan, enseñándolos, y que en Europa son comúnmente llamados papagayos; los *periquitos*, cuarta especie de papagayos, tienen bellísimas plumas, pero no hacen otra cosa que tumbarse y molestar; una quinta especie de ellos, aunque poquísimos que se llaman rara, éstos a guisa de los *periquitos*, no tienen en sí nada de bueno que bellas plumas, y el más grande de todos los susodichos es también un pajarito que, por la rareza, belleza y fineza de sus plumas, a mi juicio, es el más estimado pájaro de América, y también por su pequeñez y rapidez: él es mucho más pequeño que un chochín,¹⁰² tiene un pico delgadísimo y largo, se alimenta solamente de la miel que extrae de las flores, en eso nada diferente de las abejas, como también en el recogerla, porque va de flor en flor, sosteniéndose sobre sus alas, las cuales siempre va agitando con tanta rapidez que no se ven, e introduciendo el pico en la flor extrae su alimento; terminado un árbol o hierba vuela a otro, con tanta velocidad que rebasa el pensamiento; los indios lo llaman *guachichil*, por los españoles es llamado *chupaflores*, por otros *colibrí*, y también pájaro *mosquetón*.

Animales de caza, hay cantidad de liebres y conejos selváticos, ciervos y gamos, de los cuales matan en cantidad los indios, con las flechas; también hay fieras, pero yo no las he visto.

Y a propósito de flechas, continúa todavía el uso antiguo en la gente india de caminar armados de arco y flechas, no teniendo éstos armas de fuego; y como dichos indios acostumbran andar en tropel en sus viajes, aunque de no mucha longitud, cada uno lleva su arco con algunas flechas y son diestrísimos

102

Chochín. Ave paseriforme de pequeño tamaño, rechoncha, de color pardo profusamente listado y cola corta que levanta cuando se posa. Se alimenta de insectos y es común en Europa. *Diccionario de la lengua española*.

en tirarlas, pues atinan francamente a un pájaro al vuelo; y yo he visto en un pueblo poner sobre la cabeza de un hombre una manzana, y haberla quitado al primer tiro de flecha por otro indio a una distancia de aproximadamente cuarenta pasos.

Daré fin a los detalles de los animales de aquel reino, en el cual aparte de los conocidos en Europa, como víboras, escorpiones, arañas de extraordinaria grandeza, y otros de los cuales no me acuerdo, hay también otro animal muy horrible a la vista; éste, en sustancia, no es otro que una lagartija: es peluda, con muchas manchas sobre el dorso, algo lenta al movimiento, horrible de primer aspecto y asemeja a nuestras SANCARLINAS acuáticas, pero son más grandes. Este animal no es venenoso, que por el contrario en la provincia de Guatemala la gente india se los come y ello se lee también en la historia de dichos pueblos escrita por Lorenzo Benzoni,¹⁰³ que en la provincia de [hay un espacio vacío para una palabra] se los comen por falta de otros víveres.

De una materia pasaré a otra, toda diferente, para no dejar de decir todo aquello que me parece meritorio de ser anotado, es decir, daré una brevísima descripción del *tequezquite*. Esto, a mi parecer, no es otro que una sal saponaria, ya que al gusto se le reconoce mucha sal y, comiéndolo con agua, forma como un mucílago blando como el jabón, y precisamente las mujeres del pueblo lo utilizan para lavar la ropa blanca; aparte de ello, les sirve también para cocinar los frijoles y otras cosas duras, [que] después relavan con agua limpia para quitarle la tierra que lleva en sí.

Dicho *tequezquite* se recoge alrededor de la laguna, cuando por la sequía va bajando [de nivel], o bien después de alguna lluvia en las playas de dicha laguna, donde el sol condensa aquellas partículas ácidas y salinas, formando como una costra sobre la superficie de la tierra, que después los indios lo van recogiendo y lo llevan por todo el reino, sirviendo para muchos usos.

Entre otras rarezas de México, la Casa de la Moneda, o sea la ceca, no tiene un lugar inferior, ya sea por la grandeza de la fábrica como por la multitud de oficiales y oficinas, pero mucho más por la cantidad de oro y plata que aquí se acuña. No me entretengo en describir minuciosamente todo aquello

103
Seguramente se refiere
no a Lorenzo, sino a
Girolamo Benzoni,
viajero italiano (1519-1570),
cuya obra principal es la
Historia del Mondo Nuovo,
publicada en Venecia en 1565.
Enciclopedia universal ilustrada,
Espasa Calpe.

que he observado en dicha ceca, que sería cosa larga; solamente diré que ahí se acuña o se manifiestan de un año a otro dos millones de marcos de plata de ocho onzas cada uno, aparte a lo que pasa por alto, o sea de contrabando, y de esta cantidad se trabajan cada año setecientos mil marcos, de pesos de ocho onzas por marco, como ya dije, y de ocho pesos por marco. El Gemelli dice que en su tiempo se acuñaban desde diez y seis mil pesos al día, suma que a mí me parece algo alterada.

En el presente, no fabrican más de aquellos pesos mal acuñados llamadas *macuquinas*, aunque todavía se ven, máxime en las islas.

Aparte de los pesos, se acuñan los medios pesos, el cuarto, el octavo y el medio octavo, que son las únicas monedas que se gastan en el reino, todas de buenísima plata, siendo aquí de ningún valor cualquier otra moneda extranjera, excepto el valor que lleva con sí el metal del cual está compuesta.

La ínfima moneda de aquellos pueblos es el medio real, o sea el medio octavo de peso, el cual por no poderlo dividir, no habiendo moneda de cobre, han encontrado el modo de dividirlo también éste en cuatro partes, con ciertos pedacitos de madera redondos a guisa de los peones del juego nombrado *sbaraglino*,¹⁰⁴ a los cuales llaman *tlacos*;¹⁰⁵ y en cada tienda hay cantidad de estos *tlacos* todos marcados, cada tienda con su propia marca, y cada comprador que va a aquella tienda con sus propios *tlacos*, el tendero está obligado a recibirlos.

Tienen aparte otro modo de dividir el real o el medio real, y es con granos de cacao, de los cuales dan sesenta y también ochenta por un real, pero este número crece o disminuye según si hay más o menos abundancia de cacao en la ciudad, y por consecuencia a más o menos caro precio; con estos granos van después a comprar en cualquier tienda o en las plazas, que todos los reciben en cambio de moneda, pero a aquel número que siempre más beneficia al vendedor.

Este gran emporio de América Septentrional, es decir la ciudad de México, está sujeta a dos calamidades, que son las inundaciones causadas por las crecidas del lago y los terremotos.

104
Juego conocido en español como tablas reales.

105
Tlaco. Voz azteca que significa medio, mitad. Octava parte del real columnario, o mitad de la media cuartilla. Moneda ínfima que se usó mucho en el país en la época colonial y aun algún tiempo después, por valor liberatorio de centavo y medio. Francisco J. Santamaría, *op. cit.*

Acerca de la primera, casi cada año se ve la ciudad en próximo peligro de inundarse por la multitud de torrentes que descienden de las montañas que circundan el lago, siendo justo aquél el tiempo de las mayores y universales lluvias.

En 1764, se llenó casi toda la ciudad de agua, de modo que en diversos lugares convenía barquear de una calle a otra con las canoas; fueron también transportados a otra parte todos los enfermos del hospital de San Lázaro; muchos habitantes de los barrios se encontraron en gran angustia y peligro: quiso Dios pronto liberarlos mediante públicas oraciones, y principalmente por la intercesión de la gran Virgen de Guadalupe, patrona y particular protectora del reino (de la cual más adelante daré una breve noticia).

La última inundación que se lee en las crónicas de México sucedió en 1636. Creo que habrá sido fatal, porque la tienen casi [como] una de las eras del reino.

Después de que España adquirió México, ha probado todas las vías posibles para dar curso a las aguas de las lagunas, con inmensos gastos, enviando ingenieros franceses, ingleses y de otras naciones, de los más renombrados; han empleado una multitud grandísima de indios en hacer reparaciones y otras obras, pero siempre con poco o ningún provecho.

La obra que habría ayudado mucho, si se hubiera podido conservar, habría sido el desagüe (como ellos lo llaman); éste es un gran conducto subterráneo, profundísimo y suficientemente ancho, que empieza en una parte de la laguna de Zumpango, donde concurre casi toda el agua de las otras lagunas; porque aquélla de Chalco descarga en aquélla de México; ésta, en aquélla de San Cristóbal y Xaltocan; y éstas, en aquélla de Zumpango, como también la laguna nueva.

De todas estas lagunas, como también sus albañales, del desagüe y su curso, claramente se ve en la carta hidrográfica puesta en la página 110.

Pero este desagüe o conducto subterráneo ha sido de poco provecho, porque la cantidad de aguas que escurrían en él conducían con éstas, piedras, tierra y madera, las cuales cosas obturaban el conducto, causando daños en el mismo, así que viene a servir de poco, no obstante que se hagan trabajos casi de continuo.

Yo fui a ver este desagüe: esa es una obra verdaderamente grandiosa, y me parecía casi imposible que aquellas grandes murallas debieran sucumbir ante la fuerza del agua, si no hubiera yo también visto las ruinas.

El segundo tipo de calamidad al que está sometido, no raramente, el reino de México es el terremoto: yo, realmente en cinco años de mi demora en dicho reino, no he sentido más que una sola sacudida, la cual sucedió en el año de 1768, el 4 de abril, segundo día de Pascua, encontrándome entonces en el Real del Monte, dos días lejano de la ciudad de México, y sucedió la mañana, de buena hora que estaba en ese momento en la iglesia escuchando la misa, pero en dicho lugar no hubo daños, sólo atemorizó al pueblo sintiendo la sacudida y ver moverse las lámparas, pero nadie se movió de su lugar.

No fue así en México, con todo que no duró más de seis minutos, cayeron varias casas, quedaron en las ruinas muertas algunas personas; las iglesias, palacios, y todas las fábricas de cualquier mole de consideración resultaron muy maltratadas, habiéndose abierto las murallas desde la cima hasta la base, y yo mismo en varios lugares, como en el convento de los betlemitas y en el Sagrario de la Catedral (ambas grandes fábricas), y en otros lugares he metido la mano dentro de las fisuras de los muros dañados por las sacudidas del terremoto.

Quien más sintió el daño fue el convento e iglesia de los padres filipinos [filipenses]: parte del convento cayó a tierra, como también la bóveda del coro, en la iglesia; repararon algo con andamios pero, no estando los padres seguros, fueron por el arzobispo transportados a la Casa Profesa de los padres jesuitas, siendo ésta evacuada de sus primeros poseedores.

Aparte de eso, como las calles de México tienen muchos conductos subterráneos de agua, no sólo para las fuentes públicas, pero también para mu-

chísimas casas particulares; así, todos estos acueductos se rompieron y por todas partes en las calles públicas se veía salir el agua, que para reparar este daño solamente habrá necesidad de una generosa suma de dinero.

Fueron, aparte del temor y de los daños, todos los lugares circunvecinos de México, máxime en Angelópolis, donde se supo haber hecho igualmente mucho daño; y llegaron los estragos hasta Veracruz, ochenta leguas lejana de México.

Ocho días después, encontrándome en México, solo, en la casa de nosotros capuchinos, situada en la así llamada calle del Reloj, hacia el Ave María se sintió una nueva sacudida, en la cual permanecí como pasmado, y casi sin saber qué hacía me precipité bajando por las escaleras, y salí por la puerta poniéndome en medio de la calle, la cual estaba ya llena de gente, toda con las rodillas en tierra gritando a Dios misericordia, y había personas que publicaban en alta voz sus pecados: se mitigó y por todos juntos fue cantado el Alabado, que es una oración en devolución de gracias.

Regresado a casa, después de alrededor de una hora que todavía me duraba el temblor en las piernas por el pasado miedo, he aquí de nuevo otra sacudida pero mucho más suave; corrí nuevamente en medio de la calle como antes, quien lloraba, quien gritaba; y en verdad no era poco el susto, habiendo también varias personas poco menos que desnudas: aquella noche la pasé sin ir a la cama por el temor de otras réplicas.

En el año 1769, estando en Bérgamo, recibí carta de un señor de México, gran amigo mío, sincero y verdadero, llamado don Pedro González Méndez: dicha carta tiene la fecha del 25 de diciembre de 1768, en la cual me mandó pormenores de otro terremoto sucedido en la ciudad de La Habana, en la isla de Cuba, el día de santa Teresa del mismo año, en la cual me dice que se cayeron 4,789 casas: todas las naves ancladas en aquel puerto, rotas las gúmenas, se hicieron pedazos unas contra las otras; aparte de eso, entró el mar dentro de la tierra como una legua y media, y, por consecuencia, había inundado toda la ciudad, siendo ésta en sitio bajo. No me notifica la mortandad de la gente, que ciertamente habrá sido grandísima; dice además que cayeron muchas iglesias

y todos los campanarios o torres; se abrieron las paredes; y fue grande también lo que siguió en el famoso castillo dicho el Morro, máxime en los cuartos subterráneos. Los árboles alrededor todos caídos por tierra, y al final de la carta dice que los muertos fueron muchos y los heridos muchísimos.

Ya es tiempo de hablar algo sobre las personas y cosas sagradas, y eso haré también con mucha brevedad, notando solamente las cosas más esenciales, ya que hice lo mismo hasta hoy para rehuir la superflua prolijidad en la narración de tantos detalles a todos aburrida.

Daré, entonces, principio por la Metropolitana del reino; es decir, de la Catedral de México. Ésta es una fábrica de buena arquitectura, de una competente magnitud, hecha a tres naves, con buenas columnas de mármol, como también las balaustras, que van del coro hasta el altar mayor (porque en todas las catedrales de España y de América, el coro, donde se sientan los canónigos, está situado súbito dentro de la puerta mayor de la iglesia, sobre el cual se encuentran los órganos y las orquestas); por qué se haga en tal lugar, a diferencia de Italia, yo no lo sé.

Eso es cierto que desdice mucho a la belleza y vastedad de las iglesias, porque entrando por la puerta mayor no se puede ver la fábrica en su verdadera perspectiva, no habiendo desde la puerta que algunos pocos pasos hasta la pared del coro, el cual se alza hasta la bóveda, y de ancho ocupa toda la nave de en medio, y siendo cuadrado viene a ocupar una no pequeña parte de la iglesia.

Ahora, del coro descrito hasta los escalones del altar mayor, están [puestas] lateralmente las balaustradas de mármol blanco, y el arquitrabe de las mismas, en los días solemnes, lo recubren todo con láminas de plata.

El piso de toda la iglesia está hecho con bloques cuadrados de mármol de varios colores; el resto de la iglesia está todo bien mantenido con gran limpieza.

Se ven buenas pinturas; el oro está puesto en los marcos, en las tallas y otras cosas similares, sin ahorro.

Pero, aquello que me causó más maravilla de dicha iglesia, fue la arquitectura y la riqueza del altar mayor. Éste tiene cuatro fachadas y en cada una

hay un altar, nada distinto uno del otro, para celebrar las sagradas funciones: se accede por algunos escalones de mármol con sus balaustas, sobre los cuales hay ocho buenas columnas de finísimo mármol, que sostienen una como gran corona imperial, también de mármol, en la cual hay varios engastes y bajo-relieves de flores y otros motivos de lapislázuli, y otros mármoles finísimos, como también entre una columna y otra cuelgan dos especies de cornucopias con follaje y flores de plata sobre doradas.

El tabernáculo, además, no sabría describirlo.

La plata y el oro empleados en él, a mi parecer, tienen el último lugar en comparación con los mármoles exquisitísimos y piedras preciosas. La arquitectura de dicho tabernáculo es igualmente admirable, siendo hecho de varias órdenes de columnitas, con una maestría galantísima y superfina, y de un gusto no inferior a lo italiano.

Observé, en varias ocasiones, que estaba expuesto el Santísimo en un ostensorio bien grande, todo centellante de piedras; y en proporción son todos los otros ornamentos, así los paramentos sacerdotales como los cálices, etcétera.

El arzobispo de México no tiene baldaquín en la Catedral para hacer competencia con el virrey, sino que se sienta en el coro, conforme a las reales ordenanzas.

Lateralmente, hay en la fachada de la Catedral dos torres no muy altas, y poco superan [la altura] de la iglesia; tienen ocho buenas campanas cada una, entre las cuales está la mayor, que en el sonido se parece enteramente a la campana mayor de la ciudad de Bérgamo, llamada El campanón.

Unida a la Catedral hay otra iglesia muy grande de fábrica reciente, y terminaron de establecerla en el tiempo de mi residencia en México, es decir hacia el año 1765. La llamaron el Sagrario. Es toda reluciente de oro, que sin ahorro han ornamentado sus muchos estucos y tallas en madera, o sea retablos, como ellos dicen; esta fábrica ha sido muy dañada por el susodicho terremoto.

Delante de estas dos iglesias, la Catedral y el Sagrario, hay una bellísima plaza adoquinada y circundada de altas balaustradas de piedra, con sus puertas.

Cerca de la Catedral hay una pequeña iglesita de estructura octogonal, con un solo altar, a la que se sube por algunos escalones, la cual iglesia dicen ser la primera fabricada por órdenes de Fernando Cortés, el conquistador de México, y cada día se celebran más misas.

Hay también tradiciones que dicen que, en el sitio donde hoy está levantada la Catedral, estuviese aquel gran templo del ídolo *Huitzilopochtli*, tenido en tanta veneración por *Moctezuma* y por todos los mexicanos, donde se sacrificaba a tantos miles de personas.

El Palacio del Arzobispado es de mediocre tamaño, pero no tiene cosas particulares, excepto la escalera por la cual se sube a las estancias habitadas por el arzobispo y su familia, que es verdaderamente regia, como también la sala de la audiencia, que es grande y bien ornamentada, con su piso cubierto con estrados.

Este arzobispo tiene por sufragáneos a los obispos de Tlaxcala, o sea de Angelópolis; Michoacán; de la Nueva Galicia, o sea Guadalajara; Chiapas, Yucatán, Guatemala; Verapaz, o sea Oaxaca; Honduras, y Nueva Vizcaya, o sea Valladolid.

La Catedral sostiene a nueve canónigos, uno por el rey; cinco dignidades, es decir: diácono, arcediano, maestro de las escuelas, chantre y tesorero; seis racioneros, y seis medios racioneros; un sacristán mayor; cuatro curatos electos por el virrey; doce capellanes reales nombrados por el capítulo, y otros ocho que llaman de Lorenzana, electos también éstos por el capítulo; siendo todos los otros puestos por el rey.

El arzobispo se toma de la masa común sesenta m[il] pesos al año; el diácono, 11 m[il] ; las cuatro dignidades 8 m[il] por cada uno; los canónigos 6 m[il] (; los racioneros 5 mil; y lo medios racioneros tres m[il] ; cada curato 4 m[il] ;) cada capellán 300, y menos. Los otros asistentes y los clérigos, que en todo son en número de 300; por tanto, hecho el cálculo, se encuentra que

la iglesia metropolitana de México tiene de rentas sobre trescientos mil pesos, sumados a las prebendas, el gasto que requiere para la fábrica, cera, paramentos y otro para las ceremonias del divino culto.

Fuera de la ciudad, hacia el norte, en un pequeño pueblo distante de dicha ciudad una legua, está el célebre santuario de Nuestra Señora de Guadalupe, erigida en colegiata el año de 1750; la llaman Insigne y Real Colegiata; tiene sus canónigos, pero no sé su número, y son independientes del arzobispo; es más, creo que sean inmediatamente sujetos a la Santa Sede.

La fábrica de esta iglesia compite con la Catedral y, por la riqueza y preciosismo de los ornamentos y cálices sagrados, la supera.

Partiendo de la ciudad se llega por una bellísima calzada o calle, la cual comienza desde la garita o Casa de la Aduana y sigue en línea recta hasta Guadalupe, que son tres millas.

De una y de otra parte de la calzada está la laguna, casi siempre con agua; por tanto, la dicha calle es alta, toda adoquinada, con fuertes paredes laterales que la sostienen y defienden. De trecho en trecho hay erigidas como muchas fachadas, sobre las cuales están talladas en piedra los quince misterios del santísimo rosario.

A la mitad de dicha calzada hay tres bellas puertas en forma de arco triunfal sobre el cual se ve, de mármol, el busto de Carlos V emperador que fue el conquistador de aquel vasto reino, por medio de Cortés.

Llegados al final de la calzada, se entra en una gran plaza, en medio de la cual había una bellísima fuente con varias estatuas echando el agua bien en alto y también por varios lugares. La iglesia tiene cuatro torres en los cuatro ángulos, de igual altura, y en cada una seis buenas campanas. Es rica, bien conservada y muy oficiada, porque es grande la devoción que todos los habitantes del reino conservan hacia esta milagrosísima Virgen; no sólo los españoles y criollos, sino también, y mucho más, los indios de todo el reino; y no hay casa rica o pobre que no tenga el retrato de dicha Santísima Virgen.

Yo también me traje dos retratos en papel, los cuales conservo todavía, y cada vez que de tierra adentro iba a México por mis negocios, acostumbraba

una o dos veces, según el tiempo de mi estancia, ir a Guadalupe a hacer mis devociones: y es cosa de mucha consolación el ver cada mañana las muchas carrozas que de México van al dicho santuario, y mucho más la gente a pie recitando en el camino en voz alta el rosario: el día sábado y todas las fiestas parece que sean siempre solemnes.

En el altar mayor se conserva el ayate donde quedó impresa, milagrosamente, la imagen de la Santísima Virgen, la cual no se descubre más que en las mayores solemnidades dedicadas a la Beatísima Virgen, y en el día de su aparición, que se celebra el 12 de diciembre, que fue el año de 1531, diez años después de la conquista de México.

Es tan grande el concurso de la gente, máxime india, que es cosa de estupor, haciéndose fiesta los ocho días consecutivos a la aparición.

En dicho día hay en la susodicha iglesia el jubileo, y son tantas las limosnas que en aquel día recogen que superan los cien mil pesos: porque cada indio e india, grandes y chicos, en aquel día, todos llevan algo de limosna en dinero, y eso me lo han atestiguado muchas veces varias personas de crédito.

Es, pues, eso cosa de risa: ver esa muchedumbre de indios hombres y mujeres de la mano que se van acercando al santuario bailando y haciendo varias volteretas de alegría, tocando también alguno de sus rústicos instrumentos.

Estando en México, leí la historia de esta aparición, pero sin acordarme de todos los mínimos detalles, con todo y eso diré brevemente la sustancia de ésta.

Pasando un día sobre un pequeño cerro, al pie del cual está fabricado el santuario, [a] un indio mexicano, llamado Juan Diego, se le apareció la Santísima Virgen en la misma figura que quedó impresa en el ayate y como generalmente viene pintada, le mandó que se dirigiera al arzobispo de México, que era fray Juan de Zumárraga de los [padres] observantes y fue el primer arzobispo de la ciudad de México y le dijese de su parte que quería que se le construyese, en ese mismo lugar donde le estaba hablando, una iglesia en honor suyo.

Fue el indio a hacer su embajada, pero no se le dio crédito; es más, no le permitieron ni hablar con el arzobispo. Regresó, Juan Diego, al sitio donde se le había aparecido la Santísima Virgen, y he aquí que se le presenta de nuevo en la misma figura de antes; le expresó, el indio, el mal éxito obtenido, por tanto la Santísima Virgen le mandó que recogiese aquellas rosas que estaban en un matorral ahí cerca y las presentara al arzobispo como señal de la verdad de su embajada: recogió el indio las rosas con gran estupor, por estar en el mes de diciembre y por no haberlas nunca visto en tal sitio; puestas en su ayate se encaminó hacia México.

El ayate es una tela de bombace, que llevan los indios casi en forma de un escapulario, teniendo ésta un agujero en medio donde ponen la cabeza, de modo que con la mitad de dicho ayate se cubren el dorso y la otra mitad cae por el frente.

Hizo nuevamente Juan Diego su embajada de parte de la Santísima Virgen, y por señal de la verdad les mostró las rosas; cuando los pajes vieron el milagro de las rosas, le dieron crédito y fue presentado al arzobispo, al cual expuso el motivo de su venida mostrándole las rosas como testimonio de la sinceridad de su delegación. Pero no contenta la Santísima Virgen de las rosas milagrosas, agregó otro mayor milagro, y fue que en el mismo ayate donde estaban las rosas, se encontraron impresa la efigie de la Santísima Virgen, en aquella misma figura que había aparecido al indio.

Este ayate es aquel mismo que se venera en la dicha iglesia, puesto en forma de cuadro con riquísimo marco y cristal.

La verdad es que tres veces se apareció la Santísima Virgen a Juan Diego, pero no bien me acuerdo de la historia.

Entre distintos lugares donde se dieron las apariciones hay fabricadas tres iglesias. La principal es la colegiata, que está al pie del pequeño cerro; otra pequeña iglesia, poco distante de la primera, fue fabricada en memoria de la segunda aparición, donde hay también una fuente milagrosa; la tercera, está fabricada a la mitad del cerro donde el indio recogió las rosas.

En suma todo el reino profesa gran devoción a esta Milagrosísima Virgen, y el año de 1737 fue elegida por principal Patrona de toda América Septentrional española.

Y, a propósito de este santuario, quiero contar un pequeño y gracioso suceso, ocurrido en el mismo cerro al pie del cual está puesta la iglesia de Guadalupe. Ciertos ermitaños habían formado en el mismo cerro varias casas en forma de ermitas, los cuales bajo el pretexto de la santidad, culto y veneración al santuario, extraían buenas limosnas del pueblo ocurrente muy creyente: pero la sustancia era para su propio mejor vivir, y con fina hipocresía afectaban austeridad de vida, despachando revelaciones y apariciones, y así pasaban su vida con comodidad, honor, estima y ganancia.

Entonces, sucedió que el arzobispo, señor Rubio y Salinas (que era aquel mismo que yo encontré cuando llegué a México), tuvo cierta noticia de que estos ermitaños tenían de noche cada uno su mujercita; para cerciorarse mejor, el arzobispo envió una noche los policías o alguaciles, como les llaman, a estos ermitaños, que entre otros tocaban a la puerta de uno de ellos el cual de adentro repetía contestando, que ¿quién es quien disturba al siervo de Dios? Y, no queriendo él abrir, los policías tiraron la puerta y entrando encontraron la compañía femenil del santo ermitaño, y ambos fueron conducidos a la ciudad y me dijeron que esto mismo había sucedido en todas las otras ermitas, y todo eso sucedió poco tiempo antes de que yo llegara a esos pueblos; por tanto fueron todas aquellas ermitas para siempre quitadas.

En México hay 29 monasterios de [órdenes] regulares, y 22 de monjas, aparte de las otras iglesias, que en total ascienden al número de 86 o 87, solamente dentro de la ciudad.

Hablando en general, están todas bien mantenidas, ornadas y oficiadas, máxime las parroquias y las iglesias de los regulares, sea hombres que mujeres. Hay cantidad de padres pero mucho más de frailes, de los cuales, para decir sucintamente alguna cosa y con orden, comenzaré por los padres dominicos del convento grande, en el cual viven 280 religiosos, y este convento está casi en el centro de la ciudad.

Tienen una iglesia bellísima y grande con cuarenta altares, buenos órganos, y su campanario tiene diez y seis campanas. Estos padres tienen en otro lugar un hospicio con iglesia llamada Ara Coeli, en el cual viven siempre algunos religiosos y está hecho para habitación de aquellos padres pasajeros destinados a las misiones de las Filipinas, China, y otras partes. Aparte de esto tienen otro pequeño convento llamado San Jacinto, en el cual viven los estudiantes con algunos otros padres, que entre todos serán treinta religiosos. Sigue San Francisco, el grande de los padres observantes, los cuales son muy numerosos: llevan todos el hábito de color azul turquesa.

En su iglesia, que es muy grande, está sepultado el conquistador de México, Fernando Cortés.¹⁰⁶ En este convento residen no sólo su padre provincial, sino también el reverendísimo padre comisario general, al cual están sujetos todos los religiosos franciscanos de todo el reino y, aunque de diferente reforma, este padre comisario goza mejor entrada que el arzobispo mismo, el cual equipara al virrey; tiene carroza propia con librea.

Aparte estos padres tienen otros dos conventos en México: uno llamado Santiago Tlaltelolco; el otro, no me acuerdo.

Los Agustinos y los Mercedarios, igualmente, son dos grandes conventos con sus grandes iglesias bien mantenidas y mejor oficiadas: también estas dos religiones tienen otros pequeños conventos de estudio dentro de la ciudad. Hay un convento grande de los padres reformados. Uno, de los *cosmitas*, así llamados por el titular de su iglesia, es decir san Cosme, los cuales no son otra cosa que una pequeña reforma salida de los padres observantes, y no se encuentra de ellos en otras partes fuera del reino de México. Hubo un convento de fernandinos, también ellos así llamados por el titular de su iglesia, es decir, san Fernando, y de éstos no hay en todo el reino más que cuatro conventos, todos los cuales toman la denominación del titular de su respectiva iglesia, como son fernandinos, como ya dije.

Crucíferos de Santa Cruz de Querétaro, ciudad. Guadalupanos, de nuestra Señora de Guadalupe si no yerro, en el obispado de Valladolid. Y, el cuarto, no me acuerdo. También éstos están sujetos al padre comisario como

106

Efectivamente los restos de Hernán Cortés se encontraban desde 1716 en la parte posterior del retablo mayor de la iglesia de San Francisco, como lo relata Hilarión; posteriormente, en 1794, fueron trasladados a la iglesia de Jesús Nazareno, contigua al hospital de Jesús, por él fundado, donde reposan actualmente después de otros dos traslados, en 1823 y 1836, para ser finalmente re inhumados en 1946. José Luis Martínez. *Hernán Cortés*, UNAM/FCE, México, 3ª reimpresión 2003, p. 906.

franciscanos, pero entre ellos no forman, diré así, un cuerpo entero, no teniendo provincial, pero sólo el superior local, por tanto, cada convento se gobierna por sí mismo, excepto por alguna extraordinaria disposición del reverendísimo comisario. Su instituto es el de hacer continuamente las misiones.

Hay los padres filipenses, los crucíferos o sea de San Camilo de Lellis;¹⁰⁷ pero éstos no asisten en los hospitales, como es su instituto.

Hay los carmelitas descalzos, los cuales son muy ricos y grandes limosneros. Los religiosos de san Antonio Abad, que son como los padres regulares, tienen también ellos convento e iglesia; éstos, andando por la ciudad a la petición por san Antonio, entran a caballo en cada puerta y sin decir palabra demandan la limosna, tocando una campanita que llevan en la mano.

Hay el convento de San Juan de Dios, con bellísima iglesia; estos tienen enfermería para los pobres. Los religiosos de san Hipólito tienen también ellos una especie de enfermería y reciben bajo su caritativa protección [a] todos los religiosos locos de cada instituto, como padres también [tres palabras tachadas].

Estos religiosos son inmediatamente sujetos al arzobispo de México, el cual preside su capítulo. Los padres betlemitas, de los cuales hay un convento muy grande en México, éstos son como aquéllos de San Juan de Dios, todos, religiosos laicos y tienen por regla el no recibir sacerdotes a la profesión, excepto uno por convento, el que pueda servir de capellán. Por tanto, ningún sacerdote, en virtud de su regla, ha sido promovido a los cargos de superior; no queda por esto que en dicha religión no haya hombres de gran talento y saber.

Visten casi como los capuchinos con la barba y descalzos, y no se distinguen en otra cosa sino que éstos llevan prendida a la capa una medalla algo grande en la cual está pintado el nacimiento de Nuestro Señor, y de ello toman su denominación; se ciñen con cinturón de cuero, como los agustinos, su capucha es algo más pequeña que aquélla de los capuchinos. El fundador de estos religiosos fue el venerable padre José Betancor¹⁰⁸ [sic] nativo de la provincia de Guatemala, del cual se espera en breve la beatificación.¹⁰⁹

107

San Camilo de Lellis (1550 -1614)
fundador de la orden Clericorum
Regularium Ministrantium Infirmis,
conocida como camilianos.

108

El Beato Pedro de San
José Betancur (1626-1667) no
era nativo de Guatemala, sino
de Tenerife, España donde nació,
vino al Nuevo Mundo en 1651
y murió, sí, en Guatemala.

109

La canonización con el grado
de beato llegó hasta el 22 de
junio de 1980.

110
 Probablemente Hilarión se refiera
 a los dos reinos más importantes
 de América entonces, el de la
 Nueva España y el del Perú.

Esta religión fue aprobada por el papa Inocencio XI y no hay más que en las dos Américas:¹¹⁰ su instituto es el de recibir y curar a los enfermos, como también reciben a los convalecientes que salen de otros hospitales; además hacen escuela a muchachitos, son mendicantes: con todo eso poseen buenas entradas.

Queda, por último, hacer memoria de los padres jesuitas, de los cuales, aparte de la Casa Profesa, había otros cuatro colegios, es decir: San Ildefonso (seminario), San Andrés, Loreto y Espíritu Santo; este último servía para la gente india, de modo que aquellos padres hacían los sermones, catecismos y confesaban en las lenguas mexicanas y otomí.

Y, ya que viene a propósito, narraré brevemente su expulsión de aquellos pueblos y de toda España, acaecida el 26 de junio de 1767. Algunos de los motivos de tal expulsión, se leen en el real decreto expedido en el Pardo, el 2 de abril del mismo año, y otros fueron reservados en el pecho del rey católico Carlos III.

Podría aquí presentar todo el mismo real decreto pero por ser cosa muy larga, y habiendo sido publicado por las prensas en el susodicho año, lo omito.

El susodicho día 26 de junio de 1767 el virrey de México intimó la real orden por medio de algunos auditores, a todos los padres de la compañía, de salir inmediatamente de todos los estados del rey de España. Esta real orden fue publicada en varios lugares de la ciudad, la sustancia de la cual consistía en que Su Majestad Católica mandaba un rapidísimo bando a todos los susodichos religiosos de todos sus estados, por los motivos anteriormente públicos y por otros nuevos, los cuales no juzgaba bien exponerlos al público.

Fue algo admirable que, el mismo día que se efectuó el bando en México, de dichos padres, se siguió también en Lima, capital del reino del Perú, en América Meridional, y en todos los lugares adyacentes a los dos reinos donde se encontraban casas de dichos religiosos, habiendo sido premeditado por el virrey o que había habido orden de la corte de eso hacer (y es más probable).

Y, para tal efecto, algún tiempo antes se hizo leva de mucha tropa miliciana, y todo el comercio se vio en estos días con el uniforme, o sea la librea del rey, y por consecuencia en esos días no se abrió el baratillo (que es como un lugar de una feria diaria de México). Estuvieron también cerradas todas las bodegas del portal; monterilla, y otros lugares de comercio.

Entonces, el mismo día 26 de junio, en la mañana a buena hora, se vio la Casa Profesa con los colegios de San Andrés, San Ildefonso, San Gregorio y San Pedro y Pablo; todos, circundados de soldados con bayoneta calada, y centinelas por todas las bocacalles, habiéndose cerrado las puertas de todas las susodichas casas, de modo que no dejaban entrar ni salir a nadie, y día y noche se hacía la ronda de varios retenes por cada calle, máxime a las acequias, o sea, canales de agua por donde entran y salen las canoas de la ciudad.

El día 28 del susodicho, estando solo en la casa que habitábamos en la calle del Reloj, oí gran rumor: me asomé a la ventana que corresponde a la calle pública y vi una grandísima multitud de gente de todas las edades, sexo y grado, que todos lloraban, y en alta voz gritaban; luego vi cuatro furlones o sea carrozas, en cada uno de los cuales estaban cuatro padres de la compañía del colegio de San Gregorio, escoltados por una compañía de soldados a caballo y de otra a pie, y con bayoneta calada, la cual, para suprimir algo los gritos y el llanto de la gente que se asomaba a las puertas y a las ventanas, golpeaban con las manos a quien fuera y no la perdonaban por la edad, grado, sexo y condición que fuera (tanto estaban enojados); confieso, la verdad que al ver tal espectáculo me enternecí y no pude aguantar las lágrimas, especialmente viendo la triste postura de dichos padres con las cuales iban en sus carrozas todos empapados de lágrimas.

Fueron éstos enviados a Veracruz, donde estaban preparadas dos naves de alto bordo para transportarlos a España.

Todos los otros padres de México, como también los otros que de día en día venían llegando de tierra adentro, fueron después siempre expedidos de México para Veracruz en tiempo nocturno por temor de alguna sublevación.

Podría aquí narrar varias particularidades sobre este hecho pero las omito para no ser prolijo: sólo diré que el día que siguió al bando de dichos padres mandó el arzobispo que se cerraran todas las iglesias y por dos días no se celebraron los oficios divinos públicamente, excepto en la Catedral, y no se sonaron las campanas, como si hubiera sido Viernes Santo.

No hay, aparte que en México y en todo su reino, mejor dicho en las dos Américas, varias religiones que se encuentran particularmente en Europa; por tanto, aquí no se ven camaldulenses cartujos, carmelitas calzados, mínimos, capuchinos, y varios otros que no han procurado introducirse en aquellos pueblos, que a decir verdad no son a propósito para varias religiones, porque no podrían subsistir al tenor de las leyes del propio instituto.

Las monjas son igualmente muy numerosas, no solamente de religiosas, pero también de otras mujeres a su servicio, que todas habitan dentro la clausura. Porque es de saberse que en todos aquellos conventos (excepto las capuchinas, de las cuales hay un solo convento y son tenidas en gran concepto) viven y se mantienen cada una en particular: por tanto, casi cada monja tiene su sirvienta, y algunas también dos, todas jóvenes y en hábito secular y cada religiosa hace su comida para sí por medio de su sirvienta. Por tanto, a la puerta de dichos monasterios de la mañana a la noche parece que se haga una feria continua, habiendo todo tipo de revendedores: quien lleva verdura, quien fruta, otros carne, otros esteras, quien mirlos, listones, telas, etcétera, de tal modo que estando las dos puertas del monasterio casi todo el día abiertas y llenas de monjas y sirvientas y a las rejas también lo mismo, y quien clama una cosa y quien otra y aquellas que no se pueden asomar por el gentío, alzan los brazos; en suma, hay un ruidero que no se diga. Podría añadir varios detalles a propósito, pero los omito por la prefijada brevedad que me impuse desde el principio.

Cerca del convento grande de Santo Domingo hay un palacio de no mediocre grandeza, el cual sirve para el Santo Tribunal de la Inquisición, los miembros del cual son algunos padres dominicos, canónigos y otros padres. Ahí se reúnen en días determinados.

El sistema de examinar y juzgar a los reos de esta Inquisición no es nada distinta de aquella de Lisboa, capital de Portugal, descrita por Salmón¹¹¹ en el tomo XIII [un espacio para el número de página], que refiero a quien lee para no copiar aquello que el susodicho ha escrito a tal propósito. No quiero, sin embargo, omitir una pequeña anécdota sobre este particular, sucedido en marzo de 1768.

En cierto determinado día fueron expuestos en la iglesia de Santo Domingo, no a la común veneración bien sí al público escarnio, ocho reliquias vivientes, las cuales eran: un blasfemo herético, un calvinista pertinaz, una mujer india idólatra, una bruja, un bígamo; un clérigo secular, con sólo las primeras órdenes, el cual había celebrado algunas misas; un fraile laico de cierta religión, quien también había dicho misa; y un judío, también pertinaz.

Fueron, entonces, todos los susodichos un día entero expuestos a la pública vista en el presbiterio en la espaciosa iglesia de Santo Domingo, habiendo para tal fin deshecho el altar mayor con algunos otros colaterales para colocar en buena exposición a dichos reos, los cuales, con un cartelón al pecho, publicaban la causa de su condena. Sufrieron todo el día el escarnio, las risas y las maldiciones del pueblo; con todo y eso, algunos de ellos se la pasaron con mucha presencia de espíritu casi como si nada; aparte de eso, fueron tantas las bebidas alcohólicas a ellos suministradas (pues en tales ocasiones les es dado todo lo que ellos piden), que varios de ellos estaban medio borrachos.

Al día siguiente fueron conducidos todos por las calles públicas de la ciudad, acompañados de policías, escoltados por soldados y de todos los oficiales de la Inquisición, ya sea padres que regulares y también seculares, todos a caballo; el concurso del pueblo fue innumerable; cada reo iba cabalgando un burrito con un largo sombrerote con figura de cuerno sobre la cabeza, hecho de cartón; excepto los dos que habían celebrado misas, los cuales iban con la cabeza descubierta, y cada uno llevaba escrito en el pecho su delito: a la mujer idólatra le colgaba del cuello un pequeño ídolo, y cada uno iba acompañado de un indio repre-

111
Salmón. No tuve la fortuna de encontrar alguna referencia a dicho autor.

sentando un verdugo que con una paleta de madera en la mano andaba de cuando en cuando dando a cada uno algunos ligeros golpes en el dorso.

Después de tal función, fueron todos mandados a las prisiones de la Inquisición, aquello que sucedió después, no lo sé, porque pocos días después me marché de México para Italia y, según las leyes de España, algunos de ellos debían ser quemados vivos.

Habría muchas otras cosas que decir de esta metrópoli, pero ya me encuentro saciado de más discurrir y deseoso de pasar a otros relatos.

Con todo y eso, para dar la última pincelada a este pequeño retrato de la América Septentrional, y en particular de su capital, diré, que entre todas las cosas que me han provocado mayor estupor cuando llegué a ésta, y mucho más cuando de ella había hecho práctica, fue el ver en medio de tantas riquezas la gran multitud de pobres, sea hombres que mujeres, de modo que muchos y muchas van por las calles como mendigos que apenas tienen con qué cubrirse las partes vergonzosas, quedando todo el resto casi completamente desnudo. La causa de eso es principalmente la ociosidad y los vicios, y por esto hay tantos ladrones y tramposos, y tantas mujeres malas, que para vivir prueban todos los modos de engañar a todo tipo de personas.

En suma, esta ciudad es un compuesto maravilloso de riquezas y pobreza, abundancia y penuria, lealtad y pillería, poca fidelidad, ladronería y engaños muchos, muchas iglesias pero también muchas casas de público juego, mucha honestidad exterior pero también muchísimas meretrices, aunque no públicas.

En fin, quien vive cauto tiene la comodidad de hacer mucho bien y pronto se hace rico; al contrario, quien nada, se deja llevar por la corriente, de rico se vuelve pobre de ánimo y cuerpo, constituyendo el fomento de todos los vicios.

Y, por una pequeña prueba de esto, conocí en México a un hombre, hijo de un gran mercader de Cádiz, el cual se transfirió a Lisboa con toda su familia, donde mucho acrecentó sus riquezas desde allá; envió a este su hijo a México con un capital de seiscientos mil pesos para comerciar.

El miserable se ahogó en la gran laguna mexicana llena de sirenas, por demás encantadoras y lisonjeras, cuanto bellas y astutas: en poco tiempo dio fondo a todo su capital, de modo que para vivir se redujo a hacer el BORLANDOTTO, o sea alcabalero. Tenía mujer con tres hijas en edad ya de casarse, las cuales, junto con su madre, venían a la casa donde yo habitaba a pedirme de cuando en cuando alguna limosna de comida o alguna cosa para cubrirse; tanta era su pobreza, y me confesaban que su padre, todo aquello que ganaba, lo gastaba en emborracharse y en mujeres. Varios otros ejemplos podría [yo] agregar, pero los omito.

Ahora, después de haber dado un pequeño esbozo de este gran teatro de la América Septentrional, aunque muy imperfecto porque sucinto, pasaré a narrar aquello que me ocurrió en el transcurso de mi estancia en dicha ciudad.

Después de tres meses de mi llegada, los cuales viví junto con el susodicho padre Lorenzo de Bra, piemontés, en una casa solos, éste se marchó de México, a principios de septiembre del mismo año 1762 [realmente, 1763] para dirigirse a la ciudad de Guadalajara, distante de México 160 leguas; entonces me quedé solo y, por tanto, tomé para mi servicio a un joven, y proseguía en mi empeño de recoger limosnas en la ciudad para Propaganda Fide.

El 16 de noviembre de ese mismo año, llegó a esta capital el padre Paolo María de Ferrara, sacerdote capuchino, también él procurador de Propaganda, el cual estaba de regreso de Chihuahua, pueblo muy lejano de México.

Poco tiempo duró la compañía con el dicho padre, porque siendo él por el arzobispo destinado [como] nuestro presidente, me dio orden de dirigirme al Real del Monte, o sea a Pachuca, donde están las minas de plata, a buscar limosnas. Me proveyó de una buena mula para cabalgar con todo el resto que me era necesario y partí, solo, de México, el 20 de diciembre.

En dos días de viaje llegué a un lugar cercano al Real del Monte, dicho Pachuca, en italiano Paciuca, donde me entretuve algunos días en casa de un señor.

Pachuca antes, pasaba por ciudad, pero al presente no es más que una pequeña villa medio derruida; subsiste sin embargo todavía un convento de

los padres reformados o recoletos, y otro de San Juan de Dios: también hay los oficiales reales, es decir, alcalde mayor, contador y tesorero; estando aquí el ensaye, o sea, la fragua donde purifican la plata de todas las impurezas, y marcan las medidas, o sea, placas, después de haber quitado el quinto para el rey, no soliendo entrar en México, y mucho menos en la ceca, placas que no estén marcadas, porque sería contrabando; las placas son, pues, pedazos de plata que ordinariamente contienen mil pesos de ocho reales cada uno.

El señor de la casa en que estaba alojado me persuadió de ir con él a un pueblo grande, llamado Tulancingo, lejano de Pachuca; una buena jornada, donde se hacían ciertas fiestas por la solemnidad de Navidad, y que por el concurso de la gente habría recogido buena limosna; me resolví de ir engatusado por la esperanza de lograr un buen botín, como me fue bien, siendo en la mañana el juego de los gallos; después de la comida, la plaza de toros, y en la noche procesiones y otras funciones de iglesia.

Diez días demoré en Tulancingo, de donde regresé a Pachuca; y de ahí, después de algunos días, me dirigí al Real del Monte, lugar de mi destino.

Tomé en renta una pequeña casita, en la cual estaba solo, cocinándome por mí mismo la comida; aunque después, por mis ocupaciones, no pude proseguir mucho tiempo y fui forzado a hacérmelo hacer por una vecina.

Visité las minas, me hice práctico del pueblo y me informé de cada cosa para mi gobierno. Después de algunos días fui a visitar al señor don Pedro Romero de Terreros, dueño de todas las minas principales del Real del Monte; obtuve del mismo licencia para pedir limosna en sus minas, por tanto, empecé mi trabajo, y cada día mañana y tarde iba a las minas a recoger piedras y tierra de donde sacan la plata, éstas, después las vendía y algunas veces también las hacia beneficiar por mi cuenta.

No será fuera de propósito el dar aquí una sucinta relación de las minas, y cómo sacan la plata. Lo haré, pero muy brevemente, remitiendo a los lectores al Gemelli, el cual en su *Giro del mundo* da una más prolija narración de aquellas mismas minas, precisamente de Real del Monte, donde residí algunos años, y él mismo menciona la mina de la

Trinidad, en la cual yo también estuve varias veces, y vivía no muy distante de dicha mina.

Consiste, el Real del Monte, en una circunferencia de 5 o 6 leguas aproximadamente, todo lugar montañoso y estéril en la superficie; en dicho circuito habrá 300 y más bocas de minas, parte de las cuales se trabajan actualmente y parte están abandonadas.

La veta o rama principal de estas minas empieza del este y va al oeste, después forma como una cruz con otra vena principal del sur al norte: llamase en general la veta Vizcaína y siempre ha sido abundante, como lo sería también el día de hoy si fuera trabajada como conviene. Tiene la gran desgracia que hay por todas partes cantidad de agua, por lo cual no es posible internarse mucho en las vísceras de aquellos montes en busca de buenos ramos que frecuentemente encuentran, porque al momento de sacar rico metal encuentran un gran manantial de agua, y por tanto conviene abandonar la empresa.

Tendrá el Real del Monte doce mil personas y la mayor parte se emplean en trabajar en las minas o en el metal. Dice el Gemelli que en el susodicho Real en diez años se han sacado 40 millones, trabajando en ello 900 y más personas al día.

Las minas principales, que se encuentran en la vena mayor que va del levante al poniente son: Santa Teresa, San Cayetano, la Felicidad, los Dolores, y la Palma; de medio día a tramontana están Todos Santos, la Trinidad, el Sacramento, y varias otras, de las cuales no me acuerdo el nombre.

Todas las susodichas minas son del señor Terreros; hay también muchas otras de diversos patrones, como la Compañera, el Resquicio, el Albañil, la Blanca, Morán, la Manzanera, y muchas otras que por brevedad omito; ahora, en todas estas minas iba diariamente recogiendo las limosnas, y era no pequeña fatiga, debiendo pasar de una a la otra aún en tiempo de lluvia, de extremo calor y otras incomodidades de hambre, sed, cansancio, sudor, etcétera.

Las minas, entonces, son como tantos pozos profundos, habiendo de ochenta y más estratos, y cada estrato tiene dos brazos y un tercio. La boca de la mina está toda entibada en forma cuadrangular, o sea, sostenida por gruesas

trabes y otros maderos atravesados para que no caiga el terreno, y de esta boca van continuamente sacando el agua día y noche, también en las fiestas y los domingos.

De la misma boca sacan, igualmente, los costales de metal y todo por obra de caballos y mulas, a los cuales hacen girar un artefacto llamado malacate, de los cuales hay tres o cuatro por cada mina, y cada seis horas cambian los cuatro caballos que sirven para girar cada malacate, donde por cada día trabajan continuamente por lo menos 16 caballos, los cuales duran poco por la gran fatiga que tienen.

Los sacadores del metal descienden al interior de la mina por otro agujero, por ciertas escaleras hechas de un solo tronco grueso, dotados de lámpara, un buen martillo y otros instrumentos de cortar piedra, y también pólvora, para minar, si ocurre.

Dura su trabajo seis horas, por las cuales les es dado por el patrón cuatro reales, o sea, medio peso en pago, aparte una cierta porción de metal y más voluntariamente trabajan por la glotonería del metal que por el salario, porque algunas veces sucede (siendo el metal bueno) que de su porción de una sola jornada de seis horas sacarán quince, veinte, y hasta más piezas de ocho reales. Estas jornadas de seis horas, algunas veces son más breves y otras veces más largas, porque conviene saber que el patrón de la mina entrega a cada barretero (así son llamados los sacadores del metal) tres y a veces cuatro costales para llenar, y esto lo deben de hacer por el pago de cuatro reales; ahora, si el trabajo lo encuentran de material blando, terminan pronto su jornada; si lo encuentran de piedra viva, se les vuelve más dificultoso.

Después de haber llenado los costales, o sea, los sacos del patrón, llenan otro, el cual viene dividido, es decir, mitad para el patrón y mitad para sí mismos; y de esta su porción nos daban diariamente la limosna no sólo a mi, sino también a varios otros limosneros; y como estos operarios son muchos, y en muchas minas, así andaba yo juntando este metal de toda la semana y, en fin, después lo vendía a los rescatadores, y otras veces lo hacía beneficiar por mi cuenta, como he dicho antes.

Extraído el metal y repartido con los operarios, entran en la (así llamada, *galera*) ciertos hombres llamados *pepenadores*, el oficio de los cuales consiste en romper con martillo las piedras y separar el metal en tres calidades; la primera que es la mejor para el *chacuaco*,¹¹² la segunda para la *plancha* y la tercera para [el] *azogue*; o sea, el *chacuaco* es un horno en el cual en pocas horas, por medio del fuego, se obtiene la plata de aquel metal que en él avientan mezclando plomo, *temesquitate*¹¹³ y tierra [de] creta; la *plancha* es igualmente otra especie de horno, con el cual se beneficia mayor cantidad de metal del menos bueno del susodicho y dura la operación algunos días; pero cuando el metal es de aquella calidad que sirve para el fuego, es siempre mejor beneficiarlo por *plancha* que por *chacuaco*, o *cestrado*,¹¹⁴ porque en esta segunda manera se obtiene proporcionalmente mayor cantidad de plata.

La tercera manera de beneficiar el metal es por medio del *azogue*, o sea, mercurio. Esto se hace de la siguiente manera. Habiendo los *pepenadores* repasado el metal y separado aquello que sirve para el *chacuaco*, aquello para la *plancha*, y aquello de *azogue* del *tepetate* (el cual a nada sirve y lo avientan al terreno, o sea al abandono), vienen los *arrieros*, o sea *cabalgantes*, los cuales cargan el metal sobre mulas y lo conducen a las haciendas. Éstas son edificios todos contruidos sobre ríos, donde se beneficia el metal en las tres maneras: ahí se muele o se tritura finamente todo el metal separadamente con morteros, que trabajan por medio de agua; después lo tamizan y para beneficiarlo con mercurio toman de ese polvo un montecillo de cien pesos aproximadamente, lo mojan con agua común y forman como un pantano, después le mezclan cierta determinada porción de mercurio, sal de mar, otra sal de tierra, y otra materia que llaman *magistral* y para mezclar bien todas las susodichas cosas, por dos o tres horas pasean descalzos seis u ocho hombres sobre dicha especie de lodo extendido sobre tablas bien unidas; después lo amontonan, y cada tercer día hacen el mismo trabajo de pisarlo bien bien, hasta el final de un mes aproximadamente; después hacen pasar por agua todo este lodo, la cual se lleva consigo todo lo inútil, y la plata unida al mercurio permanece en el fondo de aquellos recipientes, hechos a propósito para tal separación. De ahí extraen

112
Chacuaco. Horno pequeño para fundir metales. Francisco J. Santamaría. *Diccionario de mejicanismos*.

113
Temescuitate. Del azteca temetztlí, plomo, y cuitlatl, suciedad. Ingrediente que sirve para ayudar a fundir los metales plomosos. *Ibid.*

114
Cestrado. Asiento de ceniza que se pone en la plaza del horno de afinar la plata. *Diccionario de la lengua española*.

esta materia, que no es otra que diminutas partículas de plata mezcladas con mercurio y para hacer también esta separación forman de dicha mixtura ciertos pedazos, como ladrillos pero de figura algo diferente, la ponen sobre una especie de parrilla de fierro dentro de un agujero bajo el cual pasa un canalito de agua, cuando han formado una pequeña pirámide de esta plata, ponen encima una como campana de bronce, tapando cualquier pequeño respiro que pueda haber, circundando dicha campana con carbón encendido en mucha cantidad y lo mantienen por seis y más horas continuas: ahora calentándose el mercurio mezclado a la plata, ya cada uno sabe que va en humo y no pudiendo éste exhalar por ninguna parte después de haber circulado por cada lado de la campana le conviene caer hacia abajo en el agua, donde regresa a retomar su primera forma por lo frío de ésta y por su propio peso, y así vienen a perder poquísimos mercurio.

Las minas, ya sean de oro o de plata, cualquier persona puede aprovecharse [de éstas] pagando al rey el quinto. Abandonada una mina por su primer descubridor por tres meses, recae al rey; de modo que está al arbitrio de quien quiera que sea ir a escarbar, notificándolo al primer dueño.

Oponiéndose éste y alegando causa justa por la cual no se ha mantenido operarios, la Real Audiencia juzga si la oposición puede tener lugar, o no. Concede el rey 60 varas españolas, que son aproximadamente otros tantos brazos italianos, de terreno hacia los cuatro vientos principales de la boca de la mina o todo de una parte como quiera el minero: después, en ese espacio puede bien otro abrir otra mina, dejando cinco varas de firme como por muro de división, con muchas otras circunstancias que omito por brevedad, y se pueden ver en las leyes de la minería.

Terminaré en materia de minas, con una sucinta narración de una revolución seguida en el Real del Monte donde yo vivía, la cual sucedió en el año de 1766.

Por no sé qué diferencias surgidas entre los operarios de la mina y los oficiales de éstas por parte del patrón, don Pedro Terreros, se unió en este Real, en un cierto determinado día, gran cantidad de gente india, todos trabajadores

de las minas, no sólo de este lugar sino también de otros lugares circunvecinos. La intención de dicha gente (por lo que se supo después) era de matar al patrón, es decir el señor Terreros, con todos sus oficiales, y quemar las minas; que si eso hubiese sucedido habría sido su propia ruina, como también de todo el pueblo; pero Dios no permitió que sucediera tanto daño.

Entonces, el día 15 de agosto, destinado por aquella gentuza a la total destrucción de Real del Monte, se unieron muchos de ellos en la mina de San Cayetano, donde, después de algunos altercados entre ellos y un minero, u oficial de minas, lo apedrearon, de tal modo que después de pocas horas murió.

Y, como por caso se encontraba presente el alcalde mayor, o sea el corregidor de Pachuca, hombre joven y recién venido de España, queriendo éste poner algún freno a esa gente sacando fuera la espada, se le aventaron encima con tanta furia y crueldad que lo dejaron ahí muerto, todo destrozado por las piedras.

El señor Terreros, habiendo [sido] enterado de la revolución, con las dos muertes ya ocurridas, se escondió en una estancia en la cual había cantidad de pienso para los caballos y en ésta se hizo enterrar hasta la garganta y por cuanto los indios sublevados lo buscaron para matarlo no lo encontraron. Fue necesario que el párroco del lugar fuese procesionalmente, con el Santísimo Sacramento, a acompañar el cual fui yo también, a sacar del lugar adonde estaba escondido dicho señor Terreros, y conducirlo a la iglesia bajo el baldaquín, como en lugar seguro [a] él y su administrador general.

Era cosa de mucha compasión que llegando con el Santísimo a ciertos lugares donde estaban reunidas muchas mujeres y niños, el escuchar los gritos y los llantos que hacían, pareciendo casi fuera llegado el juicio final.

Mientras todo esto pasaba, otras mujeres iban aventando brazas encendidas en los pajares de las minas para incendiarlas; no hubo, sin embargo, daño alguno mediante la diligencia usada por algunas personas. Los sublevados pasaron a una casa donde creían que estaba escondido un cierto oficial de las minas, al cual le habían jurado la muerte, hicieron pedazos la puerta y las ventanas y entraron dentro, pero no encontraron aquello que buscaban.

Pasaron a las cárceles ya sean eclesiásticas o seculares, y a fuerzas las abrieron y sacaron a todos los prisioneros, sus colaboradores.

Se dirigieron después a Pachuca, donde hicieron lo mismo; es decir, librar por la fuerza a todos los prisioneros: se dirigieron además, a la casa del administrador general de las minas para incendiarla y, si no hubieran acudido prontamente algunos padres reformados, de los cuales en aquel lugar hay un convento, quienes con un crucifijo enarbolado amenazaron la ira de Dios sobre ellos a gran voz, hicieron tanto que desistieron aquellos furiosos de su intento.

Terminó el asunto con quedar cerradas las minas por algún tiempo, y los primeros que probaron el daño fueron los mismos autores del levantamiento, porque, como gente jornalera de dichas minas y no teniendo ellos otro medio con que procurarse el alimento, fueron forzados a sufrir el daño por ellos mismos ocasionado.

Fueron de México enviadas hacia allá algunas tropas regulares para poner un freno a los sublevados, algunos de los cuales fueron, en México, ahorcados, otros, menos culpables, enviados a trabajar en los presidios, y finalmente también yo sufría la cruz por no encontrar en aquel tiempo ningún tipo de limosna.¹¹⁵

He dicho, muy sucintamente, alguna cosa en torno a las minas, pero habría mucho más que decir de éstas; remito el lector al Gemelli, quien las trata más prolijamente; solamente diré que, después de haber sido por los españoles conquistados aquellos pueblos, ha sido tanta la cantidad de oro, plata y otros preciosos géneros provenientes de ellos, que toda Europa ha sentido y siente todavía el beneficio.

Al principio, si no yerro, del año 1764 [realmente fue en 1765] murió el arzobispo de México, señor Rubio y Salinas, con nuestro gran pesar, habiendo sido dicho prelado amoroso y devoto, y era, por otro lado, además muy propenso para los asuntos de Propaganda. En el mismo año vinieron de España dos religiosos capuchinos enviados también ellos por Propaganda Fide para continuar la cuestación:¹¹⁶ uno era sacerdote y se llamaba el padre Francisco de

115

Sobre este incidente, el Instituto Nacional de Estudios Históricos de la Revolución Mexicana, publicó en 1960 el libro intitulado *Conflicto de trabajo con los mineros de Real del Monte, año de 1766*. Se trata de una serie de documentos transcritos de los originales que se encuentran en el Archivo General de la Nación, en la ciudad de México, y que consisten en quejas, diligencias y consultas sobre este caso tan trascendente en su momento, acompañado de una excelente introducción a cargo del historiador Luis Chávez Orozco (1901-1966).

116

Cuestación. Petición o demanda de limosnas para un objeto piadoso o benéfico. *Diccionario de la lengua española*.

Ajofrín; el otro, laico, dicho fray Fermín de Olite; ambos de la provincia de Castilla. Hubo en el principio, entre ellos y el padre Pablo María de Ferrara, nuestro presidente, algunas rencillas, pretendiendo el padre Ajofrín quitar al padre Ferrara la superioridad y el manejo de las limosnas, con cualquier otro asunto atinente a los intereses de Propaganda, encargados especialmente al presidente; pero como al padre Ferrara le había sido encargado tal empeño por el mismo cardenal Spinelli, entonces prefecto de Propaganda y confirmado por el arzobispo difunto, así, el padre Ajofrín no tuvo poder suficiente para removerlo de su encargo; por lo cual permaneció en el corazón de los dos españoles un cierto mal humor contra nosotros los italianos, que éramos tres, que después de algún tiempo se hizo evidente como se verá en breve.

En 1765 [en realidad fue en 1766] llegó el nuevo arzobispo, señor Francisco Lorenzana y Buitrón, con el nuevo virrey, el marqués de Croix, con el cual vino también un cierto padre Felipe de Portogruaro, de la provincia de Venecia, enviado de Propaganda por nuestro presidente, habiendo el padre Paolo de Ferrara hecho repetidas solicitudes a Propaganda para obtener el permiso de regresar a su provincia de Bolonia. Y como el susodicho padre Felipe de Portogruaro, llegado que fue a Veracruz, ahí, en pocos días, se murió en el hospicio de los padres betlemitas y está sepultado en la iglesia de los padres observantes de Veracruz, por lo cual el padre Ferrara había determinado permanecer todavía en México para conducir los asuntos de Propaganda, hasta en tanto que ésta hubiese enviado un nuevo sujeto en lugar del padre Portogruaro, de la muerte del cual dio inmediato aviso a Roma.

Los dos religiosos castellanos tenían gran amistad con los principales señores de México, y habían formado un partido considerable en su favor; y ya que no pudieron conseguir su intento, causa de las primeras rencillas, se vengaban con hablar mal de nosotros tres italianos, y especialmente del padre Pablo de Ferrara, como presidente de los otros.

Ahora bien, sabida la llegada a Veracruz del arzobispo y del virrey, fueron estos dos religiosos castellanos con varios señores mexicanos a encontrarlos en un lugar llamado Cholula, donde tuvieron la comodidad de imprimir en

la fantasía del arzobispo todas las malas opiniones que supieron y que pudieron en contra de nosotros.

Llegado el señor Lorenzana a México, fue rápidamente a visitarlo el padre Paolo, que era el único que se encontraba en México, como era su deber; la acogida que le fue dada por el arzobispo fue la de intimarle la partida de América para Italia en la primera oportunidad de embarque. Esta precipitación del arzobispo no se puede atribuir a otra causa que a las malas impresiones insinuadas por los dos religiosos castellanos contra el dicho padre Paolo y a su genio contrario a los italianos y a los intereses de Propaganda Fide.

Yo vivía solamente a dos jornadas lejano de México, y como estaba en buenos términos con el padre Paolo, así por él, desde la llegada de los dos religiosos castellanos hasta su salida para Europa, fui minuciosamente con cartas informado de cada cosa.

Después de algún tiempo encontrándome en México, fui también yo a visitar al señor arzobispo y no hubo conmigo novedad alguna, solamente me dio orden de escribir al padre Lorenzo de Bra, que se dirigiese a México lo antes posible. El dicho padre estaba entonces en la ciudad de Guadalajara, lejana de México más de 100 leguas: llegado que fue él y presentándose al arzobispo, le fue por el mismo requerida la salida para Italia, y mientras se presentase la ocasión de embarque, debía retirarse en algún convento de religiosos, como lo hizo.

Como el padre Bra, al entregar sus cuentas al arzobispo, dio una nota de cerca de 5000 pesos dejados en depósito en mano de un señor de Guadalajara; el prelado me dio a mí la tarea de ir a rescatar dicho dinero, y no quiso que fuera el mismo padre Bra, no obstante demostrara con memoriales la necesidad de ir él en persona; pero el arzobispo a nada prestó oído, y quiso que yo hiciera esta diligencia, habiendo encontrado [yo] mejor concepto ante él mismo de los otros dos sacerdotes italianos, es decir, del padre Bra y del padre Ferrara.

Mientras pasaban estas cosas era el mes de junio, y por consecuencia tiempo de agua y por tanto impropio para viajar, máxime por deber en dicho

viaje transitar muchos ríos y torrentes, que en tal tiempo son más de lo ordinario abundantes de agua; por tanto determiné con el consenso del arzobispo de esperar hasta en tanto que cesaran las lluvias. Mientras tanto me dirigí de nuevo a Real del Monte a seguir con mi cuestación. Ya era un año de que en dicho lugar viviera en casa del señor don Bernardino Díaz, hombre de mediocre fortuna pero persona de bien, tanto él como su algo numerosa familia. Éste me suministraba gratis la comida y vivía contento en su compañía porque si quería conversar y estar a su mesa era libre, si en vez quería comer solo, me la llevaban a la estancia que me señalaron como mi habitación, y era en cualquier cosa rápidamente servido: fue tan grande el amor mutuo con el cual conviví en dicha casa, que de los padres era considerado su hijo, y de sus hijos, hermano, y con los nombres apropiados recíprocamente nos tratábamos; cuando después se dio la separación, se vieron por ambas partes bastantes lágrimas. Conservo todavía algunos indicios de su afecto, expresados en algunas cartas, quien sea bien práctico de la lengua española podría bien comprender la estima, el afecto, la veneración y el amor que todos en aquella casa me profesaban.

Poco tiempo después de haberme yo regresado a Real del Monte, llegó también el señor arzobispo a hacer la visita y me encargó de nuevo el susodicho cobro y me trató muy familiarmente.

Llegado el tiempo oportuno para hacer el viaje, me abastecí de tres buenas mulas, una para mí, otra para un hombre que conduje conmigo para mi servicio y la tercera para cargar algunas cosas necesarias para el viaje y para remudar en caso de necesidad.

Me abastecí también de algunas armas de fuego para defenderme, en caso de necesidad, contra los asesinos del camino, habiendo en aquellos pueblos no poca cantidad.

Partí de Real del Monte hacia la mitad de diciembre del año de 1767: me dirigí a México, donde me entretuve algunos días para hacer las necesarias disposiciones pertenecientes a mi viaje. Obtuve del virrey un despacho, con el cual poder cobrar el dinero (si fuera necesario) con la ayuda de la justicia; tuve también algunas cartas comendaticias para algunos principales señores de Guadalajara.

Partí después de comer de México, y en la tarde llegué a un pequeño pueblo llamado Cuautitlán, habiendo hecho seis leguas de camino; en este pueblo estaba el noviciado de los padres jesuitas.

Al día siguiente hice doce leguas y pernocté en otro pueblo llamado Tepozotlán. Después llegué a Tepeji, con ocho leguas de camino. Pasé a otro gran pueblo llamado Tepeji del Río, con doce leguas de camino.

Llegué enseguida a San Juan del Río, tierra grande, después de doce leguas de viaje; aquí me fui a alojar en casa del curato del lugar, religioso muy de bien y muy devoto de los capuchinos. Hice otras diez leguas y llegué a la ciudad de Querétaro, donde descansé un día entero. En esta mediana ciudad hay de particular la iglesia de los padres observantes, ameritadamente renombrada por todo el reino de México; es grande y, aunque de una sola nave, es de buena arquitectura, tiene buenísimas pinturas, con muchas tallas bien doradas; en suma, tan ornada y resplandeciente que parece un paraíso.

De Querétaro me fui a la pequeña ciudad de Celaya, distante cuatro o cinco leguas; aquí también hay un bellissimo convento e iglesia de los susodichos padres observantes. En la plaza de dicha ciudad vi a un hombre puesto en berlina.

De Celaya fui a Salamanca, tierra grande con seis leguas de camino. Después llegué a Irapuato, pueblo mediano, donde llegué la vigilia de Navidad y, por no haber de aquí hasta Guadalajara un lugar donde poder escuchar la misa, me debí entretener todas las fiestas de Navidad.

En este lugar comí buen pescado, grande, de agua dulce, muy barato. El día de los Santos Inocentes me marché e hice catorce leguas y llegué a una hacienda o posesión, dicha la Concepción y con otro nombre la Mariscal, por ser del Mariscal marqués del Valle, descendiente de Cortés el conquistador. De aquí no hay más que dos leguas para llegar a San Pedro, pequeñísimo pueblo, de aquí al Carrizo hay seis leguas. Este Carrizo no es otra cosa que una pequeña casa de gente india en la cual, aparte de la familia que ahí vive, se detienen también los pasajeros; por lo tanto, la pasé mal con la cena y peor con el dormir.

Del Carrizo se va a Saos [¿Silao?], que hay cuatro leguas; aquí no hay más que pocas casuchas de indios, de Saos a Cerro Gordo se hacen seis leguas; ésta es una hacienda de un señor de Guadalajara, y fui recibido con malísimo humor por aquel administrador. De Cerro Gordo a Puentezuela hay ocho leguas. De aquí a *Zapotlán* [¿Zapotlanejo?], seis; en este pequeño lugar pernocté y me contaron que el día anterior habían encontrado poco distante del lugar sobre el camino real, por donde también yo había transitado, dos pobres pasajeros amarrados a dos árboles, muertos a golpes por los asesinos, y casi lo mismo me fue referido por el cura de San Juan del Río: haber pasado pocos días de haber dado sepultura a otros dos asesinados por ladrones.

De *Zapotlán* al puente *Baranía* o Río de Santiago, hay ocho, y de aquí a Guadalajara, seis: de modo que de México a esta ciudad hay 132 leguas, aproximadamente, aparte de las otras 22 de Real del Monte a México.

Llegué a Guadalajara el dos de enero de 1768; o sea, gasté en este viaje diez y ocho días incluidos los tres que me entretuve en Irapuato. Gran parte de este viaje es muy incómodo y cansado, por el camino pedregoso, por los cerros y barrancas, por la planicie pantanosa, se encuentran frecuentemente ríos y torrentes, y fácilmente perdía la huella del camino por haber en muchos lugares poquíssimos signos de camino, máxime de Irapuato hasta el Puente, transitando poquísima gente.¹¹⁷

Además, fui casi por todo el viaje acompañado por un gran viento que me procuraba no poca molestia, y mucho más porque se levantaba cantidad de polvo; cuando cesaba el viento el ardor del sol me cocinaba y ordinariamente llegaba al alojamiento tan cansado de andar todo el día a caballo, que muchas veces por el cansancio, después de haber tomado algún refrigerio, me ponía sobre alguna tabla a dormir con la montura por cabezal, sin ni siquiera quitarme los botines ni los zapatos. Sin embargo, la botella de aguardiente, que siempre me la proveí en todo el viaje, me mantuvo sano. Guadalajara es una mediana ciudad situada en una pendiente, pero casi en plano; su planta se asemeja a aquélla de México, pero, por no estar sus calles cubiertas de piedras como en México, existe la gran incomodidad de mucho polvo, que hacen le-

117
También para mí resultó muy difícil reconstruir la ruta seguida por Hilarión, desde Irapuato hasta Guadalajara.

levantar el viento y las carrozas. Hay buenas fábricas, sea de casas que de iglesias y de monasterios; hay obispo. Fue fundada por Nuño de Guzmán en 1531.¹¹⁸ Esta ciudad está en un clima muy caliente, no obstante que se encuentra a los 21 grados, es decir, un grado más lejos del Ecuador de aquello que está México, y en 272 grados de longitud: no obstante, el grado que se aparta del Ecuador lo compensa con acercarse, igualmente, al Trópico de Cáncer. Parecería a mí mismo cosa increíble, si con mis propios ojos no lo hubiera visto.

Ya dije arriba que llegué a esta ciudad el 2 de enero: después de algunos días de descanso comencé a pasear por varios lugares de ésta, sus barrios o suburbios, al pie de los cuales corre un pequeño río, vi bañarse en él [a] la gente completamente desnuda, como harían en Lombardía, si hubiera tal costumbre, en el mes de julio; y es cierto que el calor de aquel clima del susodicho mes de enero casi iguala a aquél de Lombardía en los meses de julio y agosto. Y en el detalle de bañarse hay una gran libertad, porque también las mujeres, con toda franqueza, se bañan en dicho río; no obstante no haya escondites o lugares remotos y a caso en tal propósito algunas veces he visto cosas de no decir. Es cierto que aquel celoso obispo varias veces ha fulminado la excomunión a aquellas que se bañan sin observar la debida cautela, pero no tienen de la excomunión la misma estima que hacen en Roma. También hay otra cosa digna de reprenderse: y es que dejan andar por las calles públicas a los niños (pero de gente ordinaria) sean hombres que mujeres y bien que blancos, al todo desnudos, en la edad de tres o cuatro años, o tal vez hasta más.

Guadalajara es la capital de la Nueva Galicia; confina hacia el este y el noreste con el puerto de Navidad o Natividad y la ciénaga [lago] de Chapala, que la divide de la Nueva España; hacia el oeste el golfo de California y hacia el noroeste y el norte, se extiende por buen trecho de pueblos desconocidos.

El gobierno de esta Nueva Galicia abarca muchas provincias, de las cuales las principales son: Guadalajara, Jalisco, Zacatecas, Chametlán, Culiacán, Sinaloa, y Nueva Vizcaya. Hay Audiencia de siete auditores, incluido el presidente; pero requiriendo van a México las apelaciones, tanto de esta Audiencia como [de] aquélla de Guatemala.

No me extendiendo en describir muchos detalles de este pueblo, ni de las contrariedades encontradas por el cobro del dinero, el cual finalmente, después de un mes y medio de batallas me fue entregado con una letra de cambio para que se me pagara en México.

Visitó a aquel señor obispo, el cual me acogió con demostraciones de afecto; él estaba informado de mis asuntos por el auditor Becerra. Este señor, a la primera visita por mí a él hecha, me dio una gratísima acogida, ofreciéndome su asistencia y dirección en mi renovado arduo empeño. Me convidó a ir cada día con él a comer, pero me restringí a ir solamente unas pocas veces. Finalmente, habiéndome librado de mis asuntos, me dispuse a la partida para México, y eso sucedió hacia la mitad de febrero.

Llegué el último día de carnaval a la Pontezuela: ésta es una pequeña llanura, en la cual hay algunas pocas casas de paja para la gente india; y ya era preciso pernoctar en dicho lugar, no obstante llegara yo como a las 21 italianas.

Después de haber colocado en una de dichas casas mis cosas y bestias, comenzó a llegar gente a caballo, hombres y mujeres, que en poco tiempo se reunió en este pequeño pero ameno lugar no pequeña cantidad de gente, toda india.

El fin de su venida era para celebrar la última noche del carnaval a su manera. Por tanto, colocadas todas las mujeres en cierta alineación, empezaron los hombres a hacer carreras de caballos, y en verdad quedé admirado de la velocidad con la cual llegaban a una cierta determinada señal; aparte de eso, hicieron diversos juegos, como sería: se abrazaban dos hombres cada uno sobre su propio caballo y así, abrazados, corrían velocísimamente; otros corrían estando en pie sobre el caballo a pelo. Hicieron después dos o tres minuetos a caballo, estando cuatro por cada lado, mas con tanta maestría y rapidez, que me quedé maravillado al observar la rapidez de aquellos caballos al movimiento de la rienda.

Finalmente hicieron una batalla fingiendo una parte ser turcos, la otra cristianos, en la cual algunos de los segundos hicieron prisioneros a algunos de los primeros, los cuales los presentaban en regalo a algunas de las mujeres es-

pectadoras: sus amigas. Llegada la noche cada quién se retiró en aquellas pocas casas que había y en la por mí tomada, hasta buena hora ya casi no había lugar; toda aquella noche se la pasaron con sonidos, cantos, y bailes y todo terminó en borrachera. Hice velar toda la noche a mi hombre para que no me fuera robada alguna de mis mulas (como en tales ocasiones suele suceder); aquella noche me la pasé de algún modo, habiéndose llenado la casa donde estaba de hombres y mujeres que no tenían ni vergüenza ni respeto (pero a quien viaja le conviene ver muchas cosas y callar).

En la mañana me fui y seguí el mismo camino que había hecho a la venida. Llegué felizmente a México. Entregué al señor arzobispo la letra de cambio con todas mis cuentas.

Hay que saber que un año después de la expulsión de los jesuitas de todos los estados del rey de España, llegó a México un real decreto con el cual desterraba de sus estados de América todo religioso forastero, ya fuera seglar o regular. Éste fue pegado en los acostumbrados lugares a la pública vista, y yo no lo ignoraba: no me persuadía que debiese seguir su ejecución también en mí, residiendo yo en México con licencia especial del rey, obtenida por el señor nuncio a instancia de Propaganda Fide, y mucho más que habiendo sido por dicha Propaganda destinado a residir en aquel reino por diez años, y en tal estación habían transcurrido solamente cinco de mi estancia, así me halagaba no debiese suceder en mí novedad alguna; pero el resultado comprobó todo lo opuesto, porque después de haberme, el señor Lorenzana, hecho consignar todas las escrituras y libros de cuentas pertenecientes a la cuestación y otros intereses de Propaganda, me intimó la real ordenanza. Es de notarse cómo este arzobispo era todo predispuesto por los intereses de su rey y nada por Propaganda; ahora, viendo el trasportarse a Roma una cantidad muy considerable de dinero, se mostró también conmigo en diversas ocasiones todo contrario a nuestra cuestación.

Si siquiera estuviera todavía vivo su antecesor, el señor Rubio, habría él ignorado esta real ordenanza y no habría habido novedad alguna, porque no sólo era devoto de los capuchinos sino también todo propenso a los intereses de Propaganda.

No debo, sin embargo, callar que si bien el presente arzobispo se mostraba contrario a la cuestación, no lo era a los ejecutores de ella, es decir, a los capuchinos; y eso públicamente lo demostró en su circular publicada con la prensa poco tiempo después de haber tomado posesión de su iglesia.

Yo no sé [con] qué intención decía en ésta: sería cosa deseable que todos los sacerdotes fueran como muchos regulares, y que todos los regulares fueran como tantos capuchinos.

Supliqué al prelado me diera la real ordenanza por escrito para mis justos intereses; él, en un principio mostró alguna dificultad, pero insistiendo yo, me hizo finalmente por su secretario extender un escrito honorífico, el cual me es grato aquí insertar, traducido fielmente del español.



*Nosotros don Francisco Antonio Lorenzana
por la gracia de Dios y de la Santa Sede Apostólica,
arzobispo de México, del consejo de su majestad, etc.*

Como el reverendo padre fray Lorenzo de Bra, sacerdote, y fray Hilarión de Bérnago, laico, religiosos capuchinos italianos destinados por la sagrada congregación de Propaganda Fide para recoger limosnas en estos reinos de la Nueva España para las misiones del Tibet en Asia, nos suplicaron les diéramos nuestras cartas testimoniales y facultades para regresar a su patria y convento en ejecución de las reales órdenes y especialmente del nuevísimo del 17 de octubre del año próximo pasado (1767), en el cual su real majestad teniendo presente los graves inconvenientes (las malas informaciones de los émulos) que siguen al pasar a sus reinos de América religiosos forasteros, manda y encarga respectivamente a los superiores de dicha América de uno y de otro estado religiosos y seculares, especialmente el arzobispo de México y el virrey, hagan que inmediatamente sean sacados de estos sus dominios todos los sacerdotes seculares y regulares forasteros, que existan en aquellos; condescendiendo a tanta justa súplica y consideración también que los susodichos dos religiosos nos han presentado y entregado los libros de cuentas y otros instrumentos con la cantidad de limosnas que han recolectado y se encuentran por nuestra orden depositadas en el Banco de Plata de don Manuel de Aldaco, vecino y del comercio de esta Ciudad, les damos por

cuanto toca a nosotros nuestra licencia para que puedan regresarse a su tierra al fin y para que sea efectuado con la decencia correspondiente a su estado mandamos, que del dinero que han depositado se les dé la necesaria cantidad para sus necesidades, sustento y embarcación; y a fin de que no les sea puesto algún obstáculo en su viaje hasta llegar a sus respectivos destinos, certificamos el ilustrísimo señor don Francisco Fabián y Fuero, obispo de Puebla de los Ángeles (Angelópolis) y a todos los ilustrísimos señores arzobispos y obispos de España y sus discretos provisos, que los susodichos: reverendo padre Fray Lorenzo de Bra, y fray Hilarión de Bérnago, salen de estos reinos solamente para obedecer a las antes citadas reales órdenes, y que no van fugitivos, suspendidos, incapacitados, ni el primero de los dos irregular o con otra óbice que lo impida del uso y ejercicio de sus órdenes y licencias de predicar y confesar absolutamente que tiene, por lo [que] rogamos a sus señorías ilustrísimas y mercedes (obispos y provisos) que en sus respectivas diócesis y donde transitaran, los reciban y traten benignamente y caritativamente, que nosotros haremos lo mismo toda vez que similares cartas nos serán presentadas.

Dada en la Ciudad de México [el] 22 de marzo 1768.

Francisco arzobispo de México

Por orden del arzobispo mío.

Señor don Andrés Marín Campillo, secretario.

En ejecución de las urgentes reales ordenanzas alrededor del particular, también el virrey mandó a todos los conventos de religiosos a tomar nota de cada individuo forastero, no sé después qué éxito habrán tenido.

Me regresé por algunos días a Real del Monte a dejar mi cuestación, la cual estaba al corriente, no obstante mi ausencia.

Me despedí de mis amigos con sumo pesar y especialmente de la familia Díaz, [dueños] de la casa donde vivía, como dije arriba.

Regresé a México con mis cosas, donde me debí dar prisa para disponer las cosas para mi viaje y embarque. Y como el padre Bra, en compañía del cual debía yo hacer mi regreso a Italia, por su avanzada edad y habitual indisposición se había vuelto medio necio y por tanto, incapaz de hacer nada, por lo tanto a mí me tocó realizar todas aquellas diligencias y prevenciones que consideré necesarias para el viaje, así por tierra que por mar.

Obtuve del arzobispo una carta para un mercader de Veracruz, al cual le daba la tarea de arreglar el embarque o sea de pagar con dinero de Propaganda el transporte de ambos hasta Cádiz, sobre una de las tres naves que estaban listas para partir del puerto de Veracruz.

Nos dio también cincuenta pesos a cada uno para hacer el viaje de México a Veracruz; aparte de eso, yo tenía alrededor de ochenta pesos que traje del Real del Monte la última vez que fui, los cuales también me los dejó para servirme de ellos para las necesidades del viaje.

Yo deseaba pasar por Angelópolis solamente por las ganas de ver aquella ciudad, que fue alguna vez la sede obispal del venerable Palafox, pero por ciertos motivos no pude ir.

La Puebla de los Ángeles, o sea Angelópolis, pertenece a la Audiencia de México, en el gobierno de Tlaxcala, lejana veinte leguas aproximadamente de México: fue fabricada en 1530. De Angelópolis a las minas de Alchichica hay 27 leguas, en donde estuvo escondido cuatro meses el susodicho venerable para sustraerse de la persecución a muerte de los reverendos padres jesuitas.

Cada día siempre más iba aumentando la prisa de partir y llegar a tiempo a Veracruz, porque las naves estaban listas para hacerse a la vela, por lo

tanto no tuve tiempo de recoger alguna rareza de aquellos pueblos para trasportarla en Italia.

Nos apresuramos entonces, en todos los asuntos y partimos de la gran ciudad de México el 18 de abril de 1768, con dos hombres y algunas mulas para conducir nuestras cosas.

Confieso la verdad, que un maleante condenado a la galera o a un presidiario no va con tanto pesar y pena al lugar de su suplicio como yo, entonces partía de México para no volverlo a ver nunca más.

El clima, la comida, el trabajo, el cariño de aquellos habitantes y en fin, todas las demás cosas, me habían hecho todo como homogéneo y natural: y reflexionando deber de nuevo exponerme a [los] peligros de la navegación, teniendo entonces mayor aprensión de cuando llegué.

Hacia por otro lado, varias otras reflexiones por las cuales hice aquel viaje con tan pocas ganas y molestia que no sabría explicar.

El 4 de mayo llegamos a Veracruz, y el 10 subimos a bordo de una fragata de guerra llamada Pallade,¹¹⁹ de treinta y seis cañones. Fueron desembolsados por nuestro transporte a Cádiz seiscientos pesos, para tener el camarote y mesa en popa.

El mismo día se pusieron a la vela y nos engolfamos en el gran seno mexicano, en el cual tuvimos un calor grandísimo, por lo cual no se podía dormir ni de día ni de noche. El 29 de mayo dimos fondo en el puerto de La Habana, habiendo gastado diez y nueve días en esta navegación. De Veracruz a La Habana hay 300 leguas, andando por línea recta, pero como el piloto nos hizo costear todo el seno para evitarse los arrecifes y bancos de arena que hay hasta llegar en vista del cabo de la Florida, por lo cual habremos hecho más de cuatrocientas leguas y, haciendo las cuentas, encuentro que hicimos alrededor de cien millas al día computando lo uno con lo otro, porque no siempre se camina de la misma manera.

En este mar, me fue mostrado por el piloto el sitio donde en el año de 1744, aproximadamente se perdió toda la flota española, exceptuando una nave proveniente de Veracruz para España, con inmensas riquezas; consistía

119

Es curioso notar aquí que nuestro autor aparentemente regresó a Cádiz en una fragata de 36 cañones, como la que lo tuvo en cautiverio años atrás, pero entonces con bandera inglesa, y el mismo nombre, bajo el mando de un capitán inglés con sólo 22 años de edad; ¿coincidencia, equívoco o desmemoria de Hilarión?

la flota de diez y ocho veleros entre grandes y pequeños y se perdió una noche no por una borrasca, sino por una corriente desconocida que llevó todas las dichas naves hacia la costa y encallaron.

En el pasaje por este seno mexicano no nos sucedió nada de particular, salvo la muerte de nuestro capellán. Era éste un padre joven de la ciudad de Málaga y era el primer viaje que había hecho a América. Se enfermó el segundo día que nos hicimos a la vela de fiebre maligna; el inexperto médico de la nave hizo todo lo que sabía (que era bien poco) para curarlo y al fin, dos días antes de llegar a La Habana se murió. Echaron al agua todas sus cosas y después de éstas, también a él encerrado en una caja, con las acostumbradas exequias con un tiro de cañón al momento de echarlo al mar. El mismo día que anclamos que era el 29 de mayo, fuimos a tierra.

El padre Bra llevaba una carta de recomendación del padre presidente de los betlemitas de México para aquél de La Habana así, fuimos ambos a su convento con la esperanza de que nos habrían dado alojamiento mientras la nave permanecía en aquel puerto, siendo costumbre de las naves no dar de comer a los pasajeros mientras están ancladas.

Presentó el susodicho padre su carta al padre presidente de los betlemitas y les suplicó querer alojarnos por algunos días en su convento. Este padre comenzó a rezongar y con malísimo modo nos dijo que no tenían comodidades, con todo eso si queríamos entretenernos podíamos permanecer, pero que habríamos estado mal; yo viendo ese mal modo no quise permanecer, pero el padre Bra por no gastar dinero disimuló y se quedó con ellos. Yo me fui por la ciudad buscando mi ventura y para mi buena suerte entré en una tienda a beber aguardiente, me pareció el tendero, ser hombre firme y de bien, me informé por él mismo dónde encontrar una casa de personas decentes que me dieran posada, me prometió que en pocas horas habría hablado con algunos vecinos suyos, y por tanto, después de la comida regresé por la respuesta, la cual fue que me recibirían con gusto en su casa.

Fui a ver la habitación y acordamos de cuánto debía pagar cada día por la habitación y la comida. Demoré en esa casa durante tres semanas, que de

hecho tanto fue el tiempo que se detuvo en aquel puerto nuestra nave con sus otras dos compañeras, las cuales eran una de alto bordo de 80 piezas, llamada la Castilla, y una fragata mercantil, dicha el Rosario.

La ciudad de La Habana es la capital de la isla de Cuba o Fernandina, está [situada] en 23 grados y 20 minutos, según el Vallemont,¹²⁰ y otros, aunque el señor Delisle¹²¹ la pone en 22 grados y 30 minutos, como claramente se ve en sus cartas geográficas: tiene poco más de media legua de circunferencia, en un plano de figura redonda. Hay un gobernador con el título de capitán general de las islas. En esta ciudad vive ordinariamente el obispo de toda la isla, aunque su sede obispal esté en la ciudad de Santiago, puesta en la otra punta oriental de la isla.

Esta es una de las grandes Antillas o islas de Barlovento, tiene 230 leguas de largo, otros dicen 220, y 60 o 65 de mayor anchura, y 15 o 20 en la parte más estrecha. No es lejana de la isla de Santo Domingo más que ochenta millas, su punta oriental está en veinte grados y medio y la austral en diez y nueve o poco más de la parte de nuestro Polo Ártico: la punta o cabo de San Antonio, que es la parte más occidental de la isla, está en 21 grados y medio.

Esta isla fue descubierta por Cristóbal Colón en 1493. Fue conquistada en parte, por don Diego Velasco, capitán del segundo almirante don Diego Colón y terminada de conquistar y someter a la Corona de España por el capitán Pánfilo de Narváez.

El clima de esta isla, y particularmente en la ciudad de La Habana, es calientísimo; llegamos también en una estación de extremo calor que era al final de mayo. La mayor parte de esta ciudad está habitada por negros, aunque por ser puerto y escala principal de América, pasan y se detienen también muchos europeos, habiendo un mediocre comercio.

Me quedé grandemente admirado al poner pie cuando lo hice en esta ciudad, al ver los negros, sean hombres que mujeres, caminar por las plazas y calles de ésta poco menos que desnudos, porque los hombres, algunos llevan un pequeño par de calzones, otros con algún trapo se cubren apenas las partes vergonzosas y el resto queda todo desnudo; las mujeres llevan una simple ena-

120
Vallemont. No encontré ninguna referencia de persona con tal apellido.

121
Delisle, Guillermo.
Geógrafo francés (1675-1726).
Enciclopedia universal ilustrada,
Espasa Calpe.

gua de tela muy delgada y casi transparente y el resto enteramente desnudo; es bien cierto que las más jóvenes y máxime las no casadas se cubren también el pecho con un pañuelo, que anudan al cuello; con todo eso estas negras, máxime si un poco avanzadas en edad, son tan feas que no hay peligro [dos renglones tachados]; tienen el rostro ordinariamente monstruoso porque cuando son jóvenes, para parecer bellas se cortan los cachetes, como ya dije cuando hablé de aquéllas de Puerto Rico, quedándoseles para siempre aquellas cicatrices que las hacen feísimas; tienen la frente angosta, la nariz gruesa y aplastada, los labios echados hacia afuera, mayormente los inferiores por el mucho fumar tabaco que hacen desde chicas.

Me quedaba yo asombrado al ver estos negros, sea hombres que mujeres, en pleno mediodía y a todas horas con el sol ardiente que les pegaba en la espalda, y andar por aquellas calles fumando tabaco y aventando cantidad de humo que casi me parecía que se quemasen vivos. Estos negros y negras son todos esclavos. Hay además gran cantidad de mulatos y mulatas, los cuales son de facciones mejores, y éstos llevan una camisa pero de poco les sirve, porque la dejan caer de cualquier parte usándola, máxime las mujeres, muy ancha al cuello. Igualmente, hay blancas y éstas son generalmente de bellas facciones y van más cubiertas, al menos fuera de casa. Las señoras de esta ciudad, entre sus grandezas y ostentaciones, usan todavía la siguiente: es decir, cuando van a la iglesia algunos de sus esclavos o esclavas van detrás de ellos con una buena alfombra, la cual extienden en la iglesia, en el sitio donde quieren estar, y sobre la misma se arrodillan.

Los negros y los mulatos, sean hombres o mujeres, están todos marcados en las espaldas porque todos son esclavos, los cuales son grandes bebedores de aguardiente, ladrones y lujuriosos. Acostumbran en toda la isla el pan de cazabe como en Puerto Rico, aquel de trigo poco lo usan también en las casas señoriales.

Hay cantidad de frutos americanos, máxime cocos. Comí buen pescado de mar. En esta ciudad se encuentra vino negro de Cataluña a buen precio y, como hacía cerca de seis años que no había bebido de

ningún tipo, me compré alguna limeta,¹²² que no me costaba más que dos reales por cada una.

Hay abundancia de aguardiente y muchas otras cosas, que si la estación y el clima cálido de este pueblo no me hubiera dado gran tedio, hubiera estado mucho más a gusto. Era tanto el calor que sufrí bajo este cielo, que aunque de ordinario no salía de casa más que en la mañana a buena hora, a escuchar la misa en la iglesia de los padres agustinos, cerca de la casa donde yo vivía, y en la noche a dar un pequeño paseo a la riba del mar, con todo eso tanto en casa como fuera de ésta, no había hasta ahora probado otro clima así de ardiente.

Es bien cierto que, como dice el proverbio, no se conoce el mal sino cuando se prueba: había pasado por otros climas, tal vez más cálidos que éste, pero como el mal había ya pasado, así no tenía yo más memoria sino del presente. Me acuerdo, sin embargo, haber sufrido grandísimo sueño, pues de día era imposible dormir por el gran calor y de noche, para refrescarme un poco me quedaba en medio del patio a cielo abierto casi hasta la media noche, yendo después a la cama con sólo el hábito (que aunque de tela muy ligera, y del que cual no me podía despojar), no había medio para agarrar sueño; aparte de eso los mosquitos cruelmente me picaban, y cuando subí a bordo tenía la cara, las manos y los pies todos hinchados por la inflamación causada por los piquetes de los susodichos animales.

No me faltaron, con todo esto, en esta ciudad algunas diversiones, pues como a bordo de nuestra nave estaba la esposa del gobernador de Veracruz que se dirigía a Madrid, dama joven agraciada y bella, así, el gobernador de La Habana, para honrarla y divertirla al mismo tiempo, ordenó no solamente a todo el presidio de soldados veteranos, ya sea de a pie que de a caballo, sino también a soldados milicianos, de hacer el ejercicio a fuego un día por cada regimiento. Comenzó la caballería a hacer sus ejercicios militares, los cuales después del disparo del fusil y pistola, se manejaron al igual con el sable.

Los últimos fueron los negros, los cuales parecían una batalla de demonios. También se dio el ejercicio del cañón con bala. Pude todavía admirar la procesión del Corpus Domini, solemnidad usual en tiempo de nuestra mo-

122

Limeta. Botella de
vientre ancho y corto,
y cuello bastante largo.
Diccionario de la lengua española.

rada en La Habana. Había gran concurrencia de gente; grandes disparos de artillería, ya sea de los castillos que de las naves; grande riqueza en las muchas estatuas de santos que en dicha procesión acostumbran llevar todos los regulares, máxime al santo fundador de cada religión.

Pasada la solemnidad del Corpus, cada uno de los domingos siguientes hay procesión por cada instituto que hay en dicha ciudad; es decir, el primer domingo la hacen los franciscanos; el segundo, los dominicos; después, los agustinos, etcétera. Y como cada una de las religiosas órdenes compite con las otras para hacer mayor presencia en riqueza de la vestimenta de las estatuas de sus respectivos santos, también tuve oportunidad de ver ornamentos, que no me hubiera nunca creído que hubiera en las iglesias de dicha ciudad, tan grande riqueza.

Y, a propósito de las procesiones del Corpus Domini, me acuerdo que encontrándome en un pueblo de México llamado Actopan, donde había ido a recoger algunas limosnas en ocasión de dicha procesión, y como estaba alojado en casa del alcalde mayor, o sea corregidor, así, un poco antes de la hora de hacer la procesión entró en la sala donde yo estaba razonando con el alcalde, un indio principal, que después supe era gobernador de los indios de aquel lugar, acompañado de otros indios, en apariencia inferiores al susodicho; éstos llevaban varios ramitos de flores verdes con algunos collares largos de dichas flores, ensartados con hilo de coser.

Hizo el indio principal una profunda reverencia, después una buena felicitación en español al alcalde, y tomado de la mano de uno de sus acompañantes, uno de los dichos collares de flores lo colocó en el cuello del alcalde y le puso también en la mano un ramito de flores que llevaba; observé al alcalde recibir todo con muestras de agradecimiento, bien para mí que noté todas esas cosas, pues el indio hizo lo mismo conmigo como había hecho con el alcalde; pero queriéndome yo quitar del cuello la guirnalda de flores, fui disuadido y rogado de quedármela, porque los indios lo habrían atribuido a desprecio y hubieran quedado enfadados y escandalizados; por tanto, me convencí en compañía del

alcalde a ir a la iglesia y acompañar la procesión con mis flores en la mano y al cuello.

He visto, tanto en España como en América, hacerse las procesiones del Corpus Domini muy solemnemente, pero les mezclan ciertas cosas que a mí me parecen inconvenientes, como sería: dos o tres días antes de la solemnidad se ven por las calles ciertos jóvenes vestidos casi como lacayos, los cuales van bailando bajo las ventanas, algunos hacen eso para hacer divertir a las mujeres, y otros por interés, porque generalmente les avientan alguna moneda. La mañana siguiente del Corpus, dichos jóvenes van a la iglesia donde está expuesto el Santísimo y allí de cuando en cuando bailan delante del altar mayor: es verdad que con esto pretenden significar e imitar el regocijo y alegría del corazón del santo Rey David, cuando también él bailaba delante del arca del testamento, figura de este divino sacramento, pero aquí en general concurre la curiosidad, la inmodestia, la embriaguez y otras desgracias. En tiempo de la procesión van aquellos, ora unos, ora otros, siempre bailando delante del baldaquín, después de comer van bailando por las calles como los días anteriores, y generalmente estos bailarines incurren en cualquier enfermedad mortal por su mucho cansancio.

Otra broma acostumbran en dicha festividad, y es que forman con cartón u otro material ligero, varias estatuas de gigantes y gigantas que significan las cuatro partes del mundo, y con éstas también van bailando delante de la procesión, pero algunas de aquellas figuras de gigantas las hacen tan inmodestas que más bien sirven de escándalo que de otra cosa.

Para no omitir nada de lo que he visto y siendo a propósito de las procesiones, diré brevemente alguna cosa de aquéllas de la Semana Santa, vista en Real del Monte y otros lugares. Todos los días de dicha semana hacen una procesión pero hasta el jueves no hay nada particularmente notable.

El Jueves Santo en la mañana de buena hora exponen el Santísimo a la adoración pública con ostentación y mediocre cantidad de cera. Después de la comida, hecha la ablución de los pies a doce pobres, sale de la iglesia la procesión, la cual está toda compuesta sólo de indios concurrentes de todos los

los pequeños parajes y rancherías circunvecinas, por tanto y por cada paraje, traen un crucifijo grande y todos los habitantes de dicho paraje van bajo su crucifijo grande como propio estandarte, y cada uno lleva en mano otro crucifijo, quién mediano y quién chico, y toda la procesión está compuesta solamente por crucifijos: y en ésta no hay mujeres, excepto dos o cuatro por cada crucifijo grande, las cuales van delante de él con ciertos braseritos de barro en la mano, en los cuales de tanto en tanto van poniendo incienso, y son tan prácticas que levantan los brazos cuanto pueden para que el crucifijo sienta el olor del incienso. Aparte de estas incensadoras, va también delante de cada crucifijo grande un muchacho, el cual de tanto en tanto va gritando en alta voz en lengua española: —quien se hincare delante de este Divino Señor y rezara un Credo, gana cuarenta días de indulgencias—.

El Viernes Santo entonces, por la mañana hacen la Procesión de las Tres Caídas, así llamadas. Colocan en la plaza un púlpito donde subiera un predicador, y mientras dicho predicador describe la Pasión, sale de la iglesia la procesión llevando una estatua de Jesús cargando la cruz, y llegando cerca de la plaza representan la primera caída inmediatamente que el predicador está en tal punto para acompañarla con sus palabras; la estatua está hecha en modo que con algunas cuerdas la levantan y la bajan. Siguen adelante algunos pasos y representan la segunda caída, y mientras tanto sale de otra capilla una procesión de mujeres con una estatua de María Virgen Adolorida, la cual va a encontrarse con la estatua de Jesús, y estándole ya cerca, cae la tercera vez; entonces, los portadores de las estatuas se acercan al púlpito desde donde el predicador, con mucho fervor, representa en vivo el intercambio recíproco de los internos dolores de Jesús y María, máxime por tan dura separación, y habiendo con sus propias manos unido las dos estatuas, como en acto de abrazarse y besarse, mueve a los escuchas a tanta contrición y lágrimas que es cosa asombrosa, porque se levanta en el pueblo un rumor de llantos y golpes de pecho que parecen todos, verdaderamente contritos; pero rápido pasa esa su contrición.

Terminado el sermón prosigue la procesión, yendo adelante la estatua de Jesús seguida de aquélla de la Santísima Virgen. Al atardecer del mismo día

se hace la mejor de todas las otras procesiones, porque en ésta llevan todos los instrumentos de la Pasión del Señor, ciertos hombres descalzos y vestidos de penitentes, cada uno con su continencia, habiendo mezclados entre ellos diversos muchachos muy bien vestidos de ángeles.

Hay también en esta procesión gran cantidad de penitentes, algunos de los cuales son muy extraños. Algunos se flagelan como en Italia; muchísimos van al osario, o sea al cementerio, y cada cual vela aquellos huesos de muerto que más le agradan: algunos forman una cruz con huesos de brazos y piernas, con aquella cruz y una corona en la mano, descalzos y vestidos de penitentes, cubierto el rostro, van en procesión; otros, y son la mayor parte, llevan algún cráneo en acto de mirarlo continuamente y meditar sobre la muerte; otros portan cruces pesadísimas; algunos se amarran a gruesas cadenas los pies y caminan arrastrando atrás las dichas cadenas, quién se pone grilletes en los pies y quién porta gruesas cadenas al cuello; algunos se hacen amarrar los brazos a un madero a lo largo de los hombros como en cruz; algunos se hacen golpear por otro y mil otras invenciones.

Vi una vez uno el cual se había hecho circundar todo el cuerpo con una cuerda de modo que no tenía cubiertas más que sólo las partes vergonzosas, y el resto, es decir pecho, vientre, brazos, muslos, y piernas estaban todos estrechamente amarrados con una cuerda, y estaba todo negro, por serle impedida la circulación de la sangre.

Hay otros varios más que van sobre caballos bravos vestidos de fierro, llevando algún instrumento, como sería una bandera, el rótulo puesto sobre la cruz, la lanza, y otros; pero el principal entre éstos es uno al cual llaman Robeno, y lleva la sentencia de muerte del Salvador escrita en un cartelón puesto sobre un asta. Éste está como los otros, vestido de fierro, y cabalga un bellísimo caballo adiestrado para esto, porque da los pasos tan pequeños y frecuentemente se levanta derecho que parece estar bailando y hace otros movimientos, que atrae la atención de los espectadores.

El Sábado Santo hacen la Procesión de la Soledad, pues llevan una estatua de la Santísima Virgen vestida de luto por la muerte de su Santísimo Hijo, y a esta procesión concurren solamente las mujeres.

Ahora regresaré a la ciudad y puerto de La Habana, la cual tiene tres buenos castillos, es decir el Morro, que es el principal; el castillo de la Punta, porque está situado en una punta de tierra a la entrada de la bahía de cara al Morro; otro castillo así llamado la Forza.

Estos son los castillos, por así decir, antiguos, pero después de que La Habana fue por los ingleses restituida a sus primeros dueños, es decir, a los españoles, éstos han reconstruido casi desde los cimientos el Morro, y han hecho también uno nuevo por la parte de tierra, y cuando yo pasé fabricaban junto al Morro otros tres castillos, uno después de otro, llamados generalmente la Cabaña. Fui a verlos todos, y máxime el tan famoso Morro, en el cual conté ciento veinte cañones montados, con algunas otras baterías todavía por terminar; fui acompañado a las bodegas y a todos los cuartos subterráneos, y me fue mostrado el lugar donde fue muerto el capitán Velasco atravesado con la espada de un inglés por no querer ceder la bandera española. En esta ciudad se fabrican también las naves, siendo la isla abundante en madera para tal propósito, y vi ya una en el agua llamada San Luis, de cien cañones, que no le faltaban más que las velas; otras tres actualmente se estaban fabricando: dos de alto bordo y una fragata, todas de guerra. Omito muchas otras particularidades de esta isla para no ser tedioso.

Al acercarse ya el tiempo de partir, llevé mis cosas a bordo el 18 de junio. El 19 dispararon los cañonazos de leva, el 20, que era día domingo, a hora muy temprana, subí a bordo y ya estaban levando las anclas. Salimos de aquel puerto y entramos en el peligrosísimo canal de Bahama, a causa de sus múltiples escollos escondidos, pero mediante la ayuda de Dios, y la práctica de nuestro piloto, no nos sucedió nada que nos contrariara. Este canal lleva el nombre de una pequeña isla llamada Bahama, poco distante de la costa de la Florida: esta susodicha isla da el nombre también a muchas otras islas vecinas suyas, aunque se llamen con otro nombre, es decir Lucayas, una de éstas llamada Lucayoneca.

Están en el Mar del Norte, al este de la península de la Florida. Las principales son: Bahama, Lucanoyeca, Andros, Cigateo, Abacoa o la Providencia, Guanahaní, Yumeta, Samana, Alayaguana, Yuma, Ynagua, Caicos, Triángulo, con gran número de otras pequeñas, y son todas de los ingleses.

Pasado en pocos días felizmente el susodicho canal, entramos en el gran golfo, así llamado, de las Yeguas, que llega hasta las Bermudas; y de La Habana a las Bermudas hay 460 leguas. Estas Bermudas son también de los ingleses; y están puestas, según el Vallemont entre los 314 y 316 grados de longitud y entre los 31 y 33 grados de latitud septentrional.

De La Habana hasta la vista de estas islas no tuvimos nada particular digno de anotarse: solamente algún chubasco, o sea temporal que pasa pronto. El 20 de julio, se descubrieron las islas Azores o Terceras, habiendo caminado otras 480 leguas, desde las Bermudas a éstas, que son de los portugueses; se encuentran entre los 347 y 357 grados de longitud y los 37 y 42 grados de latitud septentrional. Pasamos el mismo día en vista de dos de aquéllas, es decir Corvo y Flores y aquí tuvimos un airoso temporal que me puso en no poca aprensión, máxime por ser de noche; se me acrecentó más todavía el miedo porque se me acercó un muchacho, en lágrimas, rogándome quererlo confesar, pues decía él que estábamos perdidos; pero un marinero, habiéndolo oído, le dio una buena patada que lo mandó rodando bajo cubierta, pero me causó tanto temor que temblaba de la cabeza a los pies: mientras que duró la borrasca, el padre Bra dormía sabrosísimamente; cuando toda la tripulación estaba ocupada para repararse de la tempestad, la cual duró pocas horas, finalmente se despertó y oyendo tanto ruido en la nave dijo en español, ¿estamos perdidos? Pregunta, verdaderamente, de un despreocupado.

Aproximadamente a estas alturas tuvimos también un zafarrancho. Para entender esto hay que saber que como andábamos tres naves en conserva, es decir dos de guerra, la Castilla de alto bordo y la fragata Pallade, donde yo estaba, con otra fragata mercantil llamada el Rosario; y como la capitana era la Castilla y generalmente iba siempre delante de las otras dos, el comandante de dicha Castilla había dado copias a las dos compañeras de las instrucciones de

cómo gobernarse, sea de día que de noche, a norma de señales que habría dado o bien del número de los cañonazos que habría disparado siendo de noche. Ahora bien, un día que a todo se pensaba menos que a novedades, observaron que la capitana había puesto ciertas banderas, echaron mano pronto a las instrucciones y vieron que era señal de prepararse a la batalla con naves enemigas. Era al punto casi la hora del mediodía y, por consecuencia, la hora de comer, en cambio de lo cual, todos se dieron a la tarea de prepararse a la defensa: cargaron de prisa los cañones, pusieron en el alcázar cantidad de fusiles y sables, fueron escombrados casi todos los camarotes, quién aventaba de un lado a otro cajas y camas de los pasajeros y marineros; también la popa fue escombrada de las telas que cubrían los camarotes habitados por algunas señoras con otras mujeres a su servicio; en suma, en menos de una hora fue todo a la orden, pero nosotros nunca vimos alguna nave enemiga; es bien cierto que nuestra capitana estaba delante de nosotros de 8 a 10 leguas. Nos estuvimos sin comer hasta cerca de las 21. Y cuando vieron que la capitana quitó las señales, todo se resolvió en risas.

El día 28 de julio descubrimos el cabo San Vicente, en Europa; el 30 pasamos el cabo de Santa María; el 2 de agosto ya estábamos a la vista de Cádiz, donde poco faltó que no nos perdiéramos porque estábamos sobre un banco de arena y estábamos sobre sólo 8 brazos de agua. Nuestro capitán, no obstante la poquísima agua, quería seguir adelante, pero el piloto protestó y llamó a atestiguar que renunciaba a su empleo si el capitán todavía persistía en querer seguir adelante.

Viendo el capitán que todos eran contrarios a su opinión, dejó plena libertad al piloto de ir donde más le pareciera oportuno, por lo cual aquél hizo girar de bordo y nos alejamos de la vista de Cádiz; pero el 3 de agosto entramos felizmente en la bahía y dimos fondo. El día 5, ya dicho, fui a nuestro convento donde después de algunos días, supe estar cerca de partir para Génova una fragata inglesa llamada San Jorge, el capitán de la cual era llamado Roberto Broch, con el cual concertamos el transporte a Génova y le desembolsamos 30 pesos

por cada uno, pero a condición de darnos el camarote en popa y [sentarnos] a su mesa.

El 29 de agosto, nos hicimos a la vela y en 24 horas nos encontramos en vista de Málaga, donde tuvimos un día de calma. El día 6 de septiembre llegamos en vista de la isla de Ibiza, la menor de las Baleares, a la altura de las cuales estuvimos 4 días por falta de viento: después, entramos en el golfo de León, bajo las Baleares, hacia África, donde tuvimos un grandísimo temporal por dos días y dos noches en los cuales estuvimos a la capa,¹²³ estando el mar tan furioso y soberbio, con estruendos tan horribles que acarreaban gran espanto, y ya estábamos con poquísima esperanza de vida; los dichos dos días no se comió más que un poco de pan, el cual se tenía con una mano y con la otra convenía estar de continuo y fuertemente agarrados a cualquier cosa, para no ser por el airoso movimiento de la nave, lanzados de un extremo al otro de la misma.

Tuvimos otras dos pequeñas borrascas y algunos días tuvimos que estar a la vista de la isla de Córcega. Finalmente el 13 de septiembre se descubrió la ribera de Génova, donde llegamos el 16 del dicho, en el cual dimos fondo y entramos en la ciudad con grandísimo contento por verme llegado al término de mi navegación, estando yo muy fastidiado por los muchos peligros pasados. Aquí me encontré con la obediencia del reverendísimo padre procurador general, de regresarme a mi provincia, después de haber tomado el necesario reposo, habiéndolo yo con mi carta de Cádiz, avisado de mi retorno en Italia. El 24 de septiembre salí de Génova solo y fui a Pontedécimo, el 25 a Voltaggio, el 26 a Novi, el 27 a Tortona, el 28 a Voghera, el 29 a Pavía, el 30 a Binasco; el 1º de octubre a Milán, el 3 del dicho a Treviglio, el 5 [de octubre de 1768] a Bérgamo, mi entonces deseada patria, de la cual había estado ausente 7 años y 4 meses. Llegué a Bérgamo aunque con salud, pero tan negro y disecado por el sol y por las incomodidades y sufrimientos de los largos viajes, máxime del mar, que muchos no me conocían, pareciendo un carbonero vestido de fraile, habiendo sido cerca de 7 meses de un viajar continuamente por lo más en estaciones y climas calientísimos. ❖

123

“Quedarse a la capa es quitar todas las velas, excepto una o dos, para no andar si se hace de noche, si se tiene algún bajo o que está la tierra cerca. Francisco de Ajofrín, *op.cit.* p.29

Número de millas hechas en toda mi navegación de Roma hasta Veracruz, y de Veracruz hasta Génova, a mi regreso:

De Roma a Génova hay 100 leguas, de las cuales creo [ser] de sólo 3 millas en todo el Mediterráneo; por lo tanto son millas:	300
De Génova a Cádiz, leguas 300	900
De Cádiz a las Canarias, leguas 250, pero en el océano son de 4 millas	1000
De las Canarias a Puerto Rico, 900 leguas	3600
De Puerto Rico a Veracruz, 600 leguas	2400

Regreso

De Veracruz a La Habana, leguas 300 yendo en línea recta, pero como rodeamos todo el golfo de México, pongo por lo menos 400 leguas	1600
De La Habana a las Bermudas, 460 leguas	1840
De las Bermudas a las Azores, 480 leguas	1920
De las Azores a Cádiz, 360 leguas	1440
De Cádiz a Génova, por la parte de abajo de las Baleares, pongo solamente 350 leguas y tres millas por cada una hacen:	1050
[Total] millas:	16050

[Hay en la última hoja del manuscrito un poema, de mano diferente del resto del texto, que dice:]

I

Oscura es la noche y tenebrosa
en densas nubes profundamente encumbrada,
mientras el gorjear del ruiseñor
rompe el silencio sobre este suelo.

II

Sobre la capital ciudad lombarda
duérmese tranquilo nuestro poeta,
mientras bajo fúnebre velo la muerte
avcinábase lenta y callada.

III

Y mientras que él menos se lo esperaba
y su dormir tranquilo era,
fue con el velo de aquella señora
darse cuenta y anunciarle la hora.

IV

Pero no crean ya que aquella muerte
a él hubiese cogido impreparado,
mas como buen padre cristiano
el vulgo cree que al cielo haya volado.

V

Al lúgubre sonar de la campana.



Bibliografía del traductor



Acosta, Joseph de.

Historia natural y moral de las Indias,
FCE, México, 2006.

Ajofrín, Francisco de.

*Diario del viaje que hizo a la América
en el siglo XVIII el p. fray Francisco
de Ajofrín*, 2 vol., Instituto Cultural
Hispano Mexicano, México, 1964.

Alberro, Solange.

*El águila y la cruz. Orígenes
religiosos de la conciencia criolla.*
México, siglos XVI-XVII,
COLMEX/FCE, México, 1999.

Ambruzzi, Lucio.

Nuovo dizionario spagnolo-italiano,
2 vol., Paravia, 7ª edizione,
Roma, 1973.

Belotti, Bortolo.

Storia de Bergamo e dei bergamaschi,
IX vol., Banca popolare di Bergamo/
Bolis, Bergamo, 1990.

Benzoni, Girolamo.

*Historia del Nuevo Mundo /
Girolamo Benzoni*, introducción y
notas de Manuel Carrera Díaz
(editor), Alianza, Barcelona, 1989.

Bergamo, Bonari da.

I conventi ed i cappuccini bresciani,
Cesare Crespi, Milano, 1891.

Bergamo, Valdemiro da.

*I conventi ed i cappuccini
bergamaschi. Memorie storiche*,
Lodovico Felice Cogliati,
Milano, 1883.

Bruno, Maria Laura (editora).

*Viaggio al Messico nell'America
settentrionale, fatto e descritto
da fra Ilarione da Bergamo,
religioso capuccino, con figure,
anno MDCCLXX*,
G. Secomandi, Bergamo, 1976.

Cappelli, Adriano.

*Lexicon abbreviaturarum,
dizionario di abbreviature latine
ed italiane*, Ulrico Hoepli,
Milano, 1979.

Caprioli, Adriano, Antonio**Rimoldi, Luciano Vaccaro**

(editori).

Storia religiosa della Lombardia.
Diocesi di Bergamo, La Scuola,
Brescia, 1988.

Carbonell, Sebastián.

*Dizionario fraseológico completo
italiano-spagnolo e spagnolo-italiano*,
parte italiana-spagnola,
Ulrico Hoepli, Milano, 1964.

Carletti, Francesco.

*Razonamientos de mi viaje alrededor
del mundo (1594-1606)*,
IIB/UNAM, México 1983.

Carminati, Marco y**Gian Giacomo Viaggi.**

*Piccolo vocabolario Bergamasco
Italiano*, (reimp. facsimilar
del original de la tipografía de
Giuseppe Anughetti, Lovere, 1905),
Arnaldo Forni, Bergamo, 2004.

Chaves Montoya, M^a Teresa.

“La montaña en las fiestas de corte
en Nápoles y Madrid durante el
siglo XVII”, en *Cuadernos de Arte
e Iconografía*, revista virtual de la
Fundación Universitaria Española,
tomo VI, 11, 1993.

Chávez Orozco, Luis. (editor)

*Conflicto de trabajo con los mineros
de Real del Monte, año de 1766*,
INEHRM, México, 1966.

Díaz del Castillo, Bernal.

Historia verdadera de la conquista de la Nueva España,
Porrúa, México, 1990.

Dizionario De Mauro Paravia

[on-line]

<http://old.demauroparavia.it/>

Diccionario Porrúa de historia, biografía y geografía de México.

III vol., 5ª ed. Supl. Reimp.

Porrúa, México, 1994.

Eco, Umberto.

Decir casi lo mismo.

Experiencias de traducción,

Lumen, México, 2008.

Elias, Norbert.

El proceso de la civilización.

Investigaciones sociogenéticas y psicogenéticas,

FCE, Madrid, 1987.

Enciclopedia universal

ilustrada europeo americana.

Espasa-Calpe, Madrid, 1994.

Gemelli Careri,**Giovanni Francesco.**

Viaje a la Nueva España,

IIB/UNAM, México, 1983.

Guzmán, Eulalia.

Manuscritos sobre México en archivos

de Italia, Colección de materiales

para la historiografía de México.

Sociedad Mexicana de Geografía y

Estadística, México, 1964.

I cappuccini ne "I promessi sposi",

antologia fotografica del romanzo

di A. Manzoni teletrasmesso dalla

RAI nel 1966. Regia di Sandro Bolchi,

Artemide editrice, Milano, 1987.

Il grande dizionario Garzanti della

lingua italiana, Garzanti editore,

Milano, 1ª edizione 1987,

ristampa 1988.

Jiménez, Blanca.

"Eulalia Guzmán (1890-1985)",

Actualidades arqueológicas,

núm. 13, jul-ago 1997,

IIB/UNAM, MÉXICO.

Knizek, Ian.

*El reto y deleite de traducir /
The Joy and Toil in Translating,*
México, 1999.

Manzoni, Alejandro.

*Los novios. Historia
milanesa del siglo XVII,*
Porrúa, México, 2005.

Lelli, Onorio,

Enrico e Raffaello Bianchi.

*Dizionario illustrato della
lingua latina,* 4ª ristampa,
Le Monnier, Firenze, 1982.

Martínez-Hidalgo y

Terán, José M^a (director).

Enciclopedia general del mar, 8 vol.,
4ª ed. Garriga, Barcelona, 1988.

Martínez, José Luis.

Hernán Cortés,
UNAM/FCE, 3ª reimp.,
México, 2003.

Martínez, Maximino.

*Catálogo de nombres vulgares y
científicos de plantas mexicanas,*
3ª reimp., FCE, México, 1994.

Miño Grijalva, Manuel y

Sonia Pérez Toledo (coordinadores).

*La población de la ciudad de México
en 1790. Estructura Social,
alimentación y vivienda.*

UAM/COLMEX/CONACYT,
México, 2004.

Pianigiani, Ottorino.

*Vocabolario etimologico della lingua
italiana,* Fratelli Melita, 2ª edizione,
Genova, 1988.

Real Academia Española.

Diccionario de autoridades,
3 vol., facsímil de la ed. de 1726,
Gredos, Madrid, 1964.

Real Academia Española.

Diccionario de la lengua española,
2 vol., 21ª ed., Espasa-Calpe,
Madrid, 1994.

Registro delle professioni dei

*Cappuccini di Brescia dal 1667
al 1800,* s/n de p., manuscrito

empastado en piel y depositado
en la Biblioteca Cívica Angelo Mai,
de la ciudad de Bérgamo, Italia.

Rizzoli Larousse
Enciclopedia Universale,
15 vol., Rizzoli, Milano, 1989.

Santamaría, Francisco J.

Diccionario de mejicanismos,
Porrúa, México, 2005.

Sañé, Secundi e Giovanna Schepisi.

Il dizionario di spagnolo. Dizionario
spagnolo italiano, italiano spagnolo,
Zanichelli, Bologna, 2005.

Sistema Informativo de la
Arquidiócesis de México.

[on line]:

<http://www.siame.com.mx/>

Tasso, Torcuato.

La Jerusalén libertada.
Poema heroico escrito en italiano
por Torcuato Tasso: y traducido en
octavas castellanas por Juan Sedeño,
Imprenta de la viuda e hijos de
Gorchs, Barcelona, 1829.

Tommaseo, Niccolò y

Giuseppe Rigutini.

Dizionario dei sinonimi
della lingua italiana,
Francesco Vallardi, Milano, 1944.

Anexo

Cronología del viaje a México de fray Hilarión de Bérghamo



1761

- ❖ A principio del año, pide ser inscrito en el libro de los postulantes para las misiones, a la Congregación de Propaganda Fide.
- ❖ El 8 de julio, sale definitivamente de la ciudad de Bérghamo; pasa por Caravaggio, Crema, Placencia, Fiorenzuola, San Donnino; llega a la ciudad de Parma.
- ❖ En julio sale de Parma, acompañado por el padre Mariano de Borgo San Donnino; pasan por Regio, Módena; llegan a Florencia.
- ❖ En agosto, salen de Florencia y pasan por Prato, Pistoia, Lucca, Pisa; llegan a Livorno.
- ❖ El 21 de agosto, en Livorno se embarca en una falúa.
- ❖ El 24 de agosto, llega al puerto de Civitavecchia cerca de Roma; va a Tolfa pasando por Bracciano.
- ❖ El 11 de septiembre, llega a Roma.
- ❖ El 3 de octubre, sale de Roma para ir al puerto de Civitavecchia.
- ❖ El 14 de octubre, llega a Civitavecchia.
- ❖ El 23 de octubre, parte para Savona; al llegar, parte para Génova.
- ❖ El 1 de de noviembre, llega a Génova.

1762

- ❖ El 20 de enero, parte de Génova para Cádiz.
- ❖ El 25 de enero, pasa el golfo de León.

- ❖ El 6 de febrero, llega a Málaga.
- ❖ El 20 de febrero, parte a pie para Cádiz: pasando por Ronda, Arcos y Jerez de la Frontera.
- ❖ El 27 de febrero, se embarca en el puerto de Santa María y llega a Cádiz.
- ❖ El 9 de julio, sube a bordo de la saetía Nuestra Señora de la Merced para dirigirse a México, pero por el peligro, esa misma noche fondea en Sanlúcar de Barrameda.
- ❖ El 10 de julio, deja el puerto de Sanlúcar de Barrameda y el mismo día, el barco en que viaja es tomado prisionero, junto con toda la tripulación y obligado a abordar la fragata Pallade, de bandera inglesa.
- ❖ Hacia el 15 de julio, transborda a la fragata Chinenson, también inglesa.
- ❖ El 21 de julio, llega preso a Gibraltar.
- ❖ El 22 de julio, es dejado en libertad y entregado a los españoles y de ahí va a Algeciras.
- ❖ El 26 de julio, se embarca en un barco carguero de carbón, para Cádiz.

1763

- ❖ El 2 de enero, se embarca en una fragata llamada San José.
- ❖ El 26 de enero, la fragata se hace a la vela para dirigirse a México, formando parte de un convoy de nueve buques.
- ❖ El 20 de febrero, avista las Canarias; pasa entre Gran Canaria y Tenerife.
- ❖ El 19 de marzo, divisa la isla de San Martín.
- ❖ El 21 de marzo, da fondo la nave en Puerto Rico.
- ❖ El 28 de marzo, aborda de nuevo la fragata y levantan anclas el día siguiente.

- ❖ El 30 de marzo, pasan frente a la isla de la Mona.
- ❖ El 2 de abril, avista la isla de Santo Domingo (hoy, República Dominicana y Haití).
- ❖ El 15 de abril, divisa la isla de Cuba.
- ❖ El 27 de abril, pasa la isla de Pinos, el cabo Corriente y el de San Antonio.
- ❖ El 30 de abril, entran a la sonda de Campeche.
- ❖ El 9 de mayo, se acercan a la costa de Veracruz.
- ❖ El 10 de mayo, fondea en el puerto de Veracruz.
- ❖ El 11 de mayo, desembarca definitivamente.
- ❖ El 12 de mayo, cumple la promesa de llevar el trinquete a la iglesia de la Divina Pastora, en Veracruz.
- ❖ El 13 de mayo, se encuentra con el padre capuchino español, fray Jerónimo de Jerez.
- ❖ El 17 de mayo, se dirige y llega a La Antigua Veracruz.
- ❖ El 19 de mayo, deja La Antigua para ir a Jalapa.
- ❖ El 21 de mayo, llega a Jalapa.
- ❖ El 28 de mayo, acompaña a un mercader, llega a Perote.
- ❖ El 29 de mayo, salen de Perote en un furlón hacia México.
- ❖ El 21 de junio, entran a la ciudad de México.
- ❖ El 23 de junio, conoce a otro padre capuchino, también italiano y procurador de Propaganda Fide: fray Lorenzo de Bra.
- ❖ El 26 de junio, se da la orden de expulsión de los jesuitas, de todos los dominios de España.
- ❖ A principio de septiembre, parte su compañero de casa para Guadalajara, el padre fray Lorenzo de Bra.
- ❖ El 16 de noviembre, llega a la ciudad de México el padre capuchino italiano, fray Paolo María de Ferrara, quien regresaba de Chihuahua. Nombrado por el obispo de México, presidente de los capuchinos en México, dio orden a Hilarión de irse a Real del Monte para buscar limosnas.

- ❖ El 20 de diciembre, parte a Real del Monte.
- ❖ El 22 de diciembre, llega a Pachuca.
- ❖ Días después, va con su hospedero a Tulancingo.

1764

- ❖ En enero, llega a Real del Monte.

1765

- ❖ El 3 de julio, muere el arzobispo de México, Manuel Rubio y Salinas.

1766

- ❖ En julio o agosto, llegan el nuevo virrey Carlos Francisco de Croix, así como el nuevo arzobispo de México, Francisco de Lorenzana y Buitrón y el nuevo presidente de los capuchinos en México, padre fray Felipe de Portogruaro.
- ❖ Días después, muere el padre fray Felipe de Portogruaro en Veracruz.
- ❖ El 15 de agosto, asiste a la sublevación de los mineros de Real del Monte.
- ❖ El 22 de agosto, toma posesión el arzobispo Francisco Antonio de Lorenzana y Buitrón.
- ❖ El 23 de agosto, toma posesión el virrey, Carlos Francisco de Croix, marqués de Croix.
- ❖ A los pocos días, el padre fray Paolo María de Ferrara, visitando al arzobispo, es invitado por éste a abandonar el país.
- ❖ Poco tiempo después, llegado a México el padre fray Lorenzo de Bra, también le es requerida su salida del país; y mientras consigue embarcación, se le pide retirarse a un convento.

1767

- ❖ A mitad de diciembre, parte de Real del Monte con un asistente, para dirigirse a Guadalajara.
- ❖ En diciembre, camino a Guadalajara, pasa por Tepozotlán, Tepeji del Río, Querétaro, Celaya y Salamanca.
- ❖ 24 de diciembre, llega a Irapuato.
- ❖ El 28 de diciembre, se marcha y llega a la hacienda de la Concepción o Mariscalá.
- ❖ En diciembre, prosigue su viaje, pasa por San Pedro, Carrizo, Saos [*sic*], Cerro Gordo, Puentezuela, Zapotlán y puente Baranía o río de Santiago.

1768

- ❖ El 2 de enero, llega a Guadalajara.
- ❖ Días después, visita al obispo.
- ❖ A mitad de febrero, sale de Guadalajara.
- ❖ El último día de carnaval, llega a Pontezuela; ahí pasa la noche y prosigue el viaje por donde vino.
- ❖ En marzo, llega a México y entrega cuentas al arzobispo.
- ❖ El 22 de marzo, el arzobispo lo intima a dejar el país y le da una carta o salvoconducto.
- ❖ Al final de marzo, regresa a Real del Monte y se despide de su hospedero, señor Díaz y de la familia de éste.
- ❖ El 18 de abril, deja la ciudad de México, viajando en mula, en compañía del padre Bra y dos ayudantes.
- ❖ El 4 de mayo, llegan a Veracruz.
- ❖ El 10 de mayo, suben a bordo de la fragata de guerra llamada Pallade con destino a España.
- ❖ El 29 de mayo, dan fondo en La Habana.

- ❖ El 18 de junio, lleva sus cosas a bordo.
- ❖ El 20 de junio, levantan anclas.
- ❖ En los días siguientes, entran al golfo de las Yeguas.
- ❖ El 20 de julio, avistan las Azores.
- ❖ El 28 de julio, divisan el cabo San Vicente.
- ❖ El 30 de julio, pasan el cabo de Santa María.
- ❖ El 2 de agosto, divisan Cádiz.
- ❖ El 3 de agosto, dan fondo en Cádiz.
- ❖ El 5 de agosto, va a su convento.
- ❖ El 29 de agosto, se embarca en una fragata inglesa, llamada San Jorge, para Génova.
- ❖ El 30 de agosto, ven Málaga.
- ❖ El 6 de septiembre, llegan a ver Ibiza.
- ❖ El 10 de septiembre, entran al golfo de León.
- ❖ El 13 de septiembre, observan la ribera genovesa.
- ❖ El 16 de septiembre, llagan a Génova.
- ❖ El 24 de septiembre, deja Génova y va a Pontedécimo.
- ❖ El 25 de septiembre, pasa a Voltaggio.
- ❖ El 26 de septiembre, va a Novi.
- ❖ El 27 de septiembre, pasa a Tortona.
- ❖ El 28 de septiembre, va a Voghera.
- ❖ El 29 de septiembre, pasa a Pavía.
- ❖ El 30 de noviembre, va a Binasco.
- ❖ El 1 de octubre, entra en Milán.
- ❖ El 3 de octubre, va a Treviglio.
- ❖ El día 5 de octubre, llega finalmente a su ciudad natal, Bérgamo. Así concluye su viaje a México.



Universidad Autónoma Metropolitana

Rector

Dr. Salvador Vega y León

Secretario

Mtro. Norberto Manjarrez Álvarez

Unidad Azcapotzalco

Rector

Dr. Romualdo López Zárate

Secretario

M. en C.I. Abelardo González Aragón

Coordinador General de Desarrollo Académico

Dr. Luis Jorge Soto Walls

Coordinadora de Extensión Universitaria

Mtra. María Itzel Sainz González

Jefa de la Sección de Producción y Distribución Editoriales

Mtra. Margarita Citlalli Ledesma Campillo



JM · SCRIPTORIA
Diseño

Este libro se terminó de imprimir en los talleres.....

El tiraje fue de.....

Tipografías utilizadas

Garamond • Type Embellishment ONE LET • Zapfino

México MMXIII

